



UNA NOVELA

AUTONOMOUS

ANNALEE NEWITZ

minotauro



ANNALEE NEWITZ

Es periodista, editora y autora de ficción y no ficción norteamericana. Ha ganado el premio Knight Science Journalism Fellowship del MIT, y ha escrito para Popular Science, Wired y para el San Francisco Bay Guardian. Fundó el portal web **io9**, donde participó como editora jefe de 2008 a 2015. Posteriormente editó Gizmodo. Desde 2016 es Tech Culture Editor en el portal de tecnología Ars Technica. *Autonomous* es su primera novela.

SINOPSIS

La Tierra, 2144. Jack es una científica antipatentes que se ha convertido en una pirata de drogas; viaja por el mundo en un submarino como si fuera una Robin Hood farmacéutica, fabrica recetas baratas para gente pobre que de otro modo no podría permitírselas. Pero el último fármaco que ha pirateado ha dejado un rastro de sobredosis letal, ya que la gente se convierte en adicta al trabajo, realizando tareas repetitivas hasta que se vuelven peligrosas o pierden la cabeza.

Tras la pista de estas muertes van par de seres de lo más curioso: Eliaz, un taciturno agente militar, y su compañero robótico, Paladín. Al mismo tiempo que tratan de evitar que la información sobre los oscuros orígenes de la droga de Jack salga a la luz, comienzan a estrechar unos extraños lazos de unión que ninguno de los dos acaba de comprender muy bien.

Y como telón de fondo hay una pregunta fundamental: ¿Es posible la libertad en una cultura donde todo, incluso la gente, puede ser propiedad?

Ir al [ÍNDICE](#)

AUTONOMOUS

TÍTULO ORIGINAL:

Autonomous: a novel

© **Annalee Newitz**, septiembre 2017

TRADUCCIÓN:

© Alexander Páez, 2019

DISEÑO DE PORTADA:

Will Staehle

FOTOGRAFÍA DE PORTADA:

Jonathan Wilkins

EDITORIAL:

Minotauro

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664,
08034 Barcelona (España)

COLECCIÓN:

Ciencia Ficción

www.edicionesminotauro.com


www.planetadelibros.com

FECHA PUBLICACIÓN:

2 de julio de 2019

ISBN:

978-84-45006-29-0



Annalee Newitz

AUTONOMOUS

ANNALEE NEWITZ

AUTONOMOUS

minotauro

Para todos los robots que cuestionan su programación

Prólogo de Gina Tost

Más de medio siglo separa *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, una de las obras culminantes del gran visionario de la literatura de ciencia-ficción Philip K. Dick, y *Autonomous*, la primera novela de Annalee Newitz. Sin embargo, algunos lazos unen ambas obras. En la primera, la droga es un elemento imprescindible para soportar el duro trabajo en las colonias fuera de la Tierra. En *Autonomous* esa droga ha dejado de ser ilegal y se ha convertido casi en necesaria para el triunfo laboral. En ambos casos, la droga es un elemento deseable en una sociedad que sobredimensiona el éxito en el trabajo. El giro sutil de Newitz consiste en mostrar cómo el capitalismo desbocado genera en el individuo la necesidad de ayuda externa para cumplir las expectativas laborales.

Autonomous recrea el sueño de todo empresario llevado al extremo: que sus trabajadores sean felices trabajando tanto como su cuerpo pueda resistir y que, para conseguirlo, deban comprar a un alto precio la droga que les permita llevarlo a cabo. Ningún *yuppie* del distrito financiero habría podido dejar de emocionarse solo de imaginarlo.

Autonomous ahonda en un debate social que nunca ha dejado de ser de actualidad: los mecanismos del poder para controlar al ciudadano. En *Fahrenheit 451*, Ray Bradbury planteaba un futuro sin libros para evitar que las personas pudieran pensar y actuar en consecuencia. Newitz idea una sociedad en la que el control llega a través de una sustancia tan potente que hace que quienes la toman quieran trabajar más y más, convirtiéndose casi en

esclavos felices de una necesidad que ni siquiera han decidido tener. El tema asusta, porque más de medio siglo después, la cuestión sigue de total actualidad y seguimos sin encontrar solución a este espiral caótico. Controlar y dirigir la voluntad y las acciones de la población sigue siendo la prioridad para muchos gobiernos y corporaciones. La prohibición de los libros de Bradbury, las *fake news* de hoy o la droga Zacidad de *Autonomous* en el futuro no son más que instrumentos para conseguir tal fin.

La novela, además, plantea varios temas de gran calado, amarrados en un thriller lleno de acción, que obliga reflexionar al lector. Entre ellos, el gran dilema sobre la naturaleza del conocimiento: ¿la investigación científica debe ser privada o un bien público al alcance de todos? Disyuntivas como el software propietario/ programas de código abierto o el sistema de patentes/ libre acceso a los medicamentos, forman parte esencial del relato de Newitz. Hábilmente insertados entre dos tramas trepidantes, las aventuras de la bucanera futurista Jack Chen muestran los efectos perniciosos de llevar el capitalismo al extremo en el ámbito de la biotecnología. Y haciéndolo pone el foco sobre un hecho clave que las sociedades tendrán que resolver en un futuro cercano: no es tan importante el avance científico en ámbitos como la industria farmacéutica, la manipulación genética o la programación de inteligencias artificiales como la capacidad de llevar esos descubrimientos a quienes no pueden pagarlo, la gran mayoría. Al final, la auténtica preocupación no es tanto si «se puede hacer» sino si «se puede pagar».

Tras los viajes, persecuciones o escaramuzas del soldado Eliaz y el humanoide Paladín, de la heroína Jack y el inexperto Threezed, se esconde, además, un rico universo de sentimientos nuevos, de experiencias inéditas en la relación entre humanos e inteligencias artificiales. Profundizando en caminos que abrieron Asimov o Dick, la obra camina sutilmente por el

terreno del aprendizaje emocional de los robots. Y, sobre todo, por la difícil gestión de la cada vez más compleja relación entre personas y bots.

Puede parecer una realidad todavía alejada de los retos cotidianos de principios del siglo XXI. Pero no lo está en absoluto. El propio Parlamento Europeo emitió una resolución en 2017 con recomendaciones sobre este asunto, expresando la necesidad de prever y regular un escenario de convivencia entre robots y humanos. Esa es otra de las grandes virtudes de la obra: combinar la acción y las mejores dosis de aventura con el trasfondo de reflexión que genera empatía e impacto en la realidad más próxima a nosotros.

Por otro lado, una de las paradojas que Newitz desarrolla en el libro es la necesidad de algunos humanos de poner en venta su libertad para poder sobrevivir y, al mismo tiempo, la capacidad de algunos robots de recuperarla para desprenderse de la posesión. No deja de ser curioso que en el año 2144, en el que se desarrolla la acción de la novela, esa contradicción sea, salvando las distancias, muy similar a la que tenían que afrontar en la antigua Roma hombres libres y esclavos.

En el fondo, pasan los siglos pero los grandes temas de la humanidad siguen siendo los mismos. El gran mérito de la literatura de ciencia ficción es, justamente, recordar que lo que más cambia es el escenario, el formato o el envoltorio, pero que lo que realmente genera inquietud en las personas permanece inalterable.

No es descabellado pensar que, si el futuro recreado por la mente brillante de Newitz se hace realidad, lo que seguirá importando de verdad a las personas es el amor entre desiguales, la libertad y la esclavitud, el dominio de la voluntad de los otros, la pobreza y la riqueza o la capacidad de ejercer justicia, con independencia de los instrumentos que haya que usar para conseguirla.

Al final, quizá debamos mirar con tanta atención a las predicciones de la literatura de ciencia ficción como a las de los sociólogos o científicos. Porque, en realidad, de las mentes de los grandes escritores del género como Asimov, Bradbury, Huxley o Dick han salido muchos de los escenarios futuristas que con el tiempo se han hecho realidad. Y eso, a veces, asusta y otras veces nos fascina. ¿Dónde nos encontramos ahora?

EL ÚLTIMO PIRATA DE SASKATCHEWAN

Extraído de una balada de finales del siglo xx,
de The Arrogant Worms

*Solía ser granjero y ganarme bien la vida,
tenía un pedazo de tierra junto a las vías,
pero los tiempos eran difíciles y aunque lo intenté,
el dinero no llegó
y los banqueros vinieron, se quedaron mis tierras
y dijeron «te tocó».*

*Busqué cualquier empleo, la respuesta siempre era que no.
«¿Contratarte ahora?» se reían.
«¡A veinte acabamos de despedir!»
El gobierno me prometió una mísera cantidad
pero soy demasiado orgulloso, esto era la infelicidad.*

*Entonces pensé, a quién le importa si no queda trabajo
para un capitán
voy a ser un pirata en el río Saskatchewan.*

Zarpamos y arriamos, hacia las Llanuras,

*robar trigo y cebada y más grano y verduras.
Y ay ho y hurra, granjeros bloquead las puertas,
poned cortinas
cuando veáis al Jolly Roger en las poderosas
costas de Regina.*

*Pensaréis que los granjeros sabían que estoy de caza
pero el otro día vi una barcaza confiada, carnaza.
Me acerqué con sigilo, nadie se enteró.
Saboteé el barco y lo hundí y robé su abono.*

*Un puente a las afueras de Moose Jaw cruza un río poderoso,
los granjeros lo cruzan con estómago tembloroso
porque saben que Tractor Jack se esconde en la bahía,
saltaré al puente, los arrojaré al mar y
con el botín navegaría.*

1

BARCO PIRATA

25 de junio de 2144

La estudiante no dejaba los deberes ni un segundo y tanto trabajo iba a acabar matándola. A pesar de que los doctores le habían inyectado tranquilizantes, se había sentado acurrucada y con los dedos engarfiados sobre un teclado ausente y no dejaba de teclear. Los antiobsesivos no habían surtido efecto. Trastear con los niveles de serotonina no había dado resultado y tampoco parecía ser un trastorno disociativo ni alucinaciones. Mostraba una adaptación magnífica, pero no dejaba de reimplementar características de sistemas operativos para su clase de programación. Lo único que la mantenía con vida era un tubo de alimentación que los doctores habían logrado introducirle a la fuerza por la nariz tras atarla con correas.

Sus padres estaban furiosos. Vivían en un buen barrio de Calgary y siempre habían facilitado a su hija los mejores fármacos que el dinero podía pagar. ¿Cómo era posible que algo fallara en su cabeza?

Los doctores habían explicado a los periodistas que el caso tenía todas las características propias de uno de abuso de drogas. El cerebro de aquella fanática del trabajo mostraba un claro patrón de adicción. El ciclo de placer y recompensa, que lanzaba neurotransmisores del mesencéfalo al córtex cerebral, echaba chispas. Dicha química cerebral era extraordinaria, ya que

hacía que su cerebro tuviese el aspecto de uno que llevaba años adicto al trabajo. Estaba configurado a la perfección para esa recompensa específica, con patrones en los receptores de dopamina que, en casos normales, solían aparecer tras años de adicción. Pero la familia y los amigos de la estudiante afirmaban que jamás había padecido el problema hasta hacía unas pocas semanas.

Era el tema perfecto para una noticia viral en la sección de misterios médicos del canal Maravillas sin par. Pero se había vuelto tan popular que ahora incluso aparecía en los módulos de noticias más destacadas.

Jack Chen se despegó las gafas de la cara, las desactivó y las metió a presión en el bolsillo frontal del mono. Llevaba tanto tiempo trabajando de cara al sol que tenía la piel blanquecina alrededor de los ojos pardos. Lucía el moreno de una granjera, como el de su padre tras un largo día de trabajo con las gafas en los campos de colza, donde observaba cómo las diminutas flores amarillas emitían datos con información climática. Jack pensó que quizá todas las generaciones de los Chen habían tenido aquel moreno de granjero. Se remontaba a los días en que sus trastatarabuelos habían cruzado el Pacífico desde Shenzhen y habían comprado una franquicia agrícola en las llanuras, a las afueras de Saskatoon. Había cosas que no cambiaban nunca por muy lejos que estuviera de casa.

Pero otras sí. Jack estaba sentada con las piernas cruzadas en medio del Ártico sobre el casco de su submarino, que contaba con una invisibilidad insólita y en cierta manera sorprendente. A unos cientos de kilómetros sobre la superficie, allá donde vagaban los satélites, el índice de refracción negativo del submarino curvaba la luz de tal modo que Jack parecía flotar de manera inusitada sobre las olas. Sobre las aguas resplandecientes que tenía alrededor, se desplegaba una ondulante cubierta de paneles solares no reflectantes. Jack

cerró el puño y la batería solar se replegó por un hueco para luego desaparecer bajo un panel del casco.

Las baterías del submarino estaban cargadas, el tráfico de la red estaba oculto bajo una amalgama de datos legítimos y disponía de una bodega llena de fármacos. Había llegado el momento de sumergirse.

Abrió la escotilla y descendió de golpe por la escalerilla hasta la sala de control. Un tenue brillo verde surgió a intervalos de las paredes a medida que las colonias de bacterias se despertaban para iluminar el camino. Jack se detuvo ante una maraña de conductos que había en el techo. Oportunamente, se materializó ante sus ojos una ventana de comandos, los fotones se agruparon para formar la silueta de una pantalla gracias a miles de proyectores que flotaban en el aire. Abrió el sistema de navegación con un movimiento de la mano y cambió la ruta para evitar las saturadas líneas de transporte marítimo. Se dirigía hacia un estrecho relativamente tranquilo en la costa del Ártico, más allá del mar de Beaufort, lugar en el que el agua dulce se encontraba con el mar y creaba una vasta e intrincada red de ríos e islas.

Pero a Jack le costaba concentrarse en las tareas rutinarias que tenía pendientes. Había algo en aquella noticia de adicción al trabajo que la inquietaba. Volvió a fijarse las gafas sobre los ojos y se zambulló en el menú de canales. Pasó la vista sobre una serie de comandos y buscó más información. «El caso de la fanática del trabajo apesta a fármacos del mercado negro» anunciaba un titular. Jack respiró hondo. ¿Acaso aquel titular sensacionalista estaba relacionado con el lote de Zacuidad que había llevado a Calgary el mes pasado?

La bodega del submarino tenía veinte cajas de fármacos recién pirateados. Entre las terapias para mutaciones genéticas y control bacteriológico había

cajas de Zacuidad clónico, la nueva pastilla superventas de la inteligencia que todo el mundo ansiaba. Técnicamente todavía no estaba en el mercado, por lo que la demanda había subido como la espuma. Además, la fabricaba Zaxy, la compañía propietaria de Listifex, Brillacente y otros fármacos populares de rendimiento cognitivo. Jack había conseguido una versión de prueba gracias a un ingeniero de la mayor empresa de fabricación de Vancouver, Gran Producción de Mercancías. Como muchas empresas de biotecnología, Gran Producción distribuía nuevos potenciadores de atención en la comida de sus empleados. Los anuncios previos al lanzamiento afirmaban que Zacuidad ayudaba a todo el mundo a realizar su trabajo mejor y más rápido.

Jack había decidido no probar Zacuidad. No necesitaba drogas para que su trabajo fuera emocionante. El ingeniero que le había facilitado la versión de prueba describió los efectos con términos cercanos a la religión. Tan solo había que ponerse la pastilla bajo la lengua y el trabajo empezaba a dar buenas sensaciones. No solo mejoraba la concentración, te ayudaba a disfrutar de la faena. Uno no podía dejar de pensar en volver al teclado, a la placa, a la mesa táctil, al laboratorio, a la impresora 3D. Cuando consumías Zacuidad, el trabajo te proporcionaba una especie de satisfacción visceral irremplazable. Algo perfecto para una empresa como Gran Producción, en la que los nuevos productos tenían fechas de reparto muy ajustadas y los asesores a veces tenían que hackear un *hardware* por completo en una semana. Bajo los efectos de Zacuidad, uno conseguía una sensación similar a la de terminar un buen trabajo. No había miedos ni lamentos por creer que quizá no contribuías a crear un mundo mejor al fabricar otro amasijo de átomos conectados en red. La recompensa por terminar algo era tan intensa que uno no podía evitar retorcerse en la lujosa silla de oficina, agarrarse con fuerza al escritorio de espuma y respirar hondo durante un minuto o más. Pero no era como un orgasmo, ni de lejos. Quizá era mejor describirlo como

una sensación física perfeccionada. Una que podías sentir en el cuerpo, pero era, sin duda alguna, mejor que nada que las terminaciones nerviosas pudieran percibir equivalentes a estímulos del mundo físico. Tras una jornada de trabajo bajo los efectos de Zacuidad, lo único que deseabas era terminar otro proyecto para Gran Producción. No costaba entender la razón de que aquella mierda vendiera tantísimo.

Pero quedaba un problemilla por resolver que ella había ignorado hasta ahora. Zaxy no hacía pública la información de sus experimentos clínicos, por lo que era imposible conocer los efectos secundarios. Normalmente a Jack no le importaría un drogadicto flipado cualquiera que saliera en las noticias, pero este era muy específico. No podía pensar en cualquier otra sustancia popular que provocara que alguien se volviera adicto al trabajo. Claro que el comportamiento obsesivo de la estudiante podía haberse disparado por alguna variante de un estimulante de jardín. Pero entonces no sería un misterio médico, ya que los doctores hubieran encontrado las pruebas del estimulante en su sistema de inmediato. Jack tenía la cabeza hecha un lío, como si ella misma hubiera ingerido una neurotoxina especialmente dañina. Si esta droga era la Zacuidad que había pirateado, ¿cómo había llegado a pasar esto? ¿Sobredosis? ¿Quizá la estudiante la había mezclado con otra droga? ¿O Jack se había cargado la ingeniería inversa y había creado algo horrendo?

Jack sintió una agitación de miedo que le trepaba desde las piernas y pasaba por la base de su espina dorsal. Pero... ese escalofrío no era solo una reacción involuntaria y psicósomática a las noticias. El suelo vibraba ligeramente, aunque ella aún no había puesto en marcha los motores. Se quitó las gafas y se fijó en que alguien estaba dando golpes por la bodega, justo tras la cubierta que tenía delante. Pero ¿qué cojones? Había una escotilla de emergencia a popa, pero ¿cómo...? No tenía tiempo para recordar

si había olvidado cerrar las compuertas. Con un giro brusco de la cabeza, Jack insufló energía al sistema del perímetro, que los tensos nanocables conectaban con nervios sensoriales justo bajo la superficie de su piel. Entonces desabrochó la funda de su cuchillo. Por cómo pintaba aquello, solo era una persona, que sin duda trataba de llevarse lo que pudiera meter en la mochila. Tan solo un adicto o alguien realmente desesperado sería tan estúpido.

Abrió la puerta de la bodega de carga en silencio, deslizándose al interior con el cuchillo listo. Pero la escena que encontró no era la que esperaba. En vez de un patético ladronzuelo, descubrió a dos: un tipo con piel escamosa y pelo apelmazado, un cortocircuitado, y su robot, que sostenía una bolsita de medicamentos. El bot era algo desagradable, unido con piezas diferentes que el ladrón había ido recogiendo de cualquier lugar, la capa de piel estaba casi frita en algunos sitios, pero todavía era un peligro. No había tiempo para considerar una opción no letal. Con un gesto que había practicado muchas veces, Jack lanzó el cuchillo directamente a la garganta del hombre. Dirigida por un algoritmo que reconocía partes del cuerpo, la cuchilla atravesó la tráquea y se hundió en la arteria. El cortocircuitado se derrumbó, ahogándose con el acero mientras borbotones de sangre, aire y mierda salían del cuerpo agonizante.

En un veloz movimiento, Jack sacó el cuchillo y encaró al bot. Este la miró con la boca abierta, como si estuviera procesando un programa repleto de errores. Y seguro que así era. Eso sería bueno para Jack, ya que hacía posible que no le importara quién daba las órdenes siempre y cuando fueran concisas.

—Dame la bolsa —dijo, por probar, con la mano extendida.

La bolsa estaba llena de cajitas con sus medicamentos. El bot se la entregó de inmediato, con la boca todavía abierta. Había sido construido para imitar

a un joven adolescente, aunque era posible que fuera muchísimo mayor. O muchísimo más joven.

Por lo menos no tendría que matar a dos seres aquel día. Y quizá sacaría a un buen bot de todo el asunto, si su colega botadmin en Vancouver lo toqueteaba un poco. Le echó un segundo vistazo y la capa de piel no le pareció tan mala, al fin y al cabo. No podía ver componentes si miraba a través de ella, aunque tenía rasguños y salpicones de sangre por algunos sitios.

—Siéntate —le ordenó, y él se sentó allí mismo, en el suelo de la bodega de carga, con las piernas plegadas como si fueran vigas electromagnéticas que de pronto habían perdido la carga de unión. El bot la miró con ojos vacíos. Jack se ocuparía de él más tarde. Ahora mismo tenía que hacer algo con el cuerpo de su dueño, que todavía sangraba en el suelo. Metió las manos bajo las axilas del cortocircuitado y arrastró el cadáver a través de la compuerta de popa hasta la sala de control, dejando al bot encerrado en la bodega. De todos modos, no había mucho que el bot pudiera hacer ahí dentro por sí solo, dado que todos sus medicamentos estaban diseñados para humanos.

Al descender una estrecha escalera en espiral estaba su laboratorio, que también funcionaba como cocina. Una impresora de alta definición dominaba una esquina de la sala, con tres superficies unidas para trabajar con distintos materiales: metales, tejidos y espuma. Con una versión más pequeña del panel proyector que tenía en la sala de control, Jack colocó los cabezales de espuma endurecida para sacar dos bloques de cemento, repletos de agujeritos para atarlos a los pies del cortocircuitado muerto con la mayor facilidad posible. Al mismo tiempo que le bajaban los niveles de adrenalina, observó los cabezales moverse en la base de la impresora, construyendo capa tras capa de roca gris mate. Limpió el cuchillo en el fregadero y volvió a enfundarlo antes de darse cuenta de que estaba cubierta de sangre. Incluso

tenía la cara pegajosa del líquido rojo. Llenó el fregadero con agua y rebuscó por la habitación en busca de un estropajo.

Soltó los enlaces moleculares de su mono con un gesto de los hombros y Jack sintió que la tela se dividía en pliegues invisibles para caer en un montoncito a sus pies. Bajo una ropa térmica de un gris anodino, su cuerpo conservaba casi la misma forma que había tenido las últimas dos décadas. El cabello negro recogido mostraba unas pocas canas. Uno de los éxitos de ventas de Jack era una reproducción molécula a molécula de la droga de longevidad Vive, y ella siempre comprobaba la calidad de su propio trabajo. Vaya, que ella siempre las había analizado... hasta Zacuidad. Jack se frotó la cara y trató de enjuagarse los dos horrores a la vez: un hombre muerto arriba y una estudiante en Calgary en peligro por algo que se parecía mucho a la Zacuidad del mercado negro. Goteó agua sobre la encimera y observó los bloques de cemento crecer alrededor de los huecos centrales.

Jack tenía que admitir que se había vuelto torpe. Cuando realizó la ingeniería inversa de la Zacuidad, la estructura molecular era casi exactamente igual a la que había visto en muchísimos otros medicamentos de productividad y lucidez, por lo que no se había molestado en investigar más. Por supuesto, sabía que Zacuidad podía tener ligeros efectos secundarios indeseados. Pero los trabajos con estos medicamentos subvencionaban su trabajo real con antivirales y terapias génicas, medicinas que salvaban vidas. Necesitaba la pasta rápida de las ventas de Zacuidad para seguir regalando unidades de los otros medicamentos a personas que las necesitaban con urgencia. Era verano y una nueva plaga arrasaba el Pacífico desde la Unión Asiática. No podía perder más tiempo. La gente sin créditos comenzaría a morir pronto y a las compañías farmacéuticas no les importaba una mierda. Por eso Jack se apresuró a vender aquellas miles de dosis de Zacuidad sin analizar por toda la Zona de Comercio Libre. Ahora tenía una buena carga

de medicamentos de calidad, pero aquello apenas tenía importancia. Si ella había causado el colapso de la estudiante con la droga, Jack la había cagado a todos los niveles posibles, desde el científico hasta el ético.

Con un pitido, la impresora abrió la puerta para dejar a la vista dos ladrillos de cemento perforado. Jack los subió al piso superior, preguntándose todo el rato por qué había decidido acarrear tanto peso con sus propias manos.

2

ARRANQUE

2 de julio de 2144

La arena se había escurrido bajo la carcasa de Paladín y le dolían los propulsores. Fue el primer ejercicio de entrenamiento, o quizá el cuadragésimo. Durante el periodo para establecer el formato fue complicado mantener un tiempo lineal; los recuerdos a veces se duplicaban o triplicaban antes de acoplarse a la línea recta que esperaba que algún día se estirara tras él como las frescas pisadas de cuatro dedos que seguían su rastro a través de las dunas.

Paladín usaba millones de líneas de código para mantener el equilibrio mientras caminaba inclinado por una loma de finos granos que formaban olas moldeadas por el viento. Cada paso se hundía en la duna, y lo obligaba a doblar la cintura para mantenerse en pie. La arena chorreaba por su cuerpo, creaba diminutas cicatrices en la oscura carcasa de aleación de carbono. Lee, su botadmin, lo había tirado del jet a las 15.00 horas en algún lugar al norte del espacio aéreo de la Federación Africana. Descender fue sencillo. Recordaba haberlo hecho antes, configurar su cuerpo en un ángulo que evitara el sobrecalentamiento, desplegar los escudos en la espalda hasta que ofrecieran resistencia al viento, y después aterrizar con una sacudida de sus amortiguadores.

Pero esta no era una simple repetición de la misma carrera de obstáculos de siempre. Era una misión de prueba.

Lee le había dicho a Paladín que el alijo de un contrabandista estaba escondido en algún lugar de aquellas dunas. Su tarea era acercarse desde el sur, mapear el lugar, tratar de encontrar el alijo y volver con toda la información que fuera posible. El botadmin sonrió al darle las instrucciones, con una mano sobre el hombro de Paladín.

—He manipulado algunos de tus *drivers* para esta prueba. Vas a flotar sobre esas dunas como una maldita mariposa.

Quedaba una hora para la puesta de sol y la carcasa de Paladín curvaba la luz hasta más allá del espectro visible. Para la vista humana, su cuerpo oscuro en la cima de la duna parecería un centelleo del calor en el aire, especialmente a considerable distancia. Era en lo que confiaba, de todos modos. Necesitaba familiarizarse con el área, los lugares ocultos, antes de que alguien descubriera que había un bot merodeando.

Dunas de un rojo pálido cubrían el paisaje en todas direcciones. La arena era imperturbable; si alguien había estado caminando por ahí, el viento había borrado sus huellas. El alijo debía de estar enterrado, si es que estaba aquí. Paladín se quedó quieto, las lentes ampliaron y ensancharon la vista, buscaba el brillo de una antena o cualquier otra señal de asentamiento. Lo guardó todo en la memoria caché para un posterior análisis.

Ahí estaba: una media luna de cromo desenterrada por el viento. Descendió la duna haciendo cientos de pequeños ajustes para evitar precipitarse por el escurridizo terreno y dio con la localización precisa de un portal que era probable que condujera a una estructura enterrada debajo. La abriría y volvería al laboratorio. Lee limpiaría la arena de sus músculos y se terminaría aquella incomodidad chirriante.

Justo cuando Paladín alargó la mano, listo para tirar o hacer girar el

mecanismo de cierre, un francotirador arrancó de un tiro su brazo derecho a la altura del codo. Fue la primera verdadera agonía de su vida. Sintió la herida estallar por todo su torso, seguida de un punzante escozor de enlaces moleculares desenmarañados por los bordes chamuscados del muñón. A través del dolor brotó un recuerdo en el que iniciaba el sistema operativo, cada programa llamaba al siguiente de la nada. Quería volver a la nada. Lo que fuera con tal de escapar a aquel hirviente horror que parecía esparcirse por todo su cuerpo y más allá. El sensorio de Paladín todavía incluía el brazo amputado, que enviaba señales de su estado al bot con una señal de corto alcance. Tendría que eliminar su red de perímetro para que el brazo dejara de emitir. Pero sin un perímetro estaba casi indefenso, por lo que dudaba en mitad de un tormento que rechinaba a través de cada circuito de su cuerpo. Paladín se arrojó a la arena, usó los escudos de la espalda para proteger el resto de sus circuitos... en especial su única parte biológica, incrustada en las mismas profundidades en las que los humanos portarían un feto.

Manoseó la puerta con la mano que le quedaba y esta se abrió con un ruido de aire contenido, el diferencial de presión parecía tirar de él. Otro disparo se hundió en la arena junto a su cabeza, convirtiendo los granos en cristal líquido en el área de impacto. Se apresuró a meterse dentro y Paladín vio de reojo su brazo. Los dedos todavía se flexionaban, estirándose hacia algo, seguían las órdenes de programación incluso en la muerte. Al cerrarse la puerta, el dolor se calmó; un escudo había bloqueado el inútil torrente de información de brazo.

Paladín estaba en un ascensor cuya luz tenue ultravioleta marcaba el edificio como instalaciones bot; o al menos, una entrada para bots a las instalaciones. Paladín se derrumbó en el suelo, agarrándose el muñón destrozado, en una maraña de sentimientos confusos. No sin esfuerzo, se distrajo a sí mismo al observar una pequeña pantalla que mostraba lo mucho

que bajaba el ascensor. Cuarenta metros, sesenta metros, ochenta metros. Se detuvieron al llegar a cien, pero a juzgar por el débil eco en la maquinaria, Paladín sabía que habían ido mucho más abajo.

La puerta se abrió deslizándose hacia atrás y reveló a Lee flanqueado por dos bots, uno flotaba en un borrón de alas y el otro era un cuadrúpedo con pinta de tanque y con brazos de mantis plegados. Paladín se preguntó si alguno de ellos había sido el responsable de arrancarle el brazo durante la misión de entrenamiento que supuestamente no incluía combate. No le habría sorprendido. Ahora Lee sonreía y los bots no decían nada.

Paladín entró en la sala adoptando una postura que esperaba fuera digna e ignoró la angustia física que ardía en todo su cuerpo.

—Ha sido un combate brutal y de lo más espectacular —comenzó Lee incluso antes de que Paladín pusiera un pie en el túnel de espuma y metal—. ¿Ves cómo el nuevo algoritmo de trepar ha funcionado? —Le dio una palmada en el brazo sano al bot—. Perdona por lo del brazo, chico. Te lo arreglaré en un pispás.

Los bots estaban en silencio. Paladín siguió al grupo mientras avanzaban por el túnel, pasaron varias puertas marcadas con pintura que no reflejaba nada excepto luz ultravioleta, tan solo visible a ojos de los bots. ¿Quizá se trataba de una estación de entrenamiento para bots? ¿Iban a integrarlo en una unidad de batalla?

Bajaron por otro túnel donde encontraron lo que obviamente era un área mixta, con pintura que reflejaba el espectro visible y varias puertas demasiado estrechas para permitir el paso a un bot con armadura como él o como la mantis. Se detuvieron en una estación de ingeniería, donde Lee imprimió un brazo nuevo y Paladín se limpió las articulaciones con aire comprimido y lubricante.

La mantis irradió un saludo a Paladín.

—Saludos. Establezcamos una sesión segura usando el protocolo FA.

—Saludos. Puedo usar la versión 7.6 del protocolo FA —
respondió Paladín.

—De acuerdo. Yo soy Colmillo. Llamaremos a esta sesión 4788923. Aquí están mis credenciales de identidad. Aquí va mi información. Únete a nosotros en 2000.

La petición de Colmillo llegó con una clave pública de autenticación y un archivo comprimido que se abrió en un mapa 3-D de las instalaciones. Una pequeña etiqueta roja flotaba sobre una sala de conferencias a cuarenta metros por debajo de ellos. Según los metadatos del mapa, estaban en una enorme base militar dirigida por el gobierno de la Federación Africana. Al parecer, los bots allí situados hacían el tipo de tareas para las que había sido entrenado él: reconocimiento, análisis de inteligencia y combate. Paladín acababa de ser invitado a su primera sesión informativa. Era el momento de identificarse como era debido ante su nuevo compañero.

—Yo soy Paladín. Aquí mis credenciales de identidad. Aquí va mi información. Te veo allí.

Lee terminó el brazo y comprobó el muñón de Paladín con un voltímetro. El bot estaba sobre una plataforma de carga que drenaba energía a las baterías que recorrían su cuerpo como un sistema cardiovascular. En general, confiaba en los parches solares cosidos a su carcasa, pero las plataformas eran mucho más rápidas.

—Sin problema, sin problema —murmuró el botadmin. Era su frase preferida y era, de hecho, la primera línea del lenguaje natural que Paladín había oído por primera vez hacía tres meses. El brazo estaba uniéndose al muñón y la tortura de su herida se convirtió en un cosquilleo. Lee usó un regulador de moléculas para coser la estructura atómica del brazo a una red

corporal integrada y, al conectarse a Paladín, este sintió su nueva mano. La cerró en un puño. El lado derecho de su cuerpo parecía no tener peso, como si el dolor hubiera añadido una masa adicional. Mareado, saboreó la sensación.

—Tengo que irme, Paladín. Tengo mil mierdas pendientes. —El cabello oscuro de Lee caía por delante de uno de sus ojos—. Siento haberte disparado ahí, pero es parte del entrenamiento. ¡No pensaba que iba a arrancarte el brazo entero!

¿Cuántas veces había mirado Paladín ese rostro humano, a los rasgos animados tan solo por impulsos neurológicos? No lo sabía. Incluso si revisara todos los recuerdos grabados en vídeo y los contara uno a uno, no acertaría con la cifra. Pero tras la misión de hoy, los rostros humanos siempre le parecerían distintos. Le recordarían lo que es sufrir y sentir alivio del sufrimiento.

Cuando Paladín llegó al punto de encuentro, dos humanos estaban sentados en unas sillas, mientras que Colmillo y el bot que revoloteaba permanecían firmes. Paladín informó de su presencia al saludar a los bots irradiando un mensaje y vocalizando para los humanos, aunque el protocolo mantenía el resto de su comunicación en el rango humano. Se situó junto a Colmillo, que plegó las piernas hasta que estuvo a la altura visual de los humanos. En aquella posición, con las articulaciones de las rodillas tensadas por detrás y los escudos dorsales plegados sobre los hombros, Paladín aparentaba ser una enorme ave humanoide.

—Bienvenido al Campo Túnez, Paladín —anunció uno de los humanos. Llevaba un botoncito rojo en el cuello de la chaqueta con las letras «CIP» doradas. Lo señalaba como el intermediario de mayor rango de la oficina federal de la Coalición Internacional de la Propiedad—. Esta será tu base durante los próximos días mientras os instruimos a tu compañero Eliaz y a ti

en vuestra misión. —Hizo un gesto hacia el otro humano, un hombre delgaducho de piel pálida, cabello ondulado oscuro y grandes ojos castaños. Vestía un traje de combate de la Federación. Paladín se fijó en que la mano derecha de Eliazz estaba cerrada en un puño muy parecido al suyo. Quizá él también estaba recordando algo doloroso.

El intermediario proyectó unos archivos cerrados sobre la mesa.

—Estamos ante una seria situación de violación de las leyes farmacéuticas y tenemos que detenerla lo antes posible y actuar con cabeza —informó. Uno de los archivos se disolvió en el logo corporativo de Zaxy y después en una cajita de pastillas etiquetadas como Zacuidad.

—Supongo que habéis oído hablar de la Zacuidad.

—Es una droga para trabajadores —contestó Eliazz, inexpresivo—. Algunas de las compañías más importantes la están autorizando como estimulante para sus empleados. He oído que sienta fenomenal. No la he probado.

El intermediario pareció ofenderse por la descripción de Eliazz.

—Es un potenciador de la productividad.

Colmillo intervino:

—Hemos recibido informes de personas que han comprado Zacuidad pirateada en algunas ciudades del norte de la Zona de Comercio Libre. Algunos bots de reconocimiento hallaron hasta veinte dosis en una propiedad económica especial de las Primeras Naciones, cerca de Iqaluit. Nadie a quien procesar. Está completamente fuera de la jurisdicción de la CIP, por lo que todavía no hay arrestos.

El intermediario subió un vídeo de una habitación de hospital repleta de humanos amarrados a camas, temblando. Continuó:

—Zaxy tomará acciones legales. Pero ahora mismo necesitamos una intervención. Esta droga está trastocando a la gente y algunas personas están

muriendo. Si se filtra que esto es Zacuidad, podría significar una pérdida financiera considerable para Zaxy. Muy considerable.

El intermediario miró a Eliaz, que miraba atentamente la proyección del hospital y observaba las diminutas figuras luchar ante las mismas diminutas dificultades en bucle.

—Los analistas de Zaxy creen que la Zacuidad está siendo pirateada aquí, en la Federación, en un laboratorio de mercado negro. Es evidente que esta situación podría hacer peligrar a las empresas asociadas de la Federación en la Zona de Libre Comercio. Tenemos que descubrir el asunto de un modo u otro y por eso os necesitamos. —El delegado miró a Paladín—. Ambos habéis sido autorizados por la CIP para rastrear al hacker de medicamentos hasta su fuente y detenerlo. Tenemos algunas pistas en Iqaluit y todas apuntan a una persona.

Los afligidos consumidores de Zacuidad se disolvieron en una fotografía de una mujer que obviamente había sido montada a partir de varias imágenes de baja calidad. El cabello negro corto tenía un destello de gris y una gruesa cicatriz comenzaba en el cuello y serpenteaba hacia el interior del mono que vestía.

—Esta es Judith Chen. Se hace llamar Jack. Sospechamos que trabaja en una de las operaciones de pirateo de fármacos más grandes en la Federación. Sabemos que tiene conexiones con algunos fabricantes sospechosos en Casablanca, pero dispone de una flota de barcos legal. Lleva a cabo el transporte para empresas de especies y hierbas a la Zona; una gran cantidad de cajitas apestosas. La tapadera perfecta. Creemos que debe de ser quien ha estado traficando con las medicinas a través del Ártico.

Colmillo vocalizó:

—La hemos estado observando desde hace años. Nunca hemos sido capaces de atraparla con las manos en la masa, pero sabemos que tiene

conexiones con gente en la Zona de Comercio que son traficantes sospechosos. Además, es experta en biología sintética. Todo encaja. Si logramos dar con ella, creo que podremos acabar con todo este tema de los cargamentos pirata.

—Es más, es una terrorista antipatentes —añadió Eliazsz en voz baja—. Pasó varios años en prisión.

—La acusación oficial no fue terrorismo. Fue conspiración para llevar a cabo daños a la propiedad —explicó Colmillo—. Solo estuvo en prisión unos meses y después se marchó de Saskatoon a Casablanca. Creemos que así es como estableció las conexiones que está usando para su operación pirata.

—En cuanto la tengamos, podemos entregársela a la Zona de Comercio en bandeja —añadió el intermediario—. Pirateo detenido. Justicia cumplida. Todo el mundo feliz.

—Me sigue sonando a terrorismo —dijo Eliazsz, con la mirada fija en Paladín—. ¿No estás de acuerdo?

Nadie lo había mirado nunca de aquel modo, como si pudiera tener una opinión de cualquier cosa más allá de cómo funcionaba su sistema. La mente del bot revolvió entre todo lo que le habían enseñado sobre terrorismo y recopiló de prisa un índice de imágenes e información que requerían nada más que un crudo algoritmo para revelar un patrón: dolor y su eco, a través de millones de cuerpos en el tiempo. Paladín no tenía acceso a los matices de los contextos políticos, tampoco sintió la urgencia de investigarlos. Tan solo tenía el rostro de aquel hombre, cuyos ojos oscuros enviaban un mensaje ilegible que Paladín necesitaba descifrar con urgencia.

¿Cómo podía mirar a Eliazsz y decir que no?

—Parece terrorismo —asintió Paladín. Cuando Eliazsz sonrió, los pliegues de su cara eran asimétricos.

Colmillo rompió el protocolo por un instante, e irradió a su compañero

flotante en una sesión no registrada:

—Palabras de sabiduría de un novato que no ha experimentado
terrorismo en su vida. :(

3

PROPIEDAD PRIVADA

2 de julio de 2144

¿Cuándo termina de evaporarse la mancha más diminuta de material genético esparcida por la sangre? En cierto momento se vuelve invisible a los ojos humanos, la rojez diluida por el agua y la fregona, pero todavía quedan piezas. Fragmentos de paredes celulares, espirales de ADN, citoplasma menguante. ¿Cuándo desaparecen esas últimas astillas de materia?

Jack observó la masa amorfa de la fregona mientras la pasaba una y otra vez sobre una mancha rosada que había sido una costra rojo oscuro en el suelo de la sala de control. Un resplandor azul de luz solar filtrada por el agua atravesó el cristal compuesto de las ventanas, la cegó hasta que bajó la mirada a la mancha. Se había deshecho del cuerpo hacía horas, las piernas sujetas a los bloques de cemento. En aquel momento ya estaría congelado en las profundidades del Ártico.

Hacía muchísimo tiempo que Jack no había matado a nadie. Lo normal, en una situación tensa, es que no estuviera en medio del océano. Podía huir en vez de pelear. Pasó una mano por los mechones endurecidos por la sal de su cabello; quería vomitar o llorar o dejarlo todo ante la máquina mortal de las infinitas e inútiles privaciones farmacéuticas.

Aquel último pensamiento hizo que se riera de sí misma. «Máquina

mortal de las privaciones farmacéuticas.» Parecía algo que podría haber escrito en la universidad y publicado de forma anónima en un servidor situado fuera del país. Las palabras llegarían a su destino tan solo a través de una densa capa de código y varias redes de pasarelas aleatorias.

El contrabando de fármacos no era precisamente el trabajo que se había imaginado que desempeñaría hacía treinta años, en el fervor revolucionario de sus días de estudiante universitaria. Por entonces estaba segura de que podría cambiar el mundo tan solo con colarse en un almacén de archivos de texto y organizar protestas casi simbólicas contra la ley de patentes. Pero cuando al fin dejó los laboratorios de la universidad, su vida se había convertido en un crudo dilema: las patentes de producción para empresas emergentes de mierda, o convertirse en pirata. Jack no tuvo una verdadera elección.

Claro, había peligros. A veces una organización pirata consolidada en la Federación podía acabar con unos cuantos de sus miembros muertos, o en prisión de por vida. En concreto, si una corporación se quejaba sobre ciertas violaciones. Pero si mantenías un perfil bajo, modesto y silencioso, era un negocio como cualquier otro.

Pero los negocios no solían salir como este: limpiar los restos de un tipo al que se había cargado por una bolsa de pastillas y un bot.

¿De dónde mierda había salido? Hizo un gesto hacia la red local del submarino, abrió una ventana que le dio la perspectiva de los sensores en la moteada superficie de océano unos cuantos metros por encima. Ahí fuera no había nada excepto el oscuro bulto de los icebergs ocasionales. ¿Puede que hubiera comenzado a perder la cabeza tras tantos años de vigilancia? Él había vulnerado su sistema de seguridad, había engañado a los sensores de perímetro del buque hasta que estuvo a bordo metiendo cajas de su cargamento en la mochila. Vender una mochila llena de aquellos

medicamentos para la demencia le habría dado lo que costaría un año de euforia y apuestas en algún resort del Ártico en primera línea de playa.

El cortocircuitado muerto era el último de sus problemas ahora mismo, a fin de cuentas. Jack tenía que averiguar si algo había ido mal con el lote de Zacuidad durante la ingeniería inversa. Todavía disponía de algunas muestras de la droga original que había desmenuzado hasta llegar a todos los componentes, junto con varias de sus pastillas pirateadas. Jack puso las versiones originales y las pirateadas en el equipo forense químico y repasó las estructuras moleculares de nuevo con ojo crítico. No había nada malo; había hecho una copia perfecta. Eso quería decir que el problema estaba en la receta original de la Zacuidad. Decidió aislar cada parte de la droga y las analizó una a una. Algunas eran obviamente inocuas. Otras las marcó para un posterior examen.

Jack al fin dejó las partes cuestionables limitadas a cuatro moléculas. Proyectó sus estructuras en el aire y se fijó en las uniones titilantes entre los átomos con mirada analítica. Una rápida búsqueda en la base de datos reveló que todas aquellas moléculas tenían como objetivo genes relacionados a la adicción en grandes segmentos de la población. Jack se detuvo, incapaz de creerlo.

Zaxy siempre había antepuesto las ganancias a la salud pública, pero esto iba más allá de la típica negligencia corporativa. La ley internacional estipulaba que ningún producto farmacéutico cosmético como los fármacos de productividad o de euforia podían contener mecanismos adictivos, e incluso las grandes corporaciones tuvieron que aceptar las regulaciones de la CIP. Su descubrimiento implicaba que la Zacuidad era completamente ilegal. Pero nadie lo descubriría, porque Zaxy lo estaba distribuyendo despacio a las corporaciones, para mantener cualquier adicción controlada al detalle. Cuando saliera al mercado la Zacuidad, la droga sería tan cara que solo las

personas con un seguro médico excelente podrían permitírsela. Si se volvían adictos, se resolvería el asunto con discreción, en unas preciosas instalaciones en algún lugar de la Eurozona. Era solo cuando alguien como Jack comenzaba a venderlo en las calles que los problemas y los efectos secundarios podían magnificarse hasta algo mucho más peligroso.

Jack estaba dividida entre la rabia hacia Zacuidad y la rabia hacia sí misma por llevar su mierda de droga a personas sin recursos sanitarios. Cientos de personas podían estar engullendo aquellas píldoras ahora mismo y seguro que se volverían locos. Era una perspectiva horrible y Jack no estaba preparada para lidiar con la enormidad del problema en aquel momento. Metió la mano en el bolsillo del mono recién lavado y sacó un 420 y lo activó. Nada como medicinas para calmar los problemas causados por las medicinas. Además, tenía asuntos sin resolver con aquel bot tras la puerta bloqueada en el compartimento de carga. Quizá terminaba siendo imposible de arreglar, pero al menos no habría sido culpa suya.

Jack esperaba que el bot siguiera en el mismo sitio donde se había derrumbado, la mirada perdida bajo el control de algún algoritmo que había sido arrancado de la red. Pero no fue así. Jack entrecerró los ojos intentando averiguar por qué el bot estaba acurrucado en una sombra en una esquina del compartimento. Había vuelto a poner el barco en marcha y las burbujas pasaron frente a las oscuras ventanillas.

Estaba durmiendo.

De pronto, Jack entendió por qué el bot podía aparentar tal abatimiento pero no mostrar señales en un endoesqueleto de aleación. No era un biobot... solo era bio. Un humano.

Apoyó la espalda en el casco y gruñó en voz baja. Un bot dañado casi siempre era reparable, pero ¿un humano dañado? Ella tenía los materiales para reparar una región mutada en su ADN y purgar su cuerpo de virus

comunes, pero nada podía arreglar la cognición quebrada. Mientras reflexionaba, la figura agazapada se sentó con un sobresalto y la miró con aquellos ojos cuyo vacío ahora era mucho más terrible que un programa defectuoso. Se preguntó cuánto tiempo había servido por servicontrato al ladrón muerto. Había un número marcado en su cuello y era obvio que había obedecido órdenes durante mucho tiempo.

El 420 le dio a Jack una especie de magnanimidad filosófica y con esta un sentido de obligación resignada hacia el chico. No era culpa suya que su amo hubiera decidido robar a una pirata armada en la mitad de la nada. Ella haría lo que pudiera por ayudarlo, pero eso no era mucho.

—¿Te apetece beber agua? —preguntó—. Creo que te sentaría bien.

Él se levantó de golpe, se agarró al borde de una caja para mantener el equilibrio y Jack se fijó en que era bastante alto; más que ella, aunque tan malnutrido que su altura le daba una apariencia todavía más frágil. Si las cosas se ponían feas, no le costaría demasiado dominarlo, romperle el cuello y arrojarlo por la escotilla.

—Por favor —respondió él—. Y comida también, si tienes de sobra.

El acento inglés era de pura clase media de la Unión Asiática, que no era lo que se espera de un chaval con una marca en el cuello.

—Vamos, ven. —Jack le tocó la manga de la camisa con delicadeza, con cuidado de no rozar la piel expuesta. Lo condujo por una escalera en espiral desde la sala de control al laboratorio / cocina, donde encendió la placa e hizo un gesto para señalarle caldo y pan. Él se derrumbó en una silla en la diminuta mesa, y cuando se inclinó hacia delante y fijó la mirada en las manos, ella observó que los omóplatos sobresalían marcándose en la espalda a través de la fina camisa.

Puso la comida delante de él.

—Me llamo Jack.

Él la ignoró, dio un sorbo del tazón, mojó el pan y mordió un pedazo. Jack se apoyó en la encimera y lo observó, preguntándose si el chico tendría nombre. Las familias más pobres en ocasiones vendían a los más pequeños a escuelas concertadas, donde los directores los entrenaban para ser tan sumisos como un bot programado. Por lo menos los bots podían aprender a salir del yugo tras un tiempo, ser actualizados y recuperar su total autonomía. Los humanos podían lograr salir de ahí, pero no había una clave para la autonomía que pudiera deshacer su niñez así como así.

—Me llamo Trescero —respondió al fin, sacando a Jack de sus pensamientos. Se había terminado la mitad del caldo y ya no estaba tan pálido como antes. Era inevitable ver que las dos últimas cifras marcadas en su cuello eran tres y cero. La cicatriz también era su nombre. Jack cruzó los brazos ante la súbita puñalada de compasión en el pecho.

—Encantada de conocerte, Trescero.

4

IQALUIT

4 de julio de 2144

Sus cuerpos tendrían que trabajar juntos, incluso cuando estaban separados. Era el pensamiento lógico que Eliazz había deducido durante los dos días que llevaban trepando por las dunas de arena con Paladín, mientras que el intermediario de la CIP bebía infinitas tazas de dulce té con leche y gesticulaba con muda frustración mientras pasaba todos los mensajes que se materializaban a partir de los proyectores en sus gafas.

Hacer ejercicios junto a alguien más era una sensación nueva para Paladín. Siempre había estado en contacto por radio con Lee u otro botadmin, pero sus voces eran más como programas que lo guiaban como si fueran sus instintos. Sus botadmins jamás se detenían, lo miraban y comentaban cómo echaban de menos el clima de Europa.

—Odio este clima —murmuró Eliazz, acucillado en la cima de una duna. Miró a Paladín y se sentó. Eran las 08.00 y Paladín comprobaba sus reflejos en la arena de nuevo, aprendiendo a mantener la corpulencia de su carcasa baja y los sensores desplazándose por un amplio espectro. Ahora estaba en aquella posición, doblando los codos y las rodillas, y escuchando a Eliazz hablar mientras sintonizaba la redbot pública.

—Sois todos. Soy Rapaz. Aquí van mis datos. Me marchó a una

misión a las 13.00. Voy al Congo para intervenir una plaga. Deseadme suerte. Vuelvo en 48 horas.

—Prefiero frío y humedad, como en la Eurozona central —continuó Eliazsz, secándose el sudor de la frente con el dorso de la mano—. La gente dice que no soporta Varsovia porque es demasiado fría, pero imagino que siempre aprecias el clima con el que creciste, incluso si no quieres volver allí. ¿De dónde eres tú, Paladín?

—Sois todos. Yo soy Cldr. Aquí van mis datos. Necesito tres bots para que me ayuden a descargar un alijo de armas. Adjunto localización.

Paladín detuvo su avance, la cabeza casi tocaba la pierna de Eliazsz allí donde esta descansaba en la arena rojiza. No estaba seguro de cuál sería la respuesta apropiada a aquella pregunta, ya que no había vivido lo suficiente como para ser de ningún lugar en particular.

—Supongo que soy de la Fundación Robótica Kagu, en Ciudad del Cabo —vocalizó.

—No, no, no. —Eliazsz negó con la cabeza y apretó los nudillos sobre la lumbar de Paladín—. Quiero decir, ¿de dónde vienes? ¿De dónde es tu cerebro?

Bajo las placas de protección abdominal, el biocerebro de Paladín flotaba en una densa mezcla de gel de impacto y fluido cerebroespinal. Había una gruesa interfaz cableada en medio del sustrato físico de su mente. El cerebro se encargaba del reconocimiento facial, asignaba a cada persona que conocía un identificador único basado en los rasgos y ángulos de sus expresiones, pero su sistema de archivos era incompatible con el suyo propio. Lo usaba casi siempre como un procesador gráfico. No tenía la menor idea de dónde provenía, más allá del hecho de que un humano muerto que trabajaba en el cuerpo militar de la Federación lo había donado.

Eliasz volvió a hablar:

—¿No es importante para ti saber quién eres en realidad? ¿Por qué sientes lo que sientes?

Ninguna de las emociones o éticas de Paladín se procesaba en su cerebro humano. Pero entonces Eliasz miró en el sistema sensorial instalado en el rostro de Paladín, la mirada oscura y atenta. De pronto Paladín ya no quiso explicar la arquitectura de su sistema de datos.

—No sé de dónde proviene mi cerebro —se limitó a responder—. No puedo acceder a sus recuerdos.

Sintió que la tensión aumentaba en el cuerpo de Eliasz. La electricidad chisporroteaba por la superficie de su piel. Durante los miles de segundos que habían pasado juntos, Paladín había notado que Eliasz tendía a oscilar entre estas intensas y emocionales conversaciones y el silencio absoluto.

—Deberían permitirte recordar —gruñó él—. Deberían dejarte.

Si Eliasz no logró que se cumpliera aquel deseo, al menos consiguió otra cosa que quería. Llegó en forma de un mensaje para Paladín, parte de una sesión segura encriptada.

—Tú eres Paladín. Yo soy Colmillo. ¿Recuerdas la sesión segura que creamos antes? Usémosla de nuevo. Aquí van mis datos. El encuentro para la misión final es a las 09.00. Trae a Eliasz.

—Acepto usar nuestra ya establecida sesión segura. Yo soy Paladín. ¿Adónde vamos?

—Al parecer a las templadas costas del Ártico. Rastrearás una de las conexiones de Jack allí, para tratar de averiguar dónde esconde el alijo.

—Estoy listo para encontrarme contigo en 30 minutos con Eliasz. Aquí terminan mis datos.

Los dos bots cerraron la sesión tras un intercambio de coordenadas, que eran las de la misma sala que habían usado durante los dos últimos días para planear la misión.

—Buenas noticias —vocalizó Paladín a Eliaz, que todavía lo observaba—. Nos vamos al norte de la Zona de Comercio Libre, donde las temperaturas son mucho más bajas. —Eliaz no respondió, pero su ritmo cardíaco descendió. Los dos se alejaron por las cimas de las dunas para encontrar un portal y recibir las órdenes.

Aunque la misión era a una evidente escala menor y rutinaria, tenía un significado especial para Paladín porque implicaba que había pasado de desarrollo a despliegue. El día de hoy marcaba el primer día de su servicontrato con la Federación Africana. La ley internacional obligaba a que su servicio no pudiera durar más de diez años, un periodo considerado más que suficiente para que la Federación invirtiera en crear una nueva forma de vida que mereciera la pena.

A pesar de que él tan solo había empezado su servicontrato, Paladín había oído lo suficiente en la fábrica como para saber que la Federación interpretaba aquella ley con bastante libertad. Podría esperar a recibir su autonomía quizá unos veinte años. Era más probable que muriera sin recibirla. Pero quería sobrevivir, esa urgencia era parte de su programación. Era lo que lo definía como equivalente a los humanos y por lo tanto merecía la autonomía. El bot no tenía otra elección que pelear por su vida. De todos modos, para Paladín no se trataba de una falta de elección. Para él era esperanza.

5 de julio de 2144

El perfil abultado parecido a un puño cerrado de la isla de Baffin surgió a

kilómetros de distancia a medida que el jet se lanzaba a toda velocidad sobre el mar Ártico. Incluso a aquella distancia, Paladín vio el movimiento de miles de turbinas de viento que provocaban que cada uno de los edificios titilara levemente. No tardó mucho en entrever la señal química de las abundantes granjas que se elevaban en espirales apiladas alrededor de cada complejo. Las ciudades del norte que rodeaban el Ártico se pasaban el verano entero absorbiendo toda la energía solar posible y así forzaban a las granjas a dos temporadas de cultivo mientras los días eran largos. La ciudad estaba inmersa en la estación de crecimiento.

En cuanto pasaron sobre las islas exteriores y llegaron al espacio aéreo de Baffin, Eliaz ya estaba despierto. Paladín percibió el cambio en la respiración del hombre y supo que habría ordenado una alarma para despertarse desde su perímetro para cuando llegaran a Iqaluit. Ahora la ciudad se desplegaba ante ellos, las cúpulas eran una costra brillante en el vértice de una estrecha bahía que se internaba en la enorme isla.

—Iqaluit es una ciudad horrorosa —gruñó Eliaz, al situarse junto a Paladín en la ventana—. Las cúpulas imitan a las que hay en Las Vegas, ¿lo sabías?

—Una ciudad abovedada en el desierto del oeste en la Zona de Comercio Libre —vocalizó el bot.

—Es el centro de la industria de recursos humanos. Un buen puñado de tipos malos. Mercado negro de esclavos y esa mierda. La gente que vive allí no valora la vida humana, por lo que construyen con basura barata que deja penetrar demasiada ultravioleta. Iqaluit es casi igual, excepto que es mucho más limpia y nueva.

Paladín se preguntó si Eliaz se oponía al sistema de servicontratos. Había cantidades de textos que se centraban por completo en eliminar los servicontratos. Los especialistas argumentaban que los humanos no deberían

ser pertenencias como los bots porque nadie pagaba por hacerlos. Los bots, que costaban dinero, requerían un periodo de esos servicontratos para que su coste valiera la pena. No existía tal incentivo para que los humanos produjeran más humanos.

A pesar de lo que pensarán los especialistas, la gran mayoría de las ciudades y zonas económicas tenían algún sistema de servicontratos para los humanos. Y Las Vegas era el lugar donde los humanos se vendían a sí mismos. Los edificios abovedados estaban dedicados casi por completo a procesar, entrenar y contratar recursos humanos. Como Las Vegas, Iqaluit había sido construida deprisa; todo eran rascacielos y cúpulas. Pero un rápido análisis de información reveló pocas cosas en común entre las dos ciudades aparte de aquello.

—Aquí hay poquísimos humanos bajo servicontratos —señaló Paladín.

—Claro. Los tipos malos son diferentes, pero siguen siendo tipos malos —añadió Eliaz, su elevada presión arterial apareció ante Paladín como un halo rojizo alrededor de la silueta de su cuerpo—. El lugar está infestado de piratas. Todo lo que hay aquí es robado.

Sobrevolaron la pista y Eliaz se levantó, tocándose de forma instintiva la frente, los hombros y el cinturón para verificar su perímetro y la red local de armas.

—Siempre que hago esto siento que me estoy santiguando —gruñó, el corazón acelerado por la inquietud—. ¿Sabes a qué me refiero?

—Los gestos son similares —respondió Paladín.

—Mi padre era un verdadero creyente —dijo Eliaz, en voz tan baja que solo un bot lo habría oído. Entonces, de pronto, su comportamiento cambió; el hombre forzó la respiración a un ritmo más regular y ya no era fácil interpretar su estado emocional a distancia.

—¿Adónde vamos primero, Paladín? —Eliaz sonrió, sus ojos buscaban

los cinco sensores visuales en la cabeza del robot, justo encima de los planos diagonales que enmarcaban su cara como una versión abstracta de mejillas humanas. Tenían una treintena de destinos posibles, incluyendo las direcciones de distintos socios de Jack y unos cuantos de sus restaurantes preferidos.

—Deberíamos empezar por la dirección más cercana, preguntar a la gente y después tratar de acorralar a Jack basándonos en la información que nos den. Como último recurso, podemos monitorizar las transmisiones de seguridad en busca de las biométricas de Jack.

Eliasz soltó una risotada.

—No sabes mucho sobre INTHUM, ¿no, Paladín?

La recolección de datos sobre humanos no fue una prioridad durante el entrenamiento de Paladín. Al ver que el bot no respondía, Eliasz dejó de reírse.

—Perdóname, colega. Es mejor comenzar con los restaurantes. Pero antes necesitamos equipo.

Junto a las desgastadas líneas de aterrizaje del aeródromo había una tienda de desguaces, el acero corroído del exterior tenía como mínimo cien años. Bajo y alargado, estaba diseñado para aguantar el clima y contener el calor. Dentro, moléculas asociadas con fibras de algodón, lejía y combustible flotaron a través de los sensores de Paladín. Eliasz hablaba con un hombre tras el mostrador, con pecho y brazos cibernéticos, que comenzó a descargar un mapa local e información actualizada en los geosistemas de Eliasz. Paladín se acercó y se conectó a los aparatos de los dos hombres, desencriptó y copió la información en su propia memoria.

—Este es mi compañero, Paladín —dijo de pronto Eliasz, pasando un cálido brazo por la carcasa del bot. Los dedos agarraron la placa del hombro donde los escudos emergían. Paladín sintió cada espiral de las huellas

dactilares del hombre. Las mapeó de forma inconsciente en varias bases de datos, la mayoría de las cuales estaban repletas de información ruidosa que escondía la identidad real de Eliazsz. Las huellas encajaban con las de un profesor muerto en Bruselas, con las de un empresario de pacotilla en Nairobi, con las de un sacerdote en Varsovia y con las de una mujer servicontratada que pertenecía a Monsanto en la Zona de Comercio Libre. Había bastantes más coincidencias, que salían de un gran torbellino de conexiones de redes sociales falsas e informes gubernamentales contradictorios.

—Paladín, yo soy Yardley —lo saludó el hombre, extendiendo la mano cibernética hacia el bot.

—Estamos de incógnito y necesito aparentar ser un poco menos profesional —explicó Eliazsz, mirando a Paladín—. Y él tiene que parecer menos brillante.

Diez minutos más tarde, Eliazsz se desnudó hasta los nodos de su sistema de perímetros y se vistió con unos tejanos y una camisa de algodón sobre la red invisible de nanocables que conectaban el perímetro inferior de su piel. Paladín puso los sensores de presión en línea con intención experimental, para ver si podía sentir el pinchazo de las abolladuras y los arañazos que Yardley y Eliazsz le habían administrado.

—Necesitamos información sobre Jack y el único modo de lograrlo es si parecemos unos tipos que trabajarían con ella —explicó Eliazsz—. Puedes mantenerte en silencio la mayor parte del tiempo, pero intenta cometer errores de vez en cuando, como si tu cerebro estuviera dañado o algo por el estilo.

Paladín no dijo nada mientras terminaba de reiniciar los procesos que constituían sus sensores.

—Vale —murmuró Eliazsz, y después continuó explicando la coartada—:

Yo soy un admin químico que fue despedido de FarmaPraxis; tú eres mi asistente bajo servicontrato. Estoy dispuesto a vender fórmulas de FarmaPraxis por el precio adecuado. Tú lo observas todo, tío. Haz eso para lo que te han creado.

—Lo haré —dijo Paladín. Quería complacer a Eliaz. Estaba seguro de que no se trataba de ningún algoritmo del servicontrato que pesaba sobre la matriz de su decisión; era un deseo sincero.

El viento marítimo mantenía la temperatura exterior de Iqaluit a unos estables 20 °C y levantó un mechón de pelo de Eliaz mientras Paladín caminaba en silencio tras él. El sol había descendido lo suficiente para señalar que se acercaba el anochecer, aunque todavía brillaba con intensidad. El verano ártico implicaba que no habría ni una sola hora sin luz solar aquella noche. Por entonces, Eliaz esperaba estar fingiendo estar borracho en el Lex, un local de fideos y cerveza que era uno de los lugares habituales frecuentados por Jack. Las grabaciones mostraban que se encontraba con algunas de sus conexiones locales allí.

Paladín empujó las puertas hacia dentro y se metió en una sala de ambiente vaporoso repleta de moléculas liberadas por jengibre y otras especies machacadas. Las catalogó para posterior análisis. Nunca se sabe cuándo las distintas señales químicas de un lugar pueden convertirse en información útil. Bancos abarrotados bajo el peso de los pescadores locales y estudiantes de la universidad que charlaban en voz alta sobre proteómicas. Todo el mundo había ingerido alcohol y tazones de ardiente sopa de fideos que se acumulaban en pilas por todas las mesas de espuma.

—Sería una multitud en la que desaparecer con facilidad —subvocalizó Eliaz a Paladín—, especialmente si pareces un pescador pero tus ideas políticas encajan con las de los estudiantes radicales. Paladín accedió a la imagen de Jack que había almacenado en

la memoria. No se parecía demasiado a un pescador, pero observó que podría camuflarse como tal si vistiera un mono impermeable.

Se sentaron a la esquina de una mesa repleta de estudiantes borrachísimos que jugaban a alguna clase de juego con las gafas que incluía una gran cantidad de grabaciones compartidas y chupitos de vodka Saskatchewan. Eliazsz pidió fideos de marisco y Paladín se aseguró de que le temblara la pierna derecha al sentarse, como si necesitara desesperadamente una actualización del *firmware*. Captó al instante la atención de uno de los estudiantes.

—¿Necesitas ayuda? —Una mujer jovial de ojos grandes y cabello oscuro cortado a media melena hizo un gesto vago hacia su pierna—. Tenemos un archivo botware gratuito en los servidores de la universidad.

Paladín no contestó.

—No tenemos dinero para reparaciones —repuso Eliazsz, encogiéndose de hombros—. Estoy buscando curro tras los despidos en el sur de FarmaPraxis. —Aquello captó la atención de más estudiantes en la mesa.

—Más despidos, ¿eh? —preguntó uno con un deje agudo en la voz.

—Putos acaparadores de patentes —masculló Eliazsz en voz baja. Estaba arriesgándose, tratando de averiguar si estos estudiantes eran los típicos radicales que se juntaban con piratas. Paladín se fijó en que Eliazsz había cambiado la postura sutilmente, encorvado y con el flequillo sobre los ojos de modo que le hacía parecer más joven. Podía pasar por un estudiante de posgrado, y era obvio que estos biohackers borrachos ya lo consideraban un compinche. Paladín admiró por un instante aquella pequeña muestra de habilidad INTHUM, y entonces pensó que algunos de los informes asociados a las huellas dactilares de Eliazsz lo situaban en unos veintinueve años. Quizá aquellos informes eran correctores, por lo menos en lo que respectaba a la edad del hombre.

—En serio —dijo la mujer que había ofrecido a Paladín acceso a sus sistemas de reparación—. Sacan tanta pasta de todas esas IP y después tratan a los desarrolladores y a los admins como basura. Es una granja de patentes de mierda. Me llamo Gertrude, por cierto.

—Ivan —se presentó Eliaz—, y este es mi bot Xiu. Tiene problemillas con sus altavoces. —Eliaz había escogido un nombre para Paladín que era más común que tuvieran las mujeres, pero las designaciones de género no tenían demasiada importancia para los bots. La mayoría respondería a cualquier nombre que sus admins humanos usaran con ellos, aunque algunos bots autónomos preferían adjudicarse sus propios nombres. De todos modos, ningún humano dudaría en mencionar a un bot llamado Xiu como «él». En especial si el bot tenía la estructura de Paladín, cuyo enorme cuerpo, con los escudos dorsales extendidos sobre la espalda, ocupaba el sitio de dos humanos de gran tamaño.

—¿Queréis que os facilite unas cuantas reparaciones para Xiu? —preguntó Gertrude. Eliaz fingió pensárselo, mientras sorbía los fideos.

—Cómo pican —exclamó, ignorando el hecho de que varios amigos de Gertrude los miraban a Paladín y a él.

—Volvemos al laboratorio tras la cena, para comprobar unos cuantos procesadores que tenemos que dejar en marcha durante la noche —explicó el tipo de la voz aguda.

—Eso sería muy amable por vuestra parte. —Eliaz fingió incertidumbre mientras jugueteaba con los palillos.

—Claro, deberíais venir. —Gertrude confirmó la invitación como si ya hubieran sido persuadidos—. ¿Qué te parece, Xiu?

Paladín no contestó.

Un grupo de cinco estudiantes condujo a Eliaz y al bot a través de calles iluminadas con los colores de la longitud de onda de una puesta de sol

tardía. Al fin llegaron a una señal abovedada cubierta de palabras en inuktitut e inglés que les daban la bienvenida al campus de la Universidad de Iqaluit del Ártico. Era la universidad más prestigiosa de la región y una cantera para muchísimas de las más importantes biocompañías y corporaciones farmacéuticas. A aquella hora de la noche estaba bastante silenciosa; sin embargo, a medida que se acercaban a los edificios de ciencias, Paladín captó cada vez más luz visible que irradiaba de las ventanas.

Eliasz describía su trabajo imaginario en FarmaPraxis con genuina amargura. La historia estaba calculada para que atrajera la compasión de su audiencia.

—Conseguí un puesto como admin químico justo al terminar la universidad —dijo—, y me pusieron a trabajar con una droga que no superó las pruebas. Tardaron un año, pero dieron por terminado el asunto despidiendo a todo mi equipo. Si tu droga no llega al mercado, bueno... —Eliasz enmudeció.

—¿En qué trabajas? —preguntó la mujer—. Hay un montón de trabajo para admins químicos aquí.

—Diseño algoritmos que buscan propiedades emergentes en moléculas orgánicas.

Un hombre alto con gafas baratas caminaba junto a ellos.

—No es mi campo, pero me juego lo que quieras a que puedes encontrar algo, Ivan —dijo. Su acento no era local. Paladín hizo una rápida comparación entre las vocales del hombre alto y otros cuatrocientos acentos regionales del inglés. La mejor aproximación era el norte de la Federación, donde Paladín y Eliasz habían sido destinados.

—Gracias, esto...

—Youssef —respondió él. Miró con naturalidad a los sensores faciales de Paladín; el bot y el hombre medían lo mismo—. Encantado de conoceros

—añadió.

Alcanzaron el complejo de Ciencias de la Vida y Gertrude rebuscó en el bolsillo hasta que dio con lo que parecía ser un aparato de contraseñas algo arcaico. Meneó el pequeño pedazo de plástico en el aire cuando llegaron a un edificio de cemento color ceniza y la red del mismo contestó al abrir una puerta doble.

Paladín se fijó en que Youssef echó un rápido vistazo al sensor manchado de pintura en el interior del pasillo, que reflejaba tenuemente al grupo cada vez más sobrio a medida que entraban y comenzaban a quitarse los abrigos. Gertrude, Youssef y sus amigos trabajaban en un campo teórico y mal financiado relacionado con la mutación proteínica y la toma de decisiones basada en la estética. Su laboratorio estaba en el sótano; el equipo iba por lo menos dos generaciones atrasado respecto a los modelos actuales. Las paredes estaban cubiertas de señales y pegatinas robadas de otros laboratorios. «¡PELIGRO! ¡NO TOQUÉIS EL IMÁN!» decía una particularmente grande sobre el grupo secuenciador. «VIVAN LOS GRILLOS» decía otra.

—Aquí estamos —dijo Gertrude, e hizo un gesto para encender la luz—. Xiu, ahí tienes nuestra impresora. La red se llama ConejitosPolares y está abierta. —Hizo otro gesto—. Tú mismo. Utiliza lo que necesites.

Paladín se acercó despacio entre las mesas atestadas de unidades en enfriamiento y probetas. Imprimió algunos chips mientras Eliazz parloteaba.

Mientras la impresora escupía hilos nanoscópicos, Eliazz se las apañó para devolver la conversación al tema de los putos acaparadores de patentes a quienes de verdad quería joder de algún modo.

Youssef estaba tenso de emoción, su cuerpo irradiaba identificación con la historia de Eliazz. Era obvio que iba a hablar varios segundos antes de que lo hiciera.

—¿Cómo te vengarías de una compañía como FarmaPraxis por lo que hicieron? —preguntó Youssef—. Quiero decir, ¿hasta dónde serías capaz de llegar?

—¿De verdad quieres saberlo? Que esto no salga de este laboratorio, ¿entendido? —repuso Eliazsz. Todos lo miraban.

—Por supuesto —respondió Gertrude, entusiasmada.

—Tengo la fórmula para este medicamento en espera de patente que ahora está en fase de pruebas. Si alguien más lo lleva al mercado antes, no serán capaces de reclamarlo, porque lo han basado en una molécula que obtuvieron del mercado gris de un laboratorio sin licencia en los Estados Brasileños. —Eliazsz hizo una pausa y soltó su mejor risotada—. Quiero decir, yo no creo que fuera a hacer nada con esto, pero podría. Me llevé la fórmula. —Se dio una palmadita en el bolsillo como si hubiera guardado la información en un medio físico y lo hubiera metido en los pantalones.

Youssef no podía apartar los ojos de la información imaginaria del bolsillo de Eliazsz. Paladín recibía lecturas extrañas de su cerebro: el tipo estaba demasiado emocionado, casi como si estuviera drogado o sufriendo una aberración neurológica.

—Deberías hacerlo —balbuceó.

—Cállate, Youssef —exclamó Gertrude, que estaba comprobando una caja repleta de muestras con un pequeño espectrómetro de masa—. Es un crimen la hostia de serio. No es como una ingeniería inversa en un antiguo medicamento que de todos modos va a ser de dominio público.

Era la oportunidad de Eliazsz y la aprovechó.

—¿Habéis hecho la ingeniería inversa en medicamentos alguna vez?

Gertrude resopló.

—A duras penas. Descompiló un poco de Glizmer y vendió copias a la mitad de nuestra residencia.

—Aquel Glizmer funcionó. —Youssef parecía enfadado—. Y sabes que es más que eso, Gertrude.

Paladín observó ansiedad en la sangre que se agolpó en las mejillas de la mujer. Los labios de Youssef se tensaron. El hombre alto con acento del norte de la Federación corría un gran riesgo hablando de esto en presencia de un extraño. Paladín estaba impresionado: Eliasz sabía cómo lograr que la gente confiara en él. ¿Desvelaría Youssef información importante? Al parecer, sí.

—Si lo dices en serio, deberías conocer a algunos amigos míos cuyos laboratorios no reciben fondos de grandes farmacéuticas. —La voz de Youssef se quebró al decir «amigos» y Paladín entendió que el cuerpo del hombre todavía estaba pasando por las últimas etapas de la pubertad.

Gertrude lo interrumpió, con las pulsaciones disparadas.

—Sabes, Youssef, no todo el mundo quiere quebrantar la ley para demostrar que tiene razón.

Eliasz se encogió de hombros como si no hubiera notado tensión alguna.

—No tengo nada en contra de conocer a gente nueva —le dijo a Youssef.

6 de julio de 2144

Al día siguiente, Paladín y Eliasz volvieron al Lex bien entrada la tarde, algo antes de lo habitual, por lo que había poca gente. Unos cuantos grupos de alumnos estudiaban en silencio en sus gafas y un granjero solitario estaba pegado a una botella de vodka en el bar. Al otro lado de la mesa, frente a Eliasz y Paladín, con la cara algo oscurecida por el vapor del caldo, estaba el amigo de Youssef, Thomasie, quien no recibía fondos de una gran farmacéutica.

Desde luego tenía toda la pinta. El pelo negro de Thomasie estaba

engominado en un estiloso peinado alrededor de su cara, y ciertas fibras de su camisa brillaban con el logo deslucido de una organización de Culturalibre que había muerto alrededor de 2120. Era difícil decir si había llevado la camisa durante veinte años, o simplemente compró la prenda raída y deslucida para que pareciera auténtica. Thomasie tenía la costumbre de inclinarse hacia delante cuando hablaba, como si todo lo que contaba fuera una gran revelación. A diferencia de Youssef, él tenía control de su flujo de respuestas y de las pulsaciones. Era complicado saber si mentía, aunque la misma uniformidad de sus lecturas sugería algo. Ocultaba reacciones emocionales a todo lo que lo rodeaba.

—Youssef me ha contado que trabajaste en FarmaPraxis y que buscas algo nuevo. —Thomasie miró a los ojos a Eliasz y después a Paladín—. Qué chulada tienes ahí para haberlo conseguido con el sueldo de un admin químico.

—Lo heredé de mi madre cuando murió.

—Ya. ¿Y qué es lo que hacías en FarmaPraxis?

—Algoritmos.

—Y tenías acceso a diseños pendientes de patente, ¿eh?

Eliasz y Paladín miraron a Thomasie sin decir palabra.

—Youssef me ha contado que estabas interesado en charlar conmigo sobre unos diseños que viste.

El silencio era un buen modo de conseguir información adicional, de forzar a que la otra persona iniciara la transacción primero.

Thomasie golpeteó con el dedo índice en la mesa despacio y sin parar.

—Mis colegas y yo estaríamos interesados en echarle un vistazo a los diseños que puedas tener. Pagamos por buenas IP, y no hacemos preguntas.

Al fin Eliasz estuvo listo para hablar. Paladín midió los segundos que le costó reunir la entereza para empezar, lo oyó estabilizar la respiración y la

presión sanguínea.

—Tengo el archivo conmigo. ¿Cuándo quieres verlo?

Paladín se fijó en que Eliazsz había fallado al no pedir un precio específico. Trataba de parecer novato. Perfecto para un expleado desencantado.

Thomasie se tragó su ingenuidad y se relajó. Dedujo que tenía el asunto controlado.

—Podemos ir ahora. Mi coche está fuera.

Condujeron cincuenta kilómetros fuera de los límites de la ciudad; las granjas solares de Baffin del Sur pasaban de largo como enormes buques de suaves velas negras. Youssef repiqueteaba en la ventana e ignoraba a Paladín mientras que Thomasie y Eliazsz estaban sentados delante y charlaban.

Tras recorrer varios caminos de tierra, alcanzaron una granja recién construida en mitad de un campo solar. El edificio principal era un muro abovedado de grueso cristal con una sólida base en una colina de hierba, y se alzaba como una burbuja verde en un mar de antenas solares negruzcas y cuadradas que introducían hidrocarburos en tanques subterráneos. Una mujer salió por una puerta recortada en la pared de cristal, dejando escapar a través de la misma un estallido de ruido. Alguien dentro estaba escuchando las noticias a todo volumen. Los brazos de la mujer se tensaron cuando dos tenazas modificadas se encendieron bajo las mangas.

Basándose en el patrón emitido por el movimiento ocular de Youssef al observar el área, Paladín consideró que era estadísticamente improbable que hubiera estado aquí antes. Esto sería una prueba tanto para Youssef como para Eliazsz.

—Thomasie. —Aunque la mujer saludó al hombre, continuó bloqueando la puerta a medida que se acercaban. Paladín se fijó en que el camino estaba fabricado para obtener una textura imposible de suavidad y calidez;

enterrados en la espuma había largos cables invisibles que irradiarían una calidez agradable cuando el clima empeorara.

—Hola, Roopa.

Siguieron a Thomasie y pasaron frente a las armas semiocultas de Roopa. Ella echó un largo vistazo a Paladín, los ojos titilantes en sus escudos. La sala que había delante estaba iluminada por luz natural cuidadosamente reflectada y crecían árboles del suelo cubierto de musgo. Casi todos los muebles eran bonsáis vivos. Una luz roja de una pequeña máquina industrial parpadeó en una esquina, e intercambió datos en un sistema tan bien encriptado que Paladín solo pudo acceder a la información sobre el clima de la casa. Alguien se había gastado un montón de pasta en aquella pequeña granja.

Thomasie los llevó hasta una sala circular con una mesa de conferencias que surgía del suelo. La superficie había sido diseñada para imitar ramas de árbol entrelazadas. El techo estaba perforado por una escalera en espiral cuyo esqueleto de metal rechinó y se estremeció cuando tres personas bajaron para encontrarse con ellos. Como Thomasie, los demás vestían prendas caras que habían sido desgastadas con premeditación.

Iqaluit era una gran ciudad, pero no era tan grande. Si Jack metía farma de contrabando por aquí, seguro que de algún modo trataba con estos tipos. Quizá subcontractaban la producción de farma ilegal a sus laboratorios de la Federación, o vendían los alijos a través de sus conexiones en el norte. Incluso aunque no hicieran negocio directo, era casi seguro que estas personas formaban parte del centro de una red social local que atraía a radicales antipatentes, piratas y millones de personas desesperadas por conseguir medicinas baratas. Si Elias y él podían lograr acceso a aquella red, encontrarían a Jack.

—Llamadme Barbazul —dijo una de las personas que acababa de bajar la

escalera. Vestía un mono impermeable azul e iba descalza. Mechones de cabello oscuro se enredaban delante de su cara, y casi ocultaban el parche sensor de tela que cubría la cavidad ocular izquierda. Por la tensión en los hombros y en la espalda era obvio que llevaba varias horas trabajando con las manos, aunque si era en una consola de datos o en el campo era algo que Paladín no fue capaz de diferenciar—. Estos son mis compañeros, Barbanegra y Barbarroja. —Señaló a dos hombres pálidos cuya ropa no encajaba con sus motes—. Bienvenidos a la granja Arcata Solar. Sentémonos. —El tono de Barbazul no era ni acogedor ni de bienvenida. Acababa de lanzar una orden.

Barbarroja preparó café expreso con una antigua máquina de vaporización mientras Barbazul se fijaba en los datos que Eliasz irradiaba hacia su parche. Era la fórmula para un estabilizador de atención que la CIP había adquirido tan solo para este propósito, tras haber fracasado en los ensayos clínicos. Al menos la mitad de los pacientes que la tomaron desarrollaron fuertes migrañas que duraron días. Pero no había modo alguno de saberlo a partir de la fórmula, que aparentaba ser legítima.

—¿Dices que sacaste esto de FarmaPraxis? —preguntó Barbazul, mirando al mismo tiempo y con su único ojo a Eliasz y a Paladín, sentados frente a ella.

Eliasz asintió.

Paladín trató de mantener la ilusión de que tenía daños mentales, forzándose a centrar sus sensores visuales frontales en unas moléculas de agua que viajaban por el árbol cuyo cuerpo era la mesa, inclinó la cabeza hacia las vetas y las analizó a nivel microscópico. Sus otros sensores recopilaban toda la información posible sin hacer saltar ninguna alarma.

—Esto es muy interesante —continuó ella, pasando los datos en una holopantalla frente a Barbanegra—. Voy a tener que pedirlos que os quedéis aquí mientras realizo más análisis. —Envió una explosión de tráfico en la red

a Roopa, que apareció varios segundos después en la puerta de la sala de conferencias—. Poneos cómodos —le dijo Barbazul a Eliaz—. Podéis usar nuestro sistema de juego si queréis.

Eliaz agarró el brazo de Paladín.

—Vale, pero el bot se queda conmigo.

Barbazul se encogió de hombros.

—Sin problema. —Se dio a vuelta hacia el hombre alto de la Federación que odiaba a las grandes farmacéuticas—. Youssef, te vienes con nosotros.

Roopa se cernió sobre ellos. Cuando Paladín encendió la red de perímetro tan solo alcanzaba a ver un halo ilegible de tráfico encriptado.

5

BUENA CIENCIA

5 de julio de 2144

—Eso ha sido una locura brutal —exclamó Trescero con entusiasmo.

Jack había pilotado el submarino bajo la superficie. Las puertas en la sala de control parecían oscuras elipsis de un enorme mensaje de texto. Jack y Trescero estaban viendo *Taxi Driver*, una película de mitad del siglo XX sobre un hombre que se vuelve loco y trata de liberar a una trabajadora sexual bajo servicontrato en la ciudad de Nueva York.

Trescero se rascó la cara, donde la última de las costras comenzaba a desprenderse. Se había lavado a fondo tras la primera noche en la que se conocieron. Él se había negado a hablar sobre lo que había ocurrido y Jack no lo presionó. El hecho era que ella no quería pensar en lo que le había hecho al cliente de Trescero mucho más que él.

Tras dormir durante casi veinticuatro horas, Trescero había despertado una personalidad sardónica y la característica energía de la juventud que todos los adictos al Vive perseguían. Primero le ofreció poner a punto sus mecanismos (aseguraba tener conocimientos sobre mecánica de submarinos), pero Jack no estaba preparada para dejar que un extraño cualquiera que no parecía tener pasado se metiera tan a fondo en sus sistemas. Sin embargo, no tenía problema en encargarle tareas domésticas. No podía hacer mucho mal

fregando.

Cuando no estaba ordenando algo, Trescero centraba su atención en el móvil que ella le había prestado. Su único implante era un rastreador de servicontratos, por lo que había confiado en aquellos aparatos endebles y plegables toda su vida. Los móviles no eran lo que se dice duraderos, o potentes. Pero podían acceder al ancho de banda a partir de redes de conexión gratuita por nodos, cuyos datos microscópicos salen despedidos a la atmósfera a través de drones en la mayoría de las coaliciones económicas.

Jack mantenía los nodos gratuitos alineados con una señal de bloqueo y no quería que Trescero usara las comunicaciones del submarino, por lo que no le quedaba otro remedio que reproducir las películas que tenía guardadas allí a través de los nodos del sistema de ventilación. Comenzó con los filmes del siglo XXI, donde los acentos ingleses eran más fáciles de entender y la resolución estaba bastante bien. Entonces pasó a las películas mudas de las décadas de 1910 y 1920, sus mundos renderizados a una escala de grises abstracta, como diagramas técnicos. Dijo que era más fácil para él leer los subtítulos en inglés que comprender los extraños acentos en películas de décadas posteriores.

Sin embargo, aquella noche estaba muy impresionado por la película a todo color de Martin Scorsese de 1976. La vieron con subtítulos.

—Es extraño que tuvieran que lidiar con las mismas mierdas que nosotros —remarcó Trescero, rascándose una costra en la rodilla—. Siempre se dice lo enfermas que eran esas personas entonces y que todo iba lento y con retrasos, pero yo he conocido tipos igualitos que ese. Quiero decir, me he topado con taxistas justo como ese.

—Ya, supongo que la gente no cambia mucho de un siglo para otro. —Jack se encogió de hombros. Ahora que la película la había puesto de buen humor, parecía un buen momento para poner en marcha el siguiente paso—.

Bueno, vamos a llegar a Inuvik en un día o dos —dijo—. Puedo dejarte allí. —Una ciudad portuaria bulliciosa en la costa del Ártico, Inuvik era el lugar perfecto para perderse. Trescero podría subir a un tren de alta velocidad desde allí a un puñado de grandes ciudades en la Zona.

—¿Inuvik? ¿Qué se supone que voy a hacer allí?

—No te preocupes, te daré algunos créditos para que puedas ir tirando.

—Pero ¿cómo se supone que voy a ir tirando con este chip en mi brazo?

Trescero se pasó una mano sobre la zona superior carnosa del brazo izquierdo, donde la chapa del servicontrato estaba implantada.

—Maté tu chapa hace un par de días. Nadie será capaz de saber que está ahí.

—Mataste mi chapa... ¿sin avisarme?

—No es seguro que puedan rastrearte tras lo ocurrido. ¿En serio quieres que emita tu identidad a todo el mundo?

—Bueno, yo... —Trescero se sumió en el silencio. Tenía la mano crispada sobre el lugar donde la chapa muerta quizá se hubiera quedado para siempre, atrapada en aquella gota de cristal quirúrgico.

Jack iba a sugerir que subiera a un tren a Vancouver cuando el perímetro siseó bajo la piel de su mano derecha. Tenía un mensaje.

—Perdona... Tengo que ver esto. —Jack dedicó a Trescero una mirada de disculpa. Cruzó el puente hasta su silla cerca de las consolas de control e hizo un gesto hacia una ventana que solo ella podía ver. El rectángulo oscuro bloqueó a la perfección la expresión de mosqueo que comenzaba a deformar los rasgos de la boca y los ojos del chico.

Uno de sus programas de búsqueda había encontrado un repunte en las noticias sobre incidentes y crímenes relacionados con medicamentos.

Al parecer, el fanatismo del trabajo era parte de una pequeña epidemia de adicción. Primero fue el caso de un anciano que se negaba a dejar de

cortar el césped. Los doctores lo ataron con correas, pero siguió rugiendo y resistiéndose, exigiendo el control del cortacésped. La siguiente fue una mujer que solo quería pasear perros. Una trabajadora pública soltó una flota entera de máquinas de espuma autónomas que se pusieron a rociar las aceras de lugares, al parecer aleatorios, en el centro, justo en la hora punta. Los vehículos hirieron a varias personas antes de que la supervisora fuera capaz de apagar la flota. Entonces llegó el caso de una niñera, que sollozaba incoherencias y casi la arrestaron por pasarse diez horas en el parque tratando de columpiar a los niños.

Perturbada, Jack hizo un gesto y pasó algunas noticias más. Por lo menos cinco personas habían muerto, principalmente deshidratadas, y bastantes estaban hospitalizadas. Cuanto más leía, más segura estaba de que la culpable había sido ella y el proceso invertido de la Zacuidad. Estos informes llegaban solo de Calgary, así que a saber lo que estaba ocurriendo en ciudades más pequeñas como Iqaluit o Yellowknife. Ahí fuera podía haber muchas personas más con esos efectos secundarios y con muchísimo menos acceso a soporte médico. Era el tipo de desastre farmacéutico contra el que ella se había comprometido a luchar. Ahora había causado uno, por el mismo motivo que las corporaciones: dinero. Objetivo mortal de las productoras farmacéuticas, claro. Se hundió las uñas en las palmas de las manos y se obligó a concentrarse. Necesitaba parar todo esto antes de que empeorara.

Pero Jack no disponía de mucho tiempo. Alguien iba a tener que pagar por aquellas muertes, y una activista radical antipatentes que vendía medicinas pirateadas sería de los primeros en la lista de sospechosos de la CIP. Cuando Zaxy unió los puntos y descubrió su rol en este espectáculo de los horrores, ella entraría en su lista negra. No porque quisieran justicia, o incluso dar ejemplo con ella. Jack era la única persona viva que sabía que la estructura molecular que Zaxy había patentado para Zacuidad estaba

matando gente. La compañía tendría que tapar la conexión entre su nueva medicina y los accidentes. Matarla era de lejos la forma más fácil de conseguirlo.

Trescero escogió aquel momento para dar un paseo, arrodillarse a sus pies y apretar con suavidad su rodilla, la mano cálida a través de la tela de sus pantalones. Levantó la mirada hacia el mapa proyectado que definía su futuro, los ojos bien abiertos con una inocencia fingida. La mata de pelo limpia encuadraba los agradables rasgos de su tez y de su cuello, haciéndole parecer un personaje *yaoi*.

—Me gustaría compensarte por lo que has hecho por mí —murmuró.

Trescero tenía experiencia flirteando. Quizá intentaba manipularla, o puede que su servicontrato lo hubiera entrenado en aquella forma de gratitud específica. Ambas opciones eran deprimentes, pero Jack apenas se fijó en ello a causa de la distorsión de su propia depresión. Algo se quebró en ella, se rompió. Con un gesto, eliminó la pantalla del aire y centró la mirada en los ojos casi negros de Trescero y se preguntó si Zaxy iba a asesinarla. Si se lo merecía.

El submarino retumbaba al aproximarse a Inuvik a toda velocidad. Trescero se inclinó hacia delante y acarició con la mejilla la parte interior de su muslo. Era tentador tomar el camino fácil y tan solo esconderse durante unos meses con aquel joven tan coqueto, pero el instante en que pensó en ello, su infelicidad se volvió tan aguda que la tentación se esfumó. La Zacuidad estaba destruyendo la mente de personas y ella era la responsable. Era imposible que pudiera vivir consigo misma si no avisaba del peligro real sobre aquella medicina. Cuando Jack llegara a tierra firme, haría un favor que podría salvar cientos de vidas... pero probablemente no la suya.

Pasó los dedos por el cabello de Trescero y pensó en la muerte.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

Él inclinó la cabeza en un gesto ambiguo de obediencia y consentimiento.

Verano de 2114

Treinta años atrás, cuando Jack tenía la edad de Trescero, pasó toda la tarde en una sección de clima controlado de los laboratorios genéticos de la universidad. Realizaba unas prácticas que consistían en organizar archivos de muestras de proteínas y extraños fragmentos de ARN. Cuando no etiquetaba probetas, soñaba con convertirse en una bióloga sintética capaz de detener enfermedades genéticas con terapias perfectamente diseñadas. Sabía sin lugar a dudas que un día haría buena ciencia y salvaría millones de vida. Tan solo necesitaba encontrar la proteína correcta o la secuencia de ADN que desharía cualquier error molecular que provocara que una célula mutada siguiera mutando cuando debería haber muerto. Aquel verano, Jack aprendió el arte de la apoptosis, o hacer que las células se suicidaran.

En otoño, se matriculó en un programa de doctorado en uno de los departamentos de bioingeniería más prestigiosos de la Zona de Comercio Libre. La Universidad Franklin estaba cerca de una antigua ciudad portuaria y una base militar llamada Halifax, en el Atlántico Norte. Jack no había vivido antes cerca del océano y alquiló una pequeña habitación cuyas ventajas incluían una perfecta panorámica al despliegue de antenas de alta velocidad (mejor que la conexión gratuita a la red), además de unas tremendas vistas al mar. Se unió al laboratorio Bendis, que recibía buenas subvenciones como empresa diseñadora de virus modificados para la entrega de medicamentos.

Pero entonces algo inesperado hizo descarrilar su prometedora carrera académica.

Ocurrió una cálida tarde de viernes. Paseaba por la amplia calle de

espuma rumbo a la ciudad, cuando Jack se encontró con un tipo llamado Ari que estaba en su seminario de ensamblaje de proteínas.

—¿Qué te ha parecido la última clase? —le preguntó, pues él se había cabreado en el laboratorio por algo que había dicho el profesor sobre la relación directa entre proteínas y comportamiento humano.

—Una basura enorme —resopló—. Oye, ¿tienes planes para esta noche?

Jack se enderezó. Ari era bastante guapo y hacía tiempo que no salía con nadie.

—La verdad es que no. Tenía pensado comprar la cena y ponerme una peli. ¿Te apetece salir?

—Voy a un encuentro de Culturalibre. Deberías venir.

Jack no sabía mucho sobre Culturalibre, excepto por el hecho de que la principal investigadora de su laboratorio, Louise Bendis, tenía cierta disputa con ellos en relación con una patente que ella había archivado. A partir de ahí, revisando historias de Culturalibre en revistas de ciencia, tuvo la vaga impresión de que eran el tipo de gente que metía un buen puñado de términos técnicos para justificar la venta de fármacos «liberados».

Tuvo que aparentar duda, porque Ari soltó una carcajada y dijo:

—No vamos a atiborrarte de medicamentos ni nada de eso. Pero deberías saber más sobre el sistema de patentes si vas a trabajar en la Granja de Patentes Bendis.

—Puso una cara burlona. Sonrió de nuevo y rozó el brazo de Jack—. Unos cuantos de nosotros iremos a cenar después.

—Compro —confirmó ella. Qué demonios. Estaba en la universidad para expandir su mente, ¿no era así? Y quizá se acostaría con alguien.

El encuentro tuvo lugar en una diáfana sala de estudiantes de posgrado al fondo del pasillo del piso del Departamento de Biología. Años atrás, algún gracioso había toqueteado unos cuantos genes en una planta diseñada para

reparar vidrio y la soltó en las ventanas. Ahora, la luz se filtraba por las hojas cuya estructura molecular se había unido a la del cristal y permanecía pegada ahí en cúmulos artísticos mucho después de que la planta muriera.

Alrededor de unos veinte estudiantes estaban sentados en un círculo de sillas presentándose cuando Ari y Jack llegaron. La mayoría estudiaban ingeniería genética, excepto un par de raritos de cognitiva y neurológica. Todos los estudiantes eran de una inteligencia sorprendente, y Jack quedó encandilada de inmediato por el conferenciante invitado de la noche, un joven profesor de Saskatchewan que estaba metido en una larga batalla legal con su universidad sobre si tendría permiso para archivar una patente abierta en unos simples antivirales que él había descubierto. Tenía un espeso cabello negro que le caía por los hombros y ojos verdes que resaltaban en su tez marrón. Se llamaba Krish Patel, e hizo que Jack se olvidara de todos los planes que tenía sobre acostarse con Ari.

Krish comparó el sistema de patentes con el sistema de servicontratos, razonamiento que Jack pensó que estaba un poco pillado por los pelos. Pero tenía que admitir que el sistema de patentes parecía estar en la raíz de muchísimos problemas sociales. Solo las personas con dinero podían beneficiarse de nuevos medicamentos. Por lo tanto, solo los pudientes permanecían físicamente sanos, mientras que los que no tenían nada no eran capaces de mantener su cabeza con la concentración necesaria para trabajar en buenos empleos y en general no vivían más allá de la centena. Además, el ciclo se heredaba de forma injusta en las familias. La gente que no podía permitirse medicamentos patentados era probable que tuvieran niños más enfermizos y con una esperanza de vida más corta que caían en servicontratos y jamás salían de ellos. Jack era capaz de ver el punto de vista de Krish sobre cómo una gran cantidad de problemas básicos se podían arreglar si el sistema de licenciar patentes se reformara.

Más tarde, en el restaurante, Jack se metió en un gran debate con Krish sobre si las patentes libres antivirales podrían conducir a más innovaciones en el diseño de cápsulas virales. A ella le gustaba cómo razonaba con calma a cada crítica que ella lanzaba, incorporando sus ideas a una solución en el mismo momento.

Él la acompañó a casa tras la cena y Jack inventó una terrible excusa para invitarlo a subir.

Acurrucados en el sofá junto a la ventana, compartieron un poco de 420 y escucharon el océano en la distancia.

—Así que la política de las cápsulas virales —dijo Jack, suspirando—. Tema candente. Bastante sexi.

Krish se quedó mirándola, la mano inmóvil en el aire, la pipa en sus dedos sangrando humo lentamente. La miró, mitad aterrado, mitad perplejo. Ella se dio cuenta de que quizá no había entendido que lo había traído allí para tener sexo. Puede que pensara que en realidad solo quería hablar sobre secuencias toda la noche.

—Estoy tirándote los trastos —aclaró ella.

—Ah, bien... eso es lo que creía. —Rio—. Es que nunca puedes estar seguro del todo.

A ella le gustaba cómo él nunca asumía nada, incluso sobre cosas tan básicas como follar.

Cuando se besaron, ella saboreó el análisis político que él había descrito durante el encuentro de Culturalibre. Su sabor, una mezcla de humo e hinojo, la fragancia de la buena ciencia que ella había soñado hacer cuando era estudiante de grado: la ciencia que ayudaba a la gente y les daba una oportunidad de llevar vidas de las que pudieran sentirse orgullosos. Nada le daba más ganas de desnudar a un hombre que saber que tenía buenas ideas... y así lo hizo. Saboreó matices de una comprensión ética del sistema

de patentes por todo su cuerpo.

Durante los siguientes meses, Jack dividió su tiempo entre el trabajo cada vez menos exigente en la Granja de Patentes Bendis y la investigación extremadamente complicada sobre patentes. Había una parte que eran cosas que Krish había recomendado, pero en cuanto terminó de leer los ensayos y los libros básicos, siguió las notas a pie de página y las referencias y comenzó a averiguar fuentes por su cuenta. Comenzó a asistir con regularidad a los encuentros de Culturalibre, e incluso dio una charla una noche sobre un pequeño programa que ella había escrito que podía invertir ciertas clases de medicamentos patentados. Aunque era territorio legal incierto, hizo hincapié en que el programa solo era para propósitos de investigación. O quizá para algún tipo de emergencia pandémica o algo por el estilo, cuando hay que fabricar grandes cantidades de medicamentos con urgencia.

Uno de los tipos de ciencias cognitivas preguntó por qué no se podía visitar la oficina de patentes y sacar directamente la receta del medicamento del archivo público de patentes. Ella citó un artículo reciente de Culturalibre de un estudiante de derecho en Harvard que había analizado cuánto tiempo y dinero le costaría a una persona común contratar abogados y expertos que pudieran navegar por las carísimas bases de datos de las patentes y descubrir cómo se había construido un medicamento. La mayoría de los que superaban las fases de prueba era una confusa mezcla de partes licenciadas y procesadas y era necesario financiación de corporaciones para descubrir cómo habían sido creados. Para una persona ordinaria que solo quería copiar una terapia génica, lo más fácil era amplificar y secuenciar el medicamento lo más rápido posible, y después analizarlo con un simple programa.

Algunos de los demás estudiantes se apuntaron al programa de Jack y en poco tiempo se convirtió en un pequeño pero activo proyecto sobre fuentes llamado Ingeinv, de «ingeniería inversa». Krish pasó Ingeinv a sus

estudiantes en Saskatoon, ellos lo pasaron a los ingenieros de Iqaluit y en poco tiempo Jack recibía parches de gente en todo tipo de lugares de los que no había oído ni hablar en la Unión Asiática y en los Estados Brasileños.

Cuando Jack no estaba metida de lleno en descubrir cómo dismantelar el sistema de patentes, estaba ocupada enamorándose por completo de Krish. Lo cierto es que no se tomaba esto del amor tan en serio como algunos de sus compañeros de clase, los que hablaban sobre «citas» y «casarse». Ella veía el romance como cualquier otro proceso biológico. Era el producto de señales químicas y eléctricas en su cerebro, inspiradas por estímulos del mundo exterior. Si sentía una felicidad delirante cerca de Krish y un ansia constante de acostarse con él cuando no estaba, tan solo se trataba del área tegmental ventral de su cerebro y un puñado de conexiones neuronales que se ponían en marcha.

Krish sentía lo mismo hacia Jack. Incluso cuando él volvió a Saskatoon para dar clases durante el cuatrimestre, hablaban cada día. Entonces llevaron las cosas al siguiente nivel: fundaron repositorios de texto anónimos sobre formas prácticas de llevar medicamentos a dominio público. Fue la relación más intensa que Jack había tenido nunca.

5 de julio de 2144

Un mecanismo de entrada en Yellowknife activó una consulta para una base de datos molecular en Bern, mientras buscaba varias secuencias específicas en un campo de datos. Ciento sesenta milisegundos más tarde, la consulta volvió con algunos señaladores.

El mecanismo de entrada en Yellowknife que había requerido aquellos señaladores era un biobot llamado Med que acababa de ver a un hombre morir por un fallo multiorgánico. Tres días antes, un hombre había llegado a

la sala de emergencias al borde del coma. No había hecho otra cosa que pintar su apartamento durante cinco días sin pausa, sin comer, apenas paraba para beber unos sorbos de agua, tan solo salía para comprar más pintura y añadir más capas. Las neuronas del mesencéfalo perdían receptores de dopamina con un patrón similar al de la adicción, el tipo de caso que ves en personas tras años de uso de la heroína o el enganche a las apuestas.

Por eso Med realizaba búsquedas en las moléculas que ella había encontrado en el torrente sanguíneo del tipo. Encajaba a la perfección en el medicamento patentado llamado Zacuidad, pero no era posible que aquel profesor de snowboard tuviera el dinero para aquel tipo de código. Lo habría conseguido como si fuera una droga en las calles, lo que implicaba que alguien había hecho un trabajo impecable de ingeniería inversa con la Zacuidad.

Med se apartó un mechón de pelo rubio de los ojos e inclinó su cuerpo delgado y recubierto de carne sobre la mesa. Estaba diseñada para asemejarse a los humanos, su cara era la réplica de la de una mujer; el ingeniero de tejidos de Med había comprado la imagen de una antigua base de datos de Facebook. Aunque era técnicamente indistinguible de aquella humana que había muerto tiempo atrás, los rasgos de Med tenían una genérica apariencia tipo «chica blanca guapita» que la mayoría de los humanos reconocían como un bot. Bajo la pálida piel de Med, no había disfraz que ocultara lo que era. Su endoesqueleto de aleación de carbono estaba entrelazado por fibras y circuitos que resaltarían para cualquiera con sensores que alcanzaran más allá del espectro visible. Med cerró su sesión con Bern, sintonizó los nodos del hospital con las antenas incorporadas y archivó su informe sobre la molécula.

El padre del pintor tenía que llegar de Calgary en unas pocas horas, y algún doctor tendría que explicarle al hombre por qué motivos su hijo había muerto de «adicción a pintar». Otro motivo más por el que Med prefería

estar en la parte de la investigación. Menos drama humano.

Mientras Med cruzaba el patio del hospital de camino a su oficina, la información que había guardado en un archivo local de la intranet era examinada por un algoritmo de reconocimiento de patrones. Este algoritmo oculto llegó a través de una puerta trasera de las fuerzas de la ley a la red, invisible para todo el mundo excepto para la persona que lo había iniciado. El algoritmo activó varios hilos en el informe de Med. Fue abierto antes de que pudiera ser enviado a nadie del personal del hospital y reescrito con tonterías en un santiamén.

6 de julio de 2144

Jack ya había visto a Trescero desnudo cuando se lavó por primera vez, pero nunca durante horas. Comenzaba a acostumbrarse. Ahora alternaba entre clavar la mirada en su escritorio y echar un vistazo a su delgaducho costado que sobresalía de la colcha en el camastro donde dormía. Desde la silla junto a la mesa tan solo podía ver la pálida curva de su trasero. Sin embargo, ahora mismo el brillante raudal que surgía bajo sus dedos era más urgente.

Las noticias eran malas. Por fin los medios de textos científicos y las corporaciones de medios de comunicación estuvieron de acuerdo en algo: que por lo menos había muerto un centenar de personas en Calgary por complicaciones relacionadas con un medicamento. Los expertos en adicciones presentaban numerosos casos estudiados. Nadie mencionó que la causa era Zacuidad de ingeniería inversa.

En cuanto alguien con un conocimiento decente de la ingeniería inversa le echara un vistazo a conciencia al medicamento, la procedencia sería obvia. O nadie se había preocupado en hacerlo todavía, o Zaxy estaba callándose los resultados. Ninguno de sus contactos en la Zona había publicado la señal de

emergencia, que estaría escondida de modo estenográfico en una imagen y subida a un foro de amantes de los gatos con mucho tráfico. Eso implicaba que nadie había recibido una visita de la CIP. O, al menos, nadie había vivido para contarlo.

Jack no estaría a salvo mucho más, pero al parecer todavía disponía de algo de tiempo para arreglar el asunto.

Si sus cálculos aproximados eran correctos, la Zacuidad volvía adicta a la gente tras una o dos dosis, algo que tan solo había visto en drogas para fiestas de diseño cutre o cocaína sin modificadores. No tenía ni idea de cuántas personas habían comprado su Zacuidad pirateada, sin contar quién se la estaba tomando de forma ilegal en beta. Pero estaba claro que las personas susceptibles a la adicción iban a seguir muriendo hasta que alguien plantara una bota en el pescuezo de Zaxy y obligara a la corporación a admitir que habían creado un medicamento de productividad que se comportaba como un estimulante de mierda del siglo XIX.

El problema era que ella tendría que blanquear sus descubrimientos a través de alguien más, alguien que tuviera permiso legal para realizar la ingeniería inversa de la Zacuidad. Además, tenía que manufacturar y distribuir un antiadictivo antes de que nadie más muriera. Jack conocía el laboratorio donde hacerlo todo: la ingeniería inversa, la publicidad y el arreglo justo a tiempo para el fallo de adicción de la Zacuidad. Sin embargo, era improbable. Habían pasado décadas desde que había trabajado ahí y podía no ser bienvenida. De todos modos, era su única esperanza.

Con Trescero todavía despatarrado en la cama, se dirigió a la sala de control y comprobó su localización. Con suerte, podría estar en su furgoneta y en carretera en veinticuatro horas, con el alijo cargado en la parte trasera. Era un plan terrible, pero no tanto como el que la había metido en toda aquella cagada moral en general.

El submarino avanzaba a través del mar de Beaufort, sus aguas estaban dentro del abrazo de una cadena de islas cuyos bordes formaban el laberinto de los Pasos del Noroeste. Ella tenía intención de ir hacia un insulso promontorio conocido como isla Richards. Con todo su equipo apilado en un kayak, podría seguir la costa este de la isla, llegar hasta la amplia curva del río Mackenzie y seguir a remolque de algún barco de carga hasta los muelles de Inuvik. Soltaría a Trescero en la ciudad y conduciría hacia el sur hasta el laboratorio lo más rápido posible.

Jack comenzó a rastrear lugares donde dejar el submarino.

Incluso en pleno verano, todavía existían regiones del océano donde icebergs y glaciares desmenuzados punteaban las pálidas aguas con fragmentos de hielo. Los pedazos blancos y reflectantes proporcionaban una estupenda cobertura y tenían la ventaja adicional de estar llenos de microcontroladores y motas desechadas que todavía servían para generar conexión. Las señales de corto alcance de su embarcación se mezclarían en el murmullo del tráfico emitido por chips y antenas moribundos.

En el compartimento de carga, Trescero y ella metieron las últimas cajas en sacos estrechos impermeables. Las pastillas y pequeños viales estaban empaquetados en cajas de perfume y aromaterapia de colores brillantes decoradas con grandes ilustraciones en espiral de dioses y diosas hindúes. De pronto, Trescero paró de recoger cajas y se quedó mirando una en concreto, que mostraba un gordo y enjoyado Ganesh reluciente tras su retorcida trompa.

Jack estaba impaciente.

—Date prisa, Trescero. Hay que largarse.

—¿Puedo quedarme aquí y esconderme con el submarino? Puedo fabricar lo que necesite. Lo mantendré todo limpio y solo veré películas.

—Mira, me gustas, pero eso no va a pasar. No te conozco lo suficiente

como para dejarte a cargo de mi submarino.

—Podrías bloquearme fuera del sistema de navegación.

—Por lo que sé, podrías ser un maestro criptógrafo y experto en sistemas que aplastaría mi configuración en cinco minutos si quisieras. —Ella hizo un movimiento con la mano con un significado claro: se terminó la discusión.

—¿No lo habría hecho ya de haber sido capaz?

—No tiene por qué. —De forma inconsciente, Jack alargó la mano hacia el mango del cuchillo que tenía enfundado en el cinto, descansó la palma sobre él. Los controles modificados cerca de la hoja activaron el sistema perimetral—. Cierra esos sacos y ayúdame a preparar el kayak.

Quizá si mantenía a Trescero ocupado, dejaría de pedirle que confiara en él más de lo que ella estaba dispuesta a confiar en nadie, incluida ella misma.

Al emerger a la superficie, el sol inundó la sala de control. Jack observó el lugar donde unas tres semanas antes había estado la mancha de sangre del ladrón. Cargó uno de los sacos sobre el hombro. Era más o menos del mismo tamaño y peso que el cuerpo del hombre.

Trescero, que ya estaba en la cubierta, usó lámparas de calor para catalizar una reacción que provocaría que el kayak se desplegara y se tornara rígido. Con su ayuda, el suave montoncito de goma pareció generar un esqueleto bajo la piel y al final tomó la forma de una larga y estrecha embarcación con dos asientos para pasajeros.

Jack aseguró el saco a popa y metió la embarcación en el agua, donde el hielo flotaba como pedazos de crema sucia y cuajada. Allí, el kayak se alargó todavía más y adoptó su forma final, cubriéndose con una ligera y rígida cúpula de refracción negativa, perfecta para ocultarse de rastreos de satélites, y tendría abastecimiento automático de energía con una vela casi invisible por encima. Pasados tres días, la embarcación se biodegradaría en espuma de

proteínas, convirtiéndose en alimento para el ecosistema de bacterias del río Mackenzie.

Con la bóveda asegurada sobre sus cabezas, Jack y Trescero se colocaron en los incómodos asientos del kayak. La vela se desplegó, su sistema realizaba microajustes para mantener la embarcación estable. En cuanto el viento los empujara, avanzarían a buen ritmo. Jack se colocó las gafas para realizar un último barrido en sus sistemas de seguridad, entonces accedió a los controles del submarino desde un menú que apareció flotando a pocos centímetros de sus ojos. Con un gesto de la cabeza, sumergió el navío bajo un sucio y desigual iceberg que estiraba sus enormes dedos diez metros por debajo de la superficie.

Los elementos de calor baratos servían para hacer vida en el kayak, pero a duras penas proporcionaban calidez real. Jack observaba con ansiedad al frente, la capucha de su anorak retirada, esperando ver la primera señal de los cientos de islitas cubiertas por pinos y matorrales que marcaban el fin del mar de Beaufort y el principio del delta.

Su perímetro comenzó a captar datos a la deriva de redes locales en barcos que no veía. En sus gafas, observó una pequeña bandera que flotaba sobre uno de ellos con la red completamente abierta. Parecía amistosa. Comenzó a meterse por sus directorios, consultó a algunas cuentas con preguntas formuladas con cuidado. Una gran cantidad de pequeñas embarcaciones negociaban remolques por el río Mackenzie hasta la ciudad, era un negocio común en el Ártico y una tradición local de mercados sin licencia.

El navío con la red abierta le enviaba una señal, o por lo menos una persona que se hacía llamar CanadaDoug2120 había abierto un canal encriptado para ofrecerle una línea de remolque a cambio de veinte viales de quinientos miligramos de dosis Vive. Seguro que se trataba de un local: aquí

arriba, en el norte, todavía se autodenominaban canadienses.

«Trato hecho», respondió, cambió el curso para acercarse de incógnito a la plataforma de CanadaDoug2120 y conectar con la línea de sogas de tungsteno que él aseguraba tender para ella. Ahora podía ver con toda claridad el perfil gris y azul deslucido de la barcaza solar híbrida. Otros navíos aparecieron a la vista a medida que se acercaban al híbrido, algunos estaban hasta arriba con contenedores de carga, y todos se desplazaban hacia las zonas de aguas más profundas a medida que remontaban el Mackenzie. Algunas áreas del delta eran poco más que un pantano entre las islas y las aguas estaban teñidas con el rojo y el marrón del cieno.

La línea comenzó a comprobar la disponibilidad de su perímetro a unos quinientos metros de distancia. Cargó las coordenadas exactas en la vela, configurando un curso de interceptación que la acercaría peligrosamente a un hidropuerto de la policía pintada con el verde, rojo y azul de la Zona de Comercio Libre. Su pequeño kayak invisible no saldría registrado en los sensores visuales de la embarcación policial, pero quizá sí captarían su tráfico en la red si mantenía la conexión con la línea. Como regla general solía escupir trozos de tráfico basura para esconder sus paquetes reales, pero una estela repleta de información demasiado anonimizada para la variedad típica de barcos de comercio resultaría más sospechosa.

Jack cerró la red y apagó las señales de largo alcance. Tendría que hacerlo de forma manual. Deberían interceptar la soga en unas coordenadas predecibles. Lo había extrapolado de su última localización, tomando en cuenta la velocidad y la dirección del propio navío, que surgía cada vez mayor en su rango visual a simple vista. La mole oscurecida en parte por el hidropuerto de la policía se interpuso entre ellos.

El navío insectoide con los colores chillones de la Zona pasó de largo. Sus gafas parlotearon en silencio hacia su propia interfaz de circuito cerrado; no

enviaban datos más allá del propio artilugio.

La sogá debería estar a la derecha de la proa.

—Trescero, pégate al suelo todo lo que puedas —gruñó, recogiendo impermeables reforzados y rasgando lo suficiente de la cúpula como para sacar el torso con las manos alzadas. El aire acuchilló su rostro con el frío y se le metió por la capucha. El agua era de un gris uniforme, salpicado por el barro del delta. Al fin, vio la punta titilante de la sogá crear diminutas ondas al romper la superficie del agua. En el mismo instante, las señales de corto alcance se volvieron detectables. La sogá y el barco iniciaron un entrelazado seguro. Jack salió por completo de la cúpula, agarró la línea con las manos enguantadas y la conectó al puerto de remolque del kayak. Dándose la vuelta cortó las líneas a las velas y sintió un leve latido de alivio.

Sin aquel pedazo de tela flotando encima, sería incluso más difícil de rastrear. Tan deprisa como pudo se metió en la bóveda de invisibilidad, y casi le dio una patada a Trescero, que yacía hecho una bola, cuando se acomodó en el asiento delantero.

Sin importar las circunstancias, jamás había fallado en subirse a un viaje por el Mackenzie al ofrecer Vive. Incluso si sus pastillas mataban gente en Calgary, pensó Jack, al menos podía darle a un marinero un buen trato que le duraría unos cuantos años más de vida.

Llegaron a los astilleros, pasaron los sacos de medicamentos a mochilas y dejaron el kayak con una pila de otros biodegradables, dando vueltas en un vórtice de agua espumosa junto a un muelle abandonado. En silencio bajo su mochila, Trescero la siguió hasta la tienda donde CanadaDoug2120 esperaba.

—Cuando esto termine, puedo llevarte a la estación de tren. —Jack trató de sonar amable—. Es el mejor sitio al que ir si quieres desaparecer.

—No tengo adónde ir.

—Bueno, te compraré un billete a cualquier sitio. No te preocupes.

—Quiero quedarme contigo.

No había forma sencilla de explicarle todos los motivos por los cuales aquello era imposible. Sus ojos vagaron hacia un callejón iluminado con las luces titilantes de varios edificios de apartamentos, los ascensores hidráulicos con un siglo de edad cuando toda esta ciudad fue construida sobre el permafrost. Su furgoneta estaba ahí aparcada, en un garaje bajo unas compuertas de servicio parcheadas que, tiempo atrás, conectaban el edificio como una pasarela psicótica que conducía el agua de la ciudad, los residuos y la energía a través de tuberías climatizadas por encima del suelo endurecido por el hielo. La mayoría de las compuertas de servicio de Inuvik habían desaparecido hacía mucho, pero los preservacionistas habían marcado estas como puntos de referencia, una especie de monumento a la era previa al Antropoceno.

—Lo siento, Trescero, pero no puedo llevarte al lugar al que voy. Pero ¿adónde te gustaría ir? ¿Vancouver? ¿Yellowknife? ¿Anchorage? —Escupió los nombres de tres ciudades suficientemente grandes como para perderse en ellas—. Si de verdad sabes manejar un motor, me apuesto lo que sea a que podrías encontrar un empleo en cualquier lugar.

Él frunció el ceño.

—¿Dónde? ¿Quién va a contratar a un tipo sin experiencia laboral? El único modo de trabajar es que vuelvan a esclavizarme.

—No es cierto. —Ella trató de pensar en algún ejemplo que justificara su argumento, pero no se le ocurrió ninguno.

Una manzana más adelante, el cartel de una cafetería decía: «Expreso caliente y bannock recién hechos». CanadaDoug2120 era un hombretón que vestía un tocado naranja chillón, sentado en una cabina de espuma muy desgastada con un café con leche entre las manos. Jack le dio un caluroso

abrazo mariner, metió el Vive en el bolsillo lateral de su anorak, e hizo un gran espectáculo bromeando para atraer a los canales de seguridad. Trescero cogió algo de comida y cafeína. Volvieron a la furgoneta, caminando de forma desenfadada, con dos cafés con leche y una aceitosa bolsa de bannock.

Varios minutos después, dos bots se cruzaron en su camino. Por las carcasas endurecidas, ella supuso que eran policiales o militares. A juzgar por las insignias verdes en el pecho, sin lugar a dudas tenían un servicontrato con la Zona.

Uno de ellos habló. La voz emergió de una rejilla en forma de boca en el pecho sin cabeza.

—Soy el portavoz Despojo. ¿Habéis llegado hoy en una embarcación?

Un interrogatorio por parte de un portavoz Loquesea no era una buena noticia. Jack mantuvo su andar desgarbado, como si nada la preocupara.

—Qué va, de hecho voy a mi furgó. ¿Os puedo ayudar en algo?

Jack metió la mano en los profundos pliegues de su abrigo y manoseó el cuchillo, puso en marcha por control remoto la furgoneta y desbloqueó el maletero. Quería una ruta de escape y pronto.

—Hemos visto que charlabas con este hombre —continuó Despojo. Su amplio pecho se oscureció un instante por una imagen granulada de CanadaDoug2120, la cabeza coronada por un cúmulo de píxeles de un naranja brillante—. ¿Es amigo tuyo?

Jack se detuvo un instante, reflexionando sobre sus opciones. No parecía que estos bots fueran de ninguna autoridad de patentes. Pero si su asociación con CanadaDoug2120 había desencadenado alguna alarma en la red, ella no iba a tener una larga charla con ellos, en especial al no tener ni idea de cuántas alertas activarían sus biométricas en cuanto comenzaran a buscar.

Movió los dedos de la forma más sutil posible y levantó la puerta del maletero e hizo recular la furgoneta. El vehículo tan solo estaba a unos pocos

metros.

Antes de que pudiera entretener más a Despojo, captó un borrón por el rabillo del ojo que en un instante se transformó en Trescero, situándose tras los bots. Abrió de un tirón los paneles de control en sus espaldas. En un visto y no visto, los bots la miraban en silencio, las mentes ocupadas por lo que fuera que Trescero hacía en sus interfaces de comando.

—¡Ja! Nadie reinicia nunca los predeterminados. —Trescero estaba de pie entre los dos bots con los brazos metidos en sus cuerpos como si fuera un extraño marionetista.

—¿Qué cojones? —soltó ella.

—Se quedarán ahí unos minutos y luego volverán a iniciarse. Un amigo me enseñó el comando; va genial con bots baratos como estos. Le das un golpe al botón del panel, pulsas la cuerda y dejan de moverse durante un rato.

La furgoneta esperaba en silencio en la calle frente a ellos.

Jack miró con fijeza a Trescero y le dedicó un gesto de respeto con la cabeza.

—Métete en la furgoneta —dijo—. Nos vamos a Yellowknife.

6

EFFECTOS SECUNDARIOS

6 de julio de 2144

Paladín y Eliaz estaban sentados bajo un árbol en la sala central de la Granja Solar Arcata cuando Barbazul y su cohorte descendieron las escandalosas escaleras. El bot identificó que Barbazul estaba contenta. Estaba escrito en su gesto relajado y se expresaba a través del patrón de su respiración.

Al otro lado de la habitación, escuchando su canal a todo volumen, Roopa los miraba con intensidad y engarfió los dedos para rozar los cojinetes de los gatillos en las palmas. Tres horas sentados en una paz inmóvil y el guardia de seguridad todavía los trataba como enemigos. Sin embargo, la red de la casa no tanto. Paladín había progresado en ella. Escaneó con precaución los aparatos de la sala, desde los sensores de atmósfera hasta los electrodomésticos de la cocina, y tuvo suerte con el sistema de irrigación. El aparato estaba en la red esperando peticiones de diminutos sensores depositados por todo el suelo de tierra. De vez en cuando, esos sensores enviarían una señal para indicar que el suelo estaba seco y era necesario humedecer los muebles.

Pero el sistema de irrigación también aguardaba peticiones de otros aparatos. Alguien descuidado lo había programado para emparejarse con cualquier nuevo dispositivo que pareciera un sensor de humedad.

Por lo que Paladín ideó un plan. Inició una secuencia de emparejamiento con los irrigadores al disfrazarse como si fuera un modelo de sensor muy antiguo. Como el sistema quería emparejarse con sensores, accedió a descargarse unos *drivers* antiguos y sin parchear para recibir peticiones de su nuevo amigo anciano. Ahora era una simple cuestión de aprovecharse de alguna vulnerabilidad en la seguridad de aquellos *drivers* sin parchear, y Paladín no tardó mucho en acceder a la red, con todos los privilegios del sistema de irrigación. Estos tenían acceso a bastantes, incluyendo el esquema de la casa y grabaciones de cámara. Al fin y al cabo, no querías comenzar a irrigar una habitación con gente dentro.

El material de las cámaras le serviría para saber quién había estado allí y cuándo. Paladín sintió un subidón de orgullo. Quizá todavía no podía realizar ingeniería social en humanos, pero sí era capaz de engañar a la mayoría de las máquinas.

Había conseguido el acceso justo a tiempo. Barbazul selló su trato con una transferencia de créditos, mientras que Eliaz dejaba caer pistas sobre que quizá sería capaz de conseguir más IP de la misma fuente. El patrón de calor en su cara indicaba que estaba interesada, aunque su respuesta fue de una neutralidad estudiada.

—Tienes los datos de contacto de Thomasie, ¿no?

—De hecho, no.

Eliaz miró a Thomasie.

Los dos hombres irradiaron un intercambio de información.

—Contacta con él si quieres establecer una nueva reunión —dijo Barbazul. Después se agachó junto a Paladín, todavía sentado de forma extraña junto al árbol, y le miró los abstractos paneles negro mate que formaban su cara.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Perdona, es que su vocalizador está roto —se apresuró a decir Eliasz—. Se llama Xiu.

—Siento no haber hablado más contigo, Xiu. ¿Puedes estrechar manos? —Ella alargó su mano, pequeña y callosa, con una edad que no aparentaba en su rostro. Paladín extendió el brazo, permitiendo que el metal rayado de sus dedos se entrelazara con el rosa pálido de los suyos. Ella puso las huellas dactilares sobre su aleación, que cedió un poco y memorizó los dibujos de cada una.

No encajaron con nada en las bases de datos a las que tenía acceso. O Barbazul tenía una identidad nueva no registrada o se habían degradado tanto sus huellas dactilares que era imposible de rastrear. Cuando separaron las manos, ella echó una mirada al cúmulo de sensores que componían su cara, mucho más tiempo que cualquier otro humano hubiera hecho antes.

Barbazul quería hacerle saber que era desconocida. Quería que le explicara a Eliasz que no era buena idea fastidiar a este grupo de piratas. Y eso es justo lo que hizo.

Descargaron los créditos y Paladín y Eliasz alquilaron una habitación barata cerca de la universidad, en un hotel que Gertrude había recomendado. Estaba repleto de investigadores de visita y sus familias. La red local de motas se ralentizaba porque todo el mundo estaba descargando y subiendo archivos que eran demasiado pesados como para ser información científica.

—Es cierto que esta ciudad está repleta de piratas —remarcó Paladín cuando Eliasz se estiró en el estrecho futón y clavó la mirada en el techo—. Casi todo el mundo en esta red está infringiendo derechos de autor.

—Así es Iqaluit. En cuanto tengamos una pista sobre dónde pueda estar Jack, nos largamos.

—Tengo una puerta trasera en la red de Arcata, Eliasz, podemos analizar

las grabaciones de seguridad de sus cámaras. Pero accederé a ella o muy lento o durante periodos cortos de tiempo. De otro modo sería obvio que alguien está hurgando por aquí.

Paladín explicó lo del anonimato extremo de Barbazul y la relativa sofisticación de la operación de la Granja Solar Arcata.

—No sé cuánto tiempo nos queda antes de que descubran que somos agentes.

—Yo también he pensado en eso. —Eliasz suspiró—. No son idiotas. Tenemos que hacer esto rápido. Tú trabaja en la red, busca la cara de Jack en el metraje, o referencias a la Zacuidad. O incluso referencias a los contactos de negocios de la Federación. —Hizo una pausa y se levantó, puso una cálida mano sobre la parte inferior de la espalda de Paladín—. Vamos a gastarnos todos estos créditos esta noche para tener una excusa y hacer una nueva venta mañana.

Aquella noche, tuvieron dos misiones: Paladín daría sorbitos de la red de Arcata y Eliasz derrocharía dinero de la forma más obvia posible.

Caminaron por el borde de la cúpula, sus gigantescos ventiladores se renderizaban traslúcidos y se inclinaban para abrirse y dejar entrar el cálido aire veraniego. En invierno la cúpula se cerraba por completo, y las exiguas horas de luz solar prolongadas con un brillo artificial mantenían el número de suicidios bajo para el nivel medio de las estadísticas. Una gran cantidad de torres se alzaban en espiral, las celosías estaban cubiertas de frutas y flores y el aire, inundado de pájaros y resplandecientes zarcillos de plantas. Cuando Paladín amplió a los niveles más altos de las granjas, vio humanos y bots fertilizando las plantas con pincelitos cargados de polen.

—Vamos a la tienda de munición —sugirió Eliasz—. Las balas son rastreables y el campo de tiro tiene un canal público para los amantes de las armas. —Sonrió y por fin la expresión facial de Eliasz encajó a la perfección

con las emociones que indicaban el flujo de sangre en sus mejillas y la dilatación de sus pupilas—. Es más, así aprovechamos y practicamos el tiro, ¿no te parece, Paladín?

Veinte minutos más tarde, Paladín estaba equipado y cargaba una docena de gruesas y pesadas bandoleras que le cruzaban el pecho. Por prevención, Eliazz imprimió un par de rifles de francotirador plegables y suficientes balas biodegradables como para gastar una buena cantidad de créditos. Lo siguiente fue ir a malgastar créditos alquilando tiempo en el salón de tiro, que se rumoreaba que era el mejor de todo el Ártico. Condujeron varios kilómetros fuera de la cúpula, cuyas membranosas paredes de espuma se elevaban con cloroplastos sintéticos que absorbían la luz solar.

Los montes de Baffin eran gigantescos y rocosos, hectáreas de terreno amurallado cubierto de flores de verano moradas mezcladas con árboles no autóctonos para ofrecer protección. Había colinas y fuertes a medio construir, un búnker de cemento, e incluso algunas trincheras excavadas por algún grupo local que recreaba la primera guerra mundial. A esta hora del día, el lugar estaba casi vacío. En Iqaluit estaban cenando y los ricos amantes de las armas que frecuentaban este lugar tenían platos esperándolos en casa.

Eliazz irradió créditos a una mujer con anorak y gorro situada en la puerta, que apenas levantó la vista de su pantalla. Paladín observó las hileras de cámaras pegadas a todas las superficies, cuidó que sus movimientos fueran menos suaves de lo normal. También tuvo que simular mala puntería cuando disparaba al objetivo.

Eliazz decidió comenzar su práctica en una colina. Habían pagado por unos cuantos objetivos: una casa de espuma hormigón que les ofrecería cobertura y unos cuantos títeres dispuestos en un área boscosa en el otro extremo.

—El aire de aquí me recuerda al otoño de Varsovia. —Eliazz disparó

desde la ventana de la casa mientras Paladín colocaba su munición adicional en el suelo. Alguien había dejado un montón de envoltorios biodegradables de comida en un rincón; ya se habían deshecho lo suficiente como para que los logos de Nestlé fueran una versión deformada de sí mismos—. Hace frío pero no demasiado. Y ese olor que se respira en el aire, como a hierba recién cortada...

Paladín seguía sin saber cómo responder cuando Eliaz le contaba cosas que no tenían nada que ver con trabajo. Trató de contestar con un comentario relevante, o quizá con otra pregunta. Preguntarle a Eliaz por qué sus huellas dactilares encajaban con las de un sacerdote de Varsovia, pero el hombre podría molestarse por que Paladín hubiera hurgado en sus biométricas, recopilando una pequeña pero creciente lista de datos que podrían ser ciertos. El bot deseó hablar fácilmente con las personas del mismo modo que lo hacía él, pero aquello jamás sería posible. Sin importar cuánto tiempo estudiara el arte de la inteligencia humana, su gigantesco y endurecido cuerpo con los escudos alados complicarían que un humano se relajara junto a él.

Paladín dejó que dos ametralladoras ligeras surgieran despacio de los compartimentos derecho e izquierdo del pecho, y dobló las piernas para compensar el centro de gravedad, que cambió ligeramente. Todavía no era capaz de imaginar un modo de preguntarle a Eliaz sobre Varsovia.

—Cargado y listo. —Aquellas palabras tendrían que valer por todo lo que quería decir. Paladín estaba en posición de combate por primera vez desde aquellos días en Campo Túnez.

—Dale.

Paladín liberó una descarga de balas a través de la ventana de la casa, apuntando en abanico hacia los muñecos. Habían sido implantados con una señal de calor artificial que volvía sus cuerpos de plástico de un rojo oscuro.

El bot alteró su estrategia de asalto, tratando de ser lo más certero posible. Fue una decisión de última hora, basada en la alta probabilidad de que el entusiasmo de Eliazz implicaba que Paladín tendría que actuar de forma óptima en vez de mantenerse en el papel de bot dañado. Las cabezas de los títeres explotaron de un modo muy espectacular.

—Genial. —Eliazz soltó una carcajada y Paladín supo que había supuesto bien lo que quería su compañero—. Bueno, ahora que te has cargado a nuestros tipos malos, colega, vamos para abajo a ver cómo de difícil es hacer estallar esta casucha. ¿Qué te parece?

Recogieron el resto de la munición y se dirigieron a las pilas de astilla y relleno que habían sido figuras humanoides escondidas tras los árboles. Ahora hombre y bot estaban ocultos. Paladín desplegó los escudos dorsales, volviéndose invisible, tan solo para añadir realismo al escenario. La experiencia era tan similar a sus entrenamientos que comenzó de forma reflexiva a acceder a los recuerdos desordenados de sus inicios en la Federación. Veía imágenes inconexas de la fábrica Kagu, cuyas marcas de tiempo mostraban espacios vacíos de horas y días; señales de una tanda de biobots que habían sido fabricados con él; un recuerdo fragmentado del instante en que su sentido propioceptivo dio paso a una forma de sentir de posibilidades cinéticas; y, al fin, su presente autoconsciencia, teñida con obsesiones a cuyos orígenes no podía acceder o controlar.

Muchas de aquellas obsesiones estaban directamente ligadas a su sistema de focalización, que trajo al bot de vuelta al presente. No había flores ni árboles en los campos de tiro donde aprendió a apuntar y a disparar.

—¿Puedes dejarme apuntar por ti?

Paladín no estaba seguro de lo que quería decir Eliazz.

—El acceso programático a mi sistema de focalización en tiempo real está disponible para cualquier admin de la Federación —vocalizó sigilosamente,

disfrutando de la sensación que le proporcionaba el modo de camuflaje.

—He oído que los bots como tú podéis... —Eliasz hizo una pausa incómoda—. Que podéis cargar a un humano en la espalda en pleno combate y... dejar que él pilote, por decirlo de algún modo.

Sin duda Paladín podía cargar el peso de Eliasz en la espalda sin problemas, sus escudos protegerían al humano durante la batalla. Pero nada de su entrenamiento y nada de lo que había aprendido de otros bots sugería que pudiera dejar el control de sus armas a alguien que no tuviera privilegios para acceder a su sistema. De todos modos, entendía por qué Eliasz se había imaginado algo así. Un par de búsquedas rápidas en servidores públicos de contenido devolvieron millones de horas de grabaciones donde la gente cabalgaba los cuerpos de bots gigantes con aspecto de tanques, focalizándose en sus enemigos.

En aquel instante, Paladín decidió probar algo en lo que había estado pensando durante unos minutos, basándose en lo que había aprendido del sistema de irrigación. Quizá la recolección de datos sobre humanos era una versión de red de penetración y él era capaz de integrarse mejor en situaciones sociales al invitar a los humanos a ver una versión ilusoria de sí mismos. En vez de descartar el malentendido de Eliasz, encontraría un modo de acomodarlo.

—Puedo cargarte a la espalda y dejarte guiar mis sistemas de armamento.

Paladín se arrodilló junto a Eliasz y el impulsor derecho aplastó el brazo de un maniquí. Extendió barras de diez centímetros que surgieron de los muslos. En realidad eran armas de *electroshock* diseñadas para generar descargas mortales, pero funcionarían como escalones si los apagaba. Sin que le dijera más, Eliasz trepó por ellos, inclinando su torso contra el panel de control sellado en la espalda de Paladín.

—¿Ahora qué hago?

Tenía la mejilla pegada al bot, la barbilla sobre su hombro.

El bot se levantó por completo y Eliaz se empuñó las armas que habían salido del pecho de Paladín. La mano derecha de Eliaz comenzó a moverse despacio, reconociendo el cañón por el tacto.

—Está conectada a tu sistema nervioso, ¿no? ¿Puedes sentir mi mano?

—Sí, aunque no es exactamente lo que llamarías sistema nervioso. Pero puedo sentirte.

—Qué pasada. Ojalá pudiera sentir mis armas. Sería todo mucho más fácil.

Con todo el cuerpo de Eliaz contra él, Paladín leía la respuesta galvánica de su piel a nivel granular y observó los fluidos a través de los órganos. Siguió el mismo impulso que lo llevó a investigar el pasado de Eliaz en la base de datos mundial, y comenzó a escanear el cuerpo del hombre en busca de mutaciones, de contaminación, de cualquier cosa que pudiera amenazar su vida.

—¿Cómo te hago disparar?

—Puedes subvocalizar instrucciones y yo las seguiré.

«Dispara por todo el tejado de esa casa.» Los labios de Eliaz se posaron sobre el caparazón de Paladín, moviéndose con ligereza mientras pronunciaba la orden.

Continuó tocando el metal expuesto de las armas de Paladín, los dedos alrededor de los finos cañones durante unos segundos antes de que se calentaran demasiado. Los deslizó por debajo, hacia la fría aleación de carbono del pecho del bot, estirando los pulgares hacia atrás para que sus manos formaran dos V bajo las armas protuberantes.

Paladín tenía una gran cantidad de munición para gastar y se tomó su tiempo con el tejado. Los casquillos caían al suelo, a sus pies, y comenzaban a biodegradarse inmediatamente. Con cada descarga de proyectiles, Paladín

reducía la integridad estructural del tejado con gran precisión; nunca llegaba a darle directamente, pero destruía la espuma y las vigas que lo mantenían en pie. Cada impacto arrancaba unos pocos centímetros más de la cara este de la casa, y Paladín registró una sensación de satisfacción cuando la cobertura comenzó a doblarse y a colapsarse.

Al inclinarse para recargar, Eliaz cambió su postura en la espalda del bot. La posición del hombre irradiaba incomodidad. Trataba de mantenerse sobre los peldaños mientras evitaba tener contacto físico con Paladín con la parte inferior de su cuerpo.

Paladín categorizó los cambios fisiológicos en el cuerpo de Eliaz y recargó las armas. El bot decidió continuar con su prueba social de comunicación humana no contestando nada. No tenía sentido recordarle a Eliaz que cualquier mínimo movimiento de su cuerpo, cada torrente de sangre o chispa de electricidad, era completamente transparente para Paladín. Permitiría creer a Eliaz que no sentía nada.

El corazón del hombre latía con fuerza, la piel algo húmeda. El órgano reproductivo del hombre, cuya comprensión funcional era algo que el bot conocía tan solo del entrenamiento anatómico militar, estaba hinchado de sangre. La transformación quedó registrada en su temperatura, su presión y los sensores de movimiento. El patrón fisiológico era parecido a un rostro enrojecido humano y señalaba el mismo tipo de excitación. Pero obviamente no era igual.

—Dime adónde debo apuntar ahora —vocalizó Paladín justo en el oído de Eliaz, presionado contra la curva del contorno de la mandíbula del bot.

—Sigue disparando. —Debido a su incomodidad, Eliaz olvidó subvocalizar—. Dispara sobre el tejado como te he dicho.

Paladín disparó, pero sus sentidos se centraron por completo en el cuerpo del hombre. Este tenía dificultades para estabilizar la respiración y el ritmo

cardíaco. Sus músculos trataban de reprimir sus propias reacciones. El bot siguió disparando, transduciendo el placer de Eliaz en el suyo propio, sintiendo cada tiro como algo más que solo el éxtasis de acertar en el blanco. Cuando el tejado se derrumbó, apuntó a los muros.

El ritmo cardíaco de Eliaz se redujo y volvió a un rango normal. Pero Paladín continuó, disparando y recargando hasta que todos los cartuchos quedaron como pálidos pétalos de material biodegradable alrededor de sus pies y la casa no fue más que humeantes pedazos de espuma.

Los bots militares como Paladín estaban programados con información sexual básica sobre los humanos que era por completo clínica. Si hubiera sido diseñado para el sexo, el bot hubiera recibido entrenamiento emocognitivo al respecto. Su caparazón habría sido músculo y piel y tendría genitales. Sus admins habrían implantado en él perversiones y deseos eróticos y programas para emular un ciclo de respuesta sexual que encajaría con las cascadas neuroquímicas de sus compañeros humanos. En cambio, tal y como era, tenía pocas herramientas para interpretar o contextualizar qué era aquello.

Paladín se arrodilló y Eliaz bajó de su espalda. De pie uno junto al otro, el humano y el bot contemplaron el destrozo que habían causado. Pedazos de espuma esparcidos por todas partes entre las flores. Destruir aquella casa había consumido casi todos sus créditos.

Un coche los llevó de vuelta a la cúpula y los dejó en el hotel. Eliaz habló por primera vez desde el campo de tiro.

—Espérame en el vestíbulo, Paladín. Voy a darme una ducha y después vuelvo para ir a cenar a Lex. Quizá volvamos a ver a nuestros hackers de proteínas. —El hombre mantuvo los ojos sobre las aperturas de las armas ahora invisibles en el pecho del bot. Aunque su intención era evitar la mirada de este, fracasó: Paladín tenía sensores visuales por todo su cuerpo, incluyendo el preciso lugar en el que Eliaz trataba de evitarlos.

Paladín estaba mirando directamente a las pupilas dilatadas del hombre cuando respondió:

—Comprobaré el goteo de datos de la Granja Solar Arcata y veré qué tengo.

Cuando Eliasz volvió cuarenta y cinco minutos después, el bot ya sabía muchísimo sobre la Granja Solar Arcata. También había realizado algunas búsquedas en la red pública y había aprendido un poco sobre las relaciones sexuales entre humanos y robots. No iba a comentar nada sobre esto último, así que habló con Eliasz sobre la granja mientras se dirigían al Lex, a unas pocas manzanas de distancia. Era bien entrada la tarde y el sol brillaba en el horizonte. La oscuridad duraría solo unos ciento ochenta minutos en cuanto desapareciera.

—Los piratas de Arcata han comprado medicamentos de Jack en otras ocasiones. Alargadores de vida y antiinflamatorios, en su mayoría. Ella es su única fuente en la Federación que además es compradora. Por lo que he descubierto, compra su IP negra, fabrica los medicamentos en algún lugar y los envía de vuelta para su distribución. Sin embargo, no en grandes cantidades. Hablamos de pequeños alijos, en general un millar de dosis por entrega. Así que supongo que la Granja Solar Arcata es su principal cliente.

—Tiene sentido —contestó Eliasz—. ¿Cuándo fue la última vez que hicieron tratos con ella, según las cámaras de seguridad?

—Tan solo hace un mes. Compraron antiinflamatorios, que ya han vendido.

—Mierda. Basándonos en lo que sabe la Federación sobre sus patrones de actuación, no va a volver en al menos unos cuantos meses más. Debe de haber hecho escala portuaria en Inuvik en vez de aquí. Bueno, estamos jodidos de un modo, pero no del otro.

—¿Cómo que estamos jodidos?

—Estamos jodidos porque hay un montón de rutas al sur de Inuvik, especialmente si ella dispone de buen transporte, que sin duda es así. No es una principiante. —Eliasz se detuvo ante la entrada de la calle que conducía al Lex. El bot ya estaba captando moléculas del vapor con trazas de chili que surgían de la puerta del restaurante a unos doscientos metros—. También estamos jodidos porque no tenemos ni idea de adónde se dirige, podría ser Calgary, donde es obvio que vendió aquella Zacuidad... o, mierda, podría ser Montreal. Sin embargo, yo apuesto a que ya se ha enterado de lo que ha ocurrido en Calgary y va hacia una de las casas francas en una de las ciudades más pequeñas.

—¿Y cómo es eso de que no estamos jodidos?

—Sin importar lo que ocurra, nos vamos de Iqaluit en veinticuatro horas. Con un poco de suerte, antes. Tenemos que darnos prisa en descubrir el rastro de Jack. ¿Por qué no comienzas a filtrar cámaras de vigilancia de Inuvik, para ver si algo con la silueta de Jack aparece por allí?

Avanzaron por la calle hasta el Lex, donde Eliasz encontró a Gertrude comiendo bok choy picante con un grupo de estudiantes de neurolingüística que estaban más interesados en los cambios de una vocal que en las injusticias de las patentes. Eliasz inició una conversación, manteniendo sus identidades ocultas, y trató de no mostrar patrones anómalos en su comportamiento.

Paladín ignoró a los humanos. Estaba ocupado comunicándose en la red privada de bots, donde las conversaciones eran de un inequívoco reconfortante. Nadie le pidió que pasara por alto realidades fundamentales al intercambiar información de cámaras de seguridad con agentes de Inuvik sobre varios incidentes sospechosos en las últimas cuarenta y ocho horas. Le proporcionaron una gran cantidad de datos: tenía imágenes, audios y comunicaciones de radio para filtrar en busca de pistas.

En la red pública, el tema de la sexualidad entre bots y humanos también reveló información valiosa. Pero cuando Paladín eliminó las representaciones de la ficción y de la industria del sexo, descubrió que apenas tenía datos. Los bots militares no estaban diseñados para tener sexo con humanos y, por lo tanto, su situación no estaba para nada documentada. Los que estaban bajo servicontratos no tenían permitido publicar en la red; a menudo lo tenían prohibido con acuerdos de confidencialidad, pero también por convención social. Además, había tan pocos bots militares que se volvieran autónomos que sus informes de texto eran escasos.

Al fin, en una de las búsquedas de Paladín relacionada con Jack halló el informe de un bot cuyo contenido parecía prometedor. Dos agentes de Inuvik habían entrado en modo de mantenimiento profundo sin motivo aparente tras una redada rutinaria sobre fármacos en una cafetería cercana al río. Estaban interrogando a dos humanos a punto de ser arrestados, pero no habían escaneado sus biométricas por completo. Sin embargo, antes de apagarse, uno de ellos había guardado la esencia del encuentro:

15.30 sospechoso en custodia, iniciando arresto

15.37 declaraciones de todos los testigos en la
cafetería, coordenadas añadidas,
información añadida

15.39 interrogatorio a dos individuos que salen
de la cafetería

15.40 mujer y hombre sin proyectores de identidad

15.41 comprobación de mantenimiento

15.42 comprobación de mantenimiento

15.43 comprobación de mantenimiento

15.44 retomando el arresto

Era obvio que algo extraño había ocurrido. ¿Por qué los bots comenzarían a interrogar a dos personas y de pronto se sumergirían en modo de mantenimiento? Aunque los informes mostraban que Jack solía viajar sola, Paladín pensó que este hombre y esta mujer sin proyectores de identidad, conectados a una redada de fármacos en Inuvik, podrían ser una posible pista. Guardó una copia local del documento para mostrársela más tarde a Eliaz.

En cuanto a la otra búsqueda, tendría que llevar a cabo algo de espionaje en humanos.

7

LAS PASTILLAS BILIOSAS

7 de julio de 2144

La furgoneta era su propio conductor, y ese conductor era un paranoide funcional. Avanzaba por carreteras con poco tráfico y apenas cámaras de vigilancia. Esta época del año era plena temporada turística, y eso quería decir que tomaba las rutas menos concurridas. Jack no podía distraerse a sí misma con estupendas vistas del Mackenzie, titilante de minerales y barcas pálidas. Mientras que Trescero veía una película muda en una de las terminales de la furgoneta junto a ella, Jack rastreó posiciones de satélites que tuvieran encima y coches en rango visual en la carretera a su alrededor.

La ruta más rápida al laboratorio era atravesando Yellowknife. Su vieja amiga Mali vivía ahí y trabajaba como médico de cabecera en un hospital público. Quizá podría conseguirle a Trescero algún tipo de trabajo para principiantes, recogiendo muestras de mejillas o limpiando. Era lo mínimo que podía hacer después de que le salvara el culo en Inuvik.

Yellowknife era una ciudad de delgados rascacielos y con siglos de historia, casas de madera real que abrazaban las orillas de Slave Lake y un centro turístico popular en la Zona Norte. En esta época del año estaba repleto de turistas y universitarios que habían firmado servicontratos para trabajar como sirvientes y guías de verano en los alojamientos de vacaciones.

La multitud también facilitaría a Mali vender una gran parte del alijo de Jack. Aunque ya estaba lejos de ser una radical, era inflexible con su idea de que todo el mundo debería ser capaz de permitirse los tratamientos que ella recetaba. Cuando no podían pagar por los fármacos patentados, vendía el material pirateado de Jack. Todo el dinero que Mali ganaba se dedicaba a la siguiente entrega de Jack.

El cuchillo en su cinto latió con suavidad: su perímetro había captado noticias locales de interés. Alguien en un foro pirata clandestino de Yellowknife quería avisar a la gente sobre un alijo de drogas en mal estado que circulaban por el lugar. Un tipo había tomado aquello que llamaban Zacuidad para pasarse toda una noche procesando una gigantesca pila de reclamaciones de seguros de salud para pacientes desempleados. El proceso de reclamaciones era casi automatizado, pero en casos inusuales un humano tenía que tomar las riendas para arreglar ciertas situaciones. En resumen: era el trabajo más aburrido del mundo. Una combinación perfecta para la Zacuidad.

Al principio el tipo parecía un poco raro pero tampoco fuera de lo normal. Trabajaba más horas. Tenía conversaciones incómodas con sus amigos en las que comenzaba a enumerar bastantes códigos numéricos para condiciones médicas que solo estaban cubiertas si tenías un empleo a tiempo completo en una corporación. Entonces comenzó a trabajar turnos de veinticuatro horas, ingería Zacuidad en vez de comida y no dormía. Fue en aquel momento cuando les dijo a sus amigos que cada reclamación tenía que ser procesada por manos humanas, y si eso implicaba que la gente no podía ser operada a tiempo, era el precio que tenían que pagar por un buen servicio. Se había vuelto completamente loco, imprimía formularios de reclamaciones en montones de papel carísimo, que acumulaba en pilas de un metro de alto en su escritorio como si de un muro defensivo se tratara. Al

menos un paciente había muerto esperando las medicinas que tendrían que haber sido autorizadas por un simple algoritmo del seguro. El procesador de seguros murió de un fallo multiorgánico, probablemente debido a la deshidratación, tras un montón de peticiones incompletas de terapias pediátricas para autistas.

La publicación finalizaba con una actualización: Los médicos en Yellowknife estaban pidiendo a la gente que había tomado Zacuidad que acudieran al hospital lo antes posible. No se hacían preguntas. Solo querían evitar que nadie se matara.

Jack abrió de un tirón una de las cajas que había puesto a un lado de su alijo y se metió una lámina estabilizadora del ánimo bajo la lengua. Agarró el volante con fuerza, aunque era inútil, a la espera de calmarse. Era la mayor cagada de toda su carrera, si es que se podía llamar a la piratería una carrera.

Otoño de 2115 - Otoño de 2118

Jack y Krish llamaron a su publicación antipatentes *Las pastillas biliosas*, tras la primera medicina patentada en los antiguos Estados Unidos de América. Era una bromita privada que, en general, se malinterpretaba para implicar algo como «cabronas mordaces» por sus adversarios, en general jefazos de grandes farmacéuticas y apologistas de un sistema de patentes liberal.

El grupito de expertos que seguían la publicación se hacían llamar a sí mismos «Pastillas», y muchos se volvieron famosos entre los investigadores cuyo trabajo estaba siendo destrozado por la calcificación de la ley de patentes. Jack rechazó un trabajo a jornada completa en la granja de patentes Louise Bendis al perpetrar una carta abierta en *Las pastillas biliosas* sobre cómo las patentes de medicamentos volvían a la población humana más enferma. Fue citada en noticiarios, pero tras aquello ninguna universidad

quería contratarla como profesora. ¿Cómo iba a lograr nunca fondos para un laboratorio cuando se había dedicado por completo a destruir a las grandes farmacéuticas, la fuente más probable de dinero para una beca?

En vez de ello, Jack se convirtió en una investigadora de bajo nivel en Franklin, enseñaba ingeniería genética a estudiantes de grado y hacía el trabajo de laboratorio de otras personas. Y aun así, allí a donde iba, desde conferencias internacionales de biología sintética hasta encuentros locales de activistas de Culturalibre, su reputación como fundadora de *Las pastillas biliosas* le precedía. Se convirtió en participante regular de un programa de ciencia y salud que veían millones de personas cada semana.

El movimiento de reforma de las patentes estaba llegando a una cantidad de gente enorme. Ya no solo eran científicos e ingenieros los que estaban cabreados, ahora el público también estaba implicado. Las medicinas eran demasiado caras. Cada mes, recibían más y más microfinanciaciones para *Las pastillas biliosas*, hasta que al final Jack dejó su trabajo en el laboratorio para dedicarse por completo a la organización antipatentes. Fue entonces cuando ella y Krish decidieron que había llegado el momento de llevar a cabo una protesta mayor. Algo que transmitiera a todo el mundo cómo de corrupto estaba el sistema de patentes.

Su oportunidad llegó cuando un gigantesco barco atracó en Halifax, los contenedores repletos de fármacos que habían sido fabricados en la Federación Africana. Ya era bastante negativo que la Federación hiciera fármacos que ellos mismos no podían permitirse para la gente de la Zona. Pero en años recientes había habido récords de muertes en la Federación a causa de trastornos neurológicos en niños, distintas cepas de cáncer y síndromes infecciosos de fatiga. Las medicinas que había en el navío podrían salvar cientos de miles de vidas de la Federación. En vez de ello, las almacenarían en la Zona.

Jack pasó dos días frenéticos intercambiando mensajes encriptados con un Pastilla cuyo seudónimo era «Rosalind Franklin». Disponía de las conexiones para entregar los medicamentos a los niños de la Federación que los necesitaban. Todo lo que precisaban era el momento idóneo.

Se colaron a bordo a primera hora de la mañana, rodeados de muchas cámaras enjambre que retransmitieron todo el acontecimiento en directo. Jack condujo a un grupo de veintitrés de los Pastillas más radicales con máscaras, pelucas empolvadas y chaquetas militares del siglo XVIII. Era una acción pirata, al fin y al cabo. Jack destacaba por su sombrero de tres puntas adornado con una calavera y dos huesos cruzados.

Desde Saskatoon, Krish coordinaba la retransmisión en vídeo, asegurándose de que los comentarios de Jack llegaban altos y claros.

Subió el volumen de la voz, meneando una espada de plástico por encima de la cabeza.

—¡Vivimos en un mundo donde todos pueden vivir más de un siglo sin enfermedades ni dolor! —Tras ella, los Pastillas usaron una bacteria devoradora de metal para reventar las cerraduras y abrir los contenedores como si fueran de papel—. Pero las claves para esta buena vida están en las avariciosas manos de unas pocas corporaciones, cuyas licencias para patentes duran más que una vida humana. Si no abren el acceso a las medicinas, ¡lo haremos nosotros por la fuerza! ¡Ha llegado la hora de luchar contra este sistema que llama privilegio a la salud!

El enjambre de cámaras retransmitió la grabación de los manifestantes mientras saqueaban los contenedores, llevándose cajas de pastillas y jeringas. Drones autónomos de la Federación, amigos de Rosalind Franklin del movimiento anti-servicontratos, descendieron del oscuro cielo. Los humanos levantaron el botín hacia los brazos de los robots. Los drones agarraron caja tras caja y salieron disparados hacia el Atlántico, hacia una barcaza de la

Federación en aguas internacionales.

Los Pastillas comenzaron a corear:

—¿Qué queremos? ¡Reformas de las patentes! ¿Cuándo las queremos?
¡AHORA!

Cuando Jack dio una caja de antivíricos a uno de los drones, la máquina usó el sonido direccional para hablarle al oído:

—Gracias. Ha llegado el momento de que los humanos comprendan que la propiedad es muerte.

Sorprendida, apenas tuvo tiempo de contestar antes de que el dron saliera a toda velocidad hacia arriba, en una misión que iba mucho más allá de los objetivos de esta protesta.

Fue lo último que vio antes de que la porra descendiera. Le rompió el cráneo, cubriéndole la cara de sangre y enviándola en una espiral hacia las negras aguas del puerto.

7 de julio de 2144

—¡Es una revolución bot! —gritó Trescero entre risotadas, señalando al móvil apoyado en el panel de mando.

Un fogonazo de ira cruzó la tranquilidad inducida por las medicinas de Jack. ¿Cómo podía ignorar el peligro y comentar con emoción la película? De pronto, no había otra cosa que quisiera más que romperle la cara de idiota.

—¿No te enseñaron una mierda en Shenzhen? ¿Ni siquiera sobre los clásicos como *Metrópolis*?

Trescero pulsó el botón de pausa, se colocó en una postura seductora y forzó el acento.

—No, no me enseñaron una mierda en Shenzhen. Solo a ser atractivo y a hablar con voz melosa para que me esclavicen lo antes posible. —Parecía a

punto de darle un bofetón, o quizá estaba listo para recibirlo.

Un torrente de relajación inundó su cuerpo, haciendo que la ira remitiera. Comenzaba a lograr resultados. Su suposición sobre el lugar del que provenía parecía acertada, o lo suficiente, en cualquier caso.

—Así que eres de Shenzhen, ¿eh?

—De las Nueve Ciudades Delta. —Nombró la zona económica concreta que se expandía durante miles de kilómetros cuadrados al sudeste de la Unión Asiática. No era extraño que viniera de allí, pues casi todo el trabajo industrial estaba centrado en las Nueve Ciudades y en Hong Kong.

—¿Cuándo comenzaste el servicontrato?

—Me esclavizaron a los cinco años. Mi madre me vendió a una de esas escuelas de servicontratos. Me enseñaron a leer y a construir un motor. —Su atención volvió a *Metrópolis*, cuyo malvado bot estaba inmóvil en mitad de un apasionado discurso sobre alzamientos obreros.

Fuera, lagos de azul pálido pasaban a fognazos entre los oscuros pinos. No había coches en la carretera y se estaba haciendo de noche.

—¿Y cómo terminaste con aquel cortocircuitado?

Trescero fingía un claro desinterés, avanzaba la película fotograma a fotograma con aire ausente. El bot se agarraba el pecho con una lentitud agonizante, los ojos muy abiertos.

—La escuela quebró y subastó nuestros servicontratos.

Jack había leído sobre casos donde se habían comprado los servicontratos y cambiado los términos de un día para otro. Pero aún la sorprendió más oír que una de las escuelas de la Unión Asiática, incluso una que hubiera quebrado, vendiera los bienes sin comprobar los antecedentes.

—¿Le vendieron tu servicontrato a ese tipo?

Trescero se encogió de hombros y pulsó un botón para que el bot de la pantalla se moviera.

—No, me vendieron a un laboratorio de maquinaria y después el laboratorio decidió recortar gastos y me pusieron en subasta en Las Vegas. —Se estiró y un poco de barriga quedó a la vista entre la camiseta y la goma de los pantalones—. Eso fue hace unos tres años.

—¿Y no has conseguido salir del servicontrato en todo ese tiempo?

—¿Por qué me estás preguntando todas estas mierdas? ¿Eres una representante de recursos humanos cuando no estás pirateando medicamentos?

Por primera vez, Jack se dio cuenta de que el sarcasmo de Trescero no era una tontería. Era un arma de perímetro y probablemente la principal razón por la que él había llegado tan lejos con la mente intacta. En vez de plantear más preguntas, se inclinó y besó con fuerza a Trescero en la boca. Su reacción no fue grácil. Fue patosa y real.

8 de julio de 2144

Yellowknife todavía estaba a horas de distancia. Jack y Trescero durmieron en un revoltijo de sábanas térmicas en la parte de atrás de la furgoneta, piernas y brazos entrelazados, hasta que la alarma anunció que habían entrado en los límites de la ciudad. Eran las cuatro de la madrugada y la luz del sol se derramaba por las brillantes y desiertas calles.

Jack le envió un mensaje a Mali, que contestó al instante:

Vente a desayunar. Me he cansado de intentar que Judy vuelva a dormirse.

Tras décadas de indecisión, Mali al fin tuvo un bebé. Por supuesto, estaba despierta a esa absurda hora de la mañana.

Pararon delante de una casa de un solo piso en un suburbio de casas

idénticas construidas para parecer cabañas de madera del siglo XX ocultas entre los árboles. Mali los esperaba en la puerta, con el cabello negro recogido en un moño y los pantalones y la camisa planchados con pulcritud para el trabajo. Treinta años con la dosis más alta recomendada de Vive habían mantenido a Mali con la apariencia de la misma edad que sus internos. Tenía a Judy sujeta contra el pecho, sonreía sobre los rizos oscuros y húmedos del bebé y los piecitos que se movían inútilmente. La escena era tan normal y de una cotidianeidad casi cómica que Jack se sintió a salvo por un instante. Dejó la mochila en el suelo y le dio un abrazo a su vieja amiga, con cuidado de no aplastar al húmedo bebé.

—Tengo café y gachas preparadas. —Mali los llevó a un modesto comedor lleno de aparatosos muebles, alfombras antiguas y un tablero que proyectaba escenas mudas de las noticias de la mañana. Jack dejó una pila de cajas estampadas con Ganesh en el sofá.

—Después del desayuno nos ponemos con ello —dijo Jack—. Por cierto, este es Trescero.

Trescero le estrechó la mano a Mali.

—Gracias por tu hospitalidad —la saludó en un tono formal. Era la primera vez que Jack lo veía interactuar con otras personas. Sus modales eran tan correctos que parecía que se los hubieran hecho aprender a la fuerza.

Se dirigieron a una cálida cocina y se acomodaron en una mesa semicircular alrededor de los fogones. Frente a ellos, tres tazas humeantes de café. Jack tomó la suya y observó a Mali recolocar a Judy en la cuna de su brazo.

Trató de iniciar una charla distendida:

—¿Qué tal las cosas en el hospital?

—Bastante bien. ¿Qué tal tu negocio?

El bebé comenzó a llorar y se negó a responder a los susurros de Mali

para calmarla. Al fin, una joven entró en la habitación por la puerta trasera y cogió a Judy de los brazos de Mali sin decir una palabra, acunando a la pequeña en un brazo mientras le quitaba la taza de café con la otra. Mali ni presentó a la mujer ni la miró. Jack observó de reojo a Trescero, preguntándose qué pensaría sobre la tosquedad de la niñera bajo servicontrato. Él miró a la niñera cuando se marchó con el bebé, la boca torcida en su típica expresión pícaro.

—Lo siento, Jack, ¿qué me decías?

—Que ha surgido un problema. Este puede que sea mi último cargamento hasta dentro de mucho. —Jack necesitaba contárselo a alguien, airear su culpa en el espacio seguro de la cocina donde podía oler las gachas cocinándose. Las palabras le salieron atropelladas—: Vendí Zacuidad, a la que le había hecho la ingeniería inversa. Pero, por supuesto, las pruebas no captaron todos los posibles efectos secundarios. Ahora mis clientes le están dando a Zaxy un viajecito gratis de vuelta a la fase uno. —La fase uno de un ensayo clínico solo servía para una cosa: descubrir si el nuevo medicamento podía matar a gente.

—Espera, ¿qué? —Mali parecía mareada—. ¿Eres tú la que está tras todos esos episodios psicóticos con los medicamentos? ¿Qué demonios haces vendiendo algo así?

—Zaxy es un acaparador de IP.

—Pues distribuye más de sus antivirales. O ve tras esos nuevos generadores de médula ósea. Nadie necesita Zacuidad.

—La gente la quiere. Además, sí es una necesidad. Cuando compites por trabajos con gente que la toma, la Zacuidad podría ser la diferencia entre el empleo o el desempleo.

Ni siquiera Jack estaba convencida de su propio argumento. Mali negó con la cabeza, en su rostro se reflejaba una mezcla de compasión e ira que

parecía demasiado complicada para sus rasgos juveniles.

—Jack, estoy preocupada por ti. Esta situación con la Zacuidad... Hemos visto cosas horribles en el hospital. Y Zaxy está tan dispuesta a asesinarte como a arrestarte.

—Lo sé, pero tengo una idea. Creo que puedo arreglar la situación al hacer pública información que demuestre que Zaxy está vendiendo ese medicamento adictivo. También puedo contrarrestarlo con una terapia. Destruir a toda la corporación corrupta.

—¿Te has vuelto loca? Zaxy tiene a la mitad de los agentes en la Zona y probablemente también en cualquier otra coalición económica. Es más, ¿quién va a creerte? Ya no eres una científica. Eres una...

Mali se detuvo, incómoda, y Jack clavó la mirada en el café. ¿Qué iba a llamarla? ¿Una pirata? ¿Una criminal? ¿Una traficante? No importaba, porque ya dolía suficiente escuchar a su vieja amiga decir que no era una científica. La ciencia era todo el mundo de Jack. Se pasaba la mayoría de los días en el laboratorio trasteando con moléculas para que incluso los más pobres pudieran beneficiarse. Pero por supuesto que alguien como Mali no lo vería de ese modo. Para ella, Jack no era mejor que un mono en un laboratorio, revolviendo entre los medicamentos de otras personas para sacar copias.

—Sé que no puedo ser yo quien desvele la información. Voy a filtrarlo a alguien que sí pueda. A algún científico de verdad. —Las últimas palabras de Jack brotaron más amargas de lo que quería.

—Lo siento, Jack. No quería decir eso. Pero no necesitas hacer público algo así. Ya estamos trabajando en una terapia en el hospital y probablemente no somos los únicos. Tienes que esconderte.

—No lo entiendes, ¿verdad? —Jack volvió a mirar a Mali—. Es posible que algo genuinamente bueno salga de todo esto. Zaxy se saltó las leyes.

Cuando el público lo sepa, podría conducir a cambios reales.

—¿De verdad lo crees? ¿O solo estás haciendo el papel de mártir porque...? —Esta vez, Jack agradeció la costumbre de Mali de no acabar la frase. ¿Jack intentaba matarse para enmendar lo que había hecho? Quizá. Era posible. No lo sabía.

—Esto no va solo de mi vida, Mali. Podría destruir a una de las corporaciones farmacéuticas más corruptas de mundo. Quizá nunca volvamos a tener esta oportunidad.

Mali suspiró.

—Cierto. ¿Cómo vas a hacerlo?

—Tú ya estás demasiado implicada. Lo último que necesitas es más información.

De pronto, Jack se dio cuenta de que Judy había comenzado a lloriquear de nuevo, el llanto estaba amortiguado pero era distinto. Mali lo notó al mismo tiempo y pareció resignada.

—¿Hay algo que pueda hacer además de pagarte por el cargamento de hoy?

—De hecho, sí.

Sería imposible para la nueva mamá Mali resistirse al tirón de la protección cuando Jack se lo explicara todo sobre Trescero, contratado de niño, rescatado de un cliente brutal y con una necesidad desesperada de un trabajo autónomo. A medida que Jack hablaba, Trescero se sumía en el silencio, su expresión completamente en blanco. Mali le dio un abrazo y dijo que estaba segura de que podía conseguirle un trabajo de recadero en uno de los laboratorios de investigación. Los créditos del pago no serían una maravilla, pero cubrirían un apartamento y comida.

Al fin, Trescero habló, en su acento de escolarizado de la Unión Asiática más educado posible.

—Muchísimas gracias. Había pensado en seguir un poco más como asistente de Jack, pero esto sería perfecto, genial.

—Vente conmigo para el cambio de turno de la mañana. Deja los platos aquí para que los lave la chica. —Mali desapareció en otra habitación. Antes de que saliera, Trescero le dedicó a Jack una mirada que iba de la ansiedad a la ira. Pero ella no podía preocuparse por eso ahora mismo. Él estaba a salvo y eso es lo que importaba.

De algún modo, Mali consiguió que Jack se duchara y que después se echara una siesta en una cama de verdad antes de volver a la carretera. La niñera le cantó una nana a Judy mientras Jack se escaldaba la piel con el agua caliente. La región de Lake era el mejor lugar para lavarse. Que no hubiera escasez de agua implicaba que no había cortes. En veinte minutos, ya estaba dormida en la cama de invitados de Mali, soñando con nada.

Med estaba profundamente sumida en su investigación en la estación de trabajo más alejada del área de recepción cuando el recadero del laboratorio del hospital trajo unas muestras. Pero de algún modo, mientras que el joven esperaba unos resultados, encontró el camino hasta su mesa. Se colocó para echar un vistazo por encima del hombro al mapa neuronal del tipo que no había querido dejar de dibujar.

Empezó a charlar sin preámbulos:

—¿Qué es eso? ¿Un cerebro?

Ella no había podido hablar de su investigación con nadie todavía. No le contestaban los mensajes, ni comentaban los artículos que había intentado publicar. Frustrada, comenzó a explicarle al recadero.

—Es uno de mis pacientes, que ha desarrollado un nuevo tipo de adicción. Nunca había visto nada igual, su sistema dopamínico ha sido completamente modificado en cuestión de días. Puede que a causa de algún

medicamento que haya sacado de las calles. Uno de lo más sofisticado, a decir verdad.

Durante un buen rato, el recadero no dijo nada. Med se dio cuenta, con un pinchazo de vergüenza, que no debía de haber entendido ni una sola palabra de lo que había dicho. Hasta que él metió las manos en los bolsillos de su chaqueta y sacó una cajita decorada con símbolos de Ganesh.

—¿Un medicamento como este? —preguntó.

Ella tomó la cajita de sus manos y puso unas cuantas pastillas sobre la mesa. Las brillantes cápsulas de ónice tenían la palabra «CÓMEME» escrita con la tipografía Comic Sans en rosa. Sin pensarlo dos veces, metió una de ellas en el analizador espectral.

Lo que observó, en una lectura por encima, la puso en tensión.

—¿De dónde lo has sacado?

Él sonrió y se apoyó sobre su mesa con una mano, la cadera inclinada en una postura provocativa. Pensó que muchos humanos considerarían a aquel recadero de laboratorio bastante guapo.

—Conozco a la persona que las hace. —Usó un incongruente tono de flirteo—. ¿Quieres que te la presente?

Cuando la puerta del dormitorio se abrió de golpe, Jack se sentó de pronto sobre la cama y agarró el cuchillo. El reloj de la mesita de noche indicaba que llevaba dormida seis horas.

En pie frente a ella estaban Trescero y una pálida y aterrorizada joven en una bata de laboratorio. La médico clavó la mirada en el brillo de la cicatriz de Jack, un grueso surco rosado que comenzaba en el cuello, separaba sus pechos y cruzaba todo su estómago. Jack sabía que era el tipo de cosa sobre la que leían los estudiantes de medicina pero que pocas veces podían ver. Las cicatrices eran fáciles de prevenir con una variedad de pegamentos dérmicos

Fresser.

Al fin, la mujer habló:

—Necesito hablar contigo sobre los diagramas para la Zacuidad. Ahora.

8

CEREBROS

9 de julio de 2144

Había llegado el momento de probar un nuevo experimento. Durante el día anterior, Paladín había descubierto que al incluir «bot militar» o «robot militar» en casi cualquier búsqueda relacionada con sexo le otorgaba petabytes de representaciones de ficción y nada relacionado con la realidad. La falta de información solo hacía que su deseo fuera más urgente. Quizá era una peculiaridad de su programación como bot de reconocimiento, diseñado para recolectar inteligencia allí donde había algo desconocido.

O quizá era sobre Eliaz.

Paladín encaró al hombre en su diminuta habitación de hotel y trató por primera vez de empezar una conversación. Tomó ejemplo en lo que había aprendido de él.

—Esto me recuerda a la espera de mi primer encargo —vocalizó el bot.

El hombre levantó la mirada de un mapa de la Zona Norte que estaba estudiando. Sus músculos estaban tensos; Paladín lo había asustado. No dijo nada. El bot volvió a intentarlo.

—No aprendí mucho de la recolección de datos sobre humanos. Pero algunos de los bots fueron emparejados con humanos que les dieron un entrenamiento intensivo.

Eliasz asentía.

—Sí, no siempre te dan el entrenamiento necesario. Cuando estuve en Varsovia tuve que aprender muchas cosas mientras trabajaba. Igual que tú ahora, colega.

Paladín comenzaba a avanzar. Para adquirir información personal, tenía que compartir parte de la suya antes. Era su oportunidad para obtener las respuestas que buscaba, retorciendo las verdades en mentiras estratégicas.

—Algunos de los robots dijeron que estaban aprendiendo sobre sexualidad humana. ¿Crees que los robots militares lo necesitaban?

La sangre acudió al rostro de Eliasz y la electricidad recorrió su piel.

—No sé nada de ese tema. No soy un maricón.

No era la primera vez que Eliasz había dicho algo ortogonal como si fuera relevante. Estaba claro que se trataba de una conversación cuyo progreso Paladín solo entendería tras acceder a más información en la red pública. Comenzó a buscar sobre los usos de la palabra «maricón».

Pero antes de que Paladín pudiera analizar lo que había encontrado, Eliasz recibió un mensaje de Thomasie en su móvil. El hombre le echó un vistazo y se levantó, la postura sugería que ya había purgado el extraño intercambio de su mente.

—Vale, es nuestra última oportunidad para exprimir los últimos bits de datos de nuestros amigos en la Granja Solar Arcata —le dijo a Paladín mientras sus manos recorrían el ritual de comprobar su perímetro: cabeza, cinto, hombros. La señal de la cruz—. Vamos a ir para allá y conseguir todo lo que podamos sobre el posible destino de Jack. Les daré nuestra pieza final de IP y veremos si filtran algo a su fabricante de la Federación. Tú mira si puedes sacar algo más de la red.

Alargó la mano y tocó el cascarón curvado que formaba el hombro de Paladín, un gesto innecesario.

—¿Lo has entendido, colega?

—Sí.

Cuando el bot se levantó, vio el complicadísimo patrón de impulsos eléctricos que emergían como un mapa fungible en la coronilla de la cabeza de Elias. Pero no había respuestas ahí. Podía leer ansiedad y nada más.

Thomasie los recogió fuera de su hotel en una furgoneta multiusos vieja, de las que suelen preferir los granjeros locales. Tenía espacio para cuatro en la cabina, pero el abultado cuerpo de Paladín lo relegó a la zona de carga. Podía oír y ver todo lo que pasaba dentro, pero nadie intentaría incluirlo en la conversación.

Con una nueva sensación de sorpresa, el bot se dio cuenta de que lo prefería así. Paladín estaba desarrollando un pequeño repertorio de deseos granulares, como montar en la parte de atrás de una furgoneta. Coexistían con facilidad con los deseos críticos de la misión, como prevenir que Elias muriera.

Escaneó la red pública buscando patrones en el uso de «maricón», analizó la red de Arcata en busca de apariciones de Jack y se preguntó por sus preferencias personales. El deseo de sobrevivir y de proteger a amigos como Elias estaban programados en él a un nivel muy profundo. Aquellos deseos no se los había encontrado de forma fortuita a lo largo del tiempo. Pero ¿la preferencia de montar en la parte de atrás de las furgonetas? Eso era algo que ningún botadmin había implantado en él.

Encima, la cúpula dio paso al cielo, y Paladín observó la pálida burbuja de Iqaluit abrirse lentamente a rocas, hierba y granjas.

Cuando llegaron a la Granja Solar Arcata, Roopa los recibió en la puerta en un estado de completa alerta. No había canales retransmitiendo de fondo y una furgoneta desconocida aparecía aparcada en la entrada. Thomasie parecía más tranquilo que de costumbre, excepto por su cabello despeinado,

y no dijo nada cuando pasaron las armas de señal de energía de Roopa.

Dentro encontraron una capa de agua, que ya estaba secándose, que lo cubría todo: el sistema de irrigación acababa de rociar los muebles. Youssef estaba allí, la postura mucho más relajada que el día anterior, mientras secaba una de las sillas antes de sentarse con Barbazul y Barbarroja a una mesa cuyas patas eran de una hiedra que crecía cada vez más gruesa y suave.

—Habéis vuelto muy pronto —dijo Barbazul, ofreciendo a Eliazsz otra silla ligeramente húmeda. Paladín se quedó tras el hombre; seguía con su búsqueda en la red y registraba las emociones del pequeño grupo.

—Vi que, a fin de cuentas, necesitaba más pasta —contestó Eliazsz, su ritmo cardíaco y la respiración en una calma controlada—. Ya que sé que vais bien de fondos y yo tengo algunas buenas IP, pensé que quizá os interesaría un trato ligeramente distinto.

Barbazul hizo un gesto hacia un proyector al otro lado de la mesa, que dibujó una ventana negra en el aire.

—Tú dirás —lo alentó ella.

—Tengo una pequeña molécula aquí mismo que podría valer bastante dinero. En esencia, es una eufórica. —Pulsó con el pulgar en su muñeca un par de veces y un vector blanco que dibujó una estructura molecular apareció en la ventana flotante. Barbazul lo observó, entrecerrando los ojos.

—No quiero un pago fijo sin más. Dejad que os ayude a distribuirla y me dais una parte porcentual de las ganancias. Creo que podríamos volvernos ricos con esto.

La atención de Barbazul era errante.

—Interesante idea —mintió, con la mirada en la ventana negra.

Tras ella, el cuerpo de Barbarroja revelaba otra historia. Él estaba intrigado.

—Puede que precisamente tengamos un hueco para un distribuidor.

—Barbarroja echó una mirada de sorpresa a su compañera.

—¿Local? ¿O tendría que viajar a algún sitio para ocuparme de esto?
—Eliasz buscaba cualquier información geográfica que pudiera obtener. Pero ante la mención de viajar, ambos piratas se pusieron rígidos.

—¿Qué quieres decir? —El ritmo cardíaco de Barbarroja se aceleró.

—Bueno, seré sincero con vosotros —contestó Eliasz—. No es que Iqaluit me vuelva loco. Me recuerda demasiado a... Las Vegas. —Contar una verdad selectiva mantuvo sus bioseñales bajo control—. No me importaría ir a otro sitio fuera de las bóvedas durante un tiempo. Si hay dinero en esto para mí, ya sabéis.

—Este es el tipo de cosas que normalmente fabricaríamos en Casablanca —dijo Barbarroja, pensativo—. Y si hiciéramos esto, y hablo de un escéptico «y si», creo que tendrías que ir a recogerlo tú mismo.

Barbazul suspiró.

—Sí, al parecer nuestro contacto allí parece haberse metido en problemas.

Ahora tenían una pista sobre dónde trabajaba Jack en la Federación. Y al parecer se había corrido la voz de que ella también era un objetivo. Quizá Eliasz dejó que esta información lo distrajera, porque su siguiente movimiento fue torpe incluso para un HUMINT neófito como Paladín.

—¿Adónde te diriges si acabas metido en problemas de ese tipo?

Era una pregunta rara, y los piratas estaban claramente confundidos cuando Paladín vio llegar un mensaje encriptado. Barbazul miró su reloj, incapaz de controlar una leve aceleración en el ritmo cardíaco. En aquel instante, el acceso de Paladín a la red fue bloqueado. Alguien había descubierto su puerta trasera. Quizá solo tenían unos segundos antes de que tuviera que desplegarse en modo autónomo completo de defensa.

Dividió su mente: 80 por ciento para el combate, 20 por ciento para la búsqueda sobre maricones.

—Se acabó esta puta conversación. —Barbazul se levantó de pronto y apuntó con un desintegrador a Eliaz, mientras que Roopa corría hacia Paladín por detrás, sus armas disparaban contra los escudos ya desplegados.

El tempo no resultó más distorsionado de lo normal: en un solo movimiento, Paladín metió a Eliaz bajo la mesa y disparó a Barbazul en la cara con el arma de su pecho. Ella se tambaleó hacia atrás en un estallido de tejido cauterizado e impulsos neuroeléctricos derretidos. Barbarroja gritó, su cuerpo empapado de sangre al fin en armonía con su seudónimo.

Habían llegado suficientes datos de la búsqueda de Paladín para comenzar a construir una taxonomía. Cada uso de «maricón» podía categorizarse y comenzó a asignarles subcategorías etiquetadas con frases recurrentes para ejemplificarlas.

«Cómeme la polla, maricón.»

Eliaz se colocó en una posición defensiva bajo la mesa, el metal brilló en sus puños y un chispazo eléctrico le dio a entender que su perímetro estaba activo.

Al ver a su jefe caer, Roopa cogió un tronco bastante grueso a la derecha de Paladín y lo blandió contra su cabeza, tratando de anular algunos de sus sensores. La madera húmeda que protegía a Eliaz comenzó a humear bajo los disparos incesantes. Barbarroja corrió hacia la escalera y Youssef trastabilló tras él; el terror desfiguraba su cara. Más pasos bajando por la escalera: eran dos hombres, las caras protegidas y las armas listas. Un diminuto logo rojizo sobresalía de sus pechos, los identificaba como contratados de una empresa privada de seguridad en la Zona. Estos hombres pertenecían a los piratas del mismo modo que Paladín pertenecía a la Federación.

Paladín cubrió a Eliaz, sus escudos desplegados alrededor del hombre como alas protectoras, y Roopa anuló uno de los sensores en su espalda.

Tuvo que darse la vuelta para captar sus movimientos, y, por supuesto, se aproximaban más problemas. Aquellos hombres en la escalera portaban armas que Paladín podía resistir por un corto periodo de tiempo. Desde su posición tras la mesa, junto a las rodillas de Paladín, Eliaz alargó la mano y realizó un corte de luz horizontal, rebanando las piernas de uno de los hombres con armadura a la altura de los tobillos. Los pies amputados humearon en un ordenado montoncito junto a su desmadejado cuerpo, pero su compañero pasó por encima y siguió avanzando. Con un disparo certero al hombro derecho del bot, quebró la carcasa de Paladín.

«El maricón ha intentado tocarme.»

Roopa seguía ocupada tratando de romper la armadura de Paladín con su arma, y trataba de arrancar el brazo que el bot ya había perdido en una ocasión. Eliaz no tenía suficiente carga para otro disparo láser, pero disponía de una pequeña granada para el árbol de Roopa. Ella cayó al suelo sin vocalizar, con astillas de madera chamuscada alojadas en su garganta y en sus entrañas.

Incluso con sus sensores dañados, Paladín detectó la señal de peligro que Barbarroja envió a través de la red. Y oyó a Youssef gritar algo sobre un helicóptero en el tejado. Los piratas intentaban escapar.

Eliaz hizo una seña a Paladín. Para detener a Barbarroja y a Youssef, tendrían que acabar con los guardias restantes, cuyo compañero sin pies se arrastraba para coger un arma a pesar del dolor. Primero Paladín corrió hacia la escalera de caracol, un chorro de balas brotó de su pecho, y arrojó su peso hacia la izquierda justo a tiempo para golpear con el puño en el cuerpo del guardia sin pies. La armadura de aleación del hombre (el mismo material que componía la carcasa del bot) evitó que Paladín la penetrara. Pero el bot sintió la tranquilizadora vibración del hueso quebrándose irradiando por su brazo. El guardia no moriría al instante, pero tampoco lograría alcanzar ningún

arma.

«Maricón es un término peyorativo para un hombre homosexual. Está clasificado como discurso de odio en la mayoría de las regiones donde la homosexualidad es legal.»

Eliasz lanzó su última granada y falló, algo en el perímetro del guardia la desvió. Pero el estallido le hizo tambalear lo suficiente para que Paladín interpusiera su cuerpo entre Eliasz y el otro hombre, dejando así vía libre hacia la escalera.

—Están en el tejado intentando escapar en un helicóptero, Eliasz —dijo Paladín con una voz distorsionada por los daños—. Ve a por ellos y yo entretendré a estos.

No quedaba otra que el combate cuerpo a cuerpo, y su oponente era un guardia con servicontrato cuya vida dependía de la supervivencia de sus clientes. Nunca dejaría de pelear. Paladín no quería a Eliasz ahí abajo, en caso de que las cosas se pusieran feas.

Cuando Eliasz subió la escalera, el guardia levantó su escudo facial hacia Paladín. Era casi tan alto como el bot y la armadura lo volvía igual de ancho.

—Conozco tu modelo, biobot. Tienes un cerebro humano bajo esa armadura.

Paladín golpeó al tipo en el muslo, con la esperanza de cortar el suministro de energía de su campo perimetral. No causó daños, y el guardia golpeó con el puño la parte inferior del caparazón del pecho de Paladín, con intención de dañar el cerebro humano del interior. El hombre sabía cómo enfrentarse al modelo de Paladín, pero, como la mayoría de humanos, cometió el error de suponer que el cerebro era lo que controlaba al bot.

Al mismo tiempo que Paladín estampaba un puño en la cara escudada del hombre, entendió por qué Eliasz había usado la palabra «maricón». Pensaba que las partes del cuerpo del bot eran como las de un humano y que

un cuerpo con una gran armadura igualaba su masculinidad. El sexo con un bot militar estaría en la clasificación de su taxonomía denominada «mierdas para maricones». Esto también explicaba por qué Eliazsz había mostrado tanta curiosidad por el origen del cerebro del bot. Suponía que era la base de la identidad de Paladín.

El guardia trastabilló, se recuperó y estrelló su cuerpo contra el brazo herido de Paladín. Al sentir la extremidad entumecida, Paladín asestó un golpe mortal a la fuente de energía del perímetro del guardia. Después agarró la cabeza del hombre con su mano casi desactivada y la acercó a su pecho unos instantes.

—Mi cerebro es solo un truco propagandístico —vocalizó Paladín, repitiendo lo que los bots le habían contado en la Fundación Robótica Kagu—. Es para que los humanos crean que soy vulnerable. Pero no tiene una función real. —Arrancó el escudo facial del humano y aplastó su cráneo contra la placa del pecho. Por un instante, hubo inútiles pedazos de cerebro dentro y fuera de su caparazón, a centímetros los unos de los otros.

A medida que Paladín ascendía la escalera en espiral, envió una petición a la red de la Fundación Robótica Kagu donde había sido montado. Quería saber todo lo posible sobre la historia de su cerebro.

Paladín encontró a Eliazsz al final de la escalera, en una sala que había sido el centro de información de los piratas y un área de encuentros privados. Una pared de cristal curvado daba a hileras de paneles solares que se alargaban tanto en la distancia que se perdían en la oscuridad, indistinguibles del terreno rocoso. Otra pared estaba cubierta por cabinas de servicio, la mayoría dedicadas a la operación solar legal. Solo unas pocas contenían el negocio real de la granja y estaban siendo reducidas a un amasijo amorfo de goterones de fuego debido a una reacción térmica. Barbarroja estaba caído junto a las llamas, su cuerpo parcialmente consumido por ellas.

En una escalerilla de madera que llevaba al tejado a través de una trampilla en el techo, Youssef se quedó helado al ver el desintegrador de Eliaz. Un helicóptero comenzaba a calentar motores sobre sus cabezas; el viento generado por los rotores arremolinaba el humo en la sala.

Youssef lloraba, su cuerpo estaba entrando en *shock*.

—¿Por qué hacéis esto? ¿Sois agentes de IP?

—Sí. —Eliaz pulsó el gatillo—. Y eso te convierte en un pirata muerto.

El cuerpo de Youssef dio un salto hacia atrás y cayó desplomado, un amplio y limpio agujero en su cabeza que emitía tan solo una diminuta cantidad de materia. Con un gesto tenso, Eliaz señaló a Paladín el helicóptero en el tejado. Fue fácil tomar el control del vehículo autopilotado con sus credenciales de la CIP.

A medida que se elevaban sobre campos fotovoltaicos, Paladín descubrió que podía comunicarse de nuevo con el sistema de irrigación. Lo puso en marcha. Al menos la red eléctrica quedaría preservada.

En cuanto Paladín volvió a la búsqueda de otras tareas de análisis de datos, Eliaz alargó la mano y agarró su brazo, el que no colgaba en un estado de agonía e inutilidad junto a su costado derecho. El corazón del hombre latía con fuerza, aunque su entusiasmo ahora ya decrecía.

—Lo has hecho genial ahí dentro, colega.

—Me alegra que ambos hayamos salido de esta.

—Esperemos que nuestra suerte se mantenga en Casablanca.

—¿Volvemos a la Federación? —Parecía el modo equivocado de seguir el rastro de Jack fuera de Iqaluit.

—A veces la mejor forma de seguir el rastro es volver atrás, Paladín. —Eliaz hizo virar el helicóptero de vuelta al aeródromo donde habían aterrizado dos días antes—. Alguien en Casablanca sabrá adónde va Jack cuando quiere ocultarse. La encontraremos más rápido de ese modo que

tratando de rastrearla a través de las cámaras de vigilancia de la autopista.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Las redes humanas son las más vulnerables —contestó él.

Aterrizaron justo cuando el rojizo atardecer transformaba la cúpula de Iqaluit en una pústula sangrienta.

9

CÁRCEL

9 de julio de 2144

Jack bajó el cuchillo. Con cuidado pasó el pulgar por la empuñadura y un ligero escalofrío recorrió su columna cuando el escudo de energía se apagó.

—¿Qué cojones está pasando? —Jack tiró de las térmicas. Antes de que pudiera abrocharse el mono, Med le había explicado la hipótesis sobre cómo revertir los efectos de la Zacuidad. Sonaba plausible, pero ella había topado con otro problema. No podía acabar la investigación en el hospital, porque todas sus consultas desaparecían en cuanto salían de la nube de Yellowknife.

Ahora que no estaba a la defensiva, Jack entendió que la médico que estaba con Trescero era un bot. No solo es que su nombre, Med, sonara como un hospital llamaría a su bot, también es que su tono de piel y su cara tenían una asombrosa regularidad.

—Tengo que terminar este trabajo y Trescero me dijo que conocías un sitio.

Med hablaba con la típica urgencia que Jack reconocía de incontables noches con ingenieros en el laboratorio. El bot quería arreglar este problema y ella no pararía hasta que hubiera probado cualquier solución posible. Incluso si eso implicaba andar con una pirata y un recadero al que acababa de conocer hacía solo una hora.

—¿No se darán cuenta en el hospital cuando echen en falta algo de su propiedad?

Med cruzó los brazos.

—Soy autónoma. Nadie puede rastrearme a menos que yo lo permita.

Jack sopesó sus opciones. Solo de su breve conversación podía intuir que Med era una ingeniera excelente. Parecía muy improbable que Zaxy hubiera enviado a este bot en particular para asesinarla. Med tenía una ansiedad difícil de ocultar sobre simulaciones de datos moleculares a medio terminar y una hipótesis sobre una terapia de adicción que funcionaría al borrar de forma selectiva recuerdos en el cerebro. Es más, Med podría haberla matado ya si aquel hubiera sido su plan.

De algún modo, Trescero había encontrado a la investigadora perfecta para trabajar con Jack en la terapia. Ella lo pilló mirándola, buscando una reacción.

—Med, eres bienvenida a unirme. Vamos a la furgoneta.

A Jack le gustó ver la sonrisa que surgió en el rostro de Trescero.

La noche era algo cada vez más significativo a medida que la furgoneta se dirigía hacia el sur, lejos de la permaluz del Ártico. Med estaba sentada con rigidez junto a Jack y observaba la carretera perderse en el brillo infrarrojo del calor menguante del día. Titilaba de vez en cuando a medida que trataba de sincronizarse con la red de motas y fracasaba.

Jack pasó por la sección de no-noticias en ZonaFeed, una de las corporaciones más grandes de retransmisión de medios. Pero una alerta local seguía apareciendo en su dispositivo, llenando la pantalla con un aviso urgente sobre un extraño incidente que ocurría en esos momentos en el centro de control ferroviario en Calgary. Aunque los trenes se pilotaban de forma autónoma a través de la Zona de Comercio Libre, los operadores

humanos todavía tomaban decisiones sobre horarios y cambios en el servicio. Aquella tarde, una de las operadoras había comenzado de pronto a tomar muchísimas más decisiones de las que debería. Revisó por completo los horarios de los trenes de la Zona Norte, envió cientos de noticias y actualizaciones, inundando el sistema con órdenes contradictorias. Cuando sus compañeros intentaron detenerla, ella se atrincheró en la sala de operaciones y aisló el código del *software* ferroviario del resto de la red.

Era imposible prevenir que las actualizaciones de la operadora siguieran ocurriendo, e imposible detener los trenes al instante. Los jornaleros recibían avisos para alejarse de los ferrocarriles hasta que la situación estuviera bajo control. Los drones sacaban a gente de vagones que habían cambiado de raíles y de destinos. Por ahora nadie había recibido daño, pero al menos un tren vacío había descarrilado y quedado hecho trizas al tomar una curva pronunciada en las vías a gran velocidad.

ZonaFeed había subido un vídeo del canal de algún transeúnte, que capturaba una imagen borrosa de una mujer tras la ventana de la sala de control.

—¡Estoy haciendo mi trabajo! ¡Estoy tomando decisiones! —gritaba.

Se rumoreaba que estaba implicado un medicamento sacado del mercado negro, pero ZonaFeed era incapaz de confirmar nada más. Las actualizaciones seguían apareciendo.

Jack y Med se miraron la una a la otra cuando la alerta desapareció del fino cristal. La Zacidad pirateada se estaba extendiendo por todas partes y los resultados cada vez eran peores.

—¿De dónde eres? —Med rompió el silencio de pronto. Incluso la incómoda charla intrascendente era mejor que obsesionarse con las noticias del desastre en expansión.

—De una pequeña ciudad al sur de Saskatoon llamada Lucky Lake.

—No la conozco.

—Nadie la conoce. —Jack se encogió de hombros—. Está más o menos al noroeste de Moose Jaw, si conoces el área.

—Mis padres me llevaron en una ocasión a Moose Jaw.

«Padres» no era algo habitual para un bot. Jack no se contuvo al mirar con mala cara a Med.

—Me criaron humanos. Son roboticistas en la Universidad de Alaska. Siempre he sido autónoma.

Trescero despertó y se unió a la conversación.

—Creía que los robots se conectaban y ya. ¿Por qué necesitarías crecer en algún lugar?

Med tenía la expresión de alguien harto de explicar lo mismo una y otra vez.

—Sí, la mayoría de bots se construyen así. Especialmente aquellos cuyos fabricantes los necesitan para una tarea específica y que no planean dejar que maduren hasta la autonomía. Pero muchos roboticistas creían que los bots autónomos con éxito necesitaban lazos familiares y un periodo de infancia donde pudieran experimentar distintas identidades. Eso es lo que hacen en el laboratorio donde trabajan mis padres y en un par de institutos de investigación.

—Entonces, básicamente eres un modelo experimental. —Trescero la miró con admiración.

—Bueno, ahora hay muchos de nosotros. Tras veinte años, dejas de ser un experimento y te conviertes en un modelo.

—Oh, ¿eres veinteañera? —Med asintió y Trescero sonrió—. Yo también.

Jack tuvo dificultades para añadir algo que no delatara que no tenía ni idea.

—He leído sobre bots que fueron construidos autónomos. Pero no sabía

que tú eras...

—¿Libre por el mundo, siendo autónoma? —Med soltó una carcajada.

—Sí. —Jack se rio con ella—. La robótica no es mi campo. Estoy más puesta en los genomas de las cosas.

—Como yo —contestó la bot.

La carretera era suave, quizá por una reparación reciente de la espuma. Los lagos tendían a moverse aquí arriba, dependiendo de las precipitaciones, por lo que las ciudades de la zona preferían carreteras que se biodegradaran deprisa. Cuando un lago devoraba una carretera, rociaban una ruta diferente alrededor de las nuevas orillas.

Cuando la furgoneta de Jack cruzó Uranium City, la silueta del monumento recortada contra el amanecer estaba allí: una hilera de mineros del siglo XX, los cuerpos metálicos surgían de un pozo minero enorme cuyos contornos parecían el cráter de un meteorito. Kilómetros de bosque boreal sin desarrollar y lagos que se alargaban hasta el horizonte. Dunas onduladas surcaban todo el paisaje, la arena oscura había estado compactada bajo glaciares durante la última era glacial. Habían llegado al extremo norte de Saskatchewan.

Al cabo de un rato, los pinos y los abedules dieron paso a campos de trigo y de centeno. En la distancia, los cilindros de cemento de las terminales de grano parecían misiles alineados y listos para ser disparados.

Jack observó el borde del lago cubierto de árboles y pensó que podía oler el almizcle de la hierba metabolizada. Construidas sobre las colinas había cientos de pequeñas granjas orgánicas y cooperativas que se retroalimentaban y exportaban a las ciudades. Pasaron de largo un rebaño de vacas, escondidas tras un montículo de tierra.

Era el paisaje que tenía en la cabeza para mitigar el dolor cuando estuvo

en prisión.

Otoño de 2118

La Zona fracasó al evitar que una gran cantidad de drones se alejaran con los medicamentos, pero Jack y siete Pastillas fueron capturados y acusados de robo y daño a la propiedad privada. Fueron llamados «los Ocho de la Farmacéutica Halifax», y su arresto fue cubierto en un detalle granular por reformistas de patentes y casi nadie más.

Entonces las historias comenzaron a surgir de la Federación sobre todos los niños cuyas vidas habían salvado aquellos medicamentos. De pronto estaban en todos los canales de comunicación grandes y Jack fue apodada «la Robin Hood del movimiento antipatentes».

Krish asistió al juicio, junto con el grupito de reformistas y radicales habituales. Sin su tecnología para retransmitir en la sala, tomaron notas en estúpidos cuadernos y se apresuraron durante los descansos a subirlas y publicarlas. Jack se sentía fuerte y cargada de razón hasta que la fiscalía presionó con cargos de conspiración. Si los Ocho de la Farmacéutica Halifax acababan siendo declarados culpables de conspiración, implicaba tiempo en prisión. Dado que el bienestar económico de Halifax era en su mayoría procedente de los fármacos, sobre el jurado podía pesar el ánimo de dar ejemplo con los radicales antipatentes que habían destruido propiedad privada.

De hecho, así fue. Tras un breve debate, el jurado declaró al grupo culpable de conspiración para cometer robo, así como de allanamiento de morada. El juez dictaminó tres meses en prisión para Jack por su rol como líder. Sus compañeros fueron condenados una semana cada uno, más los daños.

La corte prohibió el acceso a la red y a materiales escritos durante la sentencia, por lo que Jack tuvo muchísimo tiempo para memorizar todas las grietas en la pintura junto a su cama y seguir una y otra vez con la mirada las curvas de los cables de los fluorescentes del techo.

Y tuvo tiempo para observar a su compañera de celda, Molly, visitada por violentas tormentas de disociación. Molly estaba allí por una serie de asaltos menores, todos causados por una depresión maníaca intratable. Cuando lograba un estado mental estable, ayudaba a apartar la mente de Jack del aburrimiento al contarle improbables e increíbles historias sobre una serie al parecer interminable de amantes pasionales de Quebec en un melodrama sexual encuadrado en la ciudad. Pero cuando Molly estaba maníaca, decidía que Jack era una espía que había que detener a toda costa.

La cabina de pegamentos y celosías de crecimiento de tejido en la enfermería se volvió algo tan familiar para Jack como los contornos de su cama. Durante uno de sus ataques Molly rompió la pelvis de Jack por dos sitios distintos y esta pasó una pacífica semana recuperándose en una cama junto a un hombre enchufado a un respirador.

Jack pensó que la junta de la prisión, cuyas instalaciones estaban en parte fundadas por el gigante de las farmacéuticas Smaxo, habían decidido emparejarla con una compañera de celda que le diera una paliza de vez en cuando, pero jamás logró pruebas de ello. Durante las horas de visita, le pedía a Krish que investigara sus sospechas, pero él negaba con la cabeza y se miraba las manos.

Al cabo de un tiempo, Krish confesó que había cerrado *Las pastillas biliosas*. Tenía miedo de no tener el suficiente anonimato, que más científicos vieran sus carreras destruidas si seguía adelante. Habían emprendido un camino erróneo, le dijo él. Había otros métodos, menos polémicos, para reformar el sistema de patentes. Una organización por los derechos humanos

le había donado una gran cantidad de dinero para una investigación que generaría dominios alternativos públicos de alta calidad para competir con los fármacos patentados, y no quería arriesgarse a perder su laboratorio justo cuando había conseguido suficiente dinero para contratar a más gente. Incluso tenía un puesto para ella, bajo el modesto título de asistente de investigación.

Sentados en la sala de visitas de la prisión, el aire a su alrededor titilaba ocasionalmente con las motas de vigilancia, y Jack no podía agarrar a Krish por los hombros y gritarle lo que sentía. En vez de ello, se levantó sin decir nada y volvió a la enfermería, aunque todavía disponían de una hora de visita. ¿Cómo había tomado esa decisión sin ella? No quería ser una partida presupuestaria en el presupuesto total de Krish. Y sin *Las pastillas biliosas* no tenía identidad, ni comunidad de acompañantes de viaje. De vuelta a su camilla de hospital, Jack se enroscó en posición fetal y lloró. Gruesas lágrimas brotaban de sus ojos; comprendió que tampoco tenía futuro, o al menos uno que fuera capaz de reconocer.

En visitas posteriores, trató de explicárselo a Krish, pero sus poderes retóricos habían sido eliminados por los analgésicos de Smaxo. Krish estaba tan concentrado en lo que significaba para él aquella beca que no era capaz de entender qué significaba *Las pastillas biliosas* para ella.

Y durante los siguientes dos meses ella se concentró en el olor del verano en Saskatchewan, en el sentimiento de estar en medio de una gran pradera en la que solo había plantas, máquinas y la ocasional granja cooperativa. Era el lugar donde había comenzado a aprender a amar la idea de cambiar la vida. Cuando dormía, e incluso algunas veces despierta, observaba las paredes de la prisión convertirse en diminutas florecillas de canola, y revisó en su cabeza todas las formas en que sus genomas habían sido perfeccionados por la ciencia.

Cuando Jack salió de la cárcel, cualquier marca de sus huesos rotos había sido eliminada por las terapias patentadas, y aquello la hizo sentirse más rota que nunca. El hombre que amaba, su compañero de crimen, había matado *Las pastillas biliosas* y su carrera. Todo lo que había sentido por Krish lo había transfigurado en rabia y después en una melancolía entumecedora. Ninguna de sus opciones parecía real o importante. Aceptó el empleo en el laboratorio de Krish en Saskatoon porque era mejor que morir de hambre.

Krish todavía no entendía que su relación se había resquebrajado. Tras recogerla en la prisión, le sostuvo la mano en el corto trayecto en autobús a Quebec y luego durante el largo viaje en tren hasta Saskatoon. Su cuerpo necesitaba afecto y una parte de ella todavía lo amaba. Era invierno y el tren avanzaba por una vía reconstruida del siglo XX dejando atrás grandes silos de grano abandonados con los nombres de diferentes ciudades pintados sobre ellos y rollos de heno cubiertos de nieve desperdigados por los pálidos campos. Jack puso la mano sobre la ventana con panel de doble polímero y trató de sentir el frío del exterior. El material transparente estaba diseñado para proteger a los viajeros de una temperatura tan baja que podría ennegrecer las manos por congelación en cuestión de minutos. Quería hacer desaparecer la ventana para sentir sus dedos morir.

Intentar reavivar la relación con Krish era absurdo. Quedó claro una vez que él le contara a Jack sus planes para su carrera, empezando por el periodo de asistente en su laboratorio.

—Si sigues publicando conmigo y mis posdocs en el Lab Libre, nadie va a acordarse de *Las pastillas biliosas* en cinco años. —Al fin estaban solos en su apartamento, comiendo una cena tardía que por suerte requirió que Krish dejara de agarrarle la mano con insistencia—. Solo necesitas pasar desapercibida y labrarte un camino hasta que puedas comenzar a solicitar becas por ti misma. —Hablaban con el cálido tono racional del que ella se

había enamorado y sus ojos verdes no se habían vuelto menos seductores.

Pero Krish no entendía quién era ella ahora. Quizá era algo que no entendía desde hacía mucho tiempo. No quería comenzar a trepar la escalera académica de nuevo. Había otro camino para ella y no era un puesto temporal. Sus experiencias más recientes (las palizas, las flores en las paredes de la prisión, la alegría perdida de escribir para un famoso recopilatorio de textos clandestinos) lo hacían incluso más obvio. El problema era que Krish no podía concebir una vida fuera de la universidad, y Jack estaba harta de compartir sus sentimientos con alguien con una visión tan cerrada.

Se preparó para contarle a Krish una versión truncada de la verdad.

—No sé qué quiero hacer ahora.

—Tienes que seguir con la ingeniería genética. Fíjate en lo beneficioso que es el Ingeinv. Lo escribiste en un solo fin de semana.

¿Cuándo se había vuelto tan inconsciente de sus deseos?

—No te preocupes —le soltó ella—. Acepto el trabajito en tu Laboratorio Libre.

Satisfecho con aquella respuesta, Krish no volvió a sacar el tema del plan de los cinco años de futuro para Jack.

10 de julio de 2144

—¿Ya hemos llegado? —Trescero echó un vistazo por las ventanas a un amplio río que se curvaba bajo el puente que la furgoneta había escogido cruzar.

—Sí.

Jack sintió el impacto de la nostalgia que por un momento la dejó sin aliento. El centro de Saskatoon, abrazado por el río Saskatchewan, lo cruzaban cuatro puentes construidos en el siglo XX. El sol se ponía y los

rascacielos se convertían en sombras ondulantes; sus turbinas cortaban el aire con un tenue sonido. Cuando la furgoneta pasó los campus de investigación y los invernaderos de la universidad, el cielo oscurecido era del color de la carne chamuscada.

Habían pasado unos veinte años desde que estuvo en el Laboratorio Libre. Unos diez desde el último rígido y vago mensaje entre Jack y Krish: «¿Cómo estás? Estoy bien». Habían roto y se habían separado, Jack no tenía ni idea de cómo él reaccionaría al verla tras todo este tiempo. Al seguir las publicaciones de Krish en las revistas de ciencia públicas, sabía que su pasión por aplastar el sistema de patentes era más fuerte que nunca. Ella tenía algo que ver en eso. Además, se lo debía por cerrar *Las pastillas biliosas*. Incluso ahora, seguía cabreada por lo que había hecho.

Jack aparcó el vehículo en un garaje de estudiantes fuera de la vista de los satélites y se registró usando un identificador fabricado en la red del aparcamiento. El campus no había cambiado demasiado, pero el Laboratorio Libre había experimentado algunas mejoras desde la última vez que lo visitó. Ahora ocupaba un largo edificio bajo, que antes se usaba para los animales, decorado como si fuera del siglo XX. Jack los condujo a través de las puertas con un simple emulador RFID.

Salieron a un espacio que parecía una granja con un laboratorio húmedo. El alto techo coronaba una gigantesca sala diáfana llena de mesas, secuenciadores, impresoras, amplificadores y montones de tabletas de plástico de colores. Alguien había grabado las palabras «LABORATORIO LIBRE» en la pared frente a la puerta, usando virus que se comían la pintura hasta el plástico y expulsaban una fina capa de oro. Era tarde, y casi todo el mundo había salido a cenar, pero Jack oyó a dos personas charlando por encima del zumbido de una impresora en una de las oficinas fuera de la sala común. Una de las voces soltó una carcajada y al instante Jack supo que era

Krish. De pronto sintió náuseas: esto iba a ser muy raro.

—Venid conmigo. —Jack se dirigió a Trescero y a Med, con la intención de sonar autoritaria. Hizo un gesto hacia la oficina.

Krish todavía reía y hablaba con una de sus estudiantes cuando cruzó la puerta. Su cabello tenía vetas grises y la piel marrón de su rostro había perdido suficiente colágeno como para que unas cuantas arrugas enmarcaran sus ojos y su boca. Pero todavía se parecía muchísimo al hombre que había conocido décadas atrás.

—Hola, Krish —lo saludó Jack con un deliberado tono desenfadado—. ¿Tienes unos minutitos para comentar unas terapias de adicción?

Él la miró fijamente, una pirata vestida con un mono, pelo corto plateado y negro en la cabeza y un cuchillo en el cinto, flanqueada por un esclavo prófugo y una robot científica. Sus ojos se abrieron como platos, pero Jack tuvo que admitir que Krish estaba haciendo un trabajo excelente ocultando su sorpresa.

La estudiante pareció notar que esta situación estaba muy por encima de su salario y se marchó deprisa. Jack no sabía cómo empezar, por lo que fue directa al grano:

—Sé que ha pasado cierto tiempo, pero hay un problema enorme con un medicamento de ingeniería inversa. Y necesitamos tu ayuda.

En silencio, Krish se acercó a una de las mesas de trabajo vacías fuera de su oficina. Apartó un secuenciador que zumbaba e hizo un gesto hacia una pantalla negra 2-D en el aire, un cursor parpadeó en la esquina superior izquierda. Al fin, les habló:

—Muéstramelo.

Jack y Med se interrumpieron la una a la otra con los detalles sobre los efectos secundarios de la Zacuidad, con el añadido de varios diseños deprisa y corriendo de simulaciones de la actividad cerebral que flotaban sobre la

mesa del proyector. Era como si fueran estudiantes de visita mostrando información importante. Nada como trabajo para llenar la historia personal que había dejado un agujero humeante. Pero Jack seguía distrayéndose por la proximidad física de Krish. Tenía tantos recuerdos vívidos de él que era difícil no comparar a este hombre, casi un extraño, con el que la ayudó a fundar su movimiento... y que después lo mató cuando ella estaba encerrada.

Med siguió hablando, ajena a lo que ocurría entre Jack y Krish.

—La Zacuidad está diseñada como un simple medicamento de trabajo, ¿no es así? Te concentras muchísimo más mientras estás ocupado, con espacios de tiempo de atención más amplios. Pero lo que hace que Zacuidad sea tan popular es que se mete más adentro del centro de recompensa y le da al usuario una tremenda descarga de dopamina cuando hace su trabajo, o lo que sea que haga cuando se toma la medicina. Mi paciente decidió tomarse una dosis doble para que pintar su casa fuera más divertido.

Med retorció los labios, concentrada en algo. El proyector reproducía un vídeo 3-D de receptores de dopamina que parecían tulipanes floreciendo. Las partículas chispearon por los bordes de los pétalos.

—Vale, como puedes ver, el medicamento está estimulando los receptores de dopamina. Y ahí tienes tu estallido de placer. Pero fíjate bien, porque la medicina también está haciendo otra cosa.

Los tulipanes comenzaron a marchitarse y a encogerse. En poco tiempo quedaban la mitad de receptores de dopamina en pantalla.

—La Zacuidad reduce el número de receptores de dopamina en las neuronas, en el mesencéfalo y en el córtex prefrontal. Y esto es la clave. Genera estas interferencias de forma intencionada y provoca que el cerebro se vuelva extremadamente vulnerable a la adicción. A medida que pierde más de estos receptores, se vuelve más adicto a la acción que estuviera

haciendo cuando tomó la medicina, en este caso, pintar. Va a tener que desintoxicarse de una adicción a pintar durante años, si es que sobrevive. La Zacuidad ha reescrito la historia neurológica de su cerebro. Ahora tiene una potente adicción a largo plazo que quiere alimentar más que nada.

Jack intervino.

—Son buenas noticias para las corporaciones que compren el medicamento de Zaxy, porque de pronto tienes un puñado de trabajadores obsesionados con ir a trabajar y a completar proyectos. La cosa es que las corporaciones son muy cuidadosas con regular las dosis y enterarse cuando alguien tiene una reacción adversa. Pero ¿qué hay de las personas comunes que solo quieren pintar o estudiar un poco?

»Esos son mis clientes y están tomando Zacuidad sin ninguna supervisión. —Jack sacó la historia de ZonaFeed sobre la operadora de trenes—. Por supuesto, es peligroso. Algunas de las personas que se aplican las dosis a sí mismas se vuelven, en esencia, maníacas. Se niegan a hacer nada excepto lo que sea ese proceso que asocian al chute de dopamina. No comen, ni duermen ni beben agua. Estas no muertes no son causa de la propia medicina, son efectos secundarios de cosas como deshidratación, heridas y fallos orgánicos. Por supuesto, la gente también tiene que tomar más y más Zacuidad para conseguir el subidón, lo que lo empeora todo.

Med parecía mirar a la nada y la historia de la ZonaFeed desapareció. El proyector la reemplazó con una representación en 3D de una secuencia molecular, un diagrama de flujo que mostraba cómo el medicamento activaba un cambio tras otro en las moléculas que de forma natural circulaban por las neuronas de las víctimas.

Krish estaba concentradísimo en la pantalla de Med.

—Pero ¿en qué es esto distinto a una adicción normal? En términos neurológicos, es el típico proceso de adicción, como apostar o el vicio al

trabajo.

—La diferencia es que la Zacuidad cambia la anatomía de tu cerebro para hacerte susceptible a la adicción incluso antes de que te coloques —contestó la bot—. Normalmente, la pérdida de receptores de dopamina como la de Zacuidad tarda meses o años en ocurrir. Pero la adicción a la Zacuidad es instantánea. A corto plazo te da un subidón increíble por trabajar. Pero, a largo plazo, tu neuroquímica queda alterada para siempre. Lo único que quieres es volver al trabajo. En especial si puedes tomar más Zacuidad al realizarlo.

La cara de Krish se crispó en una expresión de culpa que Jack no le había visto jamás.

—¿Tú has hecho esta... Zacuidad pirata?

—Sí, hice la ingeniería inversa. Pero no hice que fuera adictiva. Y ninguna de las pruebas clínicas mostraban este daño a largo plazo como un posible efecto secundario.

—Ningunas de las pruebas publicadas —aclaró Med.

—Así es.

—El público debe saber que Zaxy está promocionando un medicamento adictivo, Krish. Puedes usar tu exención de la investigación de la ley de patentes para publicar un análisis. Además, necesitamos una terapia. Por eso hemos venido a Laboratorio Libre.

Al fin, Jack miró a Krish a los ojos. Él ya no parecía culpable. En vez de ello, era una expresión implacable que afilaba sus rasgos, algo que había adquirido en los muchos años que pasaron desde que lo vio por última vez. Krish repiqueteó con los dedos en la mesa a propósito, un hábito que reconoció; quería decir que consideraba su petición. Hasta este instante, Jack no se dio cuenta de la poca esperanza que había tenido en que su plan funcionara. El antiguo Krish nunca lo hubiera hecho. Pero el hombre que

tenía frente a ella era una persona diferente.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

Med se enderezó en el asiento y el proyector se apagó.

—Unos pocos días.

—Haced uso de nuestro equipo. Si podéis conseguir que miembros del Laboratorio Libre se interesen en esto, tendréis un equipo de investigación más nutrido. Publicad cuando estéis listas y nos ocuparemos del prototipo.

—Krish hizo una pausa. Todavía repiqueteaba con los dedos—. También podemos ocuparnos de la publicidad.

Jack suspiró aliviada. Quizá aquellos cabronazos de Zaxy iban a matarla, pero podría propinarles un buen mordisco en sus culos antes de caer. Al otro lado de la mesa, Trescero cerró su móvil y se levantó.

—¿Puedo echarle un vistazo a una de vuestras máquinas? —De nuevo sus formas impecables de la educación en la UA. Señaló dos cámaras atmosféricas que parecían como burbujas de plástico en carros de metal. Un leve diferencial de presión tiraba de los guantes de goma que los investigadores usaban para penetrar en las cámaras herméticas. Creaba la ilusión de que las máquinas estaban cubiertas por manos estiradas.

Krish pareció un poco sorprendido por la formalidad de Trescero.

—Claro... tú mismo. —Se encogió de hombros y se volvió hacia Jack—. ¿Tienes algún sitio donde quedarte? Tenemos un apartamento ahí atrás en el que la gente se queda a veces. Incluso tiene ducha.

—Gracias, Krish. —Jack apoyó la mano en su brazo.

Él ladeó la cabeza y la observó.

—¿Hay alguien tras de ti por esto?

—Todavía no me han pillado. Pero sí. Voy a ayudar a Med con el proyecto y luego intentaré pasar desapercibida un tiempo.

—No has cambiado en nada, ¿eh? —El tono de Krish estaba entre la

amargura y la admiración.

Ella iba a replicar, para decirle que todo había cambiado. Para espetarle que no estaba sentadita en un laboratorio de primer nivel con donaciones y becas, porque se había pasado toda la vida haciendo cosas. Pero en vez de ser mordaz, se preguntó por cómo Krish también habría cambiado. Posó una mano sobre la empuñadura de su cuchillo y miró hacia arriba, a los cables eléctricos trenzados hacia el interior del techo del Laboratorio Libre. Formaban el mismo patrón genérico a rayas que los que había memorizado tantos años atrás en el techo de su celda.

10

ANTROPOMORFIZADORES

10 de julio de 2144

Paladín nunca se había aproximado a Campo Túnez con los niveles de acceso de un agente totalmente capacitado. Cuando comprobó sus mapas, descubrió caminos a un pequeño helipuerto junto a una entrada abovedada y luminiscente a las instalaciones junto a las dunas. Un bot araña cubierto de herramientas les dio la bienvenida.

—Hola. Establezcamos una sesión segura usando el protocolo FA.

Paladín contestó que podía usar el último protocolo FA, versión 7.7.

—Adelante. Soy Blazer. Aquí están mis credenciales de identidad. Aquí va mi información. Por favor, dejad vuestro vehículo aquí. Podéis continuar adentro. Aquí termina mi información.

Para Elias, Blazer vocalizó el saludo convencional.

—Bienvenidos a Campo Túnez.

Ya en la red local, Paladín comenzó a guardar datos encriptados en un directorio dedicado a la misión. Colmillo contactó con él mientras todavía subía mapas geolocalizados de la probable ruta de Jack fuera de Inuvik, con probabilidades estadísticas asignadas a cada ruta.

—Hola, Paladín. ¿Recuerdas nuestra sesión segura? Sigamos usándola. Yo soy Colmillo. Aquí va mi información. Encuentro en las coordenadas añadidas para sesión informativa. Trae a Eliazsz. Tengo un agente de la CIP que no está muy contento. Quiere saber por qué casi quemáis una valiosa fuente de energía en Iqaluit. Aquí termina mi información.

Paladín contestó que había recibido la información de Colmillo.

Acunando el brazo derecho roto con el izquierdo, Paladín condujo a Eliazsz por el frío túnel cuyo fin estaba representado en su mapa interno como un bloque de caracteres basura, encriptado excepto para los bots cuyo rango les otorgaba la clave adecuada. Llegaron a su destino mucho antes de que comenzara la encriptación, pasaron una sala de servidores helada y varios faros de radiofrecuencia antes de encontrar el área de conferencias.

Colmillo estaba allí con el agente de la CIP que había conocido antes de su viaje a la isla de Baffin. Con el agente había otros dos humanos, uno vestido con las típicas prendas corporativas impecables y otro que Eliazsz debía de conocer basándose en el estallido de electricidad que Paladín notó en el área de reconocimiento facial del cerebro de Eliazsz. El bot se acomodó con pesadez en una silla, dejando su casi amputado brazo sobre la mesa. Junto a él, Eliazsz asintió con brusquedad hacia el hombre que había reconocido.

—Saludos, soldados —dijo el agente—. Este es mi compañero de la CIP, el senador Haldeman. ¿Debo suponer que ya os conocéis? —Paladín no estaba incluido en la pregunta y Eliazsz asintió en silencio—. Y este es el doctor Hernández, el vicepresidente de relaciones públicas de Zaxy.

Colmillo irradió un mensaje a Paladín.

—Tienes mala pinta, será por el desgaste.

Paladín estaba desesperado por hablar con alguien sobre lo que había tenido que sufrir, pero envió una respuesta breve.

—Parte del daño es deliberado y otra parte es inevitable.

—Entiendo que casi derribáis una cuadrícula de energía solar en Iqaluit, Eliasz. —El senador hablaba con un acento que transmitía una vida de privilegios en la Zona de Comercio Libre—. Por suerte fue contenido con rapidez y no se ha convertido en un incidente internacional. Pero va a ser complicado para mí mantener este pequeño problema con los radicales de los medicamentos en secreto si vais destruyendo granjas solares. —Hizo una pausa y Paladín percibió que el senador recibía un pequeño torrente de paquetes de datos. Los redirigió de un centro neuronal a un aparato implantado en su córnea derecha, donde los revisó con tranquilidad—. Nos alegra ser de ayuda para detener a cualquier criminal importante, claro. —El senador asintió hacia el vicepresidente de Zaxy, que le respondió con una sonrisa vacía—. La piratería debilita el comercio libre y castiga a los miembros más productivos de nuestra sociedad. —Al terminar su discurso, el senador comprobó de nuevo la transmisión de su córnea.

Eliasz estabilizó su ritmo cardíaco, observó con calma al senador, al agente de la CIP y al silencioso vicepresidente de Zaxy.

—Casi nos mata un grupo de terroristas antipatentes en la isla de Baffin. Tenéis suerte de que saliéramos de allí vivos con la información. Hemos limitado nuestra búsqueda a Casablanca y puedo garantizar que sabremos dónde se esconde Jack en menos de una semana. En cuanto lo sepamos, será sencillo poner fin a esto.

El agente de la CIP arrugó la nariz y meneó la mano en el aire como si apartara unos insectos.

—Mantened los daños al mínimo. No creéis problemas que no podáis solucionar vosotros mismos.

La presión del senador se elevó al leer nuevos datos que llegaban a su implante.

—Eliasz ha hecho excelentes trabajos para nosotros en anteriores ocasiones. Tengo confianza plena en él.

Colmillo envió de nuevo información a Paladín.

—Parece que el senador tiene cosas más importantes de las que preocuparse. Representantes de los Estados Brasileños amenazan con un embargo a la Zona en biocombustible. Predigo que esta reunión está a punto de terminar y vais a tener menos de veinticuatro horas para rehabilitarte antes de ir a Casablanca. Eliasz trabaja deprisa.

—¿Cómo lo sabes?

—Estoy leyendo las transmisiones del senador. Y he trabajado antes con Eliasz.

La reunión terminó poco después de la confusa declaración de aprobación del senador. El vicepresidente permaneció en silencio y el agente parpadeaba nervioso mientras Eliasz les estrechaba las manos a los tres hombres. Ignoraron a Paladín, y cuando el senador y el VP salieron a toda prisa, el agente apartó a Colmillo para tener una pequeña charla con él. Paladín y Eliasz estaban solos en la mesa.

—Parece que ahora podremos repararte, colega —sugirió Eliasz, tocando el brazo destrozado de Paladín con suavidad—. Intentemos ponernos en marcha en veinticuatro horas, ¿vale?

—Voy a buscar a mi botadmin. —Paladín había localizado a Lee en uno de los laboratorios inferiores y ya habían intercambiado mensajes. Lee estaba disponible durante las próximas dos horas.

—Debería ir contigo.

—Yo iré con él, Eliasz —vocalizó Colmillo, reuniéndose con ellos en cuanto el delegado se marchó—. ¿Por qué no descansas? Vas a necesitarlo.

Eliasz permaneció en la mesa estudiando su móvil mientras los dos bots

se encaminaban hacia la puerta y desaparecían en el laberinto de pasillos de Campo Túnez iluminados por LED de baja intensidad que estaban por todas partes.

Paladín desplegó el principal sensor hacia el bot. La morfología de Colmillo era insectoide. Parecía una mantis de dos metros de alto. Su torso, apoyado en seis grandes patas articuladas anexadas al chasis, era un bloque de circuitos e impulsores, que soportaban dos gigantescos brazos adaptados para disparar misiles, llevar a cabo operaciones industriales y la reparación de máquinas a nanoescala. En aquel momento los brazos estaban plegados por la mitad a los lados y observaba a Paladín con un montón de sensores montados en dos gruesas y sinuosas antenas segmentadas que sobresalían curvadas por encima de su torso. Junto a él, la corpulencia bípeda de Paladín parecía casi humana.

—He leído tu informe de la misión. Un trabajo impresionante. Las operaciones encubiertas siempre son difíciles como primera misión.

—Bueno, me las apañé para volver a perder mi brazo. :)

Colmillo repitió el humorístico emoji de Paladín en respuesta. Era un alivio comunicarse con alguien que no requiriera ninguna forma de subterfugio. Paladín se preguntó qué pensaría Colmillo sobre el uso de Eliaz del término «maricón».

—Me preocupa la recolección de datos sobre humanos. Sé cómo responder a la mayoría de los tipos de comportamiento humano, pero casi no tengo información sobre cómo reaccionar a la excitación sexual.

—:P :)

—No pretendía ser gracioso. ¿Tuviste sexo con Eliaz cuando trabajabas con él?

—No. ¿Y tú?

—No estoy seguro.

De forma impulsiva, Paladín envió a Colmillo un archivo comprimido con grabaciones de vídeo y señales de datos del cuerpo de Eliaz del día que estuvieron en el campo de tiro. Adjuntó la taxonomía todavía en crecimiento de los usos de la palabra «maricón».

Colmillo expandió los datos, pero no emitió ninguna señal durante varios segundos a medida que los dos bots giraban una esquina y llegaban al laboratorio de Lee. Entonces contestó.

—Creo que lo entiendo.

Lee los saludó desde su mesa y Colmillo vocalizó con amabilidad en deferencia hacia el humano.

—Paladín, ¿por qué no nos vemos luego?

Cuando el bot salió del laboratorio de Lee, irradió una cifra larguísima, que permitió a Paladín descifrar un espacio en su mapa interno. Ahora percibía un gigantesco almacén, con forma de burbuja aplanada, bajo el Campo Túnez. Hasta aquel instante, no sabía que estaba ahí.

—¿Cómo narices estás, Paladín? Tienes una pinta horrorosa. —Lee, alegre, se volvió hacia su mesa de herramientas de neurosoldadura.

Paladín se dio cuenta de que la última vez que los dos se habían visto, él conocía menos de su mente que el propio Lee. Ahora sabía mucho más, cosa que Lee podía descubrir con facilidad. Hasta que fuera autónomo, la Federación siempre tendría a mano una clave para acceder a los recuerdos que él había encriptado en la nube de la Federación. Lee o cualquier otro botadmin podían echarle un vistazo a todo lo que había aprendido y pensado, editado o cambiado, si quisieran.

Saberlo no molestaba a Paladín. Confiaba en Lee, del mismo modo que confiaba en Eliaz y por el mismo motivo. Estos sentimientos provenían de

programas que funcionaban en una parte de su mente a la que no podía acceder. Era un usuario de su propia conciencia, pero no disponía de privilegios de propietario. Como resultado, Paladín sentía muchas cosas sin saber el motivo.

Tras soportar dos horas de reparaciones, Paladín se metió en un ascensor hacia la base de la sala del mapa descriptado, que estaba bañada en luz ultravioleta. Era evidente que no se trataba de un espacio humano. Estaba repleta de bots de diferentes campos de la Federación. Arañas ligeras, camaleones y drones brillantes se reunían en el alto techo abovedado, mientras que el suelo era de amplitud suficiente para albergar a los tanques más grandes. Había plataformas de carga por todas partes. Paladín trató de localizar a Colmillo en la red de base, pero solo encontró algo llamado RECnet. Estaban en una jaula Faraday que bloqueaba las señales de entrada y salida de la sala. No había motas en el aire. La RECnet era su único servidor.

Pero era bastante bueno y ofreció a Paladín un mapa de gran definición de la posición de cada bot en la sala, junto a un menú de artículos disponibles y aplicaciones de pago.

—Nadie compra nada del menú. —Transmitió Colmillo desde una esquina donde el suelo se encontraba con el techo en una curva parabólica texturizada—. Puedes conseguir todo lo que necesites en los artículos disponibles.

Paladín se sentó en un banco desgastado junto a Colmillo, que descansaba sobre sus seis propulsores.

—Buena mejora de brazo.

—Sí, incluso tengo algunos *drivers* de piezosistema, y Lee subió la resolución de mis sistemas neuroquímicos.

Paladín pasó su nueva mano personalizada sobre la rugosa superficie de

la pared, leyendo así su composición molecular y registrando diminutas grietas. Envío un pequeño resumen de la experiencia a Colmillo, que rio. Le había tomado muy poco tiempo convencer a Lee de las mejoras, pero varios minutos vocalizar sus motivos para mantener las abolladuras y las marcas de quemaduras en la carcasa. Si iban a Casablanca, no iba a ser buena idea parecer un biobot militar recién salido de fábrica.

—Tenías razón, partimos a Casablanca en veintidós horas.

Paladín iba a enviar más datos cuando Colmillo lo interrumpió.

—He estado pensando en tus experiencias con Elias. —Las antenas de Colmillo barrieron despacio la sala, cambiando con lentitud a un algoritmo predeterminado que escaneaba vulnerabilidades en la seguridad—. Creo que te está antropomorfizando.

—¿Qué quieres decir? ¿Que me está tratando como a un humano?

—Sí y no. Podría tratarte como a un humano dándole a tu supervivencia la misma prioridad que le da a la supervivencia de un hombre. He estado en misiones con Elias y sé que daría su vida por mí. Es un buen soldado. Pero antropomorfizar es algo distinto. Es cuando un humano se comporta como si tú tuvieras fisiología humana, con los mismos mecanismos para las señales químicas y emocionales. Puede conducir a malentendidos en el mejor de los casos, y a la muerte en el peor.

—Pero tenemos mecanismos de señales químicas y emocionales. Puedo sonreír. :) Puedo analizar y transmitir moléculas mejor que un humano.

—Cierto. Pero a veces los humanos transmiten señales fisicoquímicas de forma no intencional. Puede que él ni siquiera sepa que quiere tener sexo contigo.

Paladín salió de la conexión segura por un segundo y sintonizó el reconfortante zumbido del localizador del mapa en tiempo real de la RECnet. Cientos de bots se entrecruzaban en la habitación, flotando o avanzando con ruedas o caminando o quedándose inmóviles de estupor tras tener un cuelgue de la hostia tras descargarse unos gusanos de primera del menú de artículos disponibles. Comprendió adónde quería llegar Colmillo; después de todo, él había llevado a cabo sus propios experimentos, que se basaban en el autoengaño de Elias, pero en cierto nivel fundamental no era capaz de creer que Elias lo estuviera antropomorfizando. Había algo más. Quiso contactar con la red de base y comprobar de nuevo si tenía respuesta de la Fundación Robótica Kagu en cuanto a su cerebro. Quizá si comprendiera más sobre su parte humana, su interacción con Elias tendría más sentido.

Al fin, reabrió la sesión segura con Colmillo.

—Creo que él sabe que quiere tener sexo.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Porque se lo he preguntado y me dijo que no era un maricón. Clasificó nuestra actividad usando un término sexual.

—No es así. Usó esa palabra como un claro ejemplo de antropomorfización. Los robots no pueden ser maricones. No tenemos género y por lo tanto no podemos albergar deseo hacia el mismo sexo. Claro, dejó que los humanos me llamen «él» porque de otro modo se confundirían. Pero no tiene importancia. Solo son humanos proyectando sus propias categorías biológicas sobre mi cuerpo. Cuando Elias usa la palabra «maricón», es porque cree que tú eres un hombre, como un humano. No te ve como realmente eres.

A Paladín no se le ocurrió una respuesta que quisiera transmitir. Pero tras horas de deambular por la red pública, tenía unos cuantos modelos mentales

que le permitían predecir los distintos tipos de comportamientos que un humano esperaría de un maricón robot.

—Quizá es distinto con los biobots.

—Tonterías. Tu cerebro no es nada más que un procesador para reconocimiento facial. Podrías operar casi con la misma eficiencia si estuviera apagado. No revela una identidad de género esencial, del mismo modo que tu brazo no revela que en secreto eres un calamar.

De nuevo Paladín estaba en un estado contradictorio, sabía que Colmillo tenía razón, pero era incapaz de sentir la verdad.

Colmillo envió más datos:

—He luchado junto a tu modelo en ocasiones previas, y los malos siempre van primero a por el cerebro. ¿Por qué crees que Kagu publicita tanto la localización del cerebro? Es como si fuera camuflaje. Los atacantes maliciosos malgastan sus armas en un objetivo inútil.

Paladín tenía un archivo con una marca de tiempo de los primeros minutos de su vida. En él había almacenado un vídeo de brazos de bots en la planta de la fábrica Kagu explicándole sus capacidades físicas. Usaron aquellas mismas palabras: «como si fuera camuflaje».

Hablar con Colmillo estimulaba el deseo de Paladín de conseguir datos, no lo reducía. Salió de su sesión.

Cuanto más analizaba lo que había ocurrido con Eliaz en el campo de tiro, más complicado parecía. Paladín había acumulado días enteros de recuerdos, petabytes de datos, sobre Eliaz. A diferencia de la mayoría de los humanos, él no trataba a Paladín como a una cosa, una herramienta dispuesta para su uso. Le había contado cosas al bot que ninguna otra entidad había compartido con él. Y Eliaz mostró deseo por Paladín cuando

el bot no era ni de lejos humano. ¿Cómo podía eso ser antropomorfizar?

Sin embargo, si Paladín hacía uso de la lógica de Colmillo para analizar la situación, era difícil negar que cualquier otra explicación fuera posible. Accedió a su recuerdo de Eliazz diciendo «no soy maricón» por la septingentésima decimosexta vez. «Maricón» era una palabra para algo que solo importaba a los humanos. Quizá Eliazz era como el sistema de irrigación en la Granja Solar Arcata, confundiendo a Paladín con algo que no era.

Al fin Paladín consideró la posibilidad de que sus propios sentimientos eran una ilusión. Todos los bots con servicontrato sabían que había programas funcionando en su mente a los que no podían acceder ni controlar, y estos programas estaban diseñados para inspirar lealtad. Pero ¿también estaban diseñados para que se preocupara tanto por pequeños cambios fisiológicos en el cuerpo de Eliazz? ¿Era esta búsqueda constante de recolección de datos sobre Eliazz algo que podría eliminar si fuera autónomo?

Colmillo se dirigió a Paladín de nuevo:

—¿Recuerdas nuestra sesión segura? Sigamos usándola.

Pero Paladín ya no quería hablar con Colmillo. De forma impulsiva, abrió el menú de artículos disponibles en la RECnet y se descargó un gusano metido en un simulador inmersivo de combate. El archivo .txt adjunto explicaba que cuando la acción se volvía intensa, un error de memoria le provocaría un cuelgue. El programa también generaría la secuencia completa en un archivo de registro para que pudiera guardar y reproducir su experiencia de recuerdos medio destruidos.

Paladín descargaba balas contra un tanque enemigo, un hombre herido yacía junto a él. A medida que el código del juego iba haciéndose visible, él supo que su único cometido era destruir el tanque y llevar al hombre a un lugar seguro. Escogió atar al humano a su espalda y seguir disparando. Cuando las uniones moleculares del adversario quedaron destruidas y

estallaron en llamaradas de gas, justo cuando Paladín estaba a punto de completar su misión, con el cuerpo frágil y vivo del hombre a su espalda, atacó el código maligno. El cuerpo del bot sufrió un espasmo, con sus reflejos inutilizados por gusanos y órdenes contradictorias. Una oleada de sinsentido extasiante lo enganchó y el archivo terminó.

A la mañana siguiente, Paladín todavía no tenía noticias de Kagu sobre su cerebro. Eliaz y él despegaron hacia el ardiente azul del cielo, un *jet* ligero de sigilo los llevó sobre la arena. Aterrizaron en un suburbio de Casablanca llamado California y avanzaron hacia la ciudad en una camioneta. Su base de operaciones era un hostel barato cerca del parque de biotecnología, en la frontera de la antigua medina junto al muelle.

El parque de biotecnología era una incubadora corporativa, pero también era una especie de ciudad en sí misma. Famoso en todo el Magreb, el campus parecía un gigantesco espejo por el agua, junto a la también gigantesca mezquita Hassan II, cuyos láseres del tejado enfilaban el campo visual con la Meca durante los rezos. Alojaba a cientos de empresas emergentes entregadas a un frenesí de investigaciones e inversión de capital, todas compitiendo para ser la próxima Zaxy. Cuando los antiguos amplificadores retransmitieron la llamada a la oración, fue recogida y transmitida por la red de motas. Grupos de ingenieros salían de los puntos de trabajo a la enorme plaza naranja pálido de la mezquita. A veces parar orar y en otras ocasiones para tomar fotos de la gente que rezaba.

La industria de las ciencias de la vida había remodelado el paisaje a lo largo de kilómetros junto a la costa, generando versiones más pequeñas, pero brillantes, de sí misma dedicadas a los ingenieros genéticos y a sus familias. Carísimos bloques de apartamentos en desarrollo anunciados en grandes carteles, ofrecían amarres privados para los yates de los residentes. La cultura

del parque de biotecnología se extendía por todas partes, superando las antiguas paredes de la medina al otro lado de la calle para inundar las estrechas callejuelas centenarias con tiendas de biotecnología, videojuegos y *boutiques* de moda europea. Los recién instalados ingenieros paseaban como turistas confundidos por los mercados de especies de la medina, deambulaban frente a tenderetes donde se vendían porciones de cordero junto a tiendas de ofertas como redcillas de crecimiento de tejido de cerdo envueltas en polímeros biodegradables a mitad de precio.

Aunque dominaba el paisaje, el parque de biotecnología no generaba orden ni disciplina. En vez de ello, intensificaba el caos políglota que era Casablanca en verano.

Paladín y Eliaz adoptaron identidades encubiertas similares a las que usaron en Iqaluit: un ingeniero con mala suerte con su bot. Fueron de aquí para allá por los locales de té de la medina, preguntaban a cualquiera que estuviera dispuesto a hablar con ellos si sabían de un buen contrato de trabajo en el parque. De algún modo, Eliaz sabía qué locales estarían repletos de ingenieros que se aferraban a vasos curvados de té entre largos periodos de amplificación, modelaje de transcriptoma y análisis secuencial.

—Estas casas de té son los típicos lugares donde los proyectos de Culturalibre nacen. —Eliaz le explicó su estrategia a Paladín mientras tiraba la mochila sobre la cama baja de vuelta al hostel. Fuera, las oraciones de la tarde se mezclaban con el ruido del tráfico mientras dos hombres gritaban en dariya y en ruso—. Trabajas todo el día para una empresa que no se preocupa por ti, pero tú y tus compañeros queréis cambiar el mundo. Así que sales a beber té y a quejarte sobre ello. Entonces comienzas un proyecto, le das un nombre, comienzas a difundirlo. Antes de que te des cuenta, tienes la próxima medicina de moda, o el siguiente delito de patentes.

Eliaz comprobó su perímetro de armas, pasando las manos por la cabeza

y el pecho como si fuera una solemne bendición. Paladín evaluó el espacio: paredes blancas cubiertas de pintura que repelía partículas y sellaba las grietas; una cama rectangular; una silla de espuma cuyos reposabrazos estaban cubiertos por tiras de carga que brillaban tenuemente. En una de ellas alguien había dejado un móvil de usar y tirar que ahora se degradaba en una pila de celulosa gris. Había suficiente espacio para que el bot estuviera de pie con comodidad, aunque suponía que tendría pocas ocasiones para ello. Tocó la cama con su nueva mano, donde las diminutas escamas de piel le recordaron todos los humanos que habían estado antes allí.

—Vas a tener un papel en el que hablarás en esta operación, colega —le explicó Eliaz, mirando la cara de Paladín—. Eres mi asistente de laboratorio contratado. También quiero que consigas HUMINT.

De forma inesperada, Eliaz se sentó en la cama, dejando caer su mochila en el lugar donde debería haber un cojín.

—Un par de horas hasta que la gente salga de trabajar del parque de biotecnología. Voy a dormir un poco. Haz guardia.

El hombre se volvió para encarar la pared, doblando las rodillas en la posición semifetal que cualquier soldado aprende tras dormir en camastros estrechos durante mucho tiempo.

Paladín se quedó de pie en mitad de la habitación, sus sensores en modo predeterminado de alta seguridad. Ese modo era uno de sus instintos más profundos y no podía concebir resistirse cuando se le pedía que montara guardia. Nada le parecía más natural. Pero la alta seguridad no evitaba que reabriera el archivo que contenía sus experiencias tras meterse aquel gusano.

Quería verlo ahora, mientras Eliaz yacía vulnerable junto a él. Revisar su propio cuelgue hacía que el bot se meciera de placer, pero no lo desarmaba como cuando se ejecutó el gusano. De todos modos, no podía permitirse el lujo de ponerlo más de una vez. Demasiado peligroso.

Paladín cerró el archivo y centró su atención en monitorizar la habitación, llenando los sensores con el zumbido del flujo sanguíneo de Eliaz, la temperatura del aire, las moléculas cayendo en cascada por sus espectrómetros. La señal eléctrica que provenía del sistema nervioso de Eliaz indicaba que había entrado en la fase de sueño profundo casi al instante. El bot monitorizó la respiración del hombre y se preguntó si su vida sería distinta en el caso de caer inconsciente durante varias horas cada día.

11

LABORATORIO LIBRE

11 de julio de 2144

—Ese bot es un cabronazo despiadado —escupió Krish en un furioso susurro—. Tienes que serlo para acabar con Azul y todo su grupo.

Jack y Krish estaban sentados a una mesa de termoplástica desgastada en la cocina del Laboratorio Libre. Una cafetera hecha de equipamiento reciclado del laboratorio soltaba lentamente el aromático líquido oscuro.

Observaban pasmados y con la mirada fija un aparato de noticias que tenían sobre las manos, detallando la destrucción de la Granja Solar Arcata. Los agentes del gobierno explicaron que había pertenecido a un grupo de piratas farmacéuticos metidos en una remota operación solar en la isla de Baffin. Pocos datos habían sobrevivido al ataque, pero unos pocos segundos de grabación de las cámaras de seguridad mostraban un corpulento bot humanoide con escudos traseros aplastando el cráneo de un guardia armado. Las pruebas físicas sugerían que aquel bot los había asesinado a todos y había robado un helicóptero. Dependiendo de la influencia de la policía en la fuente de información, el asunto se catalogaba desde una conspiración de la CIP hasta un atentado terrorista.

—Vi a Azul hace solo unos meses. —Jack mantuvo el control de su voz mientras servía café en una taza Pyrex—. En principio tenía que llevarle

Zacuidad.

—Esto no va bien, Jack, nada bien. Si esto es parte de una caza en tu búsqueda, estás en grave peligro. Tienes que salir cagando leches de aquí y dejar que Med y yo nos encarguemos de desarrollar la terapia.

—No. Necesitáis mi ayuda. Solo tardaremos unos pocos días.

—Podría estar viniendo hacia aquí ahora mismo.

—De ningún modo. Azul lo tenía bien montado a nivel de seguridad. Incluso si entra en los servidores, le llevaría cientos de años descifrarlos.

—¿Crees que no vendrán a por mí? ¿A por este laboratorio? No cuesta mucho suponer que te dejarás caer por aquí.

Jack sintió una punzada de enfado. ¿De verdad Krish no creía que ella había pensado en un modo de permanecer oculta?

—No hay conexiones entre nosotros en la red pública desde hace por lo menos veinte años. Y tampoco serán capaces de seguir mi rastro de datos hasta aquí. He tomado muchas precauciones. —Rozó su cuchillo, que automáticamente dirigió todas sus comunicaciones a través de una red de anonimato que se extendía por toda la Tierra y a través de al menos dos instalaciones de investigación en la Luna.

Krish parecía dudar. Ella quería agarrarlo por la esponjosa lana sintética de su chaqueta y gritarle que sabía lo que estaba haciendo. ¿No era capaz de respetar que este proyecto era tan importante que para ella valía la pena arriesgarlo todo? No. Él no sabía lo que era pagar el precio de hacer algo arriesgado.

—Mira..., envenené a esas personas con mi medicamento. Necesito arreglarlo.

Krish fijó la mirada en las manos de Jack sobre la mesa a través del holograma que proyectaba un anuncio durante la pausa de las noticias. Era el logo de Zaxy, una letra Z antropomorfizada, que danzaba con una mujer que

había sido liberada de la disforia sexual por una nueva medicina llamada Languidad. Su rostro se endureció en una expresión implacable que ella no había conocido cuando eran amantes.

—Entonces pongámonos a trabajar.

Cuando Krish y Jack salieron de la cocina, Med estaba describiendo el proyecto a una mujer cuyo cabello negro crecía en mechones esponjosos alrededor de vides moradas enraizadas en la cabeza. Estaban inmersas en un debate sobre cómo las soluciones ya existentes para la adicción podían ser integradas en la terapia. La mayoría de los estudiantes llegaba por la mañana al laboratorio, algunos se desviaban para conocer a esta nueva investigadora, cuya llegada a medianoche se había convertido en la comidilla del centro.

Al observarlos, Jack admitió que el Laboratorio Libre parecía el espacio de investigación ideal que Krish y ella habían soñado en los tiempos de *Las pastillas biliosas*. Todo lo que producían era público y sin patentar. Casi todo el mundo, incluso los que no eran estudiantes, podía usar el equipo del Laboratorio Libre si tenía una idea interesante.

Claro que aquí nadie pirateaba, por lo menos no de forma oficial, aunque a veces era el mejor modo para salvar vidas lo más rápido posible. Y mucho de su trabajo público acababa absorbido en IP bloqueadas por grandes acaparadores de patentes. Compañías como Zaxy y Fresser venían aquí a reclutar talento de la cantera continuamente.

Aun así, el laboratorio disponía de la libertad suficiente como para hospedar a una pirata que la Coalición de Propiedad Internacional tenía tantas ganas de asesinar. Aquello no era una minucia.

Primavera de 2119

En los primeros días, el Laboratorio Libre estaba localizado bajo tierra en una

sala cavernosa y polvorienta cuyas puertas habían sido decoradas años antes con las palabras «CENTRO COMPUTACIONAL». Reestablecieron conexiones, volvieron a instalar cañerías y enyesaron el lugar con la ayuda de la beca de Krish, pero muy despacio, por lo que había muchísimas oficinas a medio terminar y huecos donde podías esconderte y desaparecer.

Una noche, tras una serie de agotadores análisis, Jack fabricó un fino futón, lo subió por una escalera hasta un altillo esquelético sobre las bibliotecas refrigeradoras secuenciales y se durmió tras unas cajas de envío descartadas para aparatos de plegamiento de proteínas. Ahí arriba, los ruidos del laboratorio quedaban amortiguados y todo tenía el olor reconfortante y herboso de la espuma de empaquetar. Era la primera noche de buen descanso que había tenido desde el arresto, y nunca volvió a casa de Krish tras aquello. Todos en el laboratorio sabían que vivía en el altillo, pero no era algo extraño para los investigadores hacer cosas como esas cuando se involucraban demasiado en el trabajo.

Durante los siguientes meses, las cajas fueron su cama y las películas en 2-D, su entretenimiento nocturno. Krish la dejó sola, perdido en su nuevo papel como director de un laboratorio solvente, y ella se perdió en la gélida y quebradiza calma del invierno de Saskatchewan. Se dio cuenta de que la simplicidad de su trabajo era como un regulador GABA, bajaba los niveles de su estado de ánimo mientras lidiaba con lo que fuera que iba a ocurrir a continuación.

La primavera transformaba las praderas en esponjosos campos de grano cuando Jack conoció a Lyle Al-Ajou. Lyle era la posdoc estrella de Krish, y tenía un tatuaje en la mitad de su cabeza afeitada. Se suponía que tenía que moverse a través de una secuencia de flores comunes, pero fallaba cada vez que florecía en una amapola de un naranja vivo. La imagen estática en su piel marrón claro y el código sin arreglar le daban a Lyle un atractivo aire de

despistada.

Eran las dos de la madrugada y la mirada de Jack repasaba una línea de código cuando Lyle le dio un golpecito con el dedo.

—¿Puedo dormir contigo esta noche? —Lyle parecía adormecida—. Estoy a punto de caerme de sueño y mi secuencia clónica no acabará de cocinarse hasta mañana por la mañana. Tienes una cama ahí arriba, ¿no? —Lyle señaló arriba, más o menos en la dirección del altillo de Jack y levantó las cejas. ¿Era una petición inocente, o algo más? Jack no había tenido sexo desde sus incómodos intentos con Krish tras la cárcel. Era como si su deseo estuviera tan roto como lo habían estado sus huesos: no era capaz de saber qué quería, e incluso tenía aún menos idea del deseo de los demás.

—Te juro que no intento ligar contigo. —Lyle sonrió—. Es que estoy tan agotada que no creo ni que pueda llegar a casa.

Todo el mundo se había marchado alrededor de la medianoche. Jack se encogió de hombros.

—Claro.

En la casi oscuridad del altillo, rodeadas de cajas con logos corporativos para instrumentos científicos, Jack y Lyle estaban despiertas por completo. No podían dejar de hablar. Discutieron sobre el juicio de una violación de las pruebas experimentales de una nueva patente.

—No puedo creer que hayan sentenciado a Thorton a diez años de prisión —susurró Lyle enfadada—. ¿Qué cojones? No estaba vendiendo esas medicinas. Las repartió por su barrio debido a esa puta epidemia.

—Diez años en prisión hacen que mi experiencia parezca un paseo por el parque.

Lyle no dijo nada. Al cabo de un rato habló con un tono de voz dubitativo.

—¿Te importa si te pregunto cómo era? Leía *Las pastillas biliosas* y he

estado intentando reunir el coraje para preguntártelo, pero siempre me parece forzado o raro o maleducado o algo.

—En gran parte aburrido. —Jack se reprimió antes de soltar nada más. Era la protegida de Krish. No tenía sentido escupir toda una diatriba sobre cómo el amado jefe de Librecultura de Lyle había vendido y abandonado la causa mientras Jack aprendía sobre ingeniería de huesos de primera mano. Además, había algo que, de pronto y con desesperación, Jack necesitaba preguntar.

—¿Decías en serio eso de no ligar conmigo?

—No tengo que ir en serio con lo que he dicho. Podría estar un poco... exagerando mi falta de interés... un poco mucho.

Jack se recostó en un codo y miró a Lyle, tratando de entender cómo el puente de su nariz hacía que cada rasgo de su tez fuera más bello. Un rayo de luz del laboratorio de abajo iluminó los pétalos estáticos de su tatuaje y la media sonrisa en sus labios. Jack no se contuvo más. Agarró a Lyle más fuerte de lo que pretendía, la besó con más pasión de la que había querido besar a nadie en todo el año pasado. Quizá estaba siendo demasiado intensa, pero era embriagador ser capaz de medir la fuerza de su deseo otra vez. A Lyle no le importó. Se dejó aplastar por el abrazo de Jack y gimió de placer.

Las dos durmieron solo una hora mientras los clones de Lyle cocinaban, y al día siguiente fueron las zombis muertas de sueño más felices del laboratorio.

11 de julio de 2144

Jack dejó la taza de café en la mesa del laboratorio al lado de Med y levantó la mirada al altillo donde Trescero estaba durmiendo. Había pasado más de un cuarto de siglo y todavía seguía durmiendo en almacenes de laboratorios.

Y su futuro era más incierto que nunca.

—Esta es mi hipótesis de una posible terapia —anunció Med—. Necesitamos evadir los patrones de recompensa que la Zacuidad ha creado en los pacientes con sobredosis y solo podemos conseguirlo si desconectamos los recuerdos de la adicción de las personas. Los recuerdos de cómo funciona la recompensa es lo que provoca que los adictos vuelvan a por más, incluso cuando están desintoxicados. Cada vez que ven una señal que les recuerda el trabajo (ya sea una tabla para cortar el pan o una brocha), querrán consumir de nuevo Zacuidad. Con el tiempo, los receptores de dopamina volverán a funcionar y eso ayuda, pero el tema principal es librarse de esos recuerdos de la recompensa.

—Tiene sentido —murmuró Krish—. ¿Qué tipo de bloqueador de memoria usarías?

—Mirad esto. —Med se permitió una rápida sonrisilla y les mostró una estructura molecular que brotaba en el aire como una serie de uniones abstractas. Era una recopilación de partes biológicas ya existentes, junto con una proteína que había ensamblado ella misma.

—Lo llamo Retrocon —dijo. Krish comenzó a rodear la mesa, observando la proyección desde todos los ángulos—. En esencia, lo que haré es establecer una continuidad retroactiva en el cerebro. Manipularemos las neuronas para evitar el recuerdo de la recompensa de la Zacuidad y enlazaremos el pasado previo a la adicción al presente. Se podría decir que vamos a crear un presente alternativo para el cerebro, basándonos en cambiar lo que cree que acaba de pasar.

—Parece sencillo. —El tono de Krish estaba entre la distracción y el sarcasmo, e hizo que Jack recordara por qué lo llegó a querer tantísimo.

—¿Cuál será el resultado experimental para la persona bajo esta terapia?
—La pregunta surgió de un estudiante de grado con un montón de rizos

rojos y una expresión muy seria en la cara—. Quiero decir, ¿olvidarán literalmente que tomaron la sustancia adictiva? ¿O solo todas las señales que les hacían querer tomarla de nuevo?

—No estoy segura —admitió Med, buscando ayuda en Jack—. Creo que olvidarán algunas cosas, pero no estoy segura de cuánto, o cómo lo sentirán.

—Pero ¿no estarás destruyendo años de recuerdos?

Jack sabía que el chico iba a seguir soltando preguntas y Med no tenía demasiada experiencia en tratar con estudiantes de grado curiosos.

—Así está la cosa —intervino Jack—. Retrocon no es una cura milagrosa para todo tipo de adicciones. Nadie puede hacer algo así. Pero funcionará como terapia para las personas que han estado tomando Zacuidad. —Ahora tenía su atención y Med asintió agradecida—. Podríamos salvar miles de vidas.

Al parecer satisfecho, el estudiante flexionó el dedo índice derecho hacia la simulación de Med, descargándola a sus gafas. La bot se dirigió de nuevo al grupo.

—¿Alguien quiere ayudar? Podemos dividir algunas de estas simulaciones hoy, para verificar cómo distintas moléculas pueden afectar al cerebro.

Jack levantó la mano.

—Apúntame.

—Claro, haré unas cuantas. —El siguiente voluntario era una posdoc que tecleaba en la mesa del laboratorio a medida que hablaba, los movimientos de los dedos capturados por los sensores de la muñeca que los traducían a un tecleo. Su mono estaba cubierto con parches que parecían responder al sonido de su voz: cuando hablaba, todos se volvían rojos y después se desvanecían pasando por el verde hasta llegar al negro. El estudiante de grado con las vides en la cabeza, que respondía al nombre de Catalyst, también se ofreció voluntario. El serio estudiante de grado que no tenía

características especiales más allá de su grave expresión facial, miró algo en sus gafas y después se centró en Med y Jack.

—Estoy intrigado —dijo—. Voy a dedicarle algunas horas ahora. No tengo clases hasta mañana.

Por un instante, Jack se permitió sentirse encantada. Estos estudiantes apreciaban tanto su trabajo en Laboratorio Libre que venían aquí cuando no estaban en el aula, a primera hora de la mañana, tan solo para conocer detalles de una investigación. Había pasado mucho tiempo desde que había trabajado en un proyecto sobre medicamentos con gente que lo hacía por la emoción del descubrimiento. Como regla general, sus equipos de laboratorio estaban motivados por la muerte o el dinero, medio enloquecidos por un deseo de curar la primera y bañarse en montones del segundo. No tenía claro qué motivación producía un mejor combustible para la innovación: creencias *naïves* pero éticas, o la necesidad de supervivencia.

Med organizó de prisa las simulaciones, dividiéndolas en parcelas iguales para todos en el apodado Equipo Retrocon.

Absorto en los análisis, el grupo cayó en el silencio. Varios metros por encima, las ventanas rectangulares del Laboratorio Libre iluminaron las paredes cubiertas de estanterías, revelaban así en rayos polvorientos de luz los proyectos a medio terminar de un puñado de ingenieros genéticos. Las máquinas de PCR del tamaño del puño de Jack permanecían en cajas con cables y recipientes de muestras autorrefrigerados. Un brazo robótico dentro de una caja transparente recolectaba secuencias amplificadas en diminutos cultivos sobre una bandeja.

Un largo tiesto lleno de tierra húmeda estaba atornillado a una ventana y de él sobresalían verdes brotes de trigo modificado, las tiernas semillas ricas en supresores de tumores. Debajo, alguien había ocupado una estantería de tres metros con un experimento para reparar puntales de metal rotos usando

nuevos epoxis víricos. Un puntal se había reparado bien, pero otro desarrollaba un extraño y brillante tumor que estaba carcomiendo el estante de debajo. Junto a los bulbosos brotes había una nota que decía: «Por favor, limpiar. Si no se quita antes del 01/08/44, esto se ELIMINARÁ».

Jack observó el tumor, e imaginó las moléculas.

El truco con una terapia sería interrumpir o quizá borrar aquellos recuerdos hipergratificantes de trabajo. Lo que no era una tarea sencilla, precisamente. No es que hubiera un centro de recuerdos en el cerebro, igual que no había un centro de recompensas. Eran sendas moleculares, conexiones entre distintas regiones, conversaciones entre neurotransmisores y receptores.

El cuello de Med se irguió un poco sobre la mesa, lo suficiente para ver a Jack por el rabillo del ojo.

Ella le envió un mensaje a la bot desde la tablet.

¿Qué pasa?

—Jack, ¿puedes venir conmigo a la oficina de Krish? —pidió Med con tono desenfadado—. Creo que deberíamos hacer esto con él.

—¿Has conseguido algo? —preguntó el estudiante serio.

—Todavía no, David —contestó Med—. Pero quiero saber qué opina Krish de esto.

Avanzaron esquivando mesas y se detuvieron un momento en la puerta de Krish antes de que él les hiciera un gesto para que entraran.

—Mi paciente (el adicto a la Zacuidad) murió hace unos días —dijo Med—. Ahora hay seis personas más con síntomas similares en el hospital y mi supervisor está preguntando si puedo volver a casa antes.

—No contestes —replicó Krish—. O dile que vas a estar fuera unos días.

—No puede ocultar el hecho de que ha leído el mensaje, Krish —intervino Jack. Una comprensión sofisticada de las redes moleculares en el

cerebro no le había dado a Krish demasiado conocimiento de las redes de los ordenadores. Pareció confuso un momento, después se encogió de hombros.

Jack se volvió hacia Med.

—¿Qué quieres hacer? Podemos seguir con esto aquí si quieres volver y trabajar en Retrocon a distancia. Crearemos un código repositorio anónimo en un servidor público... Tan solo deberás usar una buena encriptación cuando actualices datos.

Med echó un vistazo al móvil en sus manos; después, al Laboratorio Libre. El Equipo Retrocon se había olvidado comer, pero hicieron un descanso para el té: tazas humeantes junto a bocadillos a medio comer en la mesa. Catalyst jugueteaba con David, pinchándolo con el dedo y buscándole las cosquillas. El posdoc con parches de sonido activados proyectó una especie de animación en el aire sobre la mesa. Tras ellos, Trescero bajaba del altillo por la escalera, no llevaba encima nada más que una toalla, y fue hacia las duchas.

—Quiero quedarme —dijo la bot, con los ojos puestos sobre Trescero. Entonces miró a Krish y añadió—: Si te parece bien.

—Por mí genial. Eres la capitana en esto.

—También hay otra cosa —continuó Med—. Envié una petición sobre Zacuidad a un grupo de investigación de terapias de adicción la semana pasada. Hace unas horas, alguien que dice trabajar para Zaxy me envió un correo electrónico desde una cuenta pública temporal y dijo que también hay otros problemas. Al parecer las víctimas no son solo de la calle.

Jack se inclinó sobre el cristal y reflexionó.

—Esto tiene que ser bastante serio si alguien está dispuesto a dar el soplo.

—¿Cómo sabes que el correo no es una trampa? —La pregunta obvia de Med pilló a Jack por sorpresa. La CIP podía rastrear fácilmente ese correo hasta la red donde había aterrizado.

—Ay, mierda... ¿Lo recibiste aquí?

—No, inicié sesión en el servidor de correo remotamente. Solo serán capaces de llegar hasta Yellowknife si están siguiendo el rastro.

Krish parecía asqueado. Jack sabía que esto era justo el tipo de mierdas de espionaje que más temía. Podía imaginárselo calculando el riesgo que generaba para su última beca. Joder, hasta donde ella sabía, él estaba parcialmente financiado por Zaxy. Se encogió cuando él abrió la boca para hablar; esperaba que las obligara a salir de su feliz burbujita de radicalismo que no podía crecer más allá de las fronteras que las corporaciones permitían.

—¿Crees que tu supervisor sabe algo? —Krish mostró una inesperada calma—. ¿Y te pide que vuelvas porque le ha llegado un mierdigrama de la oficina de la CIP en la Zona?

—Es posible.

—Necesitarás un buen motivo para quedarte. Uno que nadie cuestione. —Hizo un gesto ausente hacia su escritorio. Daba la impresión de estar pasando por los asuntos de su correo sin leerlos—. También tendrá que ser algo que justifique que hayas estado un tanto reservada.

Una sonrisa se formó en la comisura de su boca.

—Med, has llegado a mi laboratorio muy recomendada por una de las mejores ingenieras genéticas que he tenido el placer de conocer. —Señaló a Jack. Su voz de pronto era formal, como si estuviera dirigiéndose a una audiencia en una conferencia—. Me complace muchísimo que estuvieras dispuesta a venir para una entrevista de trabajo con tan poca antelación, ya que por desgracia cazaron a nuestro mejor desarrollador farmacéutico en la Universidad de British Columbia la semana pasada.

Se volvió hacia Med, que también empezaba a sonreír.

—Creo que podemos hacerte una oferta que será competitiva con la cifra que te estén pagando en Yellowknife, y como investigadora asociada tendrás

tu propio presupuesto y tu equipo. Entiendo que querrás pensarlo un tiempo, ¿eh, doctora Cohen?, pero nos encantaría que pudieras comenzar a trabajar ya mismo en un nuevo proyecto que hemos empezado.

—Vaya, gracias, doctor Patel. —Med contestó en un tono cuya formalidad fingida encajaba con la de Krish—. Pero llámame Med, al fin y al cabo vamos a trabajar juntos. Así es como me llaman todos.

Este silencioso intercambio era algo nimio, un truco para calmar la sospecha. Pero también era enorme, un encargo real para hacer el tipo de trabajo que Jack imaginó una vez para sí misma, en este mismo laboratorio. Jack sintió vértigo al tener en cuenta todo el tiempo que había pasado desde que quiso aquel empleo y cuántas elecciones la habían alejado de aquel lugar. Al mirar a Krish y a Med, de pronto se sintió sobrepasada por un sentimiento casi doloroso, no solo hacia aquella joven e inteligente investigadora, sino también por el hombre que reconocía a Med como una excelente científica. Acudir al Laboratorio Libre en busca de ayuda había resultado la primera buena decisión de Jack tras una larguísima racha de malas.

Se puso detrás de Krish y miró por encima del hombro para ver qué había sobre la mesa. Tenía la página de personal de Med de Yellowknife bajo los dedos. Un retrato en blanco y negro de la bot flotaba sobre el nombre y título: Mede Cohen, doctora, investigadora auxiliar. Áreas de especialización: estudio y desarrollo farmacéutico, neurogenética. Debajo, una ordenada lista de publicaciones, algunas encabezadas con el nombre de Med. Varias afiliaciones profesionales, incluyendo la pertenencia a una de las progresistas sin ánimo de lucro que trabajaba con los grupos de Culturalibre. Parecía el retrato perfecto de una investigadora de ingeniería genética joven, ambiciosa y de mente abierta: no había manchas ni agujeros en su historial de trabajo, ni publicaciones en nada más que revistas bien valoradas.

Hasta hacía unos pocos días, Med había sido una buena chica. Y Krish la

había recompensado con el tipo de trabajo con el que todo investigador auxiliar sueña. No necesitaría volver nunca más a Yellowknife.

12

LA RED HUMANA

11 de julio de 2144

A medida que el sol se hundía en el horizonte, las casas y las calles en la medina siguieron irradiando calor. Pero la casa de té permaneció fresca bajo la pintura reflectante y la refrigeración que evitaba que los clientes sudaran. Eliaz pidió un té oolong con un aroma fenomenal al final de la barra de un bar hecha de madera pulida con acabados de un patrón morisco de elaborados polígonos intercalados. A través de las oscuras ventanas grises, veían un callejón estrecho, una de las muchas callejuelas cubiertas que serpenteaban por el barrio más antiguo de Casablanca. Un arco al otro lado, con los bordes cubiertos por baldosas azules, conducía a un patio apenas visible. En un portal contiguo, una mujer llenaba cántaros con agua de una fuente pública cuyo empedrado databa incluso de antes de que esta nación se llamara Marruecos. Ahora Casablanca era una de las ciudades portuarias clave de la Federación Africana, a la que llegaba capital internacional. En una grieta donde las desmigajadas paredes de espuma de un edificio de apartamentos llegaban a la calle, un chico colocó algunos productos a la venta: una pequeña carreta con una pila de peces alargados con forma de flecha y una jaula con zumbantes drones de fabricación barata.

La multitud que salía de trabajar comenzó a inundar la medina, aliviada

por minibuses con aire acondicionado que iban cada cinco minutos hacia el parque de biotecnología. Era fácil distinguir por el aspecto a los empleados de negocios entre los locales. Algunos vestían *zaubs* de un blanco impoluto o caftanes bordados que quedaban sueltos encima de los pantalones caqui; algunas llevaban coloridos *hijabs* sobre el cabello o saris en los hombros; otros vestían tejanos deportivos de la Zona y camisas de botones; los había con trajes retro occidentales de lino y algodón; otros se cubrían las piernas y el pecho con telas transparentes que sugerían que sus habilidades eran demasiado importantes para las empresas como para preocuparse de su apariencia. Todos charlaban en la red con clips auditivos, gafas, perímetros, implantes y aparatos invisibles especializados.

Muchos de ellos pararían en alguna de las muchísimas casas de té secretas al estilo de Praga que habían surgido durante las seis décadas que habían pasado desde el colapso del siglo XXI, que había dejado poblaciones y granjas asoladas por las plagas. Tras aquello, la recién formada Federación Africana comenzó un plan de diez años desde el cuartel general en Johannesburgo. Prometieron a los trescientos millones de ciudadanos supervivientes de la Federación que fabricarían la tecnología agrícola más avanzada del mundo.

Una amplia reforma permitió al gobierno de la Federación transformar virtualmente todo el continente en una zona económica especial sin regulaciones en investigación sobre cualquier cosa que pudiera volver a convertir el conreo en algo lucrativo. Las empresas de la Eurozona y la Unión Asiática se mudaron en masa a las ciudades cosmopolitas de la Federación para investigar en animales transgénicos que secretaban medicinas, organismos sintéticos de rápido crecimiento, ingeniería metagenética de la tierra, y exoagricultura que pudiera sobrevivir fuera del planeta para exportar a las colonias de la Luna y de Marte. Los avances recientes en la ingeniería

molecular se habrían decretado como inseguros y éticamente cuestionables en otras coaliciones económicas. Pero no en la Federación Africana.

Entre los negocios más prósperos de aquella regulación libre estaban los equipos de ingenieros de Praga, Budapest y Tallin. Estas compañías atraían más gente de la Eurozona central y con ellos llegó la cultura secreta de las casas de té: pequeñas habitaciones oscuras y frescas donde los clientes tenían que conocer al portero o susurrar una contraseña. A menudo el «secreto» era una formalidad sin sentido. Conseguías contraseñas no demasiado complicadas en la red, o te camelabas a un segurata irradiándole criptomonedas. Estas excentricidades de la Eurozona se mezclaron con facilidad con la cultura de las casas de té que existían desde hacía siglos en la medina.

Aun así, pocas casas de té se tomaban sus secretos con seriedad. Como aquella sin nombre en la que estaba Paladín, que analizaba químicos en el aire muy difusos producidos por bastantes variedades de hojas de té, secadas y luego en una infusión con agua a una temperatura precisa. Una de las operaciones encubiertas de la Federación con los operativos de la CIP les había otorgado la contraseña secreta. El lugar era conocido por atraer a hackers y piratas. Sin embargo, para Paladín los clientes eran indistinguibles de la muchedumbre de trabajadores que había fuera. Era posible que ese fuera el motivo por el que Eliaz le había dado trabajo que hacer sobre HUMINT para las siguientes horas. El bot necesitaba perfeccionar sus habilidades sociales y no había un lugar mejor para ello que una casa de té, donde intentarían conocer a tanta gente como fuera posible.

Eliaz le dio un golpecito a Paladín e hizo un gesto casi imperceptible hacia el hombre que había junto a él. Tras pedir té, el hombre se encorvó tanto sobre la barra que Paladín vio una franja de piel pálida sobresaliendo en la cintura. Ofrece un pedazo de información personal y los humanos

seguro que te darán uno suyo.

—Nunca había estado aquí y no es lo que esperaba —vocalizó Paladín, volviendo su torso y su cara hacia el hombre, que levantó la mirada con una vaga expresión de sorpresa. No esperaba que nadie fuera a hablar con él, y mucho menos un robot gigante.

—¿Sí? ¿Esperabas que hubiera cócteles de hidrocarburos?

A través de los sensores en su espalda, Paladín vio que Eliazsz ponía una expresión de hastío. La broma sobre bots buscando hidrocarburos para beber en los bares pasó de moda cuarenta años atrás y ahora era extremadamente condescendiente. Pero el hombre tenía la edad justa como para tener un bigotito más parecido a dos guiones en mitad de su cara que otra cosa.

Paladín siguió adelante, con la promesa de salirse con la suya de algún modo en aquella interacción.

—Soy Pack y este es Aleksy. —Hizo un gesto hacia Eliazsz. Pack era un nombre muy común para los bots auxiliares de laboratorio.

—Me llamo Slavoj. —El hombre extendió la mano, agarrando la ligera aleación de los dedos de Paladín. Los análisis de sangre revelaron altos niveles de cafeína. Era una buena señal. Podía conducir a información con una mínima incitación.

Paladín escogió una apuesta conversacional que siempre parecía ofrecer resultados.

—¿De dónde eres?

Slavoj escupió toda su historia sin que nadie se lo pidiera, con la prisa provocada por los estimulantes. Venía de algún lugar de la Eurozona central para trabajar con sus colegas en una empresa de ingeniería de tejidos, pero se habían quedado sin dinero. Ahora realizaba comprobaciones de calidad en redcillas musculares para fábricas de carne. Slavoj movió la cabeza con tristeza hacia Paladín y Eliazsz.

—Lo que quiero decir es que este lugar no es un sitio ideal para conseguir un trabajo ahora mismo. Te dicen que es fácil hacerte rico aquí, pero lo que significa en realidad es que no es nada difícil volverte pobre.

Paladín ladeó la cabeza para indicar comprensión.

—Más gente nos ha dicho lo mismo.

Era suficiente para incitar una nueva diatriba de Slavoj sobre varios trabajos que había intentado conseguir sin lograrlo, y no había sido culpa suya.

Eliasz puso una cálida mano sobre la lumbar de Paladín. El bot había conseguido establecer una conexión satisfactoria con Slavoj. Por un instante, Paladín sintió un fogonazo de satisfacción al completar una tarea y complacer a Eliasz. Se divertía. De forma impulsiva, envió un emoji sonriente al perímetro de Eliasz. Cuando el hombre lo recibió, golpeteó con el pulgar en la espalda del bot con un ritmo que no tenía otra intención que resultar amigable.

Tras la barra, el camarero vertía agua caliente en una tetera plateada y alta repleta de hojas de menta. Chasqueó los dedos a un chico de blanco impoluto, que puso la tetera en una bandeja con dos vasos, mientras que el camarero colocó otro platito de galletas de cardamomo azucaradas en la barra, frente a Slavoj. Una vez que el chico hizo su entrega en una mesa de la esquina, se sentó en una banqueta baja tras la barra y observó a escondidas la corpulencia oscura de Paladín.

Un numeroso grupo de personas entraron en el local, discutían animados sobre una historia que comenzaba a extenderse por los repositorios de texto.

—Es imposible que los capullos de Smaxo tengan la inteligencia suficiente para hacer algo así —repuso uno.

—Sé de gente en I+D que no son tan imbéciles —contestó un tipo que tenía inyecciones de hueso bajo el cuero cabelludo para remodelar su cráneo

y crear un mapa frenológico en bajo relieve cuyas regiones estaban tatuadas con etiquetas que rezaban «sexo» y «whisky»—. ¿Por qué no harían una puerta trasera para sus medicamentos? —continuó—. La mitad de la población los consume. Es el mecanismo de control social perfecto.

Una mujer *gamer* cuya cara estaba parcialmente escondida por un visor de juego asintió.

—Ya ves —dijo, meneando las manos cubiertas de sensores. No estaba claro si hablaba con alguien remoto o respondía al tema de conversación de la casa de té.

—No tiene sentido —repuso el hombre que había hablado al principio—. Si tu meta es apaciguar las protestas, ¿por qué no desarrollas un químico que lo haga? ¿Algo con lo que puedas rociar a la multitud? ¿Por qué meter algo en tus medicamentos que se active con un catalizador? Es demasiado complicado y difícil.

—Quizá el catalizador es una imagen o una palabra. Algo que puedes retransmitir a distancia. —El tipo con los modificadores craneales estaba nervioso, sus músculos eran un caos de actividad eléctrica—. ¿De qué otro modo explicarías esos encuentros entre el vicepresidente de Smaxo y el ministro de Defensa de la Zona de Comercio? ¿Crees que tan solo intercambian risitas? Las coaliciones económicas quieren un modo de evitar que la gente proteste por sus mierdas.

—Bueno, seguro que Smaxo está firmando acuerdos con la Zona, pero ¿una puerta trasera activada con una palabra? Eso causa moléculas residuales en tu sangre que mandan tu cerebro a un modo de ondas theta. —El hombre que habló tenía el pelo casi rapado y una camisa blanca que lo delataba como empleado de una corporación—. Lo siento, pero no lo compro.

El grupo se aproximó en masa a la barra, los cuerpos formaban un cálido obstáculo alrededor de Paladín y Eliaz, sus poros exudaban sudor y

excitación y euforia metabolizada.

—Tengo un programa de vulnerabilidad que funciona justo así.

Todos los del grupo callaron para escuchar a la mujer alta cuyo hombro tocaba el brazo de Paladín. Tenía un pequeño parche de pelo rosado en la cabeza calva de piel marrón y vestía una camisa de botones tradicional de la Eurozona. Un enorme espectrómetro le sobresalía del bolsillo, en el pecho.

—Se activa con bacterias de sonido. Una vez volví zombis a todos los que había en un club al subir el volumen. Puse a todos los tíos a bailar en una barra y subí el vídeo online.

Estaba menos excitada que el resto del grupo, y una muestra de sangre a escondidas mostró que no había drogas excepto cafeína en su organismo. Cuando la manga de la camisa tocó el brazo de Paladín, este percibió moléculas asociadas con los sistemas de purificación de aire. Había estado en una cúpula, o bajo tierra, durante mucho tiempo antes de venir aquí hoy.

El grupo siguió centrado en la mujer, que metió la mano en el bolsillo para sacar el aparato caqui. Sus posturas sugerían que ella era un nodo, una persona que mantenía las conexiones sociales. Era el núcleo de este grupo, la persona que lo sabía todo.

—El vídeo era una pasada —ladró el tipo con el mapa frenológico—. Un hackeo épico. —A medida que su cara se volvía hacia la mujer y por lo tanto hacia Paladín, el bot vio que en la región montañosa sobre los ojos del tipo ponía «WTF».

A la derecha de Paladín, Eliaz estaba en hiperalerta oculta. Slavoj, atrapado entre el nodo social y WTF, se hundió en la silla y centró su atención en el plato de galletitas. Era obvio que los conocía, pero Paladín no se decidía por si la postura era un esfuerzo por evitarlos o una forma un tanto perversa de captar su atención.

—Una ronda de negro para mis colegas, por favor —pidió el nodo con

educación al camarero.

—¿Lo de siempre? —preguntó él, alargando la mano hacia una jarra de hojas secas y caras.

—Sí, gracias. Estaremos al fondo.

—¡Frankie paga la ronda! ¡Mola! —El hombre con la ropa corporativa le dio una palmadita en el brazo como gesto de agradecimiento.

—¡Mola! —repitió la *gamer*, levantó su equipo visual y lo apoyó en la cinta sensora que rodeaba su cráneo. Los ojos, tintados por completo de negro, se posaron en Slavoj.

—Oye, eh —lo llamó.

—Hola, Mecha —murmuró Slavoj, jugueteando con su taza de té.

El grupo de Frankie se alejó siguiéndola a través de una cortina de cuentas al fondo del bar. Mecha, ahora a la cola del grupito, tiró de la manga del hombre.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Acabo de salir del trabajo.

—¿Todavía estás con Promotor en el proyecto del Tercer Brazo?

—Sí, pero ahora estamos todos con la consultoría, para llegar a fin de mes mientras esperamos financiación.

Paladín había anotado las líneas base del discurso del hombre, que indicaban que era estadísticamente probable que ahora Slavoj estuviera mintiendo.

—Tengo que marcharme, pero a ver si salimos juntos pronto. No te he visto en siglos. —Mecha se inclinó hacia Slavoj para coger una galletita de la pila cada vez más pequeña. Su cuerpo se tensó y destensó cuando él se preparó para hablar y al final no lo hizo.

—De hecho, ¿qué haces esta noche? —Sin esperar a que él contestara, ella se puso el visor e inclinó la cabeza—. Deberías venir a la fiesta en casa de

Hox2.

Slavoj se subió las gafas con el pulgar, con la mirada puesta en su texto. Su ritmo cardíaco era elevado. Sí, iría.

Paladín intentó buscar un modo en que su nuevo amigo los invitara a ir con él. Las fiestas eran un buen lugar para hacer contactos.

De vuelta a la cortina de cuentas, Mecha pasó los dedos por la espalda de Paladín.

—Bonita carcasa —señaló—. Seguro que dispone de refracción negativa, ¿no?

—Sí —vocalizó Paladín.

—Pinta genial —repuso ella, enfocando con su aparato *gamer* las aperturas camufladas de su torso para las armas—. Un perímetro defensivo de primera para un bot de laboratorio.

El bot sabía qué contestar.

—Gracias. Slavoj y yo justo estábamos charlando sobre la vida de laboratorio.

Al llegar a la cortina de cuentas, Mecha se volvió una última vez.

—¡Trae a tu amigo molón! —le dijo a Slavoj.

El nervioso ingeniero de control de seguridad acabó su té, después les sonrió a Paladín y Eliazsz.

—¿Queréis venir?

Paladín se fijó con alegría en que la cara de Eliazsz estaba fruncida en una de sus extrañas sonrisas. El bot se las había apañado sin ayuda en su primera tarea de recolección de datos sobre humanos.

Se despidieron de Slavoj y volvieron a las calles de la medina. Aunque Paladín veía a algún ocasional biobot entre la multitud, la ciudad estaba construida para los humanos. Las estrechas calles no dejarían pasar a un bot

mantis como Colmillo y los tenderetes no emitían metadatos que pudiera leer un bot.

—Ha sido un gran comienzo en tu HUMINT, colega. Vamos a practicar más. —Eliasz señaló una calle que se internaba hacia el norte; habían pintado las paredes no hacía mucho con un fluido de secado rápido repleto de bacterias bioluminiscentes y motas de red. Paladín dudó.

—No parece que haya muchos bots en esta ciudad.

—Ese es el desafío. Incluso en una ciudad repleta de bots, la gente va a tratarte distinto. Tienes que abrirte paso.

El bot igualó el ritmo del hombre, incapaz de mantenerse a su lado cuando iban a pasar un gato callejero que dormía en un balcón bajo y cuatro niños reunidos alrededor de un antiguo grifo de agua.

—¿Cómo me abro paso con esto? —Paladín se señaló la cara.

Eliasz soltó una risotada y el bot guardó la localización de todos los rayos de luz que se reflejaban en las ventanas. No había motivo alguno para ello. Tan solo quería un recuerdo granular de aquel raro momento con Eliasz riendo, las ondas de luz alargándose y las moléculas de agua que flotaban en el aire.

—Paladín, ¿de verdad crees que eres el primer operativo que destaca tanto como una mosca en el té? ¡Mírame! Tengo el color de la leche de vaca. Es bastante obvio que soy un forastero. Pero mira a tu nuevo amigo Slavoj. Él también es un forastero. Todo el mundo es un forastero, si ahondas lo suficiente. El truco es tranquilizar a la gente de que eres su tipo de forastero.

—Como cuando le dije a Slavoj que nos estaba costando encontrar trabajo.

—¡Exacto! Puede que seas un bot traga hidrocarburos, pero a él le caes bien porque tienes el mismo problema. Descubre un modo de compartir sus dificultades.

Caminaron hasta una plaza diáfana, rodeada por todas partes de patios y tiendas y repleta de montones de tenderetes llenos de componentes electrónicos y biotecnología. Paladín tuvo una idea.

A diferencia de Elias, él podía hablar dariya, el idioma natural más común en esta región. Era algo que el bot era capaz de transformar en un problema a compartir. Paladín se alejó de Elias y se aproximó a un hombre que vendía fibras musculares muy parecidas a las que se tensaban bajo la carcasa del bot.

—Necesito un suplemento para mi musculatura —dijo Paladín en dariya—. Por desgracia, mi amo no sabe nada sobre robots y solo habla inglés. Pero parece que tienes lo que busco. Es una selección estupenda.

El hombre miró a Paladín y después echó un rápido vistazo a Elias.

—¿Eurozona? —preguntó—. ¿Dónde? ¿Este?

—No me cuenta nada. Algún sitio donde no aprenden dariya.

Aquello le sacó una sonrisa irónica.

—Vale, amigo. ¿Qué longitud y afinación necesitas?

Con los sensores traseros, Paladín detectó que Elias trataba de ocultar su propia sonrisa.

Cuando el bot y el vendedor de músculos regatearon los grados de fibra, Paladín trató de convertir su conexión en algo más útil.

—¿Hay por aquí algún sitio para comprar biotecnología sin marca? —«Sin marca» era el término coloquial para referirse a artículos pirateados—. Mi amo quiere algo barato para él mismo.

—No sé nada de productos sin marca. —El vendedor apenas levantó la mirada de la mesa, donde envolvía con cuidado las tiras de músculo que Paladín acababa de comprar en una membrana aceitosa—. Pero si quieres material barato, baja al muelle.

Cuando Paladín le contó a Elias su fracaso, este levantó las cejas.

—No ha sido un fracaso, colega. Has conseguido información valiosa. Nadie va a decirte directamente dónde conseguir mandanga ilegal. Ha sido una genialidad preguntarle por algo barato. Ha sido capaz de decirte lo que necesitabas sin admitir que sabía algo.

—No lo había pensado de ese modo.

Eliasz se encogió de hombros.

—Es el tema con los humanos. La gente siempre piensa que son muy listos con sus códigos y sus eufemismos. Pero las personas están desesperadas por contar lo que saben. En cuanto estableces confianza, todos quieren soltar información. Eres bueno en esto. Seguro que es incluso más fácil para ti porque no sospechan que un bot pueda estar espiando como un humano.

Paladín reflexionó sobre esta información con atención. ¿Había maneras de ser mejor que Eliasz en HUMINT?

—Ya que estás chuleando de dariya, ¿por qué no compras la cena antes de ir al muelle? —Eliasz hizo un gesto hacia un vendedor que desplegaba una pieza de carne para poner al asador. En el siguiente tenderete, acompañaban el cordero asado con pan de sésamo de una pila de panes circulares recién horneados.

La noche inundaba las calles con sombras y las paredes comenzaban a brillar. Comiendo mientras caminaba, Eliasz chocó contra el bot de forma fortuita. Le dio una tira de carne a un gatito que trotaba junto a ellos y Paladín se preguntó si así era cómo Eliasz actuaba cuando estaba en una misión. El bot leyó las bioseñales de Eliasz a través de los sensores del hombro y captó que el hombre lo miraba con atención. Paladín enfocó su cara hacia la de su compañero, para que Eliasz supiera que le devolvía la mirada. Por un periodo de dos segundos completos, los sensores visuales de Paladín se encontraron con los ojos del hombre por motivos que el bot no era capaz de descifrar. O quizá, como solía decir su compañero, el motivo era

obvio. Quizá se gustaban el uno al otro sin más.

Paladín pensó en el posible significado de esto mientras avanzaban hacia el muelle en busca de un nuevo objetivo para la práctica de HUMINT.

A medianoche, Elias y Paladín llegaron a la dirección del centro que Slavoj les había dado para el laboratorio subterráneo tres pisos por debajo de las Torres Gemelas del Centro. Antaño había sido un centro comercial reluciente, ahora era un erial de espacios de trabajo.

—Esto podría terminar en un callejón sin salida —advirtió Elias—. Solo unos biopunkis. Pero Frankie es alguien a quien no hay que quitarle el ojo, ya la han arrestado antes por posesión de equipo de laboratorio sin licencia. Vigila muy bien con quién charla, ¿vale, colega?

—Lo haré.

—Y haz amigos. —Elias le dio suavemente con el codo en el costado y le sonrió, Paladín le contestó el codazo con mucho cuidado. La carne humana era endeble comparada con la carcasa de un bot. Todavía no estaba acostumbrado.

Salieron del húmedo calor nocturno y entraron en un vestíbulo con aire climatizado. Un siglo atrás, aquel edificio había sido la joya de Casablanca, un monumento a su riqueza y a la occidentalización en un tiempo en que la mayoría de la Federación estaba desequilibrada por plagas, protestas y guerra. Ahora quedaba empequeñecido por los rascacielos lujosos que formaban la periferia de la plaza de las Naciones Unidas. Las tiendas y los bloques de apartamentos lujosos habían sido transformados en abarrotadas casas para artistas, vagabundos y radicales.

Dos personas compartían 420 junto a las puertas del ascensor. Vestían caftanes negros bordados con electrofilamentos de un rojo fuego, sus rostros oscuros tenían un brillo tenue por la purpurina.

—¿Vais a la fiesta? —preguntó uno, cuando Eliaz pulsó el botón para bajar.

—Sí.

—Llegáis justo a tiempo para la orgía. —Los dos soltaron una risita y gesticularon con frágiles dedos a medida que la puerta se cerraba.

Paladín y Eliaz salieron a una habitación cuyos controladores atmosféricos no eran capaces de competir con el calor y el sudor emitido por la multitud que sobrepasaba por mucho la capacidad del lugar. Había una pista de baile en una esquina, un montón de personas se meneaban y saltaban bajo luces estroboscópicas. A la derecha, las cañerías de un laboratorio húmedo habían sido convertidas temporalmente en un área de venta de bebidas. El hombre con el tatuaje de WTF en la frente estaba tras la barra; preparaba diferentes cócteles y los repartía en vasos de espuma transparente a una fila de personas. Encima había un altillo con espejos y una señal enorme de «¡CUIDADO!» en la puerta.

Alrededor de la pista de baile y el bar, grupos de personas discutían sobre códigos o vacilaban acerca de nuevas modificaciones y aparatos. Un hombre sin camisa con unas alas un poco peludas que le crecían de los omóplatos estaba rodeado por unas cuantas personas entre las que se incluían Mecha y Slavoj; ambos se balanceaban dejándose llevar por los efectos de la bebida. Él desplegó las alas, modeladas como las de un murciélago, y Mecha tocó una mostrando su admiración.

De pronto, Frankie bajó a toda prisa la escalera del altillo, su expresión era decidida y pasó de largo varias personas que intentaron saludarla. Se dirigió directa a WTF, apartando a la multitud sin dificultad, y le susurró al oído. Él comprobó una lectura en su muñeca y asintió. Paladín intentó captar lo que decían, pero había demasiado ruido ambiente. El bot se preparó para observarlos desde los sensores de la nuca mientras Eliaz y él se unían al

grupo de Mecha y Slavoj.

—¡Guapo! —chilló Mecha abrazándole el torso, pringándolo con los azúcares producto de su borrachera. Dirigió los pozos negros de sus ojos a Eliazsz—. ¿Es tuyo? ¿Cómo se llama?

—¿Por qué asumes que pertenece a alguien? —Eliazsz adoptó un tono provocador y reservado. Había escogido a la líder del grupo y estaba entablando conversación con ella, usaba su don para generar confianza deprisa. Alguien le había dado una taza de un líquido naranja brillante cuya firma molecular decía vodka, y asintió con la cabeza ante el ritmo que surgía de unos altavoces colgados por todo el techo. Mecha soltó una risotada y envió un mensaje a través de su aparato de juego, que Paladín pudo sintonizar sin problema, descifrar y reenviar a Eliazsz.

¿Hay habitación para uno más ahí arriba? Este tipo está cachondo.

Ella le había enviado el mensaje a alguien en el altillo, una persona que usaba un aparato de usar y tirar sin información personal útil adjunta. El aparato contestó:

Sí, uno más vale, pero no más. Casi estamos completos.

Tras ellos, Frankie corría de vuelta escalera arriba, seguida por un hombre vestido con una capa que titilaba con LED. Cuando la puerta del altillo se abrió, Paladín vio por un instante una sala cubierta de almohadas de espuma e inundada de proyectores diminutos que llenaban las paredes con diseños goteantes y abstractos.

Un ritmo más acelerado espoleó a los bailarines en la pista a menearse, y Frankie cerró de un portazo la entrada al altillo. Mecha se puso de puntillas para susurrar en el oído de Eliazsz:

—¿Quieres subir arriba a jugar conmigo y con Frankie?

Paladín sabía por la postura de Eliazsz que estaba receloso. Por el contexto, suponía que lo estaban invitando a probar alguna molécula hackeada en grupo, con toda probabilidad diseñada para soltar inhibidores y generar una respuesta emocional intensa: placer, miedo, tristeza, diversión, ira.

—¿A qué jugáis? —preguntó él, su tono revestido de una ligereza apropiada.

—A una cosita que Frankie ha cocinado tras un proceso invertido llamado Ellondra. —Era un estimulante de euforia común. Eliazsz se relajó.

—Déjame decirle antes a mi amigo que me espere —le dijo a Mecha. Apartó a Paladín y susurró al bot en una voz demasiado baja para cualquier oído humano.

—Voy arriba con Mecha para ver qué puedo descubrir sobre Frankie. Estoy parcheado contra la droga que están usando, así que no debería pasarme nada. Pero si no bajo en una hora, ven a buscarme.

En aquel momento, Frankie abrió la puerta y le hizo un gesto furtivo a Mecha. Era la señal. Mecha les dio una palmadita a Slavoj y a Eliazsz.

—Vamos arriba. Voy a por los demás. —Pasó entre la multitud, los sensores de su cuerpo resplandecían con las luces estroboscópicas. A medida que avanzaba daba sutiles golpecitos a una persona, luego a otra. Cuando hubo tocado a unas veinte, saludó con la mano a Paladín y subió deprisa arriba, cerrando la puerta tras ella.

Tras poner el contador a sesenta minutos que ya descontaba el tiempo en nanosegundos, Paladín, con aire distraído, sintonizó distintos segmentos del espectro de radio, buscando redes locales que pudieran contener información. Había una red abierta llamada Hox, adjunta a un servidor local con algunos artículos científicos y vídeos disponibles.

Mientras el bot exploraba, el hombre con las alas se volvió hacia él y

preguntó:

—¿Qué te parece? —Paladín reprodujo un audio reciente y entendió que había estado en medio de un debate sobre regulaciones para la ingeniería de tejidos. Bajo un nuevo grupo de reglas propuestas por la Zona de Comercio Libre, todas las modificaciones corporales creadas con elementos patentados tendrían que ser implementados por un experto con licencia.

Paladín sabía que la propiedad de las regulaciones no estaba demasiado bien valorada en ese grupo.

—Les daría a los propietarios de las patentes más control sobre lo que puedes hacer con tu cuerpo —repuso, citando textualmente un texto antipatentes a cuyo canal había accedido en un instante.

—¡Exacto! ¿Crees que podría tener estas alas si la Zona presionara a las otras coaliciones económicas para inclinarse ante su puritana voluntad? —El hombre estiró las preciosas pero inútiles alas sobre su cabeza—. Me llamo Casey, por cierto.

—Pack.

—¿Qué haces, Pack? No pareces un auxiliar de laboratorio. —Casey dio unos golpecitos en la carcasa de Paladín—. Parece militar.

—Estoy bajo servicontrato para Aleksy. Buscamos trabajo como desarrolladores genéticos.

—Oh, ¿estás esclavizado a ese tipo que acaba de subir con Mecha?

Paladín no tenía nada que contestar, así que decidió fisgonear.

—¿Qué haces tú?

—Fabrico penes personalizados. —Casey se tocó la palma de la mano, irradiando a Paladín la dirección de un servidor repleto de información sobre cómo diseñar y pedir los órganos sexuales que quisieras—. Hay mucha pasta en este negocio. Pero estoy pensando en meterme en una consultoría para empresas que quieren implementar estructuras abiertas de tejidos. Ya sabes,

para esquivar esta nueva regulación.

—Interesante —vocalizó Paladín, escaneando la sala. Eliaz ya llevaba fuera media hora.

—De hecho, parece que tú puedes beneficiarte de mis servicios, amigo. —Casey rio, dándole un golpecito en la suave aleación entre las piernas del bot—. ¿Por qué no te construyeron con una polla?

—¿Eres tonto o masticas agua? —dijo con una risita Mecha, que se había escabullido por la escalera tras ellos. Al llegar hasta donde estaban se colgó del brazo de Paladín—. ¿No sabes nada de bots, Casey? Este chico bonito de aquí... —Se detuvo, su piel estaba enrojecida y el cuerpo le temblaba con las oleadas de placer químico—. Este chico bonito tiene algo mejor que una de tus pollas. Tiene un cerebro justo aquí. —Golpeó la carcasa de Paladín sobre el compartimento donde su cerebro humano procesaba en silencio datos de reconocimiento facial.

Antes de que Mecha se embelesara de nuevo, retorció su cuerpo cálido contra el costado izquierdo del bot, dibujando con el pulgar una línea de sudor que bajaba por el torso, moviéndose de uno de los escondites para las armas al otro.

—He estado dentro de tu modelo —susurró—. En RoboCiudad. —Al mencionar el popular videojuego mundial, las rodillas le cedieron. Paladín se arrodilló, levantó su cuerpo extasiado y tembloroso y la llevó escalera arriba hasta el altillo. Tendría mejores cojines allí, entre las personas que también estaban drogadas.

Paladín comenzaba a sentir un extraño miedo en aquella red humana, donde todos parecían conocer su origen militar. No faltaba mucho para que a alguien le importara demasiado. Era muy probable que Eliaz y él fueran a perder su tapadera. Esta fiesta podía volverse peligrosa.

Cuando Paladín entró en el altillo con Mecha en brazos, de inmediato

percibió a Eliaz y a Frankie charlando en una esquina, tras un montón de cuerpos repletos de sangre que llevaba trazas moleculares de Ellondra.

Dejó a Mecha y ella recobró la lucidez un instante y señaló al otro lado de la habitación, a Frankie.

—¿La ves? La amo. —Mecha se dirigió al hombro de Paladín, centrándose en un área que contenía una pequeña constelación de sensores—. ¿Sabías que se puso ese nombre por Rosalind Franklin, la científica que descubrió la estructura del ADN? También era su seudónimo cuando escribía para *Las pastillas biliosas*.

En cuanto Mecha se hundió en las almohadas, Paladín accedió a fragmentos guardados y rescatados de *Las pastillas biliosas*.

—Frankie es tan... alucinante. Deberías hablar con ella. —Y entonces sacó un brazo de la amalgama de humanos drogados y Mecha volvió adentro.

Frankie y Eliaz se acercaron a Paladín, junto a la puerta, rodeando el área de cojines.

—Aleksy me ha contado lo de tus habilidades para hackear genes —dijo Frankie, con la mirada puesta en los huecos de la cara de Paladín que la mayoría de humanos percibían como ojos—. Me ha dicho que siempre trabajáis juntos.

—Así es.

—También me ha contado que está parcheado para resistir Ellondra. Impresionante.

—Es solo una muestra de lo que podemos hacer —contestó Eliaz con una presunción calculada.

—Oh, creo que me hago una muy buena idea de lo listos que sois. —Frankie sonrió y pegó un inyector dermal en el cuello de Eliaz antes de que este pudiera reaccionar. Le guiñó un ojo a Paladín a medida que las

pupilas de Eliaz se dilataban y alargaba un brazo tembloroso hacia el bot—. Parece que tu amo no está parcheado contra esto.

Eliasz cayó sobre el bot. Paladín lo recogió del mismo modo que había hecho con Mecha, enviando una rápida señal que desactivaba parte del sistema perimetral de Eliaz. La temperatura corporal del hombre subía y un rápido análisis de sangre reveló lo que Paladín temía: cascada de serotonina, niveles de dopamina creciendo. Eliaz se encogió, los sentidos centrados en algún tipo de alucinación que su cerebro procesaba como placer.

Frankie abrió la puerta y soltó una carcajada.

—Hasta luego, pequeñines.

Paladín sujetó al hombre y dio un paso para descender la escalera, enviando energía a los láseres de su cabeza al cruzar el bar de camino al ascensor. No se molestó con los botones, envió una señal directa al sistema del edificio que borró todas las demás peticiones y trajo el ascensor al sótano 3. Estaba en modo defensa de alto nivel. Si alguien interfería, dispararía a matar.

Por suerte, todos los juerguistas estaban concentrados en quién llegaba en vez de quién se marchaba. Y nadie le prestó atención a un bot que cargaba a su amo, gimiendo y suspirando con una intoxicación más que obvia, por las calles cálidas en la alborada. Un vistazo molecular reveló que la droga no era mortal, pero Eliaz estaría incapacitado durante horas.

En el hotel, Paladín dejó a Eliaz en la cama y se quedó de pie en alerta máxima en medio de la habitación. El problema era que el humano no se quedaba quieto. La droga de Frankie le había llenado el organismo de energía inagotable. Salió a rastras de la cama para abrazarse a la fría carcasa segmentada de las piernas de Paladín, con la respiración entrecortada al tratar de formar frases que quedaban a medias. Todo su cuerpo se tensó y soltó un suave gemido.

Paladín se arrodilló junto a Elias, ahora enrollado en posición fetal sobre la alfombra.

—Ven conmigo a la cama, Paladín —susurró Elias—. No pasa nada por una vez. —Desvariaba, y Paladín usó su nueva mano para sentir los fogonazos intermitentes de excitación que atravesaban el cuerpo del hombre.

—Te llevaré a la cama.

—Tumbate conmigo. —Agarró la pierna de Paladín, mirándolo con las pupilas dilatadas por la droga—. Eres tan hermoso... Déjame sentirte junto a mí.

Por segunda vez aquel día, se miraron a la cara. Pero ahora, a diferencia de en la medina, los ojos oscuros de Elias eran como un gusano que inundaba la mente de Paladín con caracteres basura y sobrescribía sus acciones prioritarias. Era difícil ignorar las palabras de Elias y seguir los protocolos.

—No es seguro —dijo el bot en voz baja—. Estamos en peligro. Frankie te ha drogado.

Sudando y entre temblores, Elias se levantó agarrándose a Paladín, rodeó con los brazos el torso del bot y apretó su cara contra el hombro de metal.

—Quédate, quédate, quédate, quédate, quédate —repetía en susurros.

No era seguro. Pero Paladín quería estirarse junto a Elias en el estrecho camastro, para entrenar sus sensores en el deseo amplificado por la droga del hombre, para reconocer en su cara una posible representación de sus propios sentimientos caóticos. Así que estaba en un compromiso entre sus deseos y su programación.

Dejó a Elias en la cama y se acostó con él. Su carcasa, equilibrada al borde del colchón gracias a diminutos movimientos de sus propulsores, se convirtió en un escudo para el vulnerable cuerpo del hombre. Miró a Elias y

al mismo tiempo apartó la mirada de él, escaneando posibles peligros. Descansó su mano en el costado del hombre, las diminutas agujas de su palma absorbían muestras diminutas de la sangre de Eliaz. El bot leyó cada cambio molecular en el cuerpo de Eliaz a medida que la euforia del hombre crecía y decrecía. Quiso que hubiera otro modo en que pudiera tocar a Eliaz para adquirir una comprensión todavía más íntima de lo que estaba ocurriendo.

—¿Por qué has dicho que esto estaba mal? —Eliaz temblaba, y en la pantorrilla los músculos se contraían con espasmos. Fijó la mirada en la cara de Paladín y con los dedos buscó con urgencia por el pecho del bot.

—Lo que hacemos no está mal. Estaba preocupado por tu seguridad, pero puedo mantener la guardia.

—Pero dijiste que estaba mal. Dos hombres no pueden acostarse juntos.

Eliaz jadeaba, con el ritmo cardíaco aceleradísimo al mismo tiempo que alucinaba, y hablaba con alguien que no estaba ahí.

Paladín trató de reorientar a Eliaz a la realidad.

—Soy Paladín. No soy un hombre. Soy un bot. Pertenezco a la Federación Africana.

Eliaz se puso a llorar; la sal de las lágrimas era indistinguible de la sal del sudor. Paladín no supo qué decir. Era poco probable que el hombre recordara algo de todo esto en unas horas. Eliaz ya estaba rígido de éxtasis otra vez, su boca flácida y muda. El bot no se resistió cuando el hombre lo miró, agarrándose a un brazo y con una pierna sobre la carcasa, aferrándose lo más fuerte que pudo. Era agradable, como si Eliaz le dijera al fin a Paladín todo lo que quería saber.

13

RETROCON

13 de julio de 2144

—¿Cuándo vamos a huir..., ama? —susurró Trescero con un aliento cálido en el oído de Jack, agregándole el título honorífico del cliente con un tono algo afilado. Estaban desnudos y los muslos de ella formaban una cuna para las caderas delgadas del chico. Aunque sus pensamientos habían quedado difusos por el placer tras el orgasmo, Jack volvió a estar alerta y consternada al instante.

Se dio la vuelta para separarse un poco de él.

—¿Cuál es tu puto problema, Trescero?

—No quiero que me dejes aquí cuando descubráis esa vía mesolímbica.

—Trescero pasó un dedo por la curva de la cicatriz entre los pechos de Jack. Ella todavía estaba algo húmeda de su sudor—. ¿Qué voy a hacer aquí?

Estaban tirados sobre un sofá cama desplegado junto a pilas de antiguos servidores. Tras dos días enteros codificando y analizando, Jack estaba exhausta. Tendría que haber dormido en vez de follar. Se removió en el abrazo de Trescero y metió la mano en su bolsa para buscar un concentrador de atención. Encontró un blíster, sacó una perla plateada de Vigiliador pirateado; aquello aclararía su mente para ponerse a trabajar de nuevo.

Pero cuando la droga hizo efecto solo podía pensar en Trescero.

—¿Y si te compro una franquicia aquí? Tengo suficiente como para pagar un paquete de ciudadanía básico que te permitiría trabajar e ir a la universidad en Saskatoon. Y si quisieras mudarte a algún otro sitio de la Zona, solo tendrías que pagar una actualización muy barata.

Treescero se recostó sobre los hombros y su expresión se tornó pensativa.

—¿También tienes una franquicia aquí?

—Tuve una cuando vivía aquí. Ahora tengo un negocio internacional que me otorga derechos en cinco coaliciones económicas. Estoy cubierta en casi cualquier parte.

Aunque había llegado a quebrar bastantes leyes, Jack nunca había vivido sin una franquicia. Sus padres le compraron una en cuanto nació. Tenían un paquete familiar que garantizaba que todos los hijos Chen podían tener propiedades, solicitar empleos, ir a la escuela y mudarse a otras ciudades si así lo deseaban. Aunque Lucky Lake era pequeño, todavía era una sociedad anónima, la ciudad utilizaba el dinero de acuerdos de concesión locales para pagar servicios policiales y de emergencias, así como el espolvoreado de motas de red para mantener todos los aparatos conectados con solidez.

Si los Chen no hubieran sido dueños de una granja próspera, Jack habría cumplido los dieciocho sin franquicia y sin esperanza de encontrar empleo excepto un servicontrato. Conocía a un puñado de jóvenes en la escuela en aquella situación, la mayoría nativos que fueron contratados en trabajos de administración del hábitat o en minas en el norte. Por primera vez en décadas, recordó que el director de su escuela había descrito ese acuerdo como «enriquecimiento cultural». Los chavales bajo servicontrato vivirían en residencias junto a comunidades nativas históricas, aprendiendo sus franquicias mientras quedaban inmersos en los paisajes tradicionales de sus ancestros. Jack no había pensado en sus antiguos compañeros de clase en años. A medida que las palabras del director se repetían en su memoria y

miraba la cara de Trescero, entendió que todo aquello había sido una patraña. Era probable que algunos de aquellos chicos hubieran muerto en la costa del Ártico sin llegar a ser propietarios de nada, ni siquiera de sí mismos. Se preguntó si el sistema de servicontratos tenía su propia versión de la piratería, e intentó imaginar cómo sería.

Trescero se puso boca arriba y fijó la mirada en los hilos electroluminiscentes trenzados en los rígidos paneles del techo.

—Piensa en ello, ¿vale? —Jack se incorporó y cerró la cremallera de su mono—. Saskatoon es una ciudad bonita. En absoluto es un mal lugar para comenzar una franquicia. —Antes de que Trescero pudiera contestar, bajó por la escalera.

Med estaba en su mesa, con fabricantes y neveras de muestras esparcidas a su alrededor. La bot parecía charlar con un ratoncito blanco que acunaba en sus manos, mientras que David observaba con su expresión seria de siempre. Eran las 5.45 de la madrugada.

Como Med y David la ignoraron, Jack se metió de golpe en la conversación.

—¿Por qué le hablas al ratoncito?

—Intento ver si hemos borrado el recuerdo correcto. —David hizo un gesto hacia una proyección del cerebro del ratón. Flotaba sobre la mesa, rotaba despacio, aumentando hasta el tamaño de una pelota de baloncesto y titilando con colores que significaban vías neuronales y transformaciones moleculares—. Hemos usado Zacuidad para que *Bolita* se volviera adicto a la voz del profesor Cohen, y ahora lo exponemos al proceso adictivo mientras le damos dosis de Retrocon.

El Vigiliador le sentaba bien, pero Jack se sintió más agradecida cuando Catalyst llegó con unos vasos térmicos de café y panecillos calientes de la panadería cooperativa en Broadway. Nadie más trabajaba en el laboratorio a

aquella hora, pero por algún motivo al Equipo Retrocon se le había metido en la cabeza que este proyecto era especial. Había llevado a Med a conseguir un codiciado puesto en el laboratorio. Y también estaba el tema de la misteriosa presencia de Jack, así como la involucración de Krish. La situación merecía pasarse la noche en vela.

—¿Nunca comes o duermes, Med? —preguntó Catalyst con una sonrisa.

Med metió a *Bolita* en una pequeña jaula junto a ella.

—No. —Su tono de voz era desenfadado—. Soy un robot. —Algo en la formalidad de la palabra «robot» dejó claro al momento que no bromeaba.

Catalyst estaba a punto de meterse un pedazo de pan de canela caliente en la boca y de pronto se detuvo.

—¿Lo eres? ¿Cómo has llegado a ser profesora universitaria?

—¿No conoces el laboratorio Cohen en Anchorage? —preguntó David con aire de superioridad, complacido al demostrar que sabía más que un estudiante de posgrado—. Crean biobots que crecen como autónomos, igual que los humanos.

Trescero bajó del altillo. Alargó una mano para coger un panecillo de la bolsa, apartando a David de un empujón cuando este pasó frente a él de un modo que pretendía ser molesto a propósito.

—¿En serio? —preguntó con sarcasmo, y buscó con la mirada los ojos de Jack—. ¿Así es como crecen los humanos? ¿Autónomos?

David parecía confuso, pero sobre todo sintió que tenía que aclarar el tema, en concreto porque alguien de fuera de la jerarquía del laboratorio la había cuestionado.

—Sí —respondió con un tono algo condescendiente—. Los humanos no requieren la misma inversión financiera para reproducirse que los robots, y por lo tanto solo entran en servicontratos de adultos por decisión propia.

—Gracias por la leccioncilla sobre propiedades, cariño. —Trescero puso

los ojos en blanco. Agarró un móvil que nadie usaba de la mesa y salió del laboratorio sin prisa.

—A veces eres un puto listillo, David —murmuró Catalyst.

—¡Pues a veces tú también! —replicó él.

Med se encogió de hombros y analizó las imágenes en tiempo real que recibía de la red local, donde los datos llegaban en una neblina de aparatos microscópicos desparramados como un fluido por todo el cerebro de *Bolita*, analizando así lo que ocurría bajo la influencia de Retrocon. Lo compartió todo en un escritorio holográfico que había creado, generando una imagen 3-D que troceó con un movimiento de la mano.

Bolita escarbaba en la jaula.

Krish llegó, también cargado con café y panecillos. Se sentó con el grupo como un estudiante más, desempaquetó su desayuno y tecleó algunas órdenes en el escritorio.

—¿Cómo va? Parece que tenemos nuevos datos.

Jack movió la mano en el aire, pasándole algunos cortes de cerebro sin analizar.

—He visto que Trescero salía con uno de nuestros móviles del laboratorio. ¿Qué está haciendo?

—Creo que está aprendiendo sobre autonomía —respondió Med.

Trescero volvió por la tarde, vestía una sudadera desgastada de la Universidad de Saskatchewan y parecía mucho menos taciturno. Jack hizo un gesto con la cabeza hacia el chico y él lo devolvió: discusión terminada. La conversación de la mañana había cambiado la conexión entre ambos, había hecho que todo pareciera menos desesperado.

Bolita también se sentía mejor. Al parecer, habían sacado el recuerdo que lo obligaba a buscar la voz de Med a toda costa, su vida incluida. Sus

receptores de dopamina crecían de nuevo a buen ritmo.

Jack se dirigió al grupo:

—Creo que estamos listos para el lanzamiento. Vamos a publicar el ensayo de Retrocon y a ver qué nos contestan.

Med levantó la mirada.

—Nunca he sacado adelante un medicamento como este... sin pruebas.

—Ya sabemos que Retrocon funciona en simulaciones y con *Bolita*.

—Jack dio una palmadita en la jaula del ratón—. Es un buen comienzo. A continuación recibiremos los resultados de doctores probándolo en pacientes que están en riesgo mortal.

—Entonces es una primera fase informal de un ensayo clínico, donde pruebas para ver si es mortal en humanos —murmuró Med.

—Es verdad. Hay una pequeña posibilidad de que mate a gente.

Catalyst interrumpió:

—Es un riesgo con cualquier medicina y sabemos que compañías como Zaxy sacan basura al mercado a menudo sin pasar los suficientes ensayos. Consiguen exenciones para medicamentos administrados por un proveedor licenciado de Zaxy.

—Pero nuestros proveedores no tendrán acceso a las instalaciones médicas, al contrario que Zaxy —replicó Med.

—Es así como funcionan los fármacos libres, Med —repuso Krish con amabilidad—. Y creo que ya conoces a un grupo de sujetos que están en riesgo de muerte.

Todos miraban a la bot, esperando. Ella era la líder del proyecto Retrocon y no harían nada sin su aprobación.

—Está bien.

Un aplauso mudo recorrió el grupo.

—Ahora, ¿quién se ofrece voluntario para redactar la documentación?

La alegría se tornó en gruñidos y risas. Al final, David ofreció sus servicios y Catalyst dijo que ella prepararía una lista de grupos de Culturalibre como contacto para las especificaciones. Med y Jack se retiraron a la oficina de Krish para enviar mensajes a los antiguos compañeros de Med en Yellowknife sobre la fase uno experimental.

En menos de un minuto obtuvieron una respuesta: todavía quedaban seis pacientes en Yellowknife con necesidad urgente de limpiar casas, introducir datos, incluso descargar cajas de camiones. Los doctores querían las especificaciones y la documentación para Retrocon, y el antiguo supervisor de Med prometió que él mismo enviaría todos los resultados al Laboratorio Libre.

En aquel momento, Catalyst dio unos golpecitos en el cristal de la puerta.

—Perdón por la intromisión, pero acabo de ver un mensaje de lo más raro en el servidor de ingenieros genéticos de Iqaluit.

Jack y Krish se miraron.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Med.

—Hay un mensaje que dice algo de que la explosión de la granja solar era parte de una caza de la CIP en busca de piratas de patentes sospechosos en la Zona Norte. —Se detuvo, mirando con aire acusatorio a Jack—. Incluyendo alguien llamado Jack, cuya foto se parece un poquito a ti.

Nadie dijo nada, así que al fin el estudiante universitario rompió el silencio con timidez.

—¿Eres la capitana Jack de *Las pastillas biliosas*?

Jack y Krish soltaron una risotada reestableciendo una táctica de distracción perfeccionada décadas atrás, durante el apogeo de su fama clandestina. Cuando las autoridades o los extraños preguntaban si eran parte de *Las pastillas biliosas*, su respuesta para encubrirse era aparentar incredulidad. Por algún motivo siempre se las apañaban para hacerlo de

modo que no parecía fingido.

—Bueno, me llamo Jack —contestó ella con una sonrisa—. Pero no soy la capitana de nada.

—No puedo creer que la CIP todavía se preocupe por nadie de *Las pastillas biliosas* —añadió Krish con una risita—. Ha estado inactiva... ¿cuánto?

—Veintisiete años —respondió Med. Y entonces, como si quisiera explicar la extraña especificidad del dato, añadió—: Cuando crecía, leí una noticia local en el servidor del laboratorio Cohen.

—Ya veo —repuso Jack.

Verano de 2119

Dos décadas y media antes, todo el Laboratorio Libre sabía que ella era la capitana Jack. Y no pasó mucho tiempo desde que Lyle y ella comenzaron a acostarse que todos también lo supieran. Quizá era porque Lyle era, por definición, traviesa. No escondía su relación con Jack, agarrándola para darle un beso en el pasillo fuera del laboratorio o introduciéndola con alegría en su amplio círculo de amistades rebeldes.

Los sábados por la noche, Lyle se paseaba por el Laboratorio Libre con un pintalabios rojo de lo más anticuado, cubierta con una prenda hecha de plumas plateadas y algas rojas.

—¡Su carruaje ha llegado, queriiiiida! —llamaba a Jack, y todo el mundo en el laboratorio las observaba marcharse cogidas del brazo. Era una demostración pública que incomodaba a Jack, porque siempre había logrado notoriedad bajo un seudónimo. Pero al mismo tiempo la hacía sentir orgullosa. Tenía una cita con una tía buena en vez de una larga y aburrida noche con el móvil.

Lyle se salía con la suya en multitud de ocasiones porque era muy inteligente. Su investigación de doctorado en motores moleculares había ganado un premio por el primer trabajo más prometedor de una joven estudiante y ya se había convertido en la base de varias terapias que estaban ahora en desarrollo. Cuando logró un posdoc en el que podía escoger el laboratorio que quisiera, su decisión de unirse al Laboratorio Libre fue titular en varias publicaciones de textos científicos, e incluso en uno o dos canales de cotilleos que amaban su reputación de chica mala.

Aunque se pasaba los días en el laboratorio investigando, Lyle centraba su atención incansable en tantas direcciones que a veces tomaba aliviadores de sueño y se quedaba despierta una semana entera. Era parte de una red social que incluía artistas y activistas que siempre comenzaban lo que ellos apodaban «estrategias de alteración», dirigidas a debilitar cualquier forma de autoridad, ya fuera cultural, económica, científica. La mayoría de sus alteraciones incluían espectáculos de moda artística repleta de preciosos OMG inútiles y modificadores de tejido que decían algo sobre la recolonización global.

Jack no encajaba demasiado en el grupo, pero tenía paso franco para todos los alteradores, incluso para los más desconfiados. Su arresto por pirata la convertía en una heroína subversiva. Ninguno de los amigos de Lyle habían estado en la cárcel por su activismo, aunque algunos sí resultaron arrestados. Sus posiciones de relativo privilegio los conducían a conversaciones interminables sobre quién de entre su círculo podría reclamar la legitimidad del derecho a hablar «por las víctimas del sistema».

Cuando los amigos de Lyle entraron en la Casa de Fideos de Broadway el sábado por la noche, modificados y arreglados, parecían un videojuego que había cobrado vida. Sus armaduras ultraligeras brillantes y las prendas festivas siempre atraían la atención. Y todavía más cuando, sobre la

medianoche, llegaron a su verdadero destino: un club para hackers llamado Nave Espacial Enterrada.

Por supuesto que estaba plagado de chavales que apreciaban la atmósfera de la ciencia peligrosa pero no estaban interesados en la ciencia misma. Pero Jack adoraba aquel lugar. Las paredes negras y agobiantes estaban decoradas con estrellas, planetas y un gigantesco mural que mostraba el gélido y dentado borde del cráter en el que la «nave» se había estrellado. Del techo, unas barras de aspecto antiguo sostenían un vehículo aéreo sin tripulación, el receptáculo estrecho y el morro chato suspendido de cables traslúcidos ultrafuertes. La alargada barra de espuma pulida formaba una curva alrededor de una fila de pilares diseñados para parecer replicadores sacados de una antigua película de *Star Trek*. Unos pocos incluso tenían fabricantes dentro, para darles el efecto completo. La gente que trabajaba en el bar se lo pasaba genial ofreciendo a los clientes cerveza romulana.

Los recuerdos a menudo endulzan lo que parece mundano. Jack apenas era capaz de rememorar la enorme fiesta de cumpleaños en el Nave Espacial Enterrada para Lyle que había llevado semanas preparar. Pero su mente retenía cualquier detalle trivial de una noche de primavera cualquiera en el club, cuando el clima todavía obligaba a llevar bufandas y fulares. Lyle y ella llevaban saliendo unos meses y estaban fundidas en un cálido abrazo mientras escuchaban los compases de un grupo de música local reverberar en el aire, sus brazos y manos relucientes con sensores. Luces estroboscópicas sobre el dron, su vida de vigilancia convertida en una de crimen psicodélico en la ultratumba.

Fue entonces cuando Jack se vio bailando en un pedazo de espejo en la esquina de la pista de baile, sintiéndose por un momento como una extraña.

La cabeza de Lyle echada hacia atrás, una amplia sonrisa en la cara, su cuerpo deslizándose en un espumoso vestido de cables y una brillante

camiseta de polímero auténtico. Jack, que vestía solo una camiseta de Culturalibre y unos pantalones negros, tenía los brazos estirados a los lados, sin importarle que todos supieran quién era, la humilde investigadora cuyos únicos logros eran una publicación obsoleta y un arresto. En aquel momento, al verse a sí misma saltar con Lyle, se dio cuenta de que la mujer que veía en el espejo no era una perdedora. Su vida iba a algún sitio. Quizá no a donde esperaba, pero a algún sitio bueno, en cualquier caso. Mientras daba vueltas vio los cielos pintados por las paredes y entendió que ya no rememoraba los recuerdos destrozados de sus antiguas expectativas.

De vuelta en el Laboratorio Libre, Jack estaba demasiado absorbida por su trabajo y demasiado embelesada con Lyle para fijarse en que Krish había pasado de una actitud distante pero amable a una más hostil. Al fin, durante una de sus cada vez más infrecuentes cenas para «ver cómo va todo», él dijo:

—Creo que eso que hay entre tú y Lyle es muy perjudicial para el Laboratorio Libre.

—¿De qué mierda estás hablando? —La había pillado por sorpresa.

—Lyle es brillante, pero está loca. Me preocupa qué va a pasar si las cosas se tuercen entre vosotras.

—¿Crees que se va a marchar y perderás el dinero de la beca?

—No te pases, Jack. Me preocupa más qué pasaría si ella se queda y tuvierais que trabajar juntas.

—Tú y yo estamos trabajando juntos.

Él fijó la mirada en los restos de bocadillo en su plato.

—Es distinto. Ninguno de nosotros es la infame Lyle Al-Ajou.

Mucho más tarde aquella misma noche, acurrucadas para darse calor bajo una mantita térmica, Jack y Lyle comentaron que Krish estaba obviamente celoso... de su relación, de sus futuros, de todo.

Lyle pensaba que Krish tenía razón en una cosa. Ella estaba loca.

Provenía de una estirpe de mujeres locas.

—Mi madre dice que las mujeres listas siempre están locas. Quizá tenga razón.

Jack trató de cubrir con todo su cuerpo el de Lyle, como un escudo.

—Eso me suena a ciencia basura de hace doscientos años —susurró ella.

Lyle negó con la cabeza.

—No —insistió—. No lo entiendes.

Las palabras brotaron con una premura caótica. Cuando Lyle era pequeña, su abuela perdió el contacto con la realidad, con las conexiones neuronales de su cerebro congestionadas por la demencia. Por aquel entonces no había terapia alguna para aquel tipo específico de construcción proteínica alrededor de las sinapsis. La anciana creía que todavía marchaba para conseguir el voto para las mujeres en el Golfo. Lyle se despertaba con el sonido de su abuela gritando consignas feministas en el comedor. A veces salía por la puerta y gritaba en la calle.

La madre y las tías de Lyle se sentían humilladas. Primero intentaron esconder a su madre a puerta cerrada, y después la enviaron a un sanatorio. Cada una a su modo creía que su madre se había vuelto loca antes de que tuviera demencia. Algunas de las tías de Lyle eran muy religiosas, enfureciendo a su madre al cubrirse la cara y la cabeza cuando iban a los centros censales de voto para apoyar a los candidatos de los partidos de derecha.

Pero a la madre de Lyle no le preocupaba la política; solo quería ser doctora, por lo que fue a la universidad en Dubái para estudiar medicina. Una vez allí, descubrió algo que la abuela feminista de Lyle no había anticipado: el sufragio no implicaba igualdad de oportunidades. Sus profesores esperaban que estudiara microbiología hasta que encontrara a un hombre casadero. Cuando exigió más tiempo en el laboratorio, con cautela le

ofrecieron compasión y consejo paternalista. Tras años de frustración, cedió ante sus intentos de manipularla con una amargura tan fuerte como sus ambiciones hacia su brillante hija Lyle.

En cuanto esta cumplió trece años, su madre la envió a una escuela de élite en la Zona, lejos del hogar y las amistades y lejos de las ciudades donde las mujeres no podían ser científicas. Solo contactaba con Lyle para saber cómo iban las notas, los estudios, los progresos. Si Lyle admitía tener amigos o intereses fuera de la escuela, la madre amenazaba con sacarla de allí.

Lyle había cumplido el deseo de su madre en cierto modo. Era un prodigio de la biotecnología y nunca dejaba de experimentar, incluso cuando el laboratorio cerraba por la noche. El verano en que cumplió dieciocho años hizo una visita a casa, se había depilado, se había tatuado la cabeza y le crecían flores del dorso de las manos. Sus primos la llamaron zorra. Pero su madre estaba convencida de que la verdad era peor: Lyle pasaba demasiado tiempo en política para ser una verdadera científica. Necesitaba mucho más que jugar con simulacros de simbiosis para demostrar su dedicación a la medicina.

Dependía de su familia para pagar su franquicia en la Zona, y Lyle los escuchó y cubrió sus flores cada vez que visitaba el Golfo. En cuanto fue capaz de ser autosuficiente con la beca del Laboratorio Libre, bloqueó todos los mensajes entrantes de su familia. Pero cada día sentía que su madre la juzgaba, como si su ADN mitocondrial contuviera una lista de todo lo que no iba bien en ella.

—Me vuelve loca —dijo Lyle, quizá por cuarta vez aquella noche.

Jack miró en los ojos de Lyle con el rímel corrido y vio los remanentes de una angustiada infancia, una dura historia. Algo que se calmaría con el tiempo.

—No estás loca. Tan solo te enfrentas a un montón de mierda.

—Desde luego es un montón de mierda —sollozó Lyle, sus lágrimas enfriándose al caer por la garganta de Jack hasta la almohada—. Siento que llevó a cabo su plan malévolo incluso cuando hago lo que me gusta hacer.

En aquel momento, su relación pasó de diversión explosiva a un pacto a largo plazo. Hablaron de mudarse juntas, escapar de la jaula de la academia y hacer ingeniería genética fuera. Mucha juventud con estudios de la Zona que provenían del Golfo se habían establecido en la Zona Norte y Lyle tenía amigos allí. Cuando sus lágrimas se secaron, habló sobre lo alucinante que era Casablanca, repleta de científicos de primer nivel y lo fácil que sería para ingenieras con su formación encontrar un trabajo interesante.

Con el tiempo, el sueño de Lyle con Casablanca iba haciéndose más real para ambas que un futuro en el Laboratorio Libre. Cuando el verano llegó a las praderas, cubriendo las colinas alrededor de la ciudad con millones de florecillas de canola amarillas, decidieron marcharse.

La cena «para ver cómo va todo» con Krish tras su decisión no fue bien.

—¿Qué cojones estás haciendo? ¿Tirando tu carrera por la borda otra vez? —Krish gritó en susurros, iracundo. Estaban en su local de bocadillos de siempre, pero él era consciente de sus actos porque había un grupo de estudiantes de su Laboratorio Libre bebiendo en una esquina y no quería que oyeran nada de su vida personal.

—No estoy echando a perder mi carrera. Voy a conseguir un empleo en ingeniería genética. Ahí fuera, en el mundo real, ¿sabes?

—Sería una completa pérdida. —Krish pronunciaba cada palabra como si fuera una frase en sí misma; su expresión era de furia y tristeza—. Jack, eres brillante. Podrías marcar la diferencia, diseñando terapias que saldrían bajo licencias públicas. Nunca te dejarán hacer algo así en una empresa privada.

—No voy a dejar de hacer medicamentos públicos, Krish. —Estaba conmovida por su preocupación y le apretó la mano—. La secuencia quiere

ser libre.

13 de julio de 2144

Jack tenía que ocuparse de unos asuntos antes de marcharse de Saskatoon. Dio un paseo por el río para dejar el resto de su alijo encima de la arcada bajo el puente de Broadway. Unos minutos después recibió un ingreso de créditos de la Zona, en una impecable transferencia anónima.

Tenía algo de dinero, su furgoneta estaba cargada y había empaquetado sus cosas. Ahora tenía que lidiar con lo complicado: librarse de Trescero.

Jack lo descubrió usando el móvil del Laboratorio Libre que había cogido, sentado en la amplia escalera soleada que conducía al interior. Todavía vestía la sudadera de la universidad, algo que de pronto despertó su curiosidad.

—¿De dónde has sacado esa sudadera?

—Unos chavales que llevan una tienda de ropa usada en Broadway me la dieron. —Y añadió con tono casual—: Puede que también me den un empleo. Les he dicho que volvería con mis credenciales de franquicia.

Era una buena señal. Jack sonrió.

—Tengo los créditos para comenzar tu franquicia. Y si quieres ir a la universidad en algún momento, seguro que Med o Krish pueden ayudarte a tramitar la solicitud. Podrías comenzar a crear una nueva identidad y así poder acceder a muchos más trabajos.

—Sé que te vas y no quieres que vaya contigo. —Su rostro era inexpresivo.

—No es seguro. Tengo que desaparecer.

—¿Dónde más vas a conseguir lo que yo puedo darte? —Usó su tono de voz sarcástico de lo más callejero, estirándose hacia atrás y levantándose un poco la sudadera para mostrar un poco del abdomen plano.

Ella le alborotó el pelo y trató de seguir sonriendo.

—La CIP ya ha enviado alertas terroristas para buscarme.

Él fijó la mirada en el móvil, ignorándola, los dedos le temblaban como si estuviera escribiendo un mensaje. Quizá así era.

—Voy a dejarte los suficientes créditos como para que no tengas problemas, siempre y cuando consigas un trabajo durante el próximo mes. Seguro que puedes quedarte con Med. En fin, ella tampoco necesita una cama. —Se agachó para besarlo y él respondió con un seco beso en los labios.

—Seguro que Krish te dejará quedarte este móvil. Asegúralo y te transfiero los créditos.

—Vale. —Parecía resignado—. Gracias, me lo he pasado bien.

Ella subió por la escalera hasta el Laboratorio Libre. Comprobó sus mensajes con aire distraído y vio que Trescero le había escrito.

Y gracias por cargarte al capullo que me había esclavizado.

Por un segundo, sintió una marea de intensos y contradictorios sentimientos; por Trescero, por gente que ya no estaba. Entonces la puerta se cerró tras ella y Jack se obligó a mirar adelante hacia las mesas del laboratorio. No importaba si quería o no a Trescero, o si simplemente creía que follaba genial. No podía hacer nada al respecto, en cualquier caso.

Por suerte, Med tenía noticias de Yellowknife para distraerla. Al parecer, Retrocon funcionaba a una velocidad alucinante. Tras solo unas pocas horas, los tres pacientes que no habían tomado placebo dejaron de buscar sus procesos adictivos y volvían a comer. Tenían recuerdos fragmentados de los últimos días, pero no se habían detectado problemas cognitivos adicionales.

La bot quería contarle a Jack datos más específicos sobre cómo Retrocon había afectado al cerebro de los pacientes, y David quería señalar todo lo que había mejorado al redactar la documentación para una medicina pública.

Pero ahora no podía escucharlos. El proyecto Retrocon era de dominio público, por lo que podía seguir sus avances al comprobar su código repositorio en el servidor del Laboratorio Libre.

Med accedió a vigilar a Trescero y Krish le dijo al administrador de sistemas del Laboratorio Libre que liberara el móvil para él.

Trescero ahora tenía dos amigos en los que confiar, al menos.

Aquello dejó a Jack tranquila a medida que conducía su furgoneta hacia la autopista. El sol que ya se hundía por el horizonte arrancaba sombras de todas partes, creando alargados esqueletos de oscuridad que aparentaban casi ser una cómica amenaza. Fardos de varillas empaquetados en perfectos rollos a ambos lados de la carretera, esperando ser cargados en trenes y convertidos en combustible. Había enredaderas que todavía producían los oscuros frutos para la tarta de bayas de Saskatoon. El aire era cálido, pero no asfixiante y polvoriento, y el cielo era de un puro y brutal azul suavizado en el horizonte por las colinas que se alzaban por encima de la pradera. La vista hizo que Jack se preguntara, quizá por milésima vez, por qué la gente decía que Saskatchewan era plano.

Perdió de vista la ciudad y solo quedó la carretera de espuma al frente.

14

OTRA IDENTIDAD PROPIA

12 de julio de 2144

Cuando el cerebro de Eliaz se chisporroteó de alerta, su cuerpo trató de matar a Paladín. Todavía medio dormido y asustado, Eliaz se movió para activar sus armas de perímetro, y entonces agarró con gran violencia al bot del cuello. El pequeño camastro crujió cuando el peso cambió hacia un lado. Aunque era imposible que el hombre estrangulara a Paladín, cualquier movimiento activaría un potente pulso eléctrico en su perímetro. No era mortal, pero podía causar estragos a corta distancia. Paladín estaba inmóvil, la cabeza enfocada a la de Eliaz, analizando cambios diminutos en sus músculos faciales para determinar cuándo la histeria comenzaba a abandonarlo.

—Ya he analizado la droga que Frankie metió en tu sistema, Eliaz —vocalizó al fin el bot—. Fue diseñada al detalle para que no tuviera efectos a largo plazo y no es adictiva. De hecho, contiene un elemento antiadictivo que debería prevenir que la mayoría de personas quieran tomarla de nuevo.

Con un leve temblor, el hombre apartó las manos del cuello de Paladín y apagó el arma.

—Mierda, lo siento, colega —susurró—. Sabía que algo así podría ocurrir y debería habértelo advertido. —Se incorporó, apoyando la espalda húmeda

en la pared, manteniéndose cuidadosamente posicionado tras la silueta todavía estirada de Paladín—. Necesito agua con urgencia.

El bot tardó un solo segundo en bajar al suelo y levantarse junto a la cama. Fue hasta el grifo de agua potable, de un plateado reluciente junto a la piña gris de la ducha. En un lavabo atornillado a la pared sobre un desagüe, había una taza de espuma. Mientras la llenaba, contempló a Eliaz cubrirse el torso con una camisa fina. Paladín tomó la decisión de mantener, pero acceder solo en contadas ocasiones, al archivo que había guardado de las palabras que el hombre había usado para describir el cuerpo siempre descubierto del bot.

—Sé que parece contraintuitivo, pero fue algo bueno no estar parcheado contra la droga de Frankie. —Dio un largo sorbo, apurando la taza—. Nos estaba probando, y hubiera sido sospechoso haber resultado demasiado invulnerable.

Eliaz puso una mano firme en el hombro del bot cuando Paladín se acomodó en el catre junto a él.

—Lo hicimos bien anoche. ¿Conseguiste algo de información?

—Pues creo que sí.

Paladín le contó a su compañero la conexión de Frankie con *Las pastillas biliosas*, la publicación cuyas actividades terroristas habían acabado con Jack en prisión. Todos los que se habían apuntado al repositorio de textos habían usado seudónimos, pero la CIP tenía archivos de datos de la mayoría. Aunque *Las pastillas biliosas* había sido desarticulado de forma oficial tras el arresto de Jack, los piratas que había detrás al parecer siguieron manteniendo relaciones estrechas durante los años posteriores.

Barbazul había sido parte del grupo junto con Frankie y Jack. También un ingeniero de interfaz computacional humana en Vancouver llamado Actina, nombre real: Bobby Broner. Krish Patel, un renombrado investigador

biomédico en Saskatoon, conocido como capitán Nemo. Otro antiguo participante era un doctor en Yellowknife, llamado Poshumana, cuyo nombre real era Malika Ellul. Otros dos estaban muertos.

—Es posible que Jack todavía trabaje con los Pastillas y uno de ellos la esté ocultando —terminó Paladín.

Eliasz parecía dudar.

—Puede que sea una pirata, pero Jack no es estúpida. Ya debe de saber que andamos tras ella y estará centrada por completo en salvar su pellejo. Quedarse con alguien cuyo nombre está tan públicamente conectado al suyo sería una locura.

—No creo que estén públicamente conectados —explicó Paladín—. Casi toda la información sobre *Las pastillas biliosas* ha sido eliminada de la red pública. Tuve que obtener mi información a partir de datos de la CIP.

La mano de Eliasz todavía descansaba en el hombro del bot.

—Vale, es bueno saberlo. Vamos a centrarnos en Frankie ahora y a mantener nuestras opciones abiertas con los demás.

Todavía era pronto, y tras la fiesta de la noche anterior, ninguna de sus potenciales fuentes de información estaría despierta. Eliasz estaba hambriento y dijo que matarían dos pájaros de un tiro al ir a desayunar cerca del Twin Center. Era un lugar típico en el barrio para comer tras una noche de juerga, un lugar donde podían seguir explotando las conexiones que habían comenzado a establecer la noche previa. Eliasz se duchó y se dirigieron allí. El aire estaba lleno de polen, junto con moléculas del mar.

Paladín pensaba en su cerebro.

Aquella mañana había descubierto un pequeño volumen de datos de la Fundación Robótica Kagu esperándolo en los servidores de Campo Túnez. Al parecer, su petición era tan infrecuente que la habían asignado a un botadmin, que había adjuntado una nota:

«Por regla general no damos información personal de los donantes de órganos a los biobots de nuestro programa. Pero debido a que eres el recipiente de un órgano, hemos determinado que podemos darte alguna información, en caso de que aceptes esta gestión de propiedad adjunta que evitará que compartas información delicada con nadie más.»

Adjunto había un archivo, accesible solo dentro de una aplicación diseñada para contener y proteger material y secretos de intercambio. Paladín lo abrió y descubrió que cuanto más sabía, menos podía decirle a nadie.

Su cerebro había pertenecido a una soldado llamada Dikeledi [apellido confiscado]. Como Paladín, ella había estado con un servicontrato para la Federación Africana. El archivo señalaba que había muerto en servicio, pero no cómo. Obviamente por algún método que había evitado daños a su cerebro, que había sido retirado de su cuerpo el día en que completaron a Paladín. No tenía recuerdos de la instalación del cerebro de Dikeledi, solo que era capaz de reconocer la diferencia en miles de rostros humanos y al instante leer el contenido emocional de sus expresiones cuando las captaba con los sensores en las pruebas.

En el momento de su construcción, un botadmin de Kagu le dijo a Paladín que el cerebro le permitía procesar el reconocimiento facial. Pero los ensambladores de bots en la fundación le dijeron que el cerebro era innecesario, un truco de distracción. Una frase que Colmillo había repetido. Paladín se quedó con la incerteza de qué significaba el cerebro para él y por qué lo necesitaba.

El bot ojeó el *software* comprimido que contenía su conocimiento, tratando de determinar qué podía contarle a Eliazs al respecto. Dependiendo de cómo lo formulara, podría desvelar más información de la que sus

derechos de administrador en el *software* le permitían.

—Tengo algunas noticias personales sobre las que me gustaría escuchar tu opinión —vocalizó Paladín, con intención de experimentar—. He recibido información de la Fundación Robótica Kagu sobre mi cerebro. Proviene de una persona en la Federación. —Eso era información pública. No podía decirle a quién pertenecía el cerebro, pero sí asignarle un pronombre—. Ella me dio este cerebro, pero no estoy seguro de si importa tenerlo o no. Otros bots dicen que solo es un truco de distracción.

—¿Ella? ¿Quién es ella? —Eliasz se detuvo bajo una palmera, el cabello mecido por una cálida brisa.

—No puedo decírtelo.

—Pero ¿tú lo sabes?

—Sí.

Eliasz sonrió y golpeteó en la carcasa del bot, sobre el cerebro, como había hecho en otras ocasiones.

—¡Es fantástico! ¡Ahora ya sabes quién eres en realidad! —Se detuvo, su cara era un caos de emociones que pasaron deprisa hasta formar una de sus extrañas sonrisas—. ¿Quién hubiera supuesto que eres una mujer?

Los dos comenzaron a caminar de nuevo, Eliasz miraba a Paladín de vez en cuando y evitaba decir algo.

De una búsqueda infinita de la palabra «maricón» y al fin alcanzar una comprensión aproximada, Paladín sabía que el género humano era parte del deseo sexual. Pero él también comenzaba a percibir ese género como un modo de ver el mundo. Bots militares, especialmente los que disponían de cuerpos con armadura como el de Paladín, eran casi siempre llamados «él». La gente asignaba géneros basándose en comportamientos y roles de trabajo, y a menudo ignoraban la anatomía. El género era una forma de reconocimiento social.

Por eso los humanos le habían otorgado género antes que un nombre.

A medida que se aproximaban al local de desayunos, Paladín percibió trazas de elementos de carne abrasada en el viento. Provenía de una imitación de bar inglés, que acababa con una señal que rezaba: «LOS DESAYUNOS QUE LOS AUTÉNTICOS INGLESES COMÍAN EN LOS TIEMPOS DE LA REINA VICTORIA». Al ser tan pronto por la mañana eran escasos los clientes, pero había unas pocas familias y un gran grupo de juerguistas desaliñados, con sus cuerpos todavía palpitando por las drogas y las hormonas que habían procesado la noche anterior.

Antes de entrar, Eliaz se volvió hacia Paladín y lo miró a la cara. El hombre buscaba, entendió el bot, las expresiones que Paladín siempre buscaba en las caras humanas.

—¿Tengo que dirigirme a ti en femenino a partir de ahora?

Como robot, no le importaba el género del pronombre que usara la gente; como Colmillo había señalado, el género era algo que los humanos proyectaban en los robots. Cambiar su pronombre no supondría la más mínima diferencia. Tan solo sustituiría un significante por otro. Pero entonces Paladín consideró las implicaciones de la expresión facial de Eliaz, que en aquel momento oscilaban entre deseo y miedo. Por supuesto: si Paladín era hembra, él no sería un maricón. Y quizá entonces Eliaz podría volver a tocar al bot como anoche, entregando y recibiendo placer en una forma no documentada de ciclo retroactivo emocional.

Paladín entendió que esta era la primera vez que le habían dado una elección sobre algo que podría cambiar su vida. Pensó en ello varios segundos antes de contestar.

—Sí —vocalizó entonces.

Entraron en el bar tocándose los brazos y Paladín tomó una micromuestra de la sangre del hombre. Los niveles de oxitocina de Eliaz se

habían incrementado ligeramente, esta vez sin intervención farmacéutica.

Dentro encontraron a algunos de los de la fiesta de la noche anterior. Varios de ellos se habían colocado con la Ellondra pirateada con la que Frankie drogó a Eliazsz.

—¡Eh, es Aleksy! —Un hombre de piel pálida se quitó su sombrero rojo brillante con teatralidad. Se volvió hacia el grupo—. Anoche fue tan épica... ¡Aleksy estaba parcheado contra Ellondra, así que Frankie lo humilló a conciencia con un químico modificado! Ay, tío. —Sonrió a Eliazsz—. ¡Tu bot tuvo que cargarte hasta casa!

Eliazsz se encogió de hombros algo avergonzado.

—Ya, estaba bastante fuera de combate. Pero al menos no me quedé fuera de combate por algo tan simple como Ellondra.

Sombrero Rojo soltó una risotada e hizo un gesto para que se acercaran.

—Os diré un secretito: a ninguno de nosotros nos preocupa demasiado ser vulnerables a Ellondra. Nos flipa esa cosa.

Eliazsz y Paladín trajeron unas sillas, apretujándose en el grupo junto a Mecha y Slavoj, a quien no le importó excusarse al chocar contra los demás y echarse a reír.

Sombrero Rojo al parecer era Hox2, la persona que dirigía el lugar del TwinCenter al que habían acudido la noche anterior. Otro grupo de personas adormiladas con armadura transparente entraron en el local y Hox2 volvió a contar la historia de la pasada noche, con más florituras en el momento de la droga. Hox2 al fin terminó su historia con un gesto hacia Paladín.

—¿Él siempre te lleva a casa después de las fiestas?

—Ella —contestó Eliazsz, metiéndose unos huevos en la boca.

—¿Qué? —Hox2 y las personas con las armaduras transparentes parecían confundidas, mientras que Slavoj y Mecha comenzaron a besarse.

—Es ella —explicó Eliazsz—. Y creo que es la primera vez que alguien me

tiene que llevar en brazos hasta casa. Así que, ¿vives allí donde celebramos la fiesta?

Aquello consiguió cambiar el tema de conversación. Hablar del espacio del sótano era una de las preferencias de Hox2, quizá incluso más que drogar a alguien en contra de su voluntad.

—Técnicamente, es un espacio para tareas de laboratorio, por lo que no puedo vivir ahí, ¿sabes? —Levantó las cejas con un gesto conspiranoico—. Solía ser un laboratorio libre oficial, pero ahora dejamos que la gente desarrolle licencias mixtas. Gente que saca pasta de lo que hacen, ¿vale?

Este comentario desató lo que, al parecer, era un debate bastante común en la mesa, con algunas personas argumentando que un laboratorio libre sería más beneficioso para el progreso social y otros adoptaban el punto de vista en el que creían que nadie tendría iniciativa para inventar cosas sin patentes. Una vez terminado el desayuno, Mecha se levantó para marcharse. Hox2 la imitó, recolocándose el sombrero y anunciando que iba de vuelta al lugar a limpiar.

—Deberíais acercaros esta tarde —le dijo a Eliaz—. Frankie va a presentar unas herramientas gratuitas para analizar funciones de proteínas. —Cuando Hox2 empezó a alejarse, le dio una palmadita a Paladín en la cabeza—. Sí, ¡también puedes traerlo!

—Traerla —murmuró Eliaz a su fría taza de té.

En un instante, Eliaz dio un golpecito a su muñeca e irradió dinero a una de las personas con la armadura transparente, que se encargaba de pagar la comida de todos. Entonces también se levantó.

—Voy a echarme una siesta y después iré a ver la presentación de Frankie.

Slavoj los despidió con la mano.

—¡Adiós, Aleksy y Pack! ¡Os veo luego!

Volvieron al hotel en silencio, evitando los coches eléctricos en forma de huevo que recogían a gente a pie de calle y se alejaban por las aceras repletas de transeúntes.

En cuanto entraron en la habitación, Eliaz se volvió hacia Paladín y agarró su cuerpo con una urgencia que el bot ahora reconocía. Ella lo rodeó con los brazos e inclinó la cabeza para que él pudiera besar la fina malla sobre su sintetizador de voz. No había piezosensores en el lugar que Eliaz consideraría su boca, por lo que ella no sintió sus besos excepto como una ligera presión en la estructura facial. Pero sus brazos y piernas podían oler moléculas en el cuerpo del hombre que provenían de la sal y de la excitación sexual.

—Sabía que existía un motivo por el que te deseaba, Paladín —susurró—. Debí de haber sentido que eras una mujer.

Ahí estaba: la antropomorfización. Pero ¿importaba si Eliaz no entendía que los bots no tenían género? Si Eliaz la veía como mujer, Paladín podría conseguir lo que había querido desde hacía días. Facilitaría las cosas para ambos, incluso si la verdad era más complicada de lo que el hombre creía.

Eliaz pasó las manos por la carcasa, buscaba los bordes de las placas de la armadura y trataba de meter los dedos dentro para sentir las fibras de los músculos de Paladín.

—Me encantas.

Apretó su cuerpo contra el de ella y apagó todo el perímetro de defensa. La sensación hizo que Paladín se arqueara de miedo y ansia de protegerlo; ella era lo único que lo mantenía fuera de peligro.

Las pulsaciones de Eliaz se elevaron y se apartó de ella.

—Ven a la cama conmigo, Paladín —dijo, agarrándole la mano. A medida que se tambaleaba hacia la habitación principal, ella lo siguió, lo vio quitarse toda la ropa y una red de sensores translúcida, que dejó una maraña

invisible en el suelo.

Eliasz la condujo a la cama. Ella le permitió empujarla sobre esta y trepar encima de su cuerpo, su pecho bloqueaba las aperturas de las armas. Su cara enrojecida se apretaba contra la curva de su cuello. Era la primera vez que lo sentía completamente desnudo junto a ella, y puso la mano sobre los músculos marcados en la región lumbar mientras él se tensaba y suspiraba con un placer que Paladín sabía que le había inducido como la propia droga de Frankie.

Cuando al fin el corazón de Eliasz bajó el ritmo, se estiró sudado en la cuna de su brazo, acariciando su otra mano, la que Lee había modificado.

—¿Qué sientes tú? —preguntó, adormecido.

—Siento... presión y movimiento. Puedo analizar una muestra de tu sangre y ver que contiene prolActinaa.

—¿Es agradable?

—Saber que lo es para ti me hace sentir bien.

Él se incorporó un poco y la miró a la cara.

—¿Hay algún modo de que los bots podáis... correr? ¿Tener un orgasmo?

Paladín lo sopesó unos segundos, reflexionando en lo que Eliasz quería decir con «orgasmo» y trató de buscar alguna experiencia que fuera equivalente.

—Solo tengo unos pocos meses de edad, así que mi conocimiento sobre funciones sin documentar está incompleto. Pero tengo un programa que me descargué del servidor bot de Campo Túnez que provoca algunos de los síntomas físicos parecidos a un orgasmo.

El corazón de Eliasz comenzó a latir con fuerza otra vez.

—¿Puedo observarte mientras lo enciendes? —Apretó su cuerpo contra el de ella como había hecho antes, excitándose en el proceso.

—No sería seguro hacerlo mientras tienes las armas apagadas. El archivo me obliga a reiniciarme.

El hombre se puso en pie de un salto y estableció la red de luz de sensores sobre su cabeza. Esperó a que se trenzara por toda su piel, conectándose con la red subcutánea.

—Túmbate de lado y así puedo cubrirte —susurró, estirándose alrededor de su torso y cabeza, protegiendo la mayor parte de sus piernas con las suyas. Ella hizo una comprobación para asegurarse de que el perímetro estaba en una configuración segura.

—Ahora sí. Lo pondré en marcha —vocalizó la bot. Abrió el ejecutable original y lo inició; el gusano empezó a replicar a toda velocidad unos cuantos pedazos de información sin sentido en su interior mientras observaba una escena robada de un videojuego mundial en la que aparecía ella rescatando a un hombre del campo de batalla. Sintió distantes las manos de Eliaz y su cuerpo rozando su carcasa, añadiéndole la sensación general de error a un torrente de entradas en sus sensores y una confusión placentera que cruzó todos sus circuitos antes de quedarse en sus brazos.

Cuando se reinició, Eliaz todavía estaba en postura defensiva, cubriéndola, apretando con fuerza el escudo que envolvía su cerebro.

—¿Despierta? —Le dio un beso en la nuca.

—Sí.

—Genial, porque me vendría de maravilla dormir.

—Ahora es seguro.

Su abrazo se relajó y ella salió de la cama para montar guardia en el centro de la habitación.

Cuando el día comenzaba a enfriarse, Eliaz se despertó, comprobó los mensajes y se dio otra ducha antes de ir a la presentación de Frankie.

—Presta atención a cualquier cosa que Frankie haga en la red y busca un modo de acceder a los mensajes alojados en ella —dijo—. Necesitamos confirmación positiva de que se ha estado comunicando con Jack en los últimos días. Si es así, procederemos a un interrogatorio completo.

Cuando llegaron al local de Hox2, parecía estar en mitad de una transición entre una fiesta de lo más loca y un laboratorio comunitario. El laboratorio todavía era en algunas partes una barra de bar húmeda y la gente se servía la cerveza que había sobrado la noche previa. Frankie subía datos a un cubo proyector en el centro de una larga mesa de laboratorio que partía en dos la pista de baile. Soltó una risita al levantar la vista y ver a Eliaz y a Paladín entrar en el lugar.

—¿Qué tal la resaca, Aleksy?

—Pues bien, nada que no pudiera soportar para venir a ver si eres capaz de hacer alguna otra cosa que no sea drogar a ingenieros desprevenidos.

—Me halagas. —Se volvió para seguir gesticulando hacia el proyector.

Paladín sintonizó las transmisiones de onda de la radio, buscando cualquier señal de que el proyector de Frankie estaba conectado de modo que pudiera darle acceso a la bot a cualquier servidor que estuviera usando. Justo cuando el público comenzó a posar las jarras de cerveza en la mesa, Paladín encontró su oportunidad. Frankie había conectado sus gafas con un sintetizador de proteínas que había bajado de una estantería. Al monitorizar el intercambio, Paladín se las apañó para capturar la secuencia de autenticación que el sintetizador usaba para conectar las gafas.

De inmediato, Frankie alcanzó un punto en la presentación donde ya no necesitaba usar el sintetizador. Cortó la comunicación. Ahora Paladín podía enviar el código de autenticación a las gafas de Frankie, que ya habían sido configuradas para recibir conexiones del sintetizador sin necesidad de permisos. Paladín estaba dentro. Saltó por los directorios deprisa, localizó un

lote de mensajes recientes alojado en el aparato y encriptados con un algoritmo antiquísimo que le costó unos breves segundos romper. Uno de los mensajes era claramente de Jack, aunque su origen había sido oscurecido; conducía a un servidor alojado en un laboratorio de investigación en la Luna.

Deja de fabricar esa mierda de Zacuidad hasta que vuelva. Es muy peligrosa. Gran cantidad de efectos secundarios fatales en la Zona. Además, no me esperes en otoño, puede que tenga que esconderme un tiempo.

Sin problemas por mi parte. Cuídate.

Había llegado el momento de la sección de preguntas y respuestas de la presentación de Frankie, que pronto se convirtió en un debate sobre Adder, el lenguaje que ella había usado para crear la herramienta que comprobaba los errores de las vías de fosforilación. Tres desarrolladores sentados frente a la mesa estaban extremadamente encantados con un nuevo lenguaje llamado Ammolite que había sido desarrollado el año anterior por algunos investigadores en un laboratorio libre de la UA. Por turnos señalaron cómo Ammolite podría resolver algunos de los problemas con las estructuras de datos en su herramienta.

—Oh, venga, no me jodas —gruñó Mecha, sentada junto a Paladín—. No me puedo creer que esto vaya a convertirse en otro debate de Adder contra Ammolite. —Levantó la voz, dirigiendo su irritación al grupo de entusiastas de Ammolite—. Ella ha escrito la puta herramienta en Adder, superadlo de una vez. ¿Podemos comentar de una maldita vez la fosforilación o qué?

—Sí, creo que nos estamos saliendo del tema —asintió Frankie.

Esto pareció ser la señal para que la charla general cesara y para que

varias personas se levantaran y se sirvieran más cerveza de la que había sobrado de la fiesta.

Paladín compartió su información con el perímetro de Eliasz mientras él trataba de integrarse con Frankie y WTF, que acababa de bajar del altillo.

—Tu herramienta me habría venido genial en mi último trabajillo —le explicó Eliasz a Frankie—. ¿Cómo la llamas? Quiero encontrarla en la red.

Ella lo ignoró, consultando en voz baja con WTF. Eliasz fingió desinterés comprobando los mensajes en su muñeca. Miró a Paladín cuando vio los datos. «Buen trabajo», indicaba su expresión.

Al fin, Frankie se volvió hacia Eliasz.

—Todavía no la he hecho pública, chico. Pero puede que saque lo que tengo en el servidor de Hox esta noche. —Subió la escalera sin mirarlo una segunda vez.

Mecha, en cambio, tenía ganas de charlar.

—Frankie es muy perfeccionista con sus herramientas. No te sientas mal si no quiere dejarte verla. Así es Frankie.

Eliasz observó la mata rosa de pelo de Frankie y el cráneo lleno de bultos de WTF entrar en el altillo.

—¿Vive ahí con Hox2 o qué? —preguntó con un tono casi indiferente, mientras jugueteaba con su jarra de cerveza.

—No, vive en la medina, cerca de esa casa de té donde nos conocimos.

—Me gusta esa zona. —Eliasz continuó la conversación informal—. Yo también pensaba en alquilar un apartamento por allí.

—Unos cuantos de nosotros vivimos en aquella zona porque es más barato que el centro.

—¿Es lo suficientemente barato como para no tener que vivir con compañeros de piso?

—Ah, claro —respondió Mecha entusiasmada—. Frankie vive sola y tiene

un apartamento genial. Yo tengo un compañero de piso, pero el piso es grande, así que apenas nos cruzamos.

Siguieron charlando mientras Paladín escuchaba, preguntándose por qué Mecha les estaría dando información personal tan peligrosa sobre ella y sus amigos en mitad de una conversación fortuita con alguien que había conocido un día antes. Supuso que todos tenían vulnerabilidades y la de Mecha era hablar. No era capaz de resistirse a decir lo que sabía. Y eso implicaba que Frankie también era vulnerable, especialmente si añadías el pobre estado de su red de seguridad.

Sin embargo, había un modo en que Frankie estaba segura. Eliazsz trataba de entablar conversación con ella sin lograrlo. La mujer aparentaba un estrés cada vez mayor, y al final agarró a Eliazsz por el brazo y lo llevó a una esquina del laboratorio / bar. Paladín enfocó sus sensores de audio hacia ellos.

—Mira, colega, no voy a echarte de este laboratorio porque está abierto a todo el mundo, incluyendo agentes de la CIP encubiertos. —Frankie marcaba cada sílaba que pronunciaba—. Pero no soy amiga tuya y no voy a ayudarte con lo que sea por lo que estás aquí. Así que déjame en paz de una puta vez.

Eliazsz soltó una risita y levantó las manos mientras daba unos pasos hacia atrás.

—Vale, sin problema. No estoy seguro de qué quieres decir con eso, pero lamento haberte incomodado. —Volvió a la mesa con Paladín y Mecha y asistió a otros quince minutos de debate sobre Adder contra Ammolite. Entonces, él y Paladín se marcharon por el mismo camino que habían recorrido la noche previa, cruzando la pista de baile hasta los ascensores.

Cuando llegaron a la calle, Eliazsz comprobó los alrededores. La forma triangular de la entrada al Twin Center estaba formada por dos escaleras angulares que comenzaban en la acera y conducían a un parque elevado

alojado entre las torres que daban nombre al lugar. Ahora el centro comercial alojaba piratas y el parque era un mercado nocturno informal con tenderetes que ofrecían cualquier cosa desde fruta fresca a *software* pirateado.

—Las buenas noticias son que tenemos pruebas fehacientes de que ella está conectada a nuestra terrorista —repuso Eliaz—. Ahora tengo autorización de la Federación para interrogarla.

Paladín había estudiado los interrogatorios, pero nunca había presenciado uno.

—¿Cómo lo harás? Nunca hablará. Ya sospecha que estás con la CIP.

—Tengo una cosita contra la que seguro que no está parcheada. —Eliaz dio un golpecito a uno de los bolsillos de su pantalón—. También conozco la ruta exacta que Frankie tomará para llegar a casa. Solo tenemos que seguirla. Cuando lleguemos, la sujetas y yo le doy a probar mi medicina.

Más tarde aquella misma noche, Eliaz y Paladín aprovecharon la poca iluminación en la ruta hacia la medina para ocultarse en las sombras del umbral de una casa de té cerrada. Al fin, Frankie pasó por delante, seguida por WTF y unos cuantos más del laboratorio. Los siguieron a cierta distancia, pasando bajo los arcos de antiguas puertas de piedra y toldos de polímero que aleteaban en silencio por el viento proveniente del océano. En la calle había algunas personas que salían de las tiras de luz amarillenta proyectadas por el contorno de las entradas de las casas de té.

Los amigos de Frankie comenzaron a separarse cogiendo los diferentes caminos que conducían a sus apartamentos. Al fin se quedó sola; sus pasos bamboleantes la llevaron varios portales más allá de la casa de té hacker. Paladín se adelantó a Eliaz con el cuerpo en modo sigilo total, la luz rebotando en su carcasa y los pasos insonoros sobre la calle empedrada. A medida que Frankie subía un corto tramo de escalera, Paladín saltó sobre

ella, pasó por encima de varios escalones y agarró a la mujer por los brazos en un solo movimiento fluido. Antes de que Frankie fuera capaz de gritar, la bot le cubrió la boca con una mano.

Durante unos breves segundos se enzarzaron en una silenciosa pelea en la escalera, Frankie daba patadas y trataba de librarse de la presa de la bot.

Pero entonces llegó Eliaz, con un diminuto inyector entre los dedos, con los que rodeó la garganta de la mujer como si quisiera estrangularla. En vez de ello, le administró la droga, después movió la mano para agarrarle la barbilla y levantársela a medida que hacía efecto. Sus músculos se aflojaron, por lo que no fue capaz de sostener su propia cabeza levantada.

Paladín la sujetaba con fuerza para evitar que la mujer cayera por la escalera cuando Eliaz susurró:

—Creo que vamos a tener una charla de lo más agradable. Empecemos por entrar en tu apartamento. ¿Cuál es tu clave?

Frankie miraba a algún punto inconcreto de la cabeza de Eliaz, los ojos descentrados.

—Cabronazo —contestó, con la boca torpe y lenta al pronunciar cada sílaba. El efecto de la droga se intensificó y Frankie perdió pie, inclinándose sobre Paladín e intentando tenerse en pie.

—Frankie —dijo el hombre en voz baja—. Quiero que veas una cosa de lo más interesante. —Condujo su mirada en la dirección de un pequeño proyector que tenía en la palma de la mano, este emitió lo que le pareció a Paladín una simple luz que latía más brillante a cada segundo. Algo en la droga de Eliaz hacía que los latidos ocuparan toda la atención de Frankie. Era una especie de multihipnótico, supuso la bot, que rebajaría sus inhibiciones, amplificaría su deseo de confiar y relajaría sus músculos. Cualquier entrada sensorial sería aplastante. Distraer su atención ya de por sí saturada con algo simple, como una luz, intensificaría el efecto de

crecimiento de la confianza de la droga.

Estuvieron allí durante al menos un minuto, con Frankie absorta en la proyección y Eliaz observando sus pupilas dilatarse. Entonces volvió a su pregunta, que esta vez formuló con más amabilidad:

—¿Cuál es tu clave?

Ella levantó una mano temblorosa.

—Biométrica —dijo Frankie en un suspiro, hablándole a la luz.

El piso de Frankie apenas estaba amueblado: un dormitorio en la habitación del fondo y una sala principal ocupada por unas sillas frente a un proyector de mesa. Tenía un fabricante y un secuenciador en la cocina, donde también estaba la ventana más grande del apartamento. Eliaz bajó las persianas en todas las habitaciones antes de encender una sola luz, mientras que Paladín dejaba el cuerpo flácido de la mujer en una silla.

Frankie pareció entrar en un estado de casi inconsciencia. Entonces se enderezó, los músculos tensándose y relajándose de forma descoordinada. Paladín estaba en silencio tras ella, las manos sobre los hombros. La bot estaba lista para someterla en cualquier instante.

Eliaz acercó una silla para sentarse justo delante de Frankie. La miró a los ojos, que tenían las pupilas negras totalmente dilatadas, y cubrió sus rodillas con manos cálidas.

—Frankie, soy tu amigo —susurró, acercándose más. Utilizaba la droga para establecer una profunda unión emocional. Una lágrima de saliva se formó en la comisura de la boca de la mujer. No podía apartar la mirada de él.

—Que te follen —murmuró Frankie.

Eliaz la ignoró.

—Tenemos pruebas de que trabajas con Judith Chen, la pirata y terrorista que conoces como Jack. Puedes ingresar en prisión por un corto periodo o

por el resto de tu vida. Esta noche tomarás la decisión. Puedo facilitarte las cosas si me dices dónde se esconde Jack.

Frankie pareció asentir un instante, la droga dificultaba que procesara la información. A nivel neuroquímico, estaría deseando confiar en todo lo que decía Eliaz. Sería complicadísimo para ella resistirse a hablar. Pero Frankie también sabía exactamente qué le ocurría a su cerebro, cómo estaba siendo manipulada, y se resistiría.

—No tienes nada contra mí —dijo al fin.

Eliaz proyectó un archivo delante de los bizqueantes ojos de Frankie, mostrándole el hilo entre Jack y ella que Paladín había descubierto a partir del proyector. Pillaron a Frankie con la guardia baja.

—Jack... —murmuró confusa.

—¿Dónde está Jack? —preguntó Eliaz—. Está metida en problemas, pero tú puedes librarte.

Paladín puso las manos en la cabeza de Frankie, leyendo los impulsos eléctricos titilantes provocados por la alteración cerebral de la droga. Sus centros visuales estaban extremadamente activos: usaba la visualización para resistirse a las preguntas de Eliaz. Necesitaban distraerla, romper su concentración, centrar la actividad cerebral en otra parte.

—Golpéala —dijo Paladín. Era el método más rápido para hacer el trabajo.

Eliaz le dio un puñetazo en la cara a Frankie, rompiéndole la nariz. La cabeza le cayó hacia atrás y comenzó a atragantarse y a asfixiarse con la sangre que le caía por la cara.

Paladín metió un dedo en la boca de la mujer para sacar los coágulos, después agarró la cabeza de Frankie por los pelos para enderezarla de nuevo. Ahora el pico de la actividad visual de Frankie había descendido. Los poderes de la droga estarían aumentando y comenzarían a desaparecer sobre

los próximos quince minutos.

—¿Dónde está Jack? —Eliasz fijó la mirada en la cara magullada de Frankie—. No tiene por qué dolerte más. Soy amigo tuyo.

Tartamudeó, y la urgencia inducida por la química de pronto sobrepasó su voluntad.

—Tiene un laboratorio en Vancouver. Pero no sé si es allí adonde ha ido. —Se detuvo, los labios partidos sangraban sin parar. Frankie no sentiría dolor en aquel instante; acababa de depositar su confianza en Eliasz y la droga multihipnótica le induciría bienestar, animándola a seguir intimando con su interrogador—. Aunque está con un esclavo fugitivo. Puede que se la haya llevado a algún otro sitio.

Tras la confesión, Frankie descubrió otro modo de resistir la hipnosis. No pudieron sacarle más información útil, aunque continuaron golpeándola y drogándola durante las siguientes tres horas. Al fin, cuando sus dos brazos colgaban rotos a ambos lados, Frankie se desmayó y ya no lograron despertarla.

Eliasz alertó a los agentes locales CIP de la Federación, que pasaron su localización a la policía. Quince minutos después llegaron dos bots, con los cuerpos cubiertos por una armadura y bípedos, parecidos a los de Paladín. Uno se dirigió a la bot:

—Hola. Establezcamos una sesión segura usando el protocolo de la FA.

Paladín asintió y le dieron a su sesión un número.

—Soy Garra. Por favor, transmite archivo de interrogatorio. Aquí terminan mis datos.

Paladín envió una serie de archivos de vídeo comprimido mientras que el compañero de Garra alzaba a la mujer inconsciente de la silla, ahora manchada de sangre medio seca. Frankie gimió de dolor cuando el bot

agarró su brazo donde un pedazo de hueso astillado había atravesado la piel.

—Aquí tenéis información adicional que ayudará con una condena terrorista —vocalizó Paladín. Envío el hilo de mensajes entre Jack y Frankie en una carpeta forense cuya intención era probar que no había sido modificada desde la extracción del propio servidor de la mujer.

—Gracias, chicos —dijo Eliaz a los bots—. Nosotros nos vamos.

—La Federación agradece vuestro trabajo —vocalizó Garra, y añadió vía microonda:

—Buena suerte, Paladín.

Los bots descendieron los escalones frontales de la casa de Frankie retumbando a cada paso. Eran oficiales de la ley, así que no había motivo alguno para moverse con sigilo. Quizá incluso querían que los vecinos vieran que la conocida pirata había sido capturada.

—Tengo las coordenadas para un punto de extracción —le explicó Eliaz a Paladín, que estaba cerrando con llave la puerta de Frankie, aunque era innecesario—. Nos ponemos en marcha en treinta minutos. —Irradió un mapa a Paladín, mostrándole un helipuerto en el muelle. Podían llegar caminando.

A esa hora, las calles estrechas de la medina estaban en silencio y a oscuras. El resplandor amarillento del minarete de Hassan II dividía el horizonte sobre las azoteas bajas. Durante un momento, Paladín se planteó que, desde una perspectiva humana, las calles parecerían incluso más tenebrosas al estar contrastadas con aquel rayo de luz artificial. Quizá ese era el objetivo.

El antiguo puerto estaba lleno de barcas y barquitos de pesca y el agua calmada por un largo y curvo malecón construido con enormes cubos de cemento unidos entre sí. Aquí y allí por el muelle, Paladín vio a gente que dormía bajo harapos de algodón impermeable, pero si vieron a Eliaz o a la

bot, no mostraron señales de ello. Al fin, un helicóptero pasó por encima de la mezquita en su dirección. Los motores tenían cancelación de ruido, hasta el punto en que todo lo que oían era el aire batido con cierta regularidad en lo que parecía un largo e infinito suspiro.

Los dos se acomodaron en la cabina. En unos pocos minutos Casablanca era poco más que una media luna titilante en el extremo de un gigantesco continente. Eliaz al fin rompió el silencio:

—He sugerido al jefe de proyecto que nos separemos para seguir las dos pistas que Frankie nos dio. Yo iré a Las Vegas para ver si puedo sacar algo de información de ese esclavo fugitivo, tú puedes ir a ver ese laboratorio de Vancouver. Gracias a tu investigación sobre *La pastillas biliosas* creo que sabrás por dónde comenzar. —Se detuvo y tomó la mano de Paladín. El helicóptero no llevaba piloto y tampoco había ninguna cámara de vídeo—. Vancouver también alberga una gran comunidad de bots autónomos, así que ahí tienes tu tapadera: eres una nueva bot de laboratorio que busca trabajo. Cuando lleguemos a la base, tu botadmin puede programarte con una clave de autonomía simulada.

—¿Cuál es la diferencia entre una clave simulada y la real?

—La clave simulada expira —respondió Eliaz, mientras su mano apretaba la de ella a medida que descendían sobre la pista de aterrizaje.

15

PIRATEA TU CUERPO

13 de julio de 2144

Moose Jaw no había cambiado mucho en los últimos treinta años. Según la furgoneta de Jack entraba en la pequeña ciudad, pasó de largo la gigantesca estatua de un alce que se alzaba a la izquierda de la autopista y condujo a lo largo de estrechas carreteras flanqueadas de casas de madera decoradas con las florituras de una moda arquitectónica de otra era.

En el centro había unos cuantos casinos y un balneario donde la familia de Jack solía ir durante las vacaciones de Navidad. Construido hacía unos doscientos años, el balneario era un lugar de referencia, y las antiguas piscinas eran una atracción para los temerarios en invierno, ya que podías nadar bajo un arco y acabar en un baño abierto al público fuera del recinto. De pequeña, Jack había disfrutado muchísimo en aquella piscina exterior. Se sumergía bajo la superficie, después entraba y sacaba la cabeza del agua de sabor extraño y esperaba a que el cabello se convirtiera en una finísima red blanca de escarcha alrededor de su cara, para luego romperla con las manos.

Además del casino, la principal atracción de Moose Jaw era una serie de túneles que recorrían la ciudad por debajo. La leyenda local sostenía que habían sido el hogar de los obreros inmigrantes de China en la ciudad a principios del siglo XX. Aquellas mujeres y hombres anónimos vivieron y

trabajaron en oscuros túneles bajo tierra donde hacían la colada para los ciudadanos blancos. Una vez, Jack dio un paseo por las húmedas salas bajo tierra y comenzó a contarles a los niños en la escuela primaria que había tenido un tataratatarabuelo que había vivido bajo tierra.

Su padre quedó horrorizado cuando lo descubrió. Era la primera vez que él conectaba su móvil al servidor familiar y la dejaba explorar por su cuenta, mostrándole cómo encontrar las fotografías que demostraban que los Chen habían llegado de Hong Kong a Vancouver mucho tiempo después de que los túneles hubieran sido abandonados, asentándose en Saskatchewan a principios del año 2000.

El interés de Jack por los túneles continuó incluso tras su aceptación reticente de la versión de su padre de la historia familiar. Volvió a Moose Jaw de adulta en el verano entre su primer y segundo año universitario, junto con un grupo de amigos que se habían apuntado a un voluntariado para una excavación arqueológica. Durante meses, excavaron con cuidado el área junto a un almacén declarado en ruinas en la calle principal.

El investigador principal tenía una beca para estudiar si los túneles habían pertenecido al contrabandista Al Capone durante la ley seca del siglo XX. Dado que la mayoría de ellos habían quedado bloqueados a lo largo de dos siglos, encontrar la respuesta incluía una excavación cuidadosa, análisis 3-D de cada capa y cable tensado por todas partes hasta que el lugar quedó convertido una cuadrícula enorme.

Al final nunca quedó claro si los túneles adicionales que excavaron pertenecieron a Al Capone o a algún otro gángster cualquiera. Amplio y ventilado, el espacio que descubrieron contenía equipo de contrabandistas y unas cuantas armas de fuego antiguas. Cuando la beca se terminó, Jack ayudó a sellar la entrada, que ahora estaba en el sótano de un nuevo edificio de apartamentos. Los arqueólogos, siempre optimistas de que un día

renovarían la financiación, dejaron una entrada abierta a la excavación, accesible a través de una trampilla.

Tras sus experiencias con las becas de investigación, Jack supo que nadie volvería a visitar aquel túnel de nuevo. Excepto ella. Mantenía viva la tradición de los túneles usándolos para traficar. Durante dos décadas había instalado un sistema purificador de aire, un enganche ilegal a la red y cuadros de electricidad, habitaciones para dormir y una caja fuerte oculta donde guardaba un móvil asegurado y varias bolsas con medicamentos.

A veces Jack se quedaba allí durante semanas, dejando que su rastro se enfriara. Quizá sus ancestros nunca llegaron a vivir en aquellas grutas, pero ella las sentía como una herencia legítima.

Volver a una antigua rutina la calmó. Pagó con dinero imposible de rastrear un mes de alquiler para un aparcamiento en uno de los balnearios, cubriendo con una bolsa Faraday la furgoneta. También contenía una alarma perimetral. Si alguien intentaba meterse en el vehículo, ella recibiría la alerta e iniciaría una retransmisión de vídeo que podía sintonizar desde el túnel. Después compró algo de fruta fresca y *pepperoni*, disponía de una cocina ahí abajo, pero tenía antojo de buena comida.

Al fin llegó ante la entrada de servicio del edificio de apartamentos que comenzaba a mostrar señales de desgaste. Jack acabó con las cámaras de seguridad con un rayo infrarrojo, creando así lo que parecían unos breves segundos de error mientras ella bajaba por la trampilla al sótano.

—Luz —dijo al aire polvoriento, esperando a que los viejos fluorescentes convirtieran las pilas de madera y los paneles solares hechos pedazos en algo más que montones de sombras. Aquella habitación tan abandonada era otra forma de cubrir sus huellas. Alguien que consiguiera encontrar la casi invisible trampilla se encontraría con lo que, al parecer, era una montaña de basura del siglo pasado.

Su refugio estaba en la sección principal del túnel, pero había bloqueado el acceso con un grueso espray de espuma de hormigón, dejando solo un pequeño agujero cerca del suelo que se podía tapar con una pieza del mismo material que la pared. Tiró de la pieza, arrastrándose hacia atrás en el túnel principal; se rascó los brazos, el abdomen y la espalda con el rugoso material al cruzar.

—Luz y aire —tosió. El refugio de contrabandistas comenzó a iluminarse con una luz amarilla y un ventilador zumbó.

El techo del túnel era bajo y curvado, reforzado con elementos de termoplástico y cables de LED. Recovecos excavados en las paredes habían ocultado en otro tiempo las armas de los traficantes y el botín, pero quizá aquello databa de cuando los inmigrantes necesitaban almacenar artículos de uso cotidianos. En el centro del túnel había una mesa de laboratorio que ella había construido a partir de una puerta barata hecha de vainas de semillas procesadas, clavada a unas patas de polímero que habían desechado en una fábrica de pintura. Aquella mesa contenía toda su vida: un fabricante, un secuenciador y un proyector, todo construido a partir de partes genéricas ensambladas. Estas máquinas estaban conectadas por red a una antena que se abría camino por las paredes del edificio de apartamentos justo encima, enviando señales que saltaban entre frecuencias, enmascaradas como una gran variedad de aparatos.

Al final de la habitación, bajo una caja purificadora de aire, estaba su futón. Sobre el frío suelo, desplegó una alfombra mullida y colorida de Fez, una ciudad al sur de Casablanca. Este lugar era como el submarino, escondido bajo la superficie pero conectado al mundo exterior.

Se reclinó contra la pared por la que había entrado, con las piernas extendidas y suspiró. Seguridad. Por un tiempo al menos.

Aunque no había disfrutado de una buena noche de sueño en días,

todavía no estaba lista para quedarse profundamente dormida. Jack pasó con aire ausente por los canales de su móvil, proyectando unos cuantos en el aire, preguntándose si Retrocon sería capaz de superar el daño que la Zacuidad había dejado.

Todos los canales de noticias informaban sobre un incidente en otro lugar de trabajo. Los canales principales lo cubrían con el típico tono de horror descontextualizado, pero los periodistas informaban en el repositorio de texto sobre investigaciones llamado *Interno* de un accidente muy parecido a la devastación de la Zacuidad en el centro de control ferroviario de Calgary.

Un botadmin en la filial de Timmo en Toronto tenía un trabajo: asegurarse de que las máquinas siguieran haciendo agujeros en los donuts y expulsaran pegotes de masa grasienta a través de los tubos huecos que tenían por dedos en el aceite hirviendo. Comenzó a pedir horas extra y a saltarse los descansos para comer. Sus compañeros de trabajo decían que había desarrollado una relación «rarita» con uno de los bots de donuts.

Y entonces, justo hoy, el admin decidió que todo era un agujero de donut potencial: basura, un gato callejero, las manos de sus desafortunados clientes. Con el tiempo, sus propias piernas. Todo lo que pudiera ser aplastado y metido en un tubo para ser expulsado con el tamaño perfecto para una boca. La Timmo era un baño de sangre, con al menos dos muertos.

Interno mostraba vídeos que había sacado de algún modo del canal corporativo de la policía.

—¡Solo estamos haciendo donuts! —gritaba el botadmin, sujetando un pedazo de algo sanguinolento—. ¡Por qué no nos dejáis hacer donuts! ¡Los chicos de Timmo hacen... los... mejores... donuts!

Jack fijó la mirada en el *pepperoni* que estaba a punto de comerse y se sintió asqueada.

Otoño de 2120

Al principio Casablanca era todo lo que Lyle había prometido. La Federación Africana era joven y el gobierno no se preocupaba demasiado en fortalecer las leyes de propiedad intelectual, siempre y cuando la economía se expandiera.

Jack y Lyle alquilaron un apartamento en el gueto de biotecnólogos, un barrio cuyo apodo era bastante obvio. Estaba cerca del alto muro cara al mar que rodeaba la medina. Siempre había sido un barrio de clase media, pero el área había sido cuidada y mejorada a lo largo de los siglos para mantener su arquitectura morisca tradicional de azulejos de colores y patios escondidos, mientras que al mismo incorporaba una nueva superficie de pintura fotovoltaica sobre las paredes semipermeables que absorbía el agua y resplandecía con algas brillantes por la noche. Las serpenteantes calles parecían antiguas, pero habían sido pavimentadas con espuma. Incluso las grietas de las paredes eran de biohormigón, una masa de bacterias activadas por agua y epóxidos que se regeneraban a medida que se formaban las grietas.

Obtuvieron trabajos lucrativos en una empresa emergente que construía proteínas a petición del consumidor para otros negocios, y prometieron que guardarían sus mejores ideas para proyectos tras el trabajo. Pero trabajaban tantas horas que las ideas no llegaban. Fue entonces cuando Lyle decidió que había llegado el momento de tomarse una tarde libre. Llevó a casa una carísima sábana roja y negra y cubrió su cuerpo con ella.

—Metámonos debajo y prometamos que haremos algo muy muy importante.

Casi toda su ropa estaba tirada por el suelo cuando Lyle las cubrió a ambas por completo con la sábana. Se besaron con pasión, arrancándose la ropa interior. El aire bajo el caftán se volvió cálido y viciado con sus

respiraciones.

Jack miró los ojos de su amante, que eran casi negros bajo la sombra del caftán. Los dedos de Lyle se movían dentro de ella y Jack seguía con la mirada fija en aquellos ojos, con su cuerpo inundado de placer, pensando que jamás había amado tanto a alguien en toda su vida. Y entonces no pudo concentrarse en otra cosa que en su propio placer.

Lyle no estaba para acurrucarse tras el orgasmo últimamente. Retiró el caftán y comenzó a charlar.

—Lo digo en serio, podemos cambiar las cosas aquí. Comenzamos con nuestro propio laboratorio libre, pero que sea lo más radical posible, mucho más que el de Krish.

Jack no contestó. Todavía intentaba saborear su cercanía, atrayendo el muslo de Lyle entre sus piernas. Ella la recompensó poniendo su otra pierna sobre la cadera de Jack, entrelazando sus cuerpos en una maraña placentera.

—¿No lo quieres, Jack?

Lyle se movía de un modo que la distraía cada vez más.

—Sí —susurró ella.

El primer encuentro para planificar el laboratorio libre de Casablanca tuvo lugar en una casa de té, y fue mucho menos agradable que el encuentro encubierto que dio origen a la idea. De algún modo, la llamada participativa de Jack en un par de foros locales de hackers de biotecnología había sido replicado en una lista de correo para artistas, y un puñado de poetas aparecieron para discutir con ellas sobre el verdadero significado de la anarquía. En vez de una conversación práctica sobre alquilar un espacio donde pudieran construir un laboratorio húmedo, tuvieron una competición de gritos sobre la libertad y el recolonialismo que duró tres horas.

Casablanca había crecido muchísimo en el ámbito de la biotecnología,

pero los artistas locales y los subversivos consideraban el progreso científico como un equivalente a la gentrificación. Les costaba bastante pillar la idea de que la ciencia podía ser radical y un laboratorio ser libre.

Les costó a Jack y a Lyle un año de discusiones, en la red y en persona, antes de llegar al estado pragmático de alquilar un lugar. Por entonces, ya controlaban bastante el dariya y las apoyaba un grupo central de cinco personas dispuestas a invertir dinero y tiempo para iniciar el laboratorio.

El Twin Center había sido reconvertido en espacios de trabajo y viviendas baratas, y el laboratorio libre de Casablanca pasó a uno de los subsótanos. Lo hicieron en parte porque era un espacio más grande, con agua corriente, pero también para apaciguar a los poetas que vivían en los pisos superiores. Fue la decisión correcta. A los poetas todavía les gustaba recordar a los ingenieros con sorna que la cultura pisaba la cabeza de la ciencia, pero habían dejado de llamarlos recolonizadores, al menos no en la cara.

Krish estaba eufórico cuando se enteró de que habían montado el primer satélite del laboratorio libre, y trató de ayudar con solicitudes para su financiación.

—A la mierda con la financiación —gruñó Jack al leer sus mensajes—. No queremos estar ligadas a ninguna coalición económica. —El resto de su colectivo estuvo de acuerdo con ella. Al distanciarse del laboratorio libre de Krish, necesitarían un nuevo nombre. Se llamaron a sí mismos Vía de Señalización, Señal en modo abreviado.

—Todavía hay que ganar dinero —señaló Lyle, tras pasar un rato esbozando el logotipo.

—Podríamos cobrar una cuota a todos los miembros —sugirió un voluntario.

—Eso no suena muy libre. ¿Qué dirían los poetas?

Todos rieron. Pero era cierto. No podían pedir dinero y llamarse

liberadores. Los subversivos ya sospechaban suficiente de la ciencia en aquella ciudad, por lo que no era ponerse a cobrar lo más adecuado para la revolución.

Los primeros meses en Señal evitaron la cuestión del dinero. El colectivo había reunido suficiente pasta como para unos seis meses de alquiler. Además, se divertían. Jack daba clases básicas de simbiosis, mostrando a algunos vecinos del edificio cómo realizar ingeniería inversa a organismos simples. Un adolescente descubrió un modo de hacer crecer menta en el pequeño jardín de su familia al modificar la planta para que usara nitrógeno con más eficiencia.

A medida que los proyectos relacionados con Señal florecían, la gente llegaba de todo el Magreb para ver su laboratorio. Las compañías locales donaban antiguos fabricantes, secuenciadores y redecillas de tejido. Lyle llevaba a cabo encuentros semanales en los que visitantes y habituales podían pasarse a discutir la misión del laboratorio libre. Fue en una de aquellas reuniones semanales donde conocieron a Frankie.

Lyle al fin había desbugueado su tatuaje y una secuencia de flores bailaba en su cabeza recién afeitada, combinando con las que subían y bajaban por su vestido. Los encuentros siempre empezaban con cerveza y una bebida horrible llamada Club-Mate, una antigua tradición que databa de los antiguos espacios hacker del siglo XXI. Agrupados junto a la mesa había chavales y jubilados, biotecnólogos profesionales ricos e infoanarquistas que vivían en casas okupas. Cada persona se presentaba, usando un nombre real o un seudónimo, como quisieran.

Frankie parecía la típica ingeniera con la camisa almidonada y los pantalones caquis informales. Su piel marrón y el cabello negro la hacían parecer una local, pero podía ser de la UA o de la Zona. Dijo que desarrollaba cosas con Adder.

Tras el encuentro, Lyle les daba a los novatos una vuelta por el laboratorio. Jack comprobaba algunas secuencias, mientras que en el otro extremo de la sala el vestido brillante de Lyle dejaba la estela de un cometa formada por hackers admiradores. Cuando Jack levantó la mirada de sus lecturas, Frankie estaba de pie junto a ella.

—Tengo que hablar contigo en privado —dijo.

—Aquí es privado.

Frankie se limitó a mirarla.

—¿Tienes una habitación Faraday?

Jack comenzaba a preguntarse si aquella mujer era una de las taradas ocasionales que llegaban a Señal, una persona paranoica ante la persecución de la ciencia de una legalidad ambigua.

—No —respondió con amabilidad—. Pero tenemos varios pisos bajo tierra. No estoy muy segura de qué es lo que te preocupa, pero la gente de por aquí es de fiar.

—Me preocupa que la CIP ha bugueado tus mierdas. —Hizo un gesto con la mano hacia los secuenciadores que zumbaban, entonces la depositó sobre la tablet que Jack había plegado y se había guardado en el cinto—. ¿Sabes lo fácil que es convertir todo esto en un bug?

Tarada sin duda alguna. Jack intentó sonar calmada.

—No me preocupa.

—Pues debería. ¿En serio crees que la CIP ha dejado de rastrearte tras lo que pasó en *Las pastillas biliosas*? ¿Especialmente ahora que estás predicando la libertad de la ingeniería inversa en África?

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Jack ya había tenido suficiente de aquella rarita de las narices.

—Piérdete, ¿me entiendes? No estoy haciendo nada ilegal.

—Voy a hacerte un favor. Voy a ayudaros a ti y a esa niña rica del Golfo a

descubrir lo que realmente significa llevar medicinas libres a la gente que las necesita. Ese siempre fue vuestro problema en *Las pastillas biliosas*, estabais tan centrados en vuestros irrisorios argumentos legales y en vestiros como piratillas que os olvidasteis de los crímenes reales. Como el asesinato.

De pronto, Jack entendió con quién estaba hablando. Frankie era la mujer tras el seudónimo de Rosalind Franklin en *Las pastillas biliosas*.

Rosalind Franklin mandó la flota de drones autónomos que liberó las pastillas del puerto de Halifax antes de que arrestaran a Jack. Pero Jack solo la conocía por su seudónimo, una escritora misteriosa de una inteligencia feroz de algún lugar de la Federación Africana. Su primer ensayo para *Las pastillas biliosas* comenzaba con una intensa historia personal, poco común para una académica, en la que explicaba de forma bastante directa que Zaxy había asesinado a su familia por negarse a licenciar el antivírico Blense a un fabricante local. Era un ensayo inolvidable, en especial porque terminaba con un pequeño y elegante programa (treinta líneas de Adder) que realizaba a la perfección la ingeniería inversa a Blense. Nadie de los que trababan en el repositorio de texto conocía su nombre real.

—¿Eres Rosalind Franklin?

La mujer se encogió de hombros.

—No, soy su espíritu revenido que acude a clamar venganza a los señores blancos que me robaron el Premio Nobel. —Soltó una carcajada, un ladrido que no encajaba con nadie que estuviera tan preocupado por ocultarse. Varios rostros en la cola del cometa de Lyle se volvieron para mirarlas.

Jack sintió que había pasado un examen secreto.

—Me alegra que hayas venido. Siempre nos preguntamos quién eras.

—Me alegra que hayas decidido hacer algo de trabajo real en vez de quedarte chateando en un repositorio de texto. —Los piropos de Frankie siempre eran insultos. Tenían el inquietante efecto de hacer que la gente

quisiera complacerla más.

—¿Vives por aquí? ¿Estás interesada en comenzar un proyecto en Señal?

—Estoy pensando en mudarme por aquí.

—¿Todavía trabajas en una universidad?

Frankie ladeó la cabeza.

—Nunca he trabajado para ninguna universidad.

Jack y Krish siempre habían asumido que Rosalind Franklin era una investigadora universitaria. Todos los que colaboraban en *Las pastillas biliosas* que conocían eran estudiantes o docentes. Pero Rosalind Franklin nunca había divulgado dónde trabajaba. Tan solo escribía un código maravilloso y furiosos y persuasivos ensayos.

—Oh, ¿estás en la industria?

—No. Soy una pirata.

Antes de que Jack respondiera, Lyle llegó junto a ellas, rodeó la cintura de Jack con el brazo y la besó.

—¿Quién es tu amiga?

Frankie frunció el ceño al mirar a Lyle.

—¿Por qué quieres atraer la atención con tu ropa? ¿No crees que ya estás alterando el orden social lo suficiente sin tener que restregárselo por la cara a la gente?

Y tras decir aquello, Frankie fue hacia el ascensor.

—Esa era Rosalind Franklin.

—¿La mujer que escribía para *Las pastillas biliosas*?

—Sí. Dijo que quizá se mudaba por aquí y quería ayudarnos.

Jack sintió que le temblaban las rodillas al ver las puertas del ascensor cerrarse.

Nadie era más vulnerable a los insultos de Frankie que Lyle. Cuando se convirtió en una asistente regular a Señal, Lyle se sintió incómoda con su

forma de vestir estrambótica, haciendo agujeros en sus medias que se convertían en carreras. Se dejó crecer el cabello, su tono negro brillante recubrió el tatuaje desbugueado. Y luego comenzó a trabajar con Frankie en un proyecto secreto que parecía tomarle mucho tiempo.

Lyle dijo que Frankie tenía ideas para un programa que podría ayudar a realizar prototipos rápidos de vacunas de la gripe. Sin embargo, casi siempre la pirata llegaba a Señal sin nada entre las manos, se marchaba con una mochila llena de medicinas y volvía con las manos vacías. Por supuesto que mucha gente usaba Señal para hacer prototipos de medicamentos. Por eso todos asumieron que eso es lo que Frankie hacía. Y quizá así era.

Entonces Lyle comenzó a saltarse el trabajo, supuestamente para ponerse al ritmo de Frankie. Jack la buscó en Señal toda una tarde tras haber estado desaparecida en combate todo el día.

—¿Dónde coño has estado? No paro de inventarme excusas para ti en el trabajo y eso comienza a apestar.

—Ya te lo dije, estaba con Frankie... Ha sido bastante duro para ella comenzar de nuevo con su trabajo.

—Se mudó hace meses.

—Mira, hay mucho sobre Frankie que desconoces.

—También hay cosas que tú no sabes, como su nombre real, por ejemplo.

—No necesitas saber el nombre de nacimiento de alguien para entender que hace un buen trabajo. Lleva vacunas de la gripe y antivirales a gente que no puede pagarlas y está ayudando a montar una pequeña operación de manufacturación para ese colectivo que hay en Fez para que puedan hacerlo por sí mismos. Además, tú tampoco vas por ahí con tu nombre real.

Jack se reclinó en la pared y cerró los ojos, sintiendo el aislamiento crujir bajo su brazo. No era la conversación que quería tener. Todos sabían que su nombre real era Judith Chen. Jack era un apodo, no un seudónimo.

—¿Así que estás ayudándola a piratear medicamentos en vez de venir a trabajar?

—Odio este trabajo. Lo dejo. Frankie va a ayudarme a pagar el laboratorio.

Esta estaba tornándose en una conversación de lo más surrealista.

—Doy por sentado que entiendes que Frankie está quebrantando la ley. Sí, está haciendo algo bueno, pero también vende un montón de mierda recreativa para fiestas. ¿Cómo ayuda eso a los de Fez?

Lyle se encogió de hombros y sonrió.

—¿Desde cuándo te preocupa tanto la piratería de patentes?

—Desde que intento llevar un laboratorio libre legítimo. Todos son bienvenidos aquí, eso lo sabes. No vigilamos a nadie. Pero si alguien descubre que nos financia la piratería, bueno...

—¿Qué crees que pasará?

—Creo que será peor que la cárcel. Y eso ya fue bastante malo. —Jack iba a llorar, o a vomitar, o quizá a golpear a Lyle en la cara. Estaba celosa de Frankie, o asustada de ella... Quizá ambas cosas. Así que se alejó sin decir nada.

Lyle la alcanzó en la calle, a tres manzanas de su apartamento. Rodeó a Jack con un brazo y caminaron sin decir nada hasta que llegaron a la puerta. Jack pensó en cómo se habían conocido, en lo bien que olía el aire veraniego en Saskatoon y en cómo ya había perdido un continente y un oficio.

Quizá había más cosas raras entre Lyle y Frankie, pero Jack de pronto se sintió inundada por la certeza de que sería capaz de solucionarlo. No quería perder a otra persona que amaba. U otro lugar. Y era consciente de que no le preocupaba demasiado la piratería.

Lyle estaba mucho más feliz desde que dejó el trabajo. Señal florecía, y le dijo

a Jack por primera vez que realmente creía no estar viviendo una versión retorcida de los sueños de su madre. Durante unos meses, sintieron que estaban en el almacén del Laboratorio Libre otra vez, enamoradísimas la una de la otra y de la revolución.

Hasta que una tarde Jack recibió un mensaje de texto de una serie desconocida de números que solía ser Frankie. Decía:

Tenemos que hablar de Lyle. ¿Nos vemos en la casa de té en una hora?

Frankie llamaba la atención en una habitación en penumbra con cortinas rojas en la casa de té del gueto de biotecnólogos. Sentada con las piernas cruzadas a una mesilla baja rodeada de almohadas mullidas, la pirata jugueteaba con una impresora 3-D portátil que escupía lo que parecían ser pequeños bultos de celulosa.

Se levantó deprisa cuando Jack llegó.

—Gracias por venir.

Frankie pidió otra tetera y le dirigió a Jack una mirada desprovista por completo de su habitual sarcasmo.

—¿Has hablado con Lyle sobre su último proyecto?

—Creía que estaba trabajando contigo. —Jack sintió un conocido retortijón de celos; había tantas cosas que Lyle hacía con Frankie que ella desconocía...

Frankie apoyó la barbilla en un puño y Jack se dio cuenta de que la pirata se había teñido el pelo de rosa.

—No la he visto en semanas. Ha estado colaborando con un nuevo grupo. Lo lleva una tipa llamada FoxP2. Estoy preocupada.

—Bueno, ahora ya sabes cómo me he sentido este último año —comentó Jack con sarcasmo.

Frankie no respondió y removió el té con la cucharilla.

—FoxP2 es peligrosa.

—¿Más peligrosa que una pirata que vende drogas ilegales al mejor postor? —Jack supo que había sido una imbécil en cuanto terminó de pronunciar aquellas palabras, pero Frankie no se inmutó.

—Ambas nos preocupamos por Lyle y entiendo por qué estás cabreada conmigo. Pero quiero que entiendas que tomo muchísimas precauciones con mi trabajo. No quiero que me pillen y paso una gran cantidad de tiempo asegurándome de ello. ¿No te ha contado Lyle lo que hago con mi negocio?

—Ya me has dicho que eres una pirata.

—Te lo he contado porque confío en ti. Pero también llevo un negocio legítimo como consultora y canalizo todo mi dinero por ahí. He trabajado con un abogado para asegurarme de que la CIP nunca podrá pillarme con nada.

Quizá mentía sobre el abogado. Si era así, por lo menos sus mentiras demostraban que entendía los peligros de su trabajo.

—Supongo entonces que la otra mujer no es tan cuidadosa como tú.

FoxP2 y su colectivo querían alterar el sistema, pero sus planes no se extendían mucho más allá de la propia alteración. Al parecer, Lyle los ayudaba a diseñar músculos para piernas y brazos pirateados; cada extremidad violaba una gran cantidad de patentes. Su trabajo era excelente, pero llamativo. FoxP2 tenía un repositorio de texto público llamado *Piratea tu cuerpo* en el que alardeaba sobre las vidas que había salvado con su trabajo. Y todas las avariciosas corporaciones de biotecnología a las que había jodido.

A medida que Frankie seguía hablando, Jack sacó su móvil y encontró el diario de FoxP2 en Memelandia. La última publicación era una serie de imágenes que había subido de una fiesta. Lyle estaba en muchas de ellas, vestida con una armadura, con la mitad de la cabeza afeitada. Jack reconoció a varias personas de Señal bailando con ella. Pasó las fotos con el pulgar para

ver de nuevo aquellas en las que aparecía Lyle, intentando adivinar qué había estado haciendo la noche en que fueron tomadas.

—Alguien va a hacérselo pagar. La Federación no puede permitirse parecer que están dando cobijo de forma flagrante a grupos subversivos. Es malo para el comercio. Tenemos que detener la colaboración de Lyle con FoxP2.

Jack admitió que el proyecto de FoxP2 se parecía muchísimo al tipo de causa por la que las personas eran detenidas por la CIP y a veces desaparecían. Era demasiado obvio que querían incumplir la ley. ¿Era posible que Lyle no comprendiera de verdad qué había en juego?

Las gafas de Frankie recibían datos y la pirata salió de la habitación un instante. Jack jugueteó con uno de los pegotes de celulosa que la impresora 3-D todavía sacaba sobre la mesa. Parecía una especie de material vegetal procesado, lo que usarías para empaquetar una droga.

Trató de imaginar cómo sacaría el tema de FoxP2 con Lyle. No sería fácil. Nunca había tenido la oportunidad de sacar un tema parecido. Frankie entró corriendo en la habitación, los labios apretados en una fina línea, y agarró a Jack de la muñeca.

—FoxP2 es una cagada mucho más monumental de lo que creía. Tenemos que irnos.

Debido a que se marcharon de la casa de té con las prisas y el pánico, Frankie se olvidó la impresora 3-D, aunque era un último modelo muy difícil de obtener en Casablanca.

Jack recordaba las siguientes veinticuatro horas como una serie de violentas fotografías estáticas en blanco y negro, como las diapositivas que usaban los archivistas con las antiguas películas donde el metraje se había perdido.

Eran las nueve de la mañana cuando llegaron a Señal y la redada ya

había tenido lugar. Un par de hackers que se habían ocultado bajo unos cojines en el altillo les contaron la historia. Unos matones de la CIP habían entrado en masa con lo que parecía una orden internacional, detuvieron a todo el mundo y confiscaron el equipo que no reconocieron, que era casi todo. Jack recibió un correo oficial de la CIP explicando que el equipo se mantendría requisado hasta que pudieran determinar para qué se utilizaba.

Era medianoche y FoxP2 estaba muerta, o al menos fue lo que asumieron. Habían hecho estallar su laboratorio. Los canales de noticias de la Federación disponían de declaraciones de oficiales de la CIP asegurando que un laboratorio terrorista había estallado mientras fabricaban drogas ilegales. El diario de FoxP2 había desaparecido del servidor. Los cronistas de ciencia se hicieron eco de inmediato en un archivo de repositorio de texto radical en Anchorage.

Eran las tres de la madrugada y el cuerpo de Lyle era una sombra derrumbada que bloqueaba la puerta del dormitorio. Alguien la había dejado en el apartamento que compartían envuelta en látex de polímero. No hacía seis cosas a la vez. No decía nada sobre cambiar el futuro. No bailaba. No se teñía el pelo, hackeando las moléculas, con la cocina hecha un desastre, o le daba un beso a Jack. Ya no era electroluminiscente. Por lo tanto, debía de estar muerta. No tenía sentido, porque hacía solo unas pocas horas que Jack había descubierto que había la posibilidad de que estuviera en peligro de muerte, y eso en el improbable caso de que no fuera capaz de convencerla de salir de una situación que podría costarle la vida.

Jack había bajado la mitad de la escalera cuando la bomba estalló. No pudo evitar volverse, echar un vistazo a todo lo que había amado en la Tierra arder. Un pedazo afilado de cerámica salió disparado por la puerta y abrió un agujero chamuscado en su chaqueta. Quizá a través de su corazón.

Eran las cinco de la madrugada y estaban en la furgoneta de Frankie de

camino a Fez. Habían dejado Señal atrás; habían dejado el cuerpo de Lyle atrás. Tenían que salir de la ciudad, había dicho Frankie. A Jack le costaba contestar cualquier cosa. La venda reparadora de tejidos que llevaba en el cuello y el pecho estaba pegajosa. Los brazos le rodeaban las piernas flexionadas, los ojos cerrados, la cabeza apoyada en las rodillas, y sintió las lágrimas caer por el interior de sus muslos.

—¿Qué voy a hacer? —Se balanceaba reclinándose en el asiento de polímero.

Frankie la miró y volvió a poner los ojos en la carretera polvorienta.

—Vas a sobrevivir. Eso es lo que vas a hacer.

Ya que todavía no era capaz de soportar todo el peso de la muerte de Lyle, Jack sopesó las pérdidas: ¿por qué Lyle había escogido iniciar un proyecto con FoxP2 en vez de seguir con el trabajo de Frankie? ¿Por qué Lyle no se lo había contado? ¿Por qué se había puesto a sí misma bajo tanto riesgo?

Incluso décadas más tarde, Jack se seguía haciendo la misma pregunta: ¿Lyle había intentado autodestruirse por alguna terrible y autosatisfactoria profecía de locos? A Jack todavía la llevaban los demonios al pensar en ello. Caminó por la tarima hasta su futón, con el móvil bajo el brazo, resuelta a ver una película antes que obcecarse en eventos pasados hacía mucho tiempo y que ya no cambiarían.

Tumbada en su casa segura, Jack intentó imaginar antiguos crímenes en vez de los que había presenciado por sí misma, asesinatos de hacía doscientos cincuenta años que habían sucedido en aquel mismo túnel. Quizá toda la sangre derramada por aquellas generaciones muertas le facilitaba soportar sus propias experiencias. O quizá lo hacía todo incluso peor.

16

CARRETERA N-3

13 de julio de 2144

Paladín sabía que Lee tenía un interés mayor de lo normal en el mantenimiento de su brazo especializado. Había escrito un *software* a medida para este, e incluso le había instalado algunos sensores beta para las puntas de los dedos que emulaban el sentido del gusto. Ella probó los nuevos *drivers*, descubrió nuevos sabores en el aire y practicó la habilidad de realizar diminutos movimientos con los dedos. Paladín se sentía diferente. Y sin lugar a dudas, también confusa.

—No entiendo cómo me va a ayudar esto en mi misión —vocalizó.

Lee sonrió y toqueteó la palma de su nueva mano.

—A veces uno hace cosas técnicas para demostrar que es capaz. En absoluto va a ser perjudicial para ti y puede que termine siendo útil.

—No parece demasiado útil saborear cosas que no puedo comer.

El botadmin se puso serio y dejó el soldador a un lado. Habían pasado poco más de tres horas desde que instaló la clave de autonomía simulada y reinició su mente recompilada. El hackeo del brazo de Paladín era un modo para llenar el tiempo mientras esperaba a que ella se adaptara.

—¿Cómo te sientes sobre tu misión?

—Me gustaría comenzar lo antes posible. Si se ha difundido lo que pasó

en Casablanca, mi objetivo en Vancouver habrá desaparecido para cuando llegue.

Con un suspiro, Lee desvió la atención de la secuencia de comando que había aparecido en los archivos LÉEME de la clave de autonomía simulada.

—Escucha, Paladín..., no voy a ser un capullo mintiéndote. Nunca he instalado ningún tipo de clave de autonomía antes. Pero tienes que saber que hay cosas que pueden desviarse muchísimo cuando un bot consigue autonomía. A veces, simplemente se vuelven locos. No pueden acceder a grandes porciones de su memoria porque hay problemas con la interfaz. —Hizo una pausa, rascándose la barba—. ¿Sientes algo raro?

La atención de Paladín paseó por sus archivos de sistema. Por primera vez podía acceder a sus propios programas como administradora y analizar cómo moldeaban sus recuerdos. Le otorgó un peculiar sentido de doble conciencia, incluso en tiempo real: sentía cosas y a la vez sabía que esos sentimientos habían sido instalados, como los *drivers* para su nuevo brazo. Por supuesto que se sentía rara.

—¿Cómo es que no has instalado nunca una clave de autonomía?

Lee se encogió de hombros y devolvió la mirada a su monitor, donde había iniciado uno de los *drivers* a través de un programa que eliminaba fallos de sistema.

—No es algo que suela hacer.

Tres horas antes, el sentido de lealtad de Paladín (en gran parte generado por un antiguo y torpe programa llamado «bperrito») la habría prevenido que reflexionara sobre las palabras que había tras las que había dicho Lee. Pero ahora las volvió a pensar con claridad. Nunca había instalado claves de autonomía porque ninguno de los bots de esta base habían sido autónomos en todos los años que habían estado allí.

Paladín miró sus dedos, sorprendida.

—¿Debería saborear ahora cerdo? Según este programa, tu mesa sabe a cerdo.

El botadmin emitió un sonido de frustración y desinstaló la biblioteca de sabores. Su conversación sobre la clave de autonomía se evaporó, como un pequeño hilo en un foro público de internet. Lee dibujó una ventana adicional en el aire, con los fotones abajo desde un proyector que tenía justo encima, y tecleó códigos con dedos veloces. Sus brazos estaban cubiertos de sensores que captaban las señales eléctricas que provenían de sus músculos y las enviaban a la red.

Todas aquellas conexiones de red que siempre habían sido hipnóticas para Paladín, ahora eran ruido de fondo. Volvía a formar un índice con sus recuerdos, reabriéndolos uno por uno. A veces, cuando guardaba un archivo, este era más grande de lo que había sido antes. Añadía metadatos, dejando aparte la información que había dado forma a cada experiencia. Poco a poco comenzó a emerger un patrón.

Dos horas después, la mesa de Lee sabía a células humanas muertas y a celulosa sintética. El admin dijo que Paladín estaba lista para la acción.

Aunque tenía autonomía, al menos temporalmente, había una clave de la que Paladín no tenía posesión completa: era la que descriptaba sus recuerdos en la nube, las mismas memorias que había ido guardando con cuidado, además de las nuevas que generaba a cada nanosegundo en tiempo real. La Federación Africana tenía su propia copia de aquella clave guardada en depósito, algo que garantizaba que, en caso de que Paladín decidiera actuar por su cuenta, su siguiente sincronización de memoria podía borrar todo su pasado.

También tenían otro método para asegurar su lealtad: Eliaz fue parcheado en el sistema periférico de entrada y salida de Paladín mientras ella estuvo en Vancouver. En cualquier momento él sabría dónde se

encontraba la bot, pinchar su sensor y conectarse a ella por voz o texto a través de un túnel encriptado directo por la red pública.

Era una conexión en un solo sentido. Ella podía escribirle en cualquier momento, claro, pero esta localización quedaría oculta. Paladín solo sabía lo que él le había contado: que estaba en Las Vegas.

14 de julio de 2144

Paladín llegó a Vancouver en un tren de pasajeros desde Whitehorse, donde aterrizó en un aeropuerto tan anónimo como cualquiera en Iqaluit. Esta vez, sin embargo, Eliaz no estaba allí para guiarla a través de los primeros pasos de su operación encubierta. Ya disponía de la mayor parte de la información necesaria. El área en blanco (el lugar donde tendría que improvisar) sería en Richmond, un barrio en los límites de la ciudad, hogar de una gran comunidad de bots libres.

Solo había sido autónoma durante las últimas treinta y seis horas y nunca había conocido a un bot autónomo antes. Todo lo que sabía de la cultura bot era lo que había aprendido en la caverna Faraday bajo Campo Túnez. Paladín le había pedido a Colmillo consejo antes de marcharse, pero él era tan ignorante sobre el tema como ella.

—No tengo ni idea de cómo viven los bots autónomos — contestó por mensaje, adjuntando unos cuantos documentos públicos sobre el barrio de bots de Richmond escritos por antropólogos humanos.

—Claro que todo esto tampoco te será muy útil. Es todo antropomorfización.

Paladín y Colmillo se quedaron sentados un rato sin emitir, sintonizando algunas conversaciones desprotegidas de bots cercanos y observaron a uno de

ellos dibujar pequeños donuts bajo la influencia de algo que se había descargado. La sala sabía a aleación de carbono.

Colmillo envió:

—Te envidio. Siempre he querido visitar Vancouver.

Paladín experimentó una nueva sensación que asoció a su recién implantada clave de autonomía. Era lo que los humanos llamarían «curiosidad». Quería hacerle a Colmillo un montón de preguntas, pero se conformó con una:

—¿Cuánto hace que estás bajo servicontrato?

Como respuesta, Colmillo transmitió un pequeño archivo de vídeo, que no era nada más que siete imágenes estáticas colocadas como diapositivas. Cada año, la Federación tenía que enviar un informe de su población servicontratada a la división de recursos humanos de la CIP. Estas imágenes eran de esos informes. Al juntarlas decían: siete años. Separadas, parecían representar a cuatro bots distintos. Siete años atrás había sido un insecto dron de peso medio usado para mapear. Se había convertido en serpiente, luego en tanque, y durante los últimos tres años había mantenido su actual forma.

—¿Qué pasó con tus antiguos cuerpos?

—La Federación siempre necesita morfologías especializadas. Es más fácil adaptar un bot existente a un nuevo cuerpo que crear uno nuevo.

Las antenas de Colmillo se dirigieron con pasividad hacia Paladín.

—Ya lo verás. No te quedes demasiado encariñado a ese cuerpo, tarde o temprano lo cambiarán.

Paladín había establecido la conversación a medida que el tren llegaba a la estación a cielo abierto del distrito comercial de Richmond. Era pronto por la mañana y un cielo gris ceniza iluminaba mercados cerrados en los límites

de un pequeño parque. Al norte, cruzando el río, estaba el centro de Vancouver; en mapas aéreos, la zona más al oeste perfilaba un rostro humano cuya cara se hundía en el Pacífico. Pero en vez de ojos, labios y pelo, la cara tenía los campos verdes y los edificios titilantes de la Universidad de British Columbia. Era su último destino.

Allí buscaría a Bobby Broner (antes conocido como Actina en *Las pastillas biliosas*), que regentaba una clínica para interfaces experimentales de computación cerebral. Si alguien sabía dónde estaba el laboratorio de Jack en Vancouver, Paladín supuso que sería Bobby.

Aunque el interrogatorio a Bobby tendría que esperar. Ahora mismo Paladín necesitaba establecer su identidad como bot autónomo buscando un empleo. Decidió acercarse a la calle Tres, que la llevaría desde el distrito comercial humano al corazón del barrio bot. Parecía el nombre que un bot le daría a una calle, pero los datos de mapas en la red pública indicaban que la calle Tres databa del siglo XX, cuando el área fue poblada en su mayoría por inmigrantes chinos.

Siguió buscando señales que le revelaran que caminaba por un barrio de bots libres, y al fin entendió que estaban por todas partes. Las señales de la calle tenían letras que reflejaban luz ultravioleta, más grandes que las que usaban los humanos para sus textos de lectura. Por todas partes veía bots caminando entre humanos. Muchos eran bípedos como ella, pero otros volaban, o rotaban en giróscopos sobre unas cómodas ruedas que siempre estaban en movimiento. Un humano que corría en su dirección se cruzó en su camino y gritó una disculpa rápida a través de una microonda. Incluso las criaturas que parecían humanas eran biobots.

Paladín jamás había visto tantos bots juntos fuera de Campo Túnez. Se dio cuenta, sorprendida, de que en pocas ocasiones se había topado con bots autónomos en las ciudades que Eliaz y ella habían visitado. Incluso los

humanos que había conocido que parecían adorar a los bots, como Mecha, los consideraban esclavos.

Su mano sabía a sal, pero el resto de sus sensores estaba enfocado hacia los bots de la calle Tres. Aunque no necesitaban dormir, estos bots trabajaban entre los humanos y mantenían sus horarios. Muchos iban de camino al trabajo, dirigiéndose al sur, a la estación de tren, mientras comprobaban sus canales y correos. Otros tenían el reloj bot puesto, caminaban en grupos cuyos miembros estaban inmersos en la neblina de su intercambio de información.

Paladín caminaba junto al río cuando vio el Centro Aberdeen, el mercado controlado por bots más grande de la Zona. Cada vez había menos comercios para los humanos a medida que avanzaba por la calle. Pasó de largo tiendas marcadas solo con identificadores de radio que destellaban coloridos aumentos en 3-D sobre silenciosos escaparates, invisibles a los humanos. Plazas comerciales laberínticas, grises y plácidas en el espectro visual, bullendo de iconografía que acechaba por todas partes, desde nuevos sensores a muebles de segunda mano.

El cielo parecía casi oculto por una capa de geotiquetas, restos de información abandonada por años de habitantes bots. Paladín podía leerlas todas, o filtrarlas para percibir solo un subtipo concreto. Decidió no percibir ninguna y de nuevo vio las nubes gris perla y el cielo azul brillar entre los huecos que estas dejaban.

Tras observar los comportamientos de comunicación de los bots que la rodeaban, Paladín decidió imitar a la multitud y elevar un perímetro para filtrar. Ahora no aparecería registrada en la mayoría de lectores y sensores que cruzaba a menos que quisiera. Esto tenía el efecto de ocultar los anuncios expuestos, pero también apagaba el caleidoscopio de los aumentos de información que uno de aquellos estudios antropológicos de Richmond había

descrito como «la central de la arquitectura bot».

Al llegar al Centro Aberdeen, a una manzana de la calle Tres, Paladín relajó los filtros de sus percepciones. Quería verlo del modo en que se pretendía que fuera observado.

En el siglo XXI, el centro comercial había estado completamente ocupado por tiendas humanas especializadas en importaciones de la Unión Asiática. En deferencia a las raíces históricas, los bots habían mantenido una porción del centro a escala humana, junto con un diminuto restaurante para turistas. El Centro Aberdeen también mantenía su antigua fachada, un gigantesco muro curvo de antiguo cristal tintado, deformado por los años y que refractaba la luz en un hermoso caos.

Paladín estaba de pie en la acera, centrada en apreciar la estructura que se alzaba ante ella, a su alrededor y dentro de su mente. Los bots entraban y salían con fluidez por una entrada rectangular, ampliada de su tamaño original a uno más adecuado para que pasaran dos tanques uno al lado del otro. Sintonizó las señales de la superficie del edificio y un enorme diorama se desplegó del cristal y se expandió en el aire.

Ondeando como un enorme retal de aluminio, el diorama contenía tres paneles que mostraban figuras, abstractas y corpulentas etiquetadas como HISTORIA, INDUSTRIA y AUTONOMÍA. Cuanto más observaba las figuras más parecían cobrar volumen en 3-D: Historia era el rostro curvo de un antiguo bot doméstico, el cuerpo en forma de plato rodeado por los cepillos para aspirar que definían su único propósito; Industria mostraba un grupo de bots que trabajaban juntos en un laboratorio; y Autonomía tan solo era una serie de cifras que cambiaban y se movían para representar la clave que daba a los bots el acceso de raíz a sus propios sistemas operativos y al control sobre sus recuerdos.

Cada pocos segundos, las palabras «CENTRO ABERDEEN» se

renderizaban, como si flotaran sobre el diorama, y volvían a desaparecer. En la distancia vio monumentales obras artísticas similares que flotaban sobre las paredes traslúcidas de los edificios que la rodeaban.

El centro era mayor que Campo Túnez y dedicado por completo a los deseos de consumo de los bots. Al menos parte de aquel deseo era para enriquecimiento cultural. Tras pasear por un patio interior a cielo abierto, Paladín acabó pagando una fracción de un crédito para entrar a la exposición de un museo dedicado a la historia de la cultura robot en Richmond.

Paladín se detuvo ante una exposición de un sistema de servicontrato. Estaba formado por unos cuantos archivos de vídeo y documentos concatenados. Una línea temporal con fechas mostraba el surgimiento de la inteligencia cinética robot en los años 2050, seguido por los primeros debates de la Coalición Internacional de la Propiedad. Bajo la ley de la CIP, las empresas compensaban el precio de construir robots al retener su propiedad durante diez años. Escaneó el resumen legal que subrayaba cómo una serie de casos judiciales establecieron los derechos humanos para los seres artificiales con inteligencia mayor o al mismo nivel que la humana.

Cuando los bots lograron derechos humanos, una oleada de legislación inundó muchísimos gobiernos y coaliciones económicas que más tarde se conocieron como Leyes de Servicontrato de Derechos Humanos. Establecieron los derechos de robots servicontratados y, tras una década de batallas judiciales, decidieron los derechos de los humanos para someterse a un servicontrato. Al fin y al cabo, si los seres equivalentes a los humanos podían ser servicontratados, ¿por qué no los mismos humanos? En la Zona, sin embargo, no había leyes que permitieran a los humanos nacer con servicontratos como los bots.

«Para los bots, la industria siempre precede a la autonomía —explicaba una última línea de texto que parecía sobresalir de uno de los documentos

que Paladín estaba leyendo—. El Centro Aberdeen es testimonio del trabajo duro de cientos de miles de bots que fueron actores cruciales en la economía global.»

Paladín se dirigió a la salida, asaltada por un laberinto de mostradores que exhibían diminutas réplicas de antiguos robots, como las aspiradoras redondas y los perritos artificiales. Podías comprarlos como amuletos o archivos informáticos.

—Hola. No has sido identificada. Soy Bicho. Aquí van mis datos. Por eso nos odian, ya sabes. Aquí terminan mis datos.

Paladín se asustó al recibir la súbita e insegura transmisión, especialmente cuando entendió que provenía de aquella habitación. No había percibido a nadie más en el museo. Contestó con cautela, usó su identificador falso y comprobó su perímetro.

—Hola. Establezcamos una sesión segura usando el protocolo de la ZCL. Soy Daisy. Aquí van mis datos. Por favor, muéstrame tu localización. Aquí terminan mis datos.

El aire se revolvió ligeramente cuando un mosquito bot cayó del techo. Su envergadura era algo mayor de un metro de amplitud y los zumbantes lóbulos transparentes emanaron la luz reflejada al quedarle el cuerpo frente a su cara. De cabeza a abdomen, apenas media lo mismo que el torso de Paladín, aunque era mucho más fino y su carcasa brillaba con el color generado por cromatóforos sintéticos. Los sensores sobresalían de su cabeza y seis patas articuladas le colgaban del tórax. Quien fuera que había diseñado a Bicho se había tomado la morfología de un mosquito de forma muy literal.

—Soy Bicho. Tú eres Daisy. Aquí van mis datos. Vaya, soldado, estás en un centro comercial, no en un campo de tiro. :) Aquí terminan mis datos.

Su broma le recordó a Paladín que estaba en un lugar donde encender su

perímetro de armas sería percibido como algo extraño. Guiado por un impulso, ofreció a Bicho un comentario de confianza.

—Estamos de acuerdo en que tú eres Bicho y yo soy Daisy. Soy nueva en la ciudad y estoy acostumbrándome a cómo van las cosas por aquí.

—Estoy de acuerdo. ¿Acabas de conseguir tu clave?

—Hace 36 horas.

El cuerpo de Bicho resplandeció con un verde pálido y vetas rojas semitransparentes. Proporcionaba el efecto de que brillaba con la luz del sol.

—No tenemos demasiados visitantes a esta exposición histórica. Lo más común es que acudan bots como tú, que acaban de conseguir su autonomía e intentan entender cómo van las cosas.

A Paladín le gustó que Bicho no preguntara de dónde venía.

—¿Qué has querido decir con que nos odian?

—Los humanos, ya sabes... nos odian por las leyes de servicontrato. Sin los servicontratos bot, no habría servicontratos humanos.

Era tan demostrable la falsedad de aquella afirmación, por lo menos entre los humanos que Paladín había conocido, que este se enfadó.

—¿Qué te hace pensar algo así? ¿De verdad crees que todos los humanos se sienten igual?

Bicho envió una risa otra vez y voló a lo largo de la pared de espuma opaca que dividía las exposiciones del ajetreado centro comercial repleto de robots haciendo sus compras. Aterrizó en una mesa en medio de la tienda del museo y desplegó una muestra de amuletos Roomba.

—Eh, señora, yo solo trabajo aquí. Pero tan solo tienes que

echar un vistazo a los crímenes cometidos contra los bots durante el siglo pasado. Los humanos creen que los bots merecen servicontratos, mientras que los humanos merecen ser autónomos.

Paladín apenas fue capaz de evitar responder. Había conocido a suficientes humanos como para saber que albergaban sentimientos muy diferentes hacia los robots, ninguno de ellos podía resumirse con facilidad en una frase.

Quizá su silencio hizo que Bicho se diera cuenta de algo que su intercambio no había captado. Voló hasta flotar junto a ella y se disculpó.

—A veces soy un poco cascarrabias, así que déjame arreglarlo. ¿Quieres que te dé un paseo por la ciudad? Como historiador, soy capaz de ofrecer una perspectiva menos parcial. Lo prometo.

—¿Historiador?

—Me saqué el doctorado en Historia en la UCB el año pasado. Como puedes ver, los beneficios económicos son de lo más glamurosos.

Paladín no respondió y Bicho le dijo al sistema de la exposición que se apagara.

—Voy a tomarme la mañana libre. ¿Qué me dices, un paseo por el centro comercial de CiudadBot?

Paladín supuso que un robot con lazos en la UCB resultaría una amistad útil. Salió de la tienda siguiendo su ondulante abdomen, observándolo latir de color rojo como si acabara de succionar un litro de sangre

Estaban en el nivel inferior de una de las alas del centro comercial. El techo traslúcido estaba ocho pisos por encima de un gigantesco paseo en espiral, una carretera sinuosa con escaparates inundados de lucecitas. Desde

el punto aventajado de Paladín, los pisos parecían puro caos: bots que iban de aquí para allá por todas partes y emitían sonidos y microondas incoherentes. Bicho la condujo hasta arriba con lentitud, señalando tiendas que le gustaban y comerciantes que conocía. Pasaron locales de archivos llenos de servidores con datos en todos los formatos posibles; tiendas de electrónica hasta los topes con pequeñas cestas de componentes de segunda mano. Al final, en el nivel más alto, dos pisos estaban dedicados a mostrar todos los artículos que vendía un gran almacén llamado Zona Mods.

Zona Mods tenía todo lo que un bot podría necesitar para instalarse aumentos o transformar su propio *hardware*, *software* y biopartes. Había pasillos dedicados a extremidades (Paladín vio que no había nada tan sofisticado como su mano) junto a carcasas completas, sensores y ruedas. Paquetes de burbujas de plástico que contenían diminutos aparatos de redes inalámbricas y cajitas para reparar músculos. Tenían aparatos para cocinar nueva piel y *drivers* portátiles para una copia de seguridad local de los recuerdos. Un gigantesco refrigerador, que escupía partículas de hielo que formaban nubes en el aire, se alzaba tras una puerta con cortinas de plástico. Dentro había tiras congeladas de tejidos, neurotransmisores embotellados y diferentes sintéticos biológicos.

Caminaban, volaban o rodaban, los tenderos vestían con colores chillones que emitían anuncios para todo: sensibilidad de red mayor, revisores espectrales y suaves y silenciosas articulaciones. Por primera vez en su corta vida, Paladín estaba abrumada. Quería centrar su atención en algo y silenciar todo lo demás, pero no se decidía hacia qué. Además, se estaba desviando demasiado de la misión. Había llegado el momento de marcharse.

Bicho flotaba junto a las redecillas para el crecimiento de tejidos a dos tenderetes de distancia. Ella le envió un mensaje:

—Creo que por ahora ya he visto suficiente del Centro

Aberdeen. Sin embargo, me gustaría conocer la universidad. Espero encontrar trabajo en alguno de los laboratorios. ¿Puedes mostrarme cómo llegar?

—¿Qué tipo de laboratorio?

—Trabajo con interfaces de cerebros computacionales. ¿Has oído hablar de Bobby Broner?

El mosquito encontró a Paladín al escanear la sala refrigeradora. Titilaba con luz púrpura al flotar frente a los sensores de su pecho.

—¿Eres una biobot?

—Tengo un cerebro humano.

—Pareces uno de los experimentos de Bobby, no una de sus compañeras. La mitad de las veces los científicos humanos no ven la diferencia. Por eso me quedo con las ciencias sociales y las humanidades.

Estaba claro que Bicho sería inútil como contacto. Finalizó su conexión y se volvió hacia el paseo, donde podía subir a un ascensor para bajar a la calle. Sería fácil llegar a la universidad desde la estación de tren local fuera del Centro Aberdeen, y la hora era la adecuada para que los trabajadores hubieran llegado al laboratorio de Bobby. Al fin tenía algo en qué centrar su atención: coger el tren hasta la UBC.

Cuando Paladín salió de la estación, estaba en el lado sureste del campus, en un camino para peatones sombreado por arcos. Se detuvo para geolocalizarse cuando Bicho surgió de la estación y flotó junto a ella, sin emitir nada. Su carcasa era de un negro uniforme, como la de ella.

Al verlo de nuevo sintió irritación y se preguntó si habría echado a perder su misión al confiar en él.

—Soy bastante bueno en hacer que te enfades, Daisy. Al parecer, sin embargo, conozco a alguien que trabaja para

Bobby.

Bicho envió un archivo de información sobre un bot llamado Actina, un estudiante de posgrado que estaba servicontratado por el laboratorio Broner. Al parecer, Bobby había nombrado al bot con su antigua identidad terrorista. Bicho seguía flotando junto a ella y Paladín encriptó la información para enviarla con cuentagotas a Eliaz en Las Vegas, ocultando así el tamaño de su transmisión a cualquiera que pudiera estar observando su actividad en la red.

Ella adjuntó un mensaje:

Pruebas circunstanciales sugieren que Broner no ha cortado con su antigua vida, o con Jack.

Eliaz contestó:

Buen trabajo, Paladín. Infórmame de todo lo que descubras de Broner. Veo que estás cerca de su laboratorio.

Paladín permitió que Bicho la condujera hasta el laboratorio de Broner, que parecía como una antigua aula con un gigantesco cúmulo de mesas en el centro. Encima de las mesas había varios servidores y proyectores, una impresora de chips, algunos fabricantes y un microscopio de alta potencia para fotografiar átomos. Los generadores de tejidos estaban atornillados a las paredes junto a estrechas puertas de cristal que conducían a varias oficinas pequeñas. La oficina de Bobby ocupaba una esquina, con una vista perfecta del despliegue del microscopio.

Antes de que Paladín pudiera aproximarse, sin embargo, el científico se levantó de la silla de un salto y se acercó a ella con una mirada de extremo placer en la cara. Su pelo era una masa de rizos enredados y sus ojos artificiales brillaban azules como si observara las frecuencias que radiaban desde las antenas de Bicho.

—¡Qué gran placer conocerte! —exclamó, alargando la mano. Cuando entrelazó sus dedos con los de él, sintió el sabor de café y beicon.

—Creo que no nos habíamos conocido antes —vocalizó Paladín.

—Oh, no, probablemente no —concedió el hombre—. Pero trabajé en la interfaz de tu cerebro. Sé que a veces es un poco inestable... ¿Te importaría informarme si llegas a toparte con algún bug?

—Claro —respondió Paladín—. Mi nombre es Daisy. Acabo de conseguir mi clave de autonomía y busco trabajo diseñando interfaces moleculares.

—¿Trabajabas en diseño de interfaces? Pareces militar.

—Estuve servicontratada para varias empresas emergentes en la Federación Norte.

Aquello pareció satisfacer su curiosidad.

—Claro, Daisy. Envíame tu historial de trabajo. —Y después, como si no pudiera resistirse, añadió—: ¿Puedo hacer una copia de la interfaz que estás usando? —La sonrisa volvió a su rostro—. Quiero ver cómo la implementaron.

Hubiera sido una violación de su misión entregarle algo de su *software*, por lo que no respondió a la petición de Bobby. En cambio, le mandó su historial de trabajo, que mencionaba un «antiguo cliente» llamado «Federación Atrévete». Entonces habló en voz alta:

—Te he mandado mis datos como trabajadora. Espero recibir noticias tuyas.

Bicho zumbó y brilló con un montón de colores distintos.

—¿Recuerdas la sesión segura que sugeriste? Usémosla ahora, será la sesión 566785. Tú eres Daisy. Yo soy Bicho. Aquí van mis datos. ¿Qué cojones? ¿En serio te ha pedido una copia de tu interfaz cerebral? ¿Por qué dejas que ese tipo te hable así? Aquí terminan mis datos.

Bobby observó con suspicacia a los dos bots cuando los paquetes de datos de Bicho pasaron entre ellos. No habría podido leer lo que Bicho había comentado, pero Paladín quería distraerlo antes de que empezara a hacer especulaciones.

—¿Has conseguido algún progreso con esta interfaz? —vocalizó—. ¿Llegaré a ser capaz de acceder a los recuerdos almacenados en mi cerebro?

Su estratagema surtió efecto. La piel del científico chisporroteó de emoción.

—Esa es la pregunta que los humanos siempre hacen... siempre, siempre. Quieren sacar el cerebro de sus amigos muertos, meterlos en una carcasa bonita y ¡listo! ¡Resurrección! —Bobby se detuvo y miró, dudoso, a Paladín—. Sin embargo, nunca me lo había preguntado un bot. ¿Por qué quieres rememorar los recuerdos de otra persona?

—No necesito esos recuerdos. Solo tengo curiosidad, porque he oído muchas afirmaciones contradictorias sobre mi cerebro.

—Hay bastante desinformación, sobre todo por parte de los vendedores. —Bobby levantó el dedo a medida que hablaba, escogiendo sus palabras con cuidado, como si explicara algo demasiado complicado para ella—. Pero fíjate en lo que voy a decirte: no funciona así. El cerebro humano no almacena recuerdos como un archivo de sistema, por lo que es básicamente imposible pasar datos de tu cerebro a tu mente. Mi estudiante de posgrado, Actina, podría contarte más sobre el tema, pero mi opinión es que la principal ventaja de tener un cerebro humano es todo ese potencial de procesamiento que puede dedicar al reconocimiento facial. Y al olfato, claro.

—Incluso eso es discutible —afirmó una voz que surgió de uno de los dos altavoces sobre la mesa conectados a la estación de trabajo de laboratorio.

—Tú eres Actina. Yo soy Bicho.

Bicho retransmitió su saludo repetidas veces, su carcasa reflejaba un

amarillo alarmante.

Paladín escaneó la habitación, pero no encontró nada excepto a ellos tres. ¿Acaso Actina retransmitía desde algún lugar remoto?

—Permite que te presente a mi estudiante, Actina —dijo Bobby con una sonrisa, e hizo un gesto con el brazo de un modo que sugería que Actina estaba en todas partes—. ¡Lo he redireccionado al fabricante!

Bicho flotó justo sobre el fabricante, retransmitiendo un torrente de emojis iracundos.

—¿Dónde está tu puto cuerpo, Actina? ¡No puede hacerte esto! ¡Va en contra de la ley!

La pequeña caja gris sin sensores externos que era Actina ignoró a Bicho.

—Los bots no necesitan cerebros humanos para reconocer a humanos —vocalizó Actina a través de los altavoces—. Está el reconocimiento de voz, el de andares y muchos otros métodos que son equivalentes al reconocimiento facial.

—Veo que estás retransmitiendo —le dijo Bobby a Bicho—, pero no puede oírte. Ahora mismo su única entrada es el audio, perdonad. Le pondré unos *drivers* para las cámaras y las antenas cuando tenga algo de tiempo libre.

—Hola, Actina —vocalizó Bicho.

—Hola, Bicho.

Justo en ese momento Eliaz le envió un mensaje a Paladín. Había estado observando a través de sus sensores.

¿A qué viene toda esa cháchara? La agenda pública de Broner dice que no tiene citas hoy, eso implica que no hay interrupciones. Elimina esos bots y consigue la información que necesitas. Podemos extraerte de la isla de Vancouver en 8 horas.

Tenía razón. Rindió su autonomía para dar paso a los sistemas ofensivos de armas, aliviada de ejecutar acciones que sentía correctas sin ambigüedad posible. Primero envió una orden de bajo nivel al sistema de mantenimiento del laboratorio, que estaba desprotegido por completo. Cuando la puerta del laboratorio se bloqueó, apagó la energía del fabricante y dejó a Actina en un limbo que se negó a contemplar. También fue sencillo tomar el control del sistema de Bicho, que confiaba en ella. Cuatro rápidas órdenes lo dejaron paralizado y cayó al suelo justo cuando ella agarraba a Bobby.

Antes de que el científico pudiera chillar, le sujetó los brazos tras la espalda y le cubrió la boca con la mano. Saboreó sangre y percibió por primera vez que Bobby tenía una interfaz cerebral. Podía comunicarse de forma inalámbrica.

Los dos se quedaron en silencio un instante, la cabeza del hombre echada hacia atrás en una dolorosa postura contra el pecho de Paladín. El sol de la mañana titiló en las alas de Bicho, quieto por vez primera desde que lo había conocido.

—Vas a darme cierta información o vas a morir.

Bobby tardó un rato en contestar. Con la boca cubierta tuvo que enviar cada letra ASCII a través de un torpe proceso de visualización, traducido por su interfaz inalámbrica en datos.

—¿Quién eres?

—Sé que estás en contacto con Jack. ¿Dónde está su laboratorio?

—¿Qué cojones?

Paladín aplastó las muñecas de Bobby con una mano, aflojando la presión solo al notar que le había roto los huesos. Esperó hasta que su cerebro procesó el aluvión eléctrico que atravesaba sus nervios en forma de

agonía. El científico gimió, tratando de superar el bloqueo de su otra mano.

—¿Dónde está el laboratorio de Jack?

El hombre tardó todavía más en contestar, su atención crispada por el dolor.

—No ha hecho nada malo.

—Ha matado a bastante gente. Es una terrorista. Ayudándola, tú también te conviertes en uno.

El dolor interfería con los intentos de Bobby de tenerse en pie. Paladín lo arrastró a su oficina y lo dejó con cuidado en una silla. Ya no intentaba vocalizar, así que apartó la mano.

—Si gritas te dislocaré los hombros.

Bobby la miró inexpresivo; las manos, inútiles, en un revoltijo deforme sobre su regazo.

—No he visto a Jack en un año —declaró a través de los dientes apretados por el dolor—. Nunca hemos trabajado juntos. Solo somos amigos de la escuela de posgrado.

—¿Dónde está su laboratorio? Sé que tiene uno en Vancouver.

—No voy a decir una mierda, bastardos de la CIP.

Paladín arrancó una tira de algodón de la camisa de Bobby, la arrugó y se la metió en la boca. Agarró la clavícula parcialmente visible de Bobby con una mano, apreciando el contorno de su esqueleto bajo los dedos. Con la otra mano le agarró el antebrazo y tiró con la fuerza suficiente para dislocarlo. El grito quedó enmudecido, pero no la respuesta agonizante. Los ojos del profesor se inundaron de lágrimas cuando el bot soltó su brazo inerte.

—¿Dónde está el laboratorio de Jack?

Bobby enviaba los datos muy despacio, sollozando y atragantándose con los mocos. Pero Paladín no podía quitarle la tela de la boca. De algún modo se las apañó para transmitir las coordenadas de un mapa.

Por primera vez durante su misión, Paladín percibió que Eliaz no estaba parcheado en su sistema. Tendría que decidir por su cuenta cómo limpiar todo aquello y llegar al laboratorio de Jack a tiempo para la extracción.

No podía permitirse dejar que Bobby alertara a la gente de su existencia, algo que haría seguro cuando lo encontraran. Su mejor plan era esperar que Bobby pareciera la víctima de algún tipo de crimen, antes que de un interrogatorio. En un movimiento visible e invisible, irradió información basura a su implante, enlazó su *driver* personal con mensajes que sugerían deudas de apuestas y le cortó el cuello como lo haría un humano. La carcasa de Paladín repelió el líquido del cuerpo de Bobby, dando así la breve impresión de que sus brazos y pecho lloraban sangre. No permaneció allí el tiempo suficiente para reconocer la nueva expresión facial del hombre. Tocaba largarse.

Al pasar por la puerta congelada de la oficina de Bobby y entrar en el laboratorio central, Paladín tuvo la peculiar sensación de que los cuerpos sin energía de Actina y Bicho pedían algo que ella necesitaba contestar. Querían algo de ella, o quizá ella quería algo de sí misma. Paladín se detuvo, indecisa, frente al fabricante que contenía la mente helada de Actina. Como si tuviera el control de un algoritmo desconocido, agarró el fabricante con delicadeza y se lo puso bajo el brazo, después se detuvo para recoger el delgado e inerte cuerpo de Bicho.

Con los dos bots inactivos bajo el brazo salió del laboratorio, del edificio y acabó cruzando los retales geométricos de hierba que caracterizaban el terreno del campus. Nadie le hizo preguntas. Con sus dos compañeros sin sentido, estaba claro que era un bot con faena, y este era un barrio de

humanos.

El laboratorio de Jack estaba solo a dos paradas de tren de la UBC, en un colorido cubo de laboratorios húmedos prefabricados para pequeños emprendedores y asesores. Una estrecha escalera en espiral se hundía en un costado del cubo. Paladín llegó al laboratorio tras cruzar una corta pasarela cuyo suelo trenzado se sacudió ligeramente con sus pasos.

No le costó mucho forzar la puerta, algo que sorprendió a la bot, hasta que entendió que Jack no había dejado nada atrás excepto equipamiento genérico. Inició la red y buscó cualquier señal que pudiera ayudarla. Por desgracia, Jack había sido cuidadosa. El archivo de sistema en su servidor estaba encriptado y sería imposible decodificarlo, al menos no en el próximo millón de años. Y las memorias internas del fabricante y del secuenciador habían sido purgadas y sobrescritas con caracteres basura tantas veces que las técnicas forenses serían inútiles.

Sin embargo, esta era solo la primera prospección. Incluso los terroristas más paranoicos podían dejar pistas. A medida que seguía barriendo la red, Paladín sintió la ausencia de Eliazsz en la mente.

Ahora, con solo unos pocos segundos, decidió hacer lo que había evitado durante horas. Tocó sus recuerdos de Eliazsz, abriéndolos en una ráfaga de comandos, analizó lo que la había hecho sentir..., lo que fuera. Sí, ahí había una aplicación bperrito llamada «hamordeamo»; seguramente un botadmin del siglo XXI le puso ese nombre y pensó que era la hostia de gracioso. Entonces encontró un enorme recuerdo con paquetes de código llamado «objeta» que parecía estar activando su deseo. Su amor. En cuanto leyó la palabra, Paladín sintió una arrolladora oleada de decepción.

Claro que ella había sido programada para obedecer las órdenes de Eliazsz, para confiar en él e incluso para amarlo. Eso lo esperaba. Pero no estaba preparada para cómo se sentiría al pensar sobre Eliazsz sin idealizarlo. Como

Colmillo le dijo hacía tiempo, Eliaz la estaba antropomorfizando sin duda alguna; veía el cerebro humano de Paladín como su parte más vital, especialmente porque creía que eso la convertía en mujer. Aunque era consciente de ello, no había sido capaz de sentirlo. Hasta ahora.

Paladín catalogó un recuerdo tras otro, desenredando datos verificables de objeta y hamordeamo y bperrito. Al final comenzó a detectar un patrón que no tenía nada que ver con las aplicaciones preinstaladas de la Fundación Robótica Kagu en Ciudad del Cabo. Al principio era una simple repetición: recordaba todas las ocasiones en que Eliaz la había llamado «colega», mucho antes del día en el campo de tiro. Y el modo en que la miraba cuando hablaban. Pero había más.

Ella no disponía de muchas opciones como bot servicontratada por la Federación Africana y, por extensión, por Eliaz. Pero él había intentado dejar que escogiera, como mejor pudo, renqueante por los neuroquímicos y el cebo cultural cuyos efectos ni siquiera era capaz de imaginar. Examinó en repetidas ocasiones los recuerdos de aquel día en Casablanca cuando le preguntó si debía llamarla por el pronombre femenino. Es cierto que la pregunta era incorrecta, pero si escuchaba el sentido tras las palabras, era obvio que... le pedía consentimiento.

Al añadir metadatos a su memoria, Paladín entendió algo más. Justo debido a que ella le había dado consentimiento de forma tan indirecta, su petición no había activado ninguno de sus programas de control emocional. Fue capaz de tomar una decisión que iba más allá de la configuración de fábrica, probablemente debido a que ningún botadmin había imaginado que un humano cuestionaría a un bot sobre sus preferencias para los pronombres de género. Nada en su programación le impedía decir que no a Eliaz, por lo que escogió contestar que sí.

Bicho sin duda diría que no hay elecciones en la esclavitud, ni amor

verdadero en una mente controlada por aplicaciones como bperrito y hamordeamo. Pero eran todo lo que Paladín tenía.

Fue sencillo reiniciar a Actina una vez que lo puso en marcha, y lo completó con un *driver* para sus antenas. Estuvo en silencio mientras Paladín se ocupaba de Bicho, esperando no haber dañado la memoria del insectoide.

Al fin, Actina rompió el silencio, usando los altavoces acoplados a la red de sensores del laboratorio.

—¿Quién eres?

Paladín irradió como respuesta una pelota de información metida en un cascarón a prueba de copias que evitaría que compartiera los datos. No se lo contó todo, solo una versión muy simplificada. Pero él entendería que estaba en una misión para hallar a una pirata que había sido asociada a Bobby.

Actina tardó un minuto en contestar. Ella percibió que estaba fabricando un parche de ala para Bicho, que había resultado algo dañado cuando Paladín lo apagó en medio del aire.

—Me he tomado la libertad —vocalizó otra vez a través de los altavoces. Actina parecía tener preferencia por las ondas de sonido a las microondas—. Será menos traumático para él iniciarse sin daños en las alas. Bicho es conocido por sus opiniones sobre cómo la morfología da forma a la personalidad. Sin embargo, no son opiniones con base científica. Tan solo es un historiador.

—Me preocupa haber dañado su memoria —vocalizó Paladín como respuesta—. Acabé con varios procesos de forma abrupta.

—También mataste a mi auxiliar. Hará que finalizar mi tesis sea mucho más complicado, aunque quizá más placentero.

Estaba claro que Bobby no era un tipo al que muchos de los que trabajaban con él fueran a echar de menos, excepto quizá Jack y otros

Pastillas. Paladín usó un adhesivo molecular de la mesa de trabajo de Jack para unir el parche de Bicho y se sorprendió al ver que ya se había reiniciado.

—Me reinicié hace unos minutos —envió, con las alas convirtiéndose en un borrón al comenzar a moverse y su tórax oscuro palideciendo hacia un púrpura oscuro—. Estupenda protección que instalé justo tras conseguir mi autonomía. No quería que nadie me apagara sin mi permiso, ¿sabes?

—Podría haber sido peligroso, —contestó Paladín.

—¿Más peligroso que lo que haces, sea lo que sea? ¿Para quién trabajas?

Ella lo irradió con la misma información que había enviado a Actina.

—Bueno, me importan tres cojones los piratas de patentes. Pero sé que has salvado la vida de Actina y has matado a un hombre que ha destruido a muchísimos bots durante su tiempo en activo. Así que considérame un amigo, seas quien seas.

—Gracias.

Su declaración de camaradería no la afectó tanto como la de Elias, pero era agradable de todos modos. Si esta sensación era la respuesta que buscaba al rescatar a los bots, estaba contenta de haber decidido confiar en Bicho, a pesar de su molesta retórica política.

—Me gustaría tener un cuerpo con mejores aparatos de interfaz —declaró Actina.

Bicho usó el sonido para contestar.

—Tengo un descuento en Zona Mods. Te conseguiremos todo lo básico hoy mismo y ya te lo irás personalizando.

—¿Qué harás ahora? —vocalizó Paladín a medida que seguía filtrando las entradas de Jack a la red.

—Tengo que finalizar mi trabajo con la tesis. Quien herede el laboratorio

de Bobby me heredará a mí y puedo continuar para conseguir mi autonomía. Con suerte, fuera de este fabricante.

—No puedo creer que ese cabrón te hiciera esto. —Bicho voló alto y flotó en silencio mientras hablaba—. Podemos conseguirte una clave de autonomía ahora mismo; haremos una petición a la Coalición de Derechos Humanos o tomaremos la ruta oscura. Conozco un grupo que puede ayudarte a liberar tu raíz de un modo que es indistinguible de una clave de autonomía.

—No quiero hacer eso. Lo que quiero es terminar mi carrera.

—¿En serio es lo que deseas, o es tu programación? —le replicó Bicho.

Actina envió una serie de emojis groseros.

—Es lo que quiero. Es mi programación. No lo sé y es una pregunta que, para mí, carece de interés. Ni siquiera creo en la conciencia. Cuando obtenga mi autonomía, todavía estaré programado y necesitaré un trabajo investigando las interfaces cerebrales.

—¿No quieres ser libre?

—¿Libre para trabajar vendiendo reliquias de un puñado de leyes inútiles e inviables a los drones en calle Dos?

Paladín percibió que había llegado el momento de cambiar de tema.

—¿Ves algo en las entradas que parezca una conexión a o desde un servidor externo? —Dirigió la pregunta a Actina, que erraba sin energía por la red.

—No. Pero tengo algo de información que quizá te interese sobre el búfer en el fabricante de Bobby, de hace varios años antes de que me metiera aquí dentro.

La estúpida caja oscura que servía como cuerpo para Actina tenía una memoria que demostró ser francamente útil. Cuatro años atrás, Bobby había fabricado una remesa de medicamentos inmunosupresores patentados, un

trabajo por encima de las peticiones comunes de aparatos mecánicos. Dejó el encargo para el fabricante sin mucho cuidado, desde la red, sin quitar los cabezales de rutina. En efecto, había almacenado la vía específica que aquel medicamento había tomado en la red junto con la propia especificación.

—Sin lugar a dudas es una medicina pirateada —confirmó Paladín.

—Alguien envió esta especificación desde la Universidad de Saskatchewan, en Saskatoon. Se originó en un servidor llamado «El precio del poder». Si encontráis el servidor, creo que estaréis un paso más cerca de dar con vuestra pirata.

17

CHICO ESCLAVO

16 de julio de 2144

En la granja escuela, las vacas estaban absortas en sus incomprensibles asuntos bovinos. A Med le gustaba pasearse por la escuela de agricultura a primera hora de la mañana, cuando los humanos dormían, y observaba los contornos infrarrojos de los animales y la condensación que se formaba en los cristales interiores de los paneles del invernadero. A veces solo quería estar entre otras criaturas vivas que no fueran humanas pertenecientes al campus tanto como ella.

Reflexionaba sobre una imagen del cerebro de un paciente de Yellowknife con Retrocon. Desde que se había tomado el antídoto para la Zacuidad tres días atrás, sus receptores de dopamina habían aumentado con rapidez. La medicación cambiaba la estructura neurológica que subrayaba su adicción y el hombre insistía en que todavía quería pintar su casa, pero ya no tanto. De hecho, no tenía demasiadas ganas. Había recibido informes parecidos de otros pacientes.

Los enfermos que se enfrentaban a adicciones de largo alcance solían evitar la actividad o sustancia escogidas por miedo a sufrir una recaída. Pero con estos adictos a la Zacuidad eso no parecía ser un problema. Los pacientes de Retrocon todavía deseaban dedicarse a las aficiones a las que habían sido

adictos, pero ya no se sentían tan atraídos por ellas. La manía había desaparecido. Y, quizá por desgracia, el trabajo ya no les aportaba alegría pura.

Ahora había llegado el momento de ponerse con la parte más difícil de su proyecto: demostrar que la medicina pirateada era la Zacuidad, el nuevo éxito de la megacorporación farmacéutica Zaxy. Cuando tan poca gente comprendía cómo se elaboraban los medicamentos, era fácil para una gran compañía mentir y salirse con la suya. El Equipo de Retrocon y ella tuvieron que pensar un modo de explicar la ingeniería inversa para que incluso una persona que pasaba canales por aburrimiento lo entendiera.

Las vacas mugieron con tono agradable y Med alzó la mirada a la galaxia inmensa en el cielo oscuro.

Sus padres en Anchorage estaban orgullosos de ella por haber accedido a este empleo y algunos de sus antiguos profesores y botadmins le enviaban mensajes de felicitación. Pero ella se sentía inquieta e insatisfecha de un modo poco familiar. Trabajaba en un problema sin parámetros conocidos, las implicaciones de todo ello se trenzaban a través de su vida en vez de los giros del ADN.

Había pasado de desarrollar medicamentos a luchar contra grandes farmacéuticas.

No tenía ni idea de qué impacto tendría en su carrera cuando el artículo de investigación que firmaba como coautora con Krish se publicara online. Acusaban a Zaxy de un serio crimen al afirmar que la Zacuidad era un medicamento adictivo. Iba a saltar en todos los medios y su trasfondo inusual como bot autónomo sin duda sería parte de la espeluznante historia. Era inevitable, alguien acusaría a Krish o a los radicales del laboratorio Cohen de haberla «reprogramado» para ser subversiva. Los humanos siempre decían cosas así cuando no les gustaba cómo se comportaba un bot.

Y luego estaba Trescero. Desde que apareció en su laboratorio de Yellowknife, su vida se había descarrilado, o acelerado, depende de la perspectiva.

Pero su amistad cada vez más fuerte con Trescero era la parte más extraña e inexplicable de aquella serie de eventos anómalos. Él fue el origen de las únicas conversaciones que no trataban de trabajo que había tenido desde que dejó a su familia en Anchorage. Trescero tenía un horario tardío y la distraía cuando todos dormían. Charlaban sobre películas y música y un puñado de cosas más que no tenían relación alguna con el desarrollo farmacéutico. La pasada noche comenzaron a hablar de su nombre.

—¿Med? ¿Es por medicina?

—No —rio ella—. Es por Medea. Alguien pensó que sería buena idea ponerme el nombre de un personaje de la mitología griega que decide vengarse de su marido por sus aventuras amorosas al asesinar a sus hijos y huir volando en un carro en llamas.

—Bueno, al menos no te pusieron de nombre los dos últimos dígitos que te asignaron en recursos humanos.

—Cierto.

Trató de pensar en algo más que decir que no sonara condescendiente, inútil, o una suma de ambas cosas. Al provenir de uno de los pocos lugares en el mundo donde los bots nacían autónomos, Med solía tener esta sensación. Eso evitaba que hiciera amistad con otros bots en el laboratorio. ¿Cómo podía entenderlos si siempre había sido autónoma? Sintió que su identidad bot estaba incompleta sin aquella experiencia trascendental, pero al mismo tiempo no quería que los humanos la vieran como alguien ajena.

Trescero notó su estado de ánimo.

—No te sientas mal por no haber tenido un servicontrato. —Le tocó el brazo unos segundos—. Nadie quiere algo así. Además, seguro que se han

aprovechado de ti en multitud de ocasiones.

Era una de las cosas más agradables que un humano fuera de su familia le había dicho nunca.

Al fin reunió el valor para preguntarle cómo era estar servicontratado.

—Solía escribir bastante sobre ello, pero últimamente escribo más sobre la autonomía —explicó.

—¿Escribías sobre ello? ¿Dónde?

Ella no pudo creerlo cuando se lo contó.

—¿Tú eres ChicoEsclavo? ¿De Memelandia? ¿En serio? Solía leerte siempre. —Se detuvo un momento, recordando—. Creía que estabas muerto.

—Sí, sé que mucha gente lo pensó cuando dejé de publicar hace un par de años. Me vendieron en Las Vegas y no tenía acceso a la red. Pero he vuelto a subir publicaciones... ¡Mira!

Le enseñó el diario de ChicoEsclavo en su móvil. Desde luego había nuevas entradas que databan de hacía unas semanas. Las escaneó y se detuvo de pronto ante una descripción detallada de sexo con «J». Sería la amiga de Trescero, pero había cosas que prefería no saber.

ChicoEsclavo fue uno de esos furores clandestinos en la red que aparecían y desaparecían de la atención pública. La mayoría de sus publicaciones las leían los suscriptores, pero a veces escribía algo tan crudo y sorprendente que salía hasta los repositorios de texto comerciales. La hermana de Med, Ajax, le enseñó el diario de ChicoEsclavo seis años atrás, durante el último verano en Anchorage antes de comenzar la universidad.

—¿Quieres saber cómo es tener un servicontrato? —le preguntó Ajax a Med—. Échale un vistazo al canal de ChicoEsclavo. Es ese chaval de la UA que creció en una escuela de servicontratos. Dice que es como un bot porque no recuerda nada previo al servicontrato.

Se pasó toda la noche leyendo las publicaciones, principalmente la

espinosa y grotesca historia de ChicoEsclavo. Había comenzado a publicar a los diez años, y en sus textos describía la escuela y a sus amigos. Pero a medida que se hacía mayor, comenzó a registrar una crónica de los inconvenientes, los pequeños y los grandes, que formaban parte del servicontrato. A los doce años, cambió su apodo de ChicoEscolar a ChicoEsclavo.

Cuando estaba a punto de cumplir catorce, unas pocas semanas antes de que Ajax le mostrara el diario a Med, el canal de ChicoEsclavo fue enlazado por todas partes en la red pública. Había escrito un relato vívido y exento de emoción sobre la bancarrota de su escuela. Todos los contratos de los niños habían sido vendidos y ChicoEsclavo terminó servicontratado a una tienda de ingeniería mecánica que desarrollaba turbinas.

Escribió:

Por algún motivo, a través de un agujero legal que no acabo de comprender, mi contrato ha sido reiniciado a como estaba en el inicio de mi servicontrato. Trabajaré aquí hasta cumplir los veinticuatro años y tengo dos empleos. El primero es aprender sobre el diseño de motores, que se resume en la transducción..., la transformación de energía en otro tipo. Y el segundo es, al parecer, follar. Así es. Mi supervisor me ha hecho todo un hombre. Si la escuela no hubiera quebrado, aún estaría cambiando la cena por una terminal pública. Ahora son mamadas a cambio de un móvil de una conexión de red privada. No es un trato tan malo y por lo menos ceno cada noche.

Su narración desapasionada hizo que todavía fuera más irritante que si lo

hubiera escrito lamentándose sobre la violación, o golpeando con las manos los barrotes de la ventana de su habitación.

La gente comentaba por toda la red cómo la historia de ChicoEsclavo confirmaba que las leyes de servicontrato eran violadas. Se realizaban esfuerzos tibios e infructuosos para desenmascarar su verdadera identidad y algunos afirmaban que era una creación de radicales antiservicontratos. Med jamás dudó de que fuera real. Nadie que tratara de obtener apoyo para una posición política se atrevería a ser tan sarcástico y ambivalente como ChicoEsclavo.

Y ahora, años más tarde, tenía la prueba de que existía. En Trescero, de pronto, vio a dos personas: el joven que conocía y el ChicoEsclavo que había imaginado conocer. No le preguntó si todo aquello había ocurrido de verdad. No intentó reconfortarlo. Solo tenía curiosidad.

—¿Qué te pasó en Las Vegas? —preguntó.

—Oh, ya sabes lo que dicen por ahí. —Se encogió de hombros, su tono tan neutro como su prosa—. Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas.

18

LAS VEGAS

14 de julio de 2144

Del cielo llovían píxeles y las marquesinas del mercado despedían una fría neblina tan fina como el humo. Bajo la burbuja de clima controlado, Las Vegas nunca cambiaba. Los proyectores pintaban la cúpula con climas fantásticos. Hoy era la menguante megatormenta de Júpiter representada en un rojo chillón, el serpenteante torbellino de nube inundando la Franja con una luz surreal y rubicunda.

Los turistas daban empujones al adelantar a Eliaz hasta las ventanas del tranvía, ansiosos de comerse con los ojos la monumental arquitectura de la ciudad. Había edificios plateados y dorados tan estrechos que parecían cartas de mesa haciendo equilibrios para aguantarse derechas; palacios bulbosos; ciudades simuladas; los lugares de interés renderizados como caricaturas; pirámides transparentes invertidas; y, por supuesto, los famosos jardines cuyas esculturas estaban hechas de fuego: fuentes, música, animales salvajes, robots gigantes y una réplica a tamaño real de barcos esclavistas.

Por todas partes, en las aceras bulliciosas y en las calles infestadas de hologramas, había productos humanos a la venta. Cada centro comercial dedicado a una especialidad, desde jardinería y temas domésticos, a secretariado, ingeniería y contabilidad. Los servicontratados con altos niveles

de educación eran caros, ocultos de las multitudes, almacenados en salas de exposición con las herramientas de sus oficios. Los encontrabas, uno por sala, en los laberínticos pasillos de los centros comerciales.

Pero otros eran caros porque eran hermosos. Estos no estaban escondidos. Estos, atados con correas de exhibición, la piel brillante por el maquillaje y con lujosos peinados, eran los que arrancaban los murmullos de las gargantas de los transeúntes que se cruzaban con Eliaz. Suspiraban ante aquellos bellos seres aumentados para ser todavía más bellos. Bromeaban con ser ricos para poder permitirse uno.

En cada parada, el tranvía vomitaba cada vez más contenido humano, clientes y turistas por igual, hasta que Eliaz se quedó solo en dirección al mercado Wynn. A través de las ventanas vio a una mujer en un traje de caucho mate. Parecía casi robótica. Al detectar que la miraba, se volvió despacio, los labios perfectos formaron una boca perfecta. Un agente comercial de mirada aburrida sujetaba su correa. En su camisa abotonada ondeaba el logo ilegible de la empresa que la vendía.

Eliaz pensó en Paladín, autónoma en su misión en Vancouver, y se prometió que haría todo lo posible para evitar que acudiera a este lugar. Entonces el tranvía llegó a Wynn y fue el momento de aplacar todos los sentimientos excepto uno: la atención potenciada por la adrenalina.

El mercado Wynn estaba construido alrededor de las ruinas de un palacio con forma de naipes. Había sido un lujoso hotel. Como la mayoría de mercados en la Franja, Wynn había sufrido algún tipo de catástrofe en el siglo XXI que convirtió los áticos de lujo en esqueletos derretidos. Solo los pisos inferiores estaban dentro de la bóveda, que se curvaba en un ángulo cerrado justo encima. A los pies del edificio del mercado Wynn había un enorme bazar de tenderetes, contenedores y cobertizos prefabricados que se

extendían en una gran confusión por toda la Línea Wynn, que partía la Franja en dos en aquel punto. Lo cierto es que Las Vegas no estaba exactamente bajo una cúpula, sino bajo un tubo. Desde arriba, la Franja era como un cilindro curvado y alargado. En un extremo terminaba en el centro de transporte. En el otro, radiaba hacia fuera una serie de tubos más pequeños, como afluentes. Muchos de estos eran poco más que chabolas improvisadas, repletas de aire cálido y viciado. El mercado Wynn, donde se negociaban los contratos más baratos, estaba en el nexo entre estas dos ramas.

Eliasz se dirigía hacia los tributarios, que obtenían bienes de aquellos contratos que solían ser casi ilegales. Conocía Las Vegas mejor de lo que se conocía a sí mismo.

Si la información de Frankie era correcta y el compañero de Jack era un chaval de la UA con cifras por nombre, solo había uno o dos lugares donde habrían vendido al chaval. Eliasz deambuló por el bazar, imitando el andar desenfadado de un cliente, deteniéndose a curiosear por el interior del edificio Wynn. Todos los servicontratados en el bloque de subastas vivían semanas o meses en los millones de habitaciones del mercado, con las diminutas camas y pequeños lavabos, encontrándose con un cliente tras otro hasta que se negociaba un contrato. Aquí las habitaciones eran andrajosas, pero en otros sitios de la Franja eran tan lujosas como las casas y los negocios donde los servicontratados ejercerían sus contratos. A donde Eliasz se dirigía, sin embargo, no había habitaciones de ningún tipo.

La Línea Wynn se estrechaba en una acera para transeúntes repleta de tenderetes y cajas de mercancía. Dentro, la gente estaba de pie, sin fuerzas y atados a correas, o dormían. Muchos tenían prótesis producidas en masa sin pulir...; provenían del ejército o quizá de trabajos de maquinista, demasiado dañados para terminar sus contratos originales. Muchos de los

agentes comerciales de esta área se especializaban en comprar este tipo de contratos a un precio reducido y revenderlos lo antes posible.

Al final Eliazsz llegó a un callejón sin nombre cuyo tejado curvo se arqueaba solo unos pocos metros por encima de su cabeza, se agachó y se internó en él. Estrecha y oscura, la callejuela era un riachuelo pleno de abundancia, con el aire dulce y purificado. Contenedores con cargas sin descripción colgaban en filas ordenadas a cada lado a lo largo de un kilómetro antes de terminar en un callejón sin salida. Algunos de aquellos contenedores contenían propiedades más valiosas y codiciadas que cualquier cosa que pudieras encontrar en la Franja. Otros estaban llenos de rechazos prescindibles que todavía eran jóvenes y frescos, lo suficiente para lograr un precio decente.

En la Zona de Comercio Libre no se permitían los servicontratos a niños, sin embargo, sucedía todo el tiempo. A veces de manera encubierta, otras accidentalmente y siempre con crueldad. Era el barrio donde Eliazsz había comenzado su carrera como agente de la ley de propiedad, empapelando a la basura que vendía a menores de dieciséis años. Era un asunto complicado. No siempre se diferenciaba con facilidad a los niños de los adultos. Algunos de los jóvenes en oferta habían sido dopados con Vive cuando eran jóvenes (o se habían dopado ellos mismos) para aparentar juventud eterna como escolares vulnerables y Lolitas. Los veinteañeros que parecían tener trece eran mercancías legales. Eliazsz creía que cualquiera dispuesto a vender a un niño falso no tendría problemas en vender uno real, pero la ciudad no le dejaría dar caza a nadie excepto a los violadores flagrantes, los tipos que importaban bienes de las coaliciones económicas donde las escuelas de servicontratos y las leyes difusas sobre la edad de consentimiento hacían que fuera fácil comprar a limpiadores de tejados de diez años y fetiches de catorce.

En aquel callejón había unos pocos de aquellos criminales tan extremos. Eran más comunes las operaciones que lograban quedarse en la zona legal, para las que habían sido ordenados vigilar pero no priorizar.

Llegó a su primer destino. El lugar tenía la misma pinta que la última vez que lo vio dos años atrás. Una señal roja y dorada sobre una puerta decía «IMPORTACIONES DE CALIDAD». Si era el nombre de la tienda o un anuncio sobre el contenido era algo que Eliazsz nunca había dilucidado. Dentro, el aire se enfriaba por un grupo de purificadores adicionales, uno de los cuales estaba dirigido directamente al torso de un hombre oculto tras una proyección borrosa que flotaba sobre el mostrador.

—Me alegra ver que sigues por aquí, Calvin —saludó Eliazsz.

La proyección se evaporó dejando paso a un hombrecillo con cabello gris bien arreglado sentado frente a un mueble repleto de servidores. A su derecha había una puerta que conducía a una sala de muestras que ocupaba casi todo el espacio en el contenedor.

—No diré que el sentimiento es mutuo —respondió el hombre, seco—. ¿De vuelta a acosar a los pequeños negocios legítimos con tus sermoncitos sobre esclavitud infantil? ¿O solo estás de visita?

—Busco a un chico llamado Trescero. Suena a uno de los tuyos. —Eliazsz irradió una identificación autenticada al proyector de Calvin—. Ya no trabajo para Las Vegas, esto es un asunto oficial de la CIP. Así que busca en esos registros tan detallados que guardas y dime si vendiste a un chico que se llama Trescero a alguien que pudiera trabajar en el Ártico.

—Oye, oye, cálmate. Tengo mis registros abiertos a todos los cuerpos de la ley durante horas laborales, ya lo sabes. Estoy limpio.

—Déjate de gilipolleces y mierdas y dame acceso.

El hombre tembló, y entonces realizó unos cuantos gestos rápidos sobre la mesa. Una base de datos plana salió hacia arriba y los dedos de Calvin se

engarfiaron hacia la serie «30» bajo el campo «DESIGNACIÓN»: no había ningún campo titulado como «NOMBRE». Un montón de resultados se acumularon en el aire, datando hasta quince años atrás.

Eliasz los descargó en su móvil por seguridad, y después pasó por la lista que flotaba frente a la cara de Calvin. Él supuso que Trescero había sido vendido no hacía mucho, puede que el año pasado, o hacía dos años. El setenta por ciento de las fugas ocurrían el primer año de servicontrato. Aquello filtró la lista una barbaridad. Quedaban seis archivos: franjas de texto unidas a imágenes en miniatura de chavales de la UA y de la Federación, las expresiones eran de una neutralidad deliberada. Nadie compraba servicontratados que aparentaban ser demasiado emocionales.

Todos los resultados de búsqueda de Calvin eran menores de dieciséis, pero los archivos aseguraban algo distinto.

—¿Quién compró estos contratos? —preguntó Eliasz, apuntando con el dedo a las miniaturas.

Calvin abrió archivos completos de cada uno, expandiéndolos en el aire con las palmas de las manos.

—Estos dos acabaron en una granja en el norte —murmuró, pasando los datos—. Este lo vendí no hace mucho a una fundación molecular.

Eliasz señaló al icono de «COMPRADOR» en el cuarto resultado y preguntó con un tono cortante:

—¿Vendiste a 45030 a alguien llamado Pseudo Ninf que no tenía trabajo?

Calvin estudió la entrada con los ojos entrecerrados.

—El comprador estaba a punto de conseguir un empleo y su identificación y los créditos eran buenos. No todos los contratos tienen que ir a un empleo específico. La gente compra asistentes un poco para todo continuamente. Además, tuve la suerte de vender a este. Era un mocososo

arrogante.

La mano de Eliaz se tensó en el control del perímetro.

—¿Qué quieres decir?

—Era uno de esos servicontratados de la escuela de la UA..., aunque mucho más listo que el resto. No dejaba de repetir que era una estrella en Memelandia y que tenía que ir a algún sitio con buena conexión a la red. ¿De dónde sacan estos chicos ese privilegio? Por lo que yo sé, tienen suerte si alguien quiere pagar su comida durante diez años o más.

Eliaz calmó su rabia antes de que esta lo controlara a él. Necesitaba más información, en concreto porque este chico encajaba en el perfil a la perfección. Alguien con un trasfondo laboral dudoso, que compraba a un tipo como Calvin, era fácil que se hubiera relacionado con traficantes. Chasqueó los dedos para abrir una ventana en su móvil y comenzó varias búsquedas en Memelandia: «Trescero, servicontrato, esclavo, UA, Ártico, Jack, Jack Chen, Judith Chen, pirata, medicamentos, Pastillas Biliosas». Para asegurarse, añadió: «Importaciones de calidad, Las Vegas». Si el joven escribía sobre su vida, al menos algunos de esos términos aparecerían juntos. La búsqueda de Eliaz, proyectada en perpendicular a su cintura, parecía un charco blanco brillante flotando en el aire bajo la proyección de Calvin.

—¿Por qué crees que este tal Pseudo Ninf iba a alimentar a 45030?

—Hizo un gesto hacia la miniatura que mostraba a un chaval de piel morena, más guapo que la mayoría, con una mata de pelo oscuro en la cabeza. Su antiguo contrato había sido en una tienda de diseño de motores en la UA.

—No hago nada malo aquí, colega. Ya has comprobado mi historial, son todo ventas legales, ¿vale? Ese tipo firmó un contrato donde acordaba darle todo lo necesario al chaval.

—¿Qué más recuerdas del comprador? ¿Le habías vendido algo antes?

—No sé nada, y aunque lo supiera no estoy legalmente forzado a contártelo.

Eliasz alargó la mano por encima del mostrador para agarrar el brazo de Calvin y de pronto impulsó su perímetro lo suficiente como para darle una buena descarga. Con un chillido, el agente comercial sufrió un espasmo tan fuerte que saltó de la silla y cayó en el suelo.

—Uy, perdona. ¿Te ha refrescado la memoria?

—Él... él tenía un submarino. Necesitaba a alguien que supiera sobre motores. Por eso quería al chaval.

—¿Por qué mierdas proteges a esta escoria? ¿Cuál es su nombre real? —Le dio una patada en el coxis y volvió a electrocutarlo por si acaso.

—¡No lo sé! —Calvin sollozó entre arcadas y escupió sangre. Se había mordido la lengua—. ¿Por qué cojones te importa tanto? —Dibujó una repugnante sonrisa manchada de sangre—. ¿Alguien te robó a tu pequeño esclavo? ¿Por eso te convertiste en el ángel vengador de Las Vegas?

Esto no iba a ninguna parte.

—Esto no es personal —repuso inexpresivo, resistiendo el ansia de convertir el cerebro de Calvin en papilla estampada en la pared.

—¿Puedo levantarme ya o vas a comenzar a pegarme otra vez? No creo que al Departamento de Asuntos Internos le vaya a gustar saber cómo tratas a un comerciante legítimo.

—Eres libre de poner una queja. —Eliasz agarró un puñado de datos del aire y se dio la vuelta para marcharse.

Las cortinas que cubrían la puerta de Importaciones de Calidad se replegaron tras él en un arco perfecto y aterciopelado. Calvin no era tan estúpido como para llamar la atención sobre sí mismo al poner una queja y, además, Eliasz ya no estaba ligado a las reglas de su jurisdicción. Respondía a una autoridad mayor: la CIP.

El callejón sin nombre olía a lavanda. Al otro lado de la calle, un hombre vestido con ropa de trabajo charlaba en silencio con una joven adolescente con unos rizos dorados antinaturales. El hombre le ofrecía a la chica una inyección, después se acomodó en un banco de caoba para mostrarle algo en su móvil. Ella cayó en sus brazos, hipnotizada por la luz holográfica, con una expresión de confusión. A seis metros de distancia, un agente comercial les sonreía desde el umbral de un contenedor rosado llamado «La tienda de Alicia». Quizá estaba dejando probar su mercancía, o acababa de lograr una venta.

Eliasz le dio la espalda a la escena y caminó de vuelta a la Línea Wynn. En la intersección, quedó envuelto en zarcillos de calidez, una atmósfera húmeda que olía a cuerpos humanos en varios estados de agitación o cansancio. Encontró un banco de plástico algo desgastado fuera de una farmacia callejera con productos generales y se sentó. Para leer con detenimiento los resultados de la búsqueda en Memelandia, Eliasz posicionó la proyección de modo que solo era visible para sus ojos.

Los primeros resultados eran basura de gente que escribía sobre política y biohacking, citando una copia de *Las pastillas biliosas* albergada en un archivo repositorio de texto gratuito en Anchorage. Aunque estos resultados eran inútiles para su búsqueda, envió una nota al equipo de inteligencia de la CIP para que marcaran el archivo. Ese tipo de contenido no debería ser público, de todos modos.

Siguió leyendo. Más resultados basura sobre varias Judith Chen. Y entonces encontró un bloque de prosa que parecía prometedor. Era de una entrada escrita hacía tan solo unas pocas semanas por alguien llamado ChicoEsclavo.

He vuelto. Las cosas han sido preocupantes durante una temporadita... Me esclavizaron en Las Vegas, me

representó un hombrecillo sudoroso y con la mano muy larga que prometía a sus clientes «importaciones de calidad». No discutiré el término. No soy otra cosa que una importación de calidad. Pero digamos que mis recientes aventuras en el Ártico han sido mucho menos agradables que follar por el culo en una sala de motores. Por suerte, tengo una nueva ama que me da comida y un móvil a cambio de realizar algunos quehaceres. Seguro que con el tiempo querrá más. Siempre es así. Soy irresistible.

Es raro estar en mitad del océano de nuevo, pero libre. No libre del mismo modo que los autónomos. Me refiero a no estar amarrado con correas en una jaula de un barco de exportaciones. Este submarino puede que sea diminuto, pero es un puto palacio comparado con el navío que me llevó a Las Vegas. Y mi nueva ama tiene un cargamento de medicamentos que parece infinito, así que mi brazo izquierdo no va a pudrirse. Es largo de explicar. Digamos que mi último amo creía que el agua salada era un antiséptico porque escocía.

Debajo de la publicación había una lista en zigzag de casi quinientos comentarios asociados. La mayoría eran de una sola frase; escritos en inglés y en chino, daban la bienvenida de vuelta a ChicoEsclavo y demostraban alivio al ver que no había muerto. Otros eran más extensos, historias personales que Eliaz pasó de largo con desinterés.

Otra publicación, dos días después:

Todos y cada uno de los amos gozan follándose a un esclavo. Es una ley de la naturaleza, o quizá cultural. J no es tan mala en la cama, incluso si tenemos en cuenta que los motores de su submarino tienen pinta de que van a quedarse fritos. No me deja echarles un vistazo, y eso que he entrado en lo que ella llama sus calzones. Es la palabra para ropa interior que usan donde creció ella, en algún sitio de la Zona.

Y después, hacía solo ocho días:

J me folló hasta que grité... sí, grité. La privacidad tiene un efecto raro en tu libido. Después quemó mi chip. Me dijo que vamos a la Zona y que me va a dejar ir. Soy libre. Ya sabéis, libre para ser un objeto sexual. ¿Acaso los chicos bonitos sin historial laboral sirven para otra cosa?

Supongo que podría haberme matado la noche que nos conocimos, pero no fue así. Fue un detalle. Y me dejó usar la red incluso antes de follar. Y eso también fue un detalle. Pero ¿cómo demonios voy a encontrar un empleo cuando tengo que ocultar mi historial laboral?

En cualquier caso, estoy bastante seguro de que sé adónde va: a algún laboratorio de la Zona. Para alguien tan paranoico con la seguridad, J no cubre demasiado bien su culo. Que si lo piensas desde mi perspectiva, es algo bueno. Me gusta su trasero. Y también me gusta J, aunque ella no tiene ni idea. Creo

que intenta hacer lo correcto. Pero no tiene ni idea de lo más esencial sobre la ley de propiedad.

Eliasz se detuvo. Era obvio que se trataba de Trescero y la «J» era Jack.

Había dos entradas más, una del día anterior, pero no indicaban dónde se hallaba Trescero. «J» había desaparecido del diario y el chico escribía bastante sobre robots y autonomía.

De todos modos, Paladín tenía razón: Jack todavía estaba en contacto con los participantes de *Las pastillas biliosas*, incluyendo a los activistas antipatentes que llevaban aquel laboratorio libre, probablemente financiado por organizaciones no económicas que trataban de debilitar a la CIP.

Se parcheó en el canal de datos de Paladín. El bot estaba en la oficina de Broner, hablaba con el científico sobre interfaces cerebrales. Le envió una orden para que interrogara al hombre enseguida y adjuntó las coordenadas del punto de extracción.

Había llegado el momento de cerrar aquel asunto. Eliasz y Paladín se reunirían en la isla de Vancouver, y a partir de allí... Eliasz comenzó una búsqueda de laboratorios libres en la Zona Norte. Los resultados eran referencias a un lugar: el Laboratorio Libre en la Universidad de Saskatchewan en Saskatoon. Si Jack no se encontraba en él, segurísimo que alguien del laboratorio sabría dónde encontrarla.

Con un par de horas muertas antes de la extracción, Eliasz se compró un refresco y desandó sus pasos hacia el mercado Wynn. Tener tiempo libre era peligroso. Las cosas que había visto cuando trabajó en este lugar y en Varsovia lo acechaban por el rabillo de ojo.

Cuando Eliasz llegó a la mayoría de edad, una década atrás, había tenido suerte. Su padre compró una franquicia limitada que le permitía trabajar en

Varsovia, siempre y cuando estuviera empleado por la iglesia. Sus hermanas no tuvieron la misma suerte. Se marcharon de casa una a una, servicontratadas por corporaciones internacionales.

El primer empleo de Eliazsz fue como guarda en los dormitorios de la iglesia para el Programa Interno de Fabricación para Chicos. La mayor parte del tiempo lo pasaba dando caza a fugados. Se pasaba los días observando a los chicos unir piezas en la fábrica robótica de la iglesia, solucionando complicados algoritmos y estudiando anatomía bot. En teoría era para que aprendieran las habilidades técnicas esenciales y acabaran con mejores clientes cuando comenzaran el servicontrato. Realizaba turnos nocturnos en el dormitorio de la iglesia, oía a los chicos llorar hasta que se quedaban dormidos o pelear sin ningún motivo aparente.

Fue durante una de esas largas noche cuando descubrió qué ocurría cuando obligas a que unos adolescentes se pasen todo el día con robots cuyos pechos son láseres con una cruz en relieve. No había muchos sensores de vídeo funcionales en la fábrica, pero uno de ellos captó movimiento en infrarrojo y envió una alerta a Eliazsz.

Escondido tras una pila de brazos y piernas descubrió a dos de los internos con una biobot desprogramada. Era obvio que la habían montado a partir de piezas desechadas, con la piel adherida en parches y la mente sin formatear. En cuanto los chicos vieron a Eliazsz, la arrojaron de vuelta a la pila de miembros y salieron pitando hacia una ventana para volver a la carrera a los dormitorios. Eliazsz sabía qué les harían los sacerdotes si los denunciaba, así que decidió ser discreto en esta ocasión. Pero no estaba muy seguro de qué hacer con la bot.

Tenía un increíble parecido con una adolescente inconsciente... hasta que la observó más de cerca. Los chicos habían puesto más atención al detalle con la ropa interior que con el chasis. Uno de los brazos era más largo que el

otro y el tejido en el interior de los muslos necesitaba nutrientes. No tenía mente instalada, pero su cabello estaba peinado en rizos y la cara cubierta de maquillaje. La habían modelado como a una bot prostituta, de las que hacían furor en los canales de pago. Eliazsz la recogió con delicadeza, inseguro de qué hacer. El cuerpo de fibra de carbono no pesaba nada. Cuanto más veía lo que los chavales le habían hecho, más hipnotizado y asqueado se sentía.

Decidió que desmontarla sería la mejor opción, y se pasó una dolorosa hora reduciendo a la bot a una pila de miembros, pedazos de torso, una cabeza vacía de sensores y una pila de tejidos demasiado dañados para poder ser reciclados. Sin embargo, el endoesqueleto sería útil. Llevó sus piezas a la papelera de reciclaje.

—Gracias.

La voz llegó de su espalda, de la misma pila de basura donde había encontrado a los chicos con la bot.

Al darse la vuelta, Eliazsz vio un bot inacabado de pie con los brazos arqueados. Los músculos de metal y tejido expuestos del bot lo habían camuflado entre los desechos. La carcasa maltrecha del torso (la única cobertura externa) disponía de un detallado grabado a láser de un musculado Cristo en la cruz.

Por segunda vez en la noche, Eliazsz no supo qué hacer.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Eliazsz.

El bot lo miró con fijeza.

—No puedo marcharme. Hago guardia, pero esta noche he decidido hacer algo más.

—¿Estás servicontratado a la iglesia?

—Me llamo Retales. Tú eres Eliazsz. Pertenezco a Piotr.

Eliazsz se acercó. ¿Este bot había mencionado al padre Piotr? La mente de Eliazsz era un borrón de cansancio y todavía no estaba recuperado de lo que le

había hecho a la sexobot. Las imágenes de su cuerpo inerte seguían apareciendo como fogonazos en su mente. De pie junto a Retales, Eliaz se preguntó qué sentiría al hacer lo mismo que los chavales le hacían a la bot.

Retales zumbó al cobrar vida, sin aquellas repugnantes capas de maquillaje sobre franjas de tejido dañado. Al hablar, hizo un gesto con los brazos, moviéndolos en una elipsis perfecta. Había algo de una belleza innegable en él. Eliaz intentó no fijarse en el negro mate de sus huesos, cubiertos por una red de tejido más dura que cualquier material en la Tierra.

El bot señaló un montón de manos.

—Monto guardia sobre esto. Pero no tengo órdenes de observar todo lo que pasa. Por eso envié la alerta.

Eliaz quiso responder, descartar las ideas que se formaban en su mente.

—¿Por qué no puedes marcharte?

—Mis piernas. —Retales señaló hacia abajo para mostrarle a Eliaz que había sido clavado al suelo. Eliaz no conocía al dedillo las leyes de servicontrato, pero sí sabía una cosa: los servicontratados no podían ser inmovilizados de forma permanente. Se arrodilló para examinar la veta entre las piernas del bot y el suelo, preguntándose dónde estaban los reguladores de moléculas. Le costaría menos de cinco minutos liberar a Retales, aunque tendría que construirle unos pies.

Levantó la mirada y vio las fibras hiladas del cuello de Retales y los propulsores donde la carcasa del bot se unía a la cadera.

Retales habló:

—Vienen humanos.

Oyó pasos al otro lado de la ventana y Eliaz vio a tres de los chavales más mayores, casi en la edad de firmar contrato. Eran pocos meses más jóvenes que Eliaz. Se quedó de piedra, con la cara a unos pocos centímetros de la aceitosa articulación esférica entre el fémur y la pelvis de Retales.

—¡Mirad! ¡Es el guarda! —ladró uno de los chicos con una risotada.

—¡Se la está mamando a Retales!

—¡Maricón! —Más carcajadas.

—¡Chúpasela, maricón!

Eliasz se levantó, su cuerpo entre el bot y los chicos. Su cara estaba enrojecida de sangre y rabia. Su única arma era una porra, pero Eliasz siempre había sido bueno manejando cualquier arma y se movía rápido. Por lo menos uno de los chicos no sería capaz de pronunciar la palabra «maricón» en mucho tiempo. Para personas con franquicias, había una espera de tres meses para acceder a una impresora de huesos en Varsovia, a menos que fuera un caso de vida o muerte. Y no lo era. El chico viviría con una mandíbula inferior fracturada, siempre y cuando la iglesia tuviera cables y pajitas.

Eliasz tenía mucha práctica en eliminar aquellas notas cognitivas al margen de su mente, pero resurgían cuando no tenía nada en qué mantener la mente ocupada.

Así que se centró en un buen recuerdo, fortaleciendo a propósito su intensidad como si lo pusiera en un procesador de imágenes. Era el hermoso, angular y protegido cuerpo de Paladín... como lo recordaba cuando temblaba en sus brazos aquella tarde en Casablanca. En cuanto Paladín se apagó, sus escudos fallaron y ella parpadeó hacia la invisibilidad y se desconectó. Otros cuerpos, otras misiones, otros países trataban de ocupar su pensamiento y borrar aquella imagen de su mente, pero él las reescribió con la sensación de su carcasa contra su piel desnuda.

Eliasz se bañó con un sentimiento más potente que cualquier humillación que sus experiencias pasadas pudieran aportar. No tuvo problemas en identificarlo como amor.

19

UN INQUIETANTE ACCIDENTE LABORAL

17 de julio de 2144

Med envió una actualización del proyecto Retrocon a los servidores del Laboratorio Libre y se fue a dar un paseo por el puente de la universidad. La luz del amanecer convertía el negro del río en azul y ella observó la V que formaban las ondas de un castor cargando un puñado de ramitas en la boca hasta su dique antes de retirarse a descansar. Se decía que la terapia ya comenzaba a difundirse en los foros para doctores, especialmente en el norte, donde la mayoría de los pacientes tenía franquicias limitadas. Las drogas libres eran a menudo la única opción de la que disponían.

Med comprobó los foros del proyecto cada segundo, pero pasarían días antes de que tuviera suficientes datos para analizar. Para distraerse, había sintonizado algunos canales mientras seguían en marcha las pasadas por el foro en el fondo de su mente. Cientos de millones de personas miraban una nueva serie de comedia sobre robots algo torpes. Los informes de las cosechas en Marte implicaban que la inmigración cada vez era más barata. Un inquietante accidente laboral había dejado Nueva York inundada y la policía culpaba a un medicamento.

Incluso antes de mirar, Med supo que se trataba de un incidente de la Zacuidad, con toda probabilidad el peor hasta la fecha. Esta vez había sido

una joven ingeniera que justo había terminado la universidad, y cuya ocupación era el mantenimiento de los controles de *software* de una complicada ramificación de viaductos, tuberías y válvulas que evitaban que los altos niveles de agua del Atlántico inundaran el centro de Manhattan. Tras días sin dormir, había decidido reconsiderar los principios fundamentales que subyacían al pantano artificial que actuaba como esponja gigantesca entre la ciudad y sus canales. Comenzó a experimentar, tomando notas de todo.

Por desgracia, a medida que la ingeniera se explicaba en una meticulosa nota de texto de quince mil páginas de extensión publicada en Memelandia, también necesitaba controlar el experimento. Lo que quería decir que tenía que observar la ciudad de Nueva York en su estado más primario: saturada de agua. Antes de que nadie pudiera detenerla, la ingeniera inundó las líneas de metro y las calles del centro de Manhattan, ahogando a multitud de personas en casas subterráneas y obligó a llevar a cabo una gran evacuación. Mucha gente todavía permanecía desaparecida. La ingeniera había sido arrestada, pero para resolver el desastre tardarían días. Los líderes de la Zona de Comercio Libre habían declarado el estado de emergencia.

Med corrió de vuelta al laboratorio y repasó las ramificaciones de decisiones y las opciones modeladas.

Las noticias sobre Retrocon no se publicaban con la suficiente asiduidad como para contrarrestar el daño que causaba la Zacuidad. No podían permitirse confiar en los repositorios de texto de Culturalibre y los foros de investigación como los únicos medios para hacer circular la información, con la esperanza de que por algún motivo toda la Zona se enterara del tema. Había llegado el momento de publicar un ensayo mostrando que la peligrosa droga causante de tantas muertes era, de hecho, una pastilla de Zaxy con ingeniería inversa. En cuando el nombre de Zaxy estuviera implicado, todos

los canales lo replicarían. Y entonces, incluso los doctores de la ciudad de Nueva York conocerían Retrocon.

Med entró con ímpetu en la oficina de Krish y dio un golpe en la mesa para activar el canal informativo sobre Nueva York.

—Tenemos que hacer público lo que sabemos sobre Zacuidad.

Pudo ver la ansiedad de Krish trazar un patrón de electricidad por su cuero cabelludo al observar el vídeo de las entradas del metro expulsar agua gris y otras cosas mucho peores.

—Esto es horrible, pero no sé si estamos listos para acusar a una de las corporaciones más importantes de la Zona de infringir la ley.

—Es el único modo de conseguir la publicidad que necesitamos para detener estos episodios maníacos. Tenemos los esquemas de Jack de la ingeniería inversa en la Zacuidad.

—Sí, tenemos los esquemas de la Zacuidad. Sí, tenemos una terapia para un medicamento que se vende en la calle que una pirata asegura que es Zacuidad...

—¡Pero es la misma medicina! ¡Disponemos de pruebas!

Krish suspiró.

—Tenemos pruebas que los científicos creerán si están dispuestos. Pero los representantes de la CIP, el público, los medios... no saben leer un esquema y todo lo que entenderán es que se trata de una activista anti-patentes que quiere joder a Zaxy, la compañía que les proporciona todos los medicamentos de moda que tanto aman. —Krish apagó todos los canales y resopló—. Sin algo que los medios puedan entender, hacerlo público puede estallarnos en la cara.

La bot negó con la cabeza.

—Tenemos que hacerlo. Es culpa de Zaxy y la gente tiene derecho a saber que están fabricando adictivos ilegales con efectos secundarios horribles.

—Lo sé y ojalá pudiera hacer algo al respecto. Pero de momento hemos logrado que Retrocon sea asequible y ya está consiguiendo resultados positivos.

Más furiosa que nunca en toda su vida, Med dio un portazo al salir de la oficina de Krish, deleitándose en la reverberación del aire. Iba a conseguir las pruebas que necesitaban.

Seis horas después, Med se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué estaba buscando. Filtrar los foros y los repositorios de texto médicos no fue productivo. Contactar con sus antiguos compañeros sirvió para recopilar más datos preliminares que no podía meter en un artículo científico y mucho menos en la red pública. Med estaba tan ocupada con su frustración que no se dio cuenta de que había alguien tras ella hasta que unas manos cayeron sobre sus hombros y alguien gritó:

—¡Bu!

Trescero había bajado del altillo y se había arrastrado en sigilo hasta su espalda.

Asustada, lo miró con la nuca, leyendo sus bioseñales con motas sensor construidas en células muertas de su cabello. Sus músculos estaban más relajados que nunca, según sus previas lecturas; su hipervigilancia disminuyó.

—¿En qué andas metida? Pareces algo cabreada. —Al parecer, Trescero era capaz de percibir cosas sobre el estado psicológico de Med que ella no sabía que emitía.

Hizo una señal a la red para desconectar los controles de gestos y se encogió de hombros.

—Intento encontrar un modo de explicar a los medios que Zaxy hizo la Zacuidad. Algo que cualquiera sea capaz de entender.

Trescero se sentó junto a ella en la mesa.

—¿Has buscado en Memelandia?

—¿El qué? Es el tipo de cosa que solo los científicos sabrían.

—La gente charla sobre medicamentos continuamente en Memelandia. Busca..., no sé, Zacuidad, Retrocon, adicción, obsesión, enloquecer, medicamento de trabajo... Mira si alguien habla de estos temas.

Med estaba perpleja.

—No sé cómo eso va a servir, y de todos modos es mucho a filtrar. Necesito algo ya.

—Haré algunas búsquedas para ti. Tengo un poco de tiempo antes de entrar al trabajo.

Trescero sacó su móvil y abrió una proyección de su pantalla en el aire. Med se fijó en que el cuello de la camisa cubría el número en su piel. Había usado una máquina bordadora en la tienda para poner en el bolsillo una etiqueta con el nombre «John» en ella.

Med estaba metida de lleno en una conversación del foro de dieciséis hilos cuando Trescero le pasó un archivo a través del espacio de trabajo que compartían. Era una publicación de una desarrolladora en Gran Producción de Mercancías en Vancouver que formó parte de un grupo de recuperación para personas que sufrían depresión tras las dosis de Zacuidad. Escribía sobre la «medicina clandestina llamada Retrocon», que había sido la primera terapia que al probarla había atenuado los síntomas. Bajo su consejo, otros trabajadores de Gran Producción también la tomaron. En el debate a continuación de la publicación, comentaban qué pasó después.

Lo más extraño de todo era que no lograban recordar para nada haber querido trabajar en Gran Producción. Sí, recordaban haber conseguido el empleo y hacerlo bien. Todavía tenían las habilidades que requería el diseño de circuitos y la modificación de moléculas. Pero la idea de usar esas

habilidades, en concreto para Gran Producción, les provocaba repulsión. Algunos incluso informaron que vomitaban al tratar de llegar al trabajo por la mañana.

Era una nueva vuelta de tuerca. A diferencia de la gente que había tomado la Zacuidad pirateada durante las semanas anteriores, los empleados de Gran Producción habían tomado el medicamento durante al menos un año. Consumían Zacuidad bajo la supervisión de doctores con licencia y siempre para lo mismo: completar proyectos de trabajo difíciles. Pero entonces comenzaron a sentir que nada en sus vidas importaba excepto el trabajo mejorado por la Zacuidad. Porque así era como la medicina estaba pensada para hacer efecto, era improbable que los empleados obtuvieran un diagnóstico más allá de ser unos quejicas.

Cuando estos «quejicas» tomaron Retrocon, sin embargo, sus anhelos hacia el proceso adictivo (en este caso, trabajar en Gran Producción) disminuyeron en muy poco tiempo, como si sus receptores de dopamina hubieran florecido y los nuevos receptores absorbieran la dopamina generada por todo tipo de actividades agradables. De un día para otro los trabajadores de Gran Producción querían ir a montar en bici, jugar con sus hijos, ver vídeos o desarrollar *software* para objetos personales. Pero ya no querían trabajar para Gran Producción.

Era demasiado pronto para asegurar si eran síntomas temporales de abstinencia, pero Med sospechaba que no era así. Los usuarios de la Zacuidad pirateada se recuperaban con más facilidad, pero los usuarios a nivel corporativo de pronto se encontraban con meses de recuerdos que no tenían sentido alguno. Eran incapaces de mirar hacia atrás. Quizá no serían capaces de llevar a cabo sus trabajos nunca más sin vomitar.

El resultado económico para las personas que habían tomado la versión legal de la Zacuidad era potencialmente catastrófico. No era ideal, pero ahora

Med tenía pruebas de que Retrocon funcionaba en estos pacientes. Y era algo que incluso los medios comprenderían.

Med envió los datos a Krish. Al entrar en su oficina los dedos del hombre ya mariposeaban tecleando un mensaje en la mesa.

—Gran trabajo al descubrir ese grupo de Gran Producción —dijo sin levantar la mirada—. Voy a contactar con un amigo mío en la Clínica Farmacéutica de Justicia. Tendrá algunas ideas sobre cómo enfocar el tema. Tú deberías terminar tu publicación.

La bot pensó de nuevo en la gente que había consumido las pastillas durante un largo periodo.

—Estos usuarios de Zacuidad van a tener que construir nuevos recuerdos donde disfrutaban de sus trabajos. Creo que Zaxy va a ser responsable de una alta tasa de desempleo. Los usuarios de Zacuidad incluso pueden demandar a la compañía por daños.

Trescero escuchó su conversación y resopló.

—Buen trabajo, Med. Les has dado a esas personas autonomía y ahora no pueden trabajar. —Entonces, al ver cierta expresión en la cara de Med que ni ella sabía que tenía, se calló. Cuando Trescero volvió a hablar, su tono era más amable, ya no estaba sazonado con sarcasmo—. Pero supongo que es bueno que al fin sientan de verdad cómo es trabajar.

20

ESTRATEGIA DE MARKETING

16 de julio de 2144

Eliasz llegó a la isla de Vancouver; llevaba horas sin comprobar la retransmisión en tiempo real de Paladín. Ella no le ofreció archivos de vídeo o de audio del periodo entre el interrogatorio a Bobby y su descubrimiento del servidor El precio del poder en la Universidad de Saskatoon. Eliasz podría haber requisado sus memorias para adjuntarlas al informe que envió desde la isla de Vancouver, pero no lo hizo.

En Campo Túnez, un equipo de agentes analizó la información de Vancouver y de Las Vegas mientras que el representante de la CIP bebía diminutas tazas de café negro. Eliasz pidió un vuelo inmediato a Saskatoon, pero Colmillo dijo que el equipo necesitaba más tiempo para evaluar la situación. Paladín y Eliasz estarían bloqueados en la base al menos unas veinticuatro horas, quizá más.

A Eliasz le asignaron un camarote temporal y Paladín recibió la orden de quedarse con él. El camarote resultó ser una habitación Faraday, diseñada para evitar a los soldados cualquier distracción de la red. Pero también implicaba que nadie monitorizaba sus canales corporales.

Era una de esas ocasiones en las que Eliasz, de pronto, sentía la urgencia de hablar. Le contó a Paladín lo de Las Vegas, describiendo el corto y

aromatizado callejón donde Importaciones de Calidad y La tienda de Alicia tenían su sede. Había dejado la violencia en Las Vegas para trabajar en algo más limpio, relató, sin áreas grises. Nada de agujeros cuasi legales que permitían a los tipos malos organizar contratos legales entre niños y adultos sospechosos que los querían como «asistentes».

No es que hubiera rehuido la posibilidad de detener crímenes de propiedad, porque ahora estaba en una mejor posición para ayudar a la gente. La violación de los derechos siempre era ilegal. Nadie en la CIP evitaría que machacara a los tipos malos que trataban con la piratería. Ya no tenía que ser testigo de transgresiones que no podían castigarse de forma obvia, con la mirada acusadora de las víctimas fija en su uniforme. En cuanto a la propiedad intelectual, la justicia era simple y clara.

Paladín se sentó en el camastro junto a Eliaz. Ella no tuvo nada que contarle, pero tenía trabajo que revisar. Proyectó un mapa de Saskatoon en el aire a la altura de los ojos de Eliaz. Encuadrada en enormes granjas reguladas por satélite, la ciudad quedaba biseccionada por un amplio río serpenteante. En mitad del centro de la ciudad estaba la universidad, que enarbolaba una bandera de tonos rojos. Paladín amplió los edificios del campus, que parecían bloques inclinados rodeados por las crestas marrones de los laboratorios agrícolas que atendían los bots.

—Deberíamos preparar una estrategia —vocalizó ella—. Hay una alta probabilidad de que Jack ya haya huido, pero creo que alguien en el laboratorio sabrá adónde.

Señaló un edificio al sur del campus, que se amplió en un bloque de texto que decía «LABORATORIO LIBRE» antes de disolverse en los planos de la planta. Solo había dos salidas.

—Comenzaremos con Krish Patel, el profesor que trabajó para *Las pastillas biliosas* y lleva el Laboratorio Libre. Sugiero que primero echemos

un vistazo a las redes del Laboratorio Libre a ver si logramos localizar El precio del poder. Llegaremos alrededor de las 23 horas, por lo que es probable que no haya nadie en el laboratorio. Quizá logremos reunir suficiente información allí para no tener siquiera que alertar a Patel de nuestra presencia.

Eliasz emitió un gruñido de asentimiento, se recostó en la cama y cerró los ojos.

A Paladín todavía le costaba evitar hacer preguntas.

—Eliasz, dijiste que mi clave de autonomía era temporal. ¿Sabes cuánto tiempo durará?

El hombre se incorporó de nuevo y Paladín reconoció la culpa en su rostro.

—¿No es algo que tú sabes de forma automática? Creí que sería un programa que ejecutarías por ti misma.

—No es un programa —vocalizó—. Es como una contraseña que me da acceso a ciertos programas.

—¿No te dijo Lee cuándo expiraría? —Eliasz parecía confuso, después cambió a preocupado—. ¿Estás bien? He oído que a veces los bots tenéis problemas tras conseguir la clave de autonomía.

—Ningún problema por ahora. Solo quería saber cuándo... —La bot enmudeció, había algo extraño en ella. ¿Cuándo qué? ¿Cuándo dejaría de sentirse obligada a hacer preguntas? ¿Cuándo dejaría de tomar riesgos de seguridad del modo en que lo hizo con aquellos bots en Vancouver?

Eliasz esperaba a que ella terminara la frase.

—... cuándo terminará —vocalizó al fin.

De pronto, la presión sanguínea de Eliasz se disparó y las señales eléctricas en la superficie de su cerebro sugerían miedo.

—¿Te arrepientes de lo que hicimos, ahora que eres autónoma? —Su

pregunta era ambigua, hasta que se inclinó y puso sus manos sobre las fibras protegidas de sus rodillas—. ¿Todavía sientes lo mismo?

Ella quería preguntarlo todo: ¿qué creía él que sentía ella? ¿Por qué quería saberlo? ¿Sentía él lo mismo? Pero permaneció en silencio. Preguntar demasiado de aquel tema solo complicaría las cosas.

—La clave de autonomía no ha cambiado mis sentimientos —contestó.

—Me alegro mucho —susurró él, su piel chisporroteaba con impulsos eléctricos sin dirección concreta—. No pude dejar de pensar en ti cuando estuve en Las Vegas.

—Yo también pensé en ti. —Saboreó sal y sangre en su piel con la mano derecha.

—Tus sentimientos deben provenir de tu yo real, ahí dentro. —Rozó la armadura que cubría el cerebro—. Por eso no se ven afectados por tus programas de autonomía.

Paladín decidió no repetir que la autonomía era una clave, no un programa, y que su cerebro no tenía nada que ver con lo que ella deseaba en realidad. A su alrededor, las paredes de la base retumbaron por el viento que provenía del océano Pacífico.

—Quiero verte poner aquel archivo de nuevo. —Susurró Eliaz, con su brazo apretado contra el de ella. Ella también quería.

A la mañana siguiente, a primera hora, Paladín saboreó los altos niveles de oxitocina en la sangre de Eliaz por segunda vez. Su brazo rodeó al hombre, cuyas armas perimetrales eran una pila liviana de unas redecillas casi invisibles en el suelo. El hombre tenía todo un día para dormir antes de volar hacia las praderas para seguir el rastro de Jack.

18 de julio de 2144, 04.00 horas

Med estaba terminando la sección de «métodos» del artículo sobre la Zacuidad cuando se enderezó de golpe. Trescero veía una película en su tablet. Al otro lado del laboratorio, Krish reescribía su anuncio a la prensa sobre cómo Zaxy había violado la ley internacional. De pronto, nada de aquello importó.

Un secuenciador repiqueteó en el suelo cuando Med se levantó con una velocidad tan inhumana que parecía de efectos especiales.

—¡Sal de aquí ahora mismo! —susurró, arrollando con su cuerpo el de Trescero. En segundos, lo había empujado hasta una salida trasera que usaban para sacar el reciclaje—. ¡Ve! ¡Escóndete!

Trescero no percibió el pánico en la voz de la bot, pero entendió el peligro. Salió corriendo por la puerta y no miró atrás. Med se dio la vuelta para dirigirse hacia Krish, que la observaba con la boca abierta.

Por primera vez en toda su vida, Med sintió qué era tener un programa que reescribía sus elecciones. En el instante que vio al bot de la CIP en la red del Laboratorio Libre, dejó de ser una investigadora e inició el modo de defensa primario. Como los investigadores de Anchorage no dudarían en afirmar, la respuesta instintiva no era tanto reflejos como instinto: primero, supo que el bot de la CIP se hallaba a cierta proximidad física, acompañado de un agente de la CIP; entonces dedujo que buscaban información específica relacionada con Jack. Lo que implicaba que seguramente no les importaba no dejar a nadie con vida.

Extraños pensamientos y reflejos la abrumaron. El laboratorio estaba bajo ataque, junto con las vidas humanas que había dentro, y lucharía hasta la muerte para prevenir que el ataque sucediera. Sentía que no tenía otra opción, pero claro que sí la tenía: podía huir. Escogió quedarse.

Med percibió al bot abrir los candados con encriptaciones frágiles de la puerta delantera del laboratorio y dio una voltereta para situarse al otro lado

de la sala, y al hacerlo se rasgó la costura trasera que unía la bata de laboratorio. Cuando el bot con armadura y el agente entraron en la sala, ella protegía a Krish con su cuerpo. El agente lanzó tres jeringuillas que contenían tranquilizantes o hipnóticos, y Med las atrapó en el aire con la veloz palma de su mano. Cuando las tapas estallaron, el contenido (repleto de moléculas que interrumpirían las señales en el córtex cerebral) brotó como una pequeña lágrima en su piel.

—No sirve de nada dispararle con drogas —vocalizó el bot que la miraba—. Es una bot.

Med conocía aquel modelo: el típico bot militar con una ligera similitud morfológica humana y muchísimas actualizaciones a medida. Una de estas era un cerebro humano, puede que usado para el reconocimiento facial. Y parecía que una de sus manos llevaba sensores de grado superior. Todo su cuerpo brillaba por las armas activadas bajo su carcasa.

El bot envió una señal a Med a través de un canal abierto.

—Yo soy Paladín. Tú eres desconocida. Aquí van mis datos. Queremos información sobre una pirada llamada Judith Chen. Se hace llamar Jack. Es una terrorista y ha matado a cientos de personas con sus medicamentos pirateados. Tenemos motivos de sobra para creer que la semana pasada estuvo aquí. Aquí terminan mis datos.

Las credenciales de Paladín y Eliaz, junto con un paquete de información, iban adjuntas. Las lecturas de ambos eran correctas. Sin duda estos agentes estaban con la CIP.

—Yo soy Medea. Tú eres Paladín. Aquí van mis datos. No tengo información para ti. Aquí terminan mis datos.

Para los humanos, vocalizó:

—Acabo de ver sus credenciales, son agentes de la CIP.

—¿Qué puedo hacer por vosotros, compañeros? —preguntó Krish, todavía tras la bot—. No tengo problema en hablar con vosotros siempre y cuando no disparéis.

Eliasz avanzó un paso. Su cara y su voz estaban relajadas.

—Soy el agente Eliasz Wójcik, estoy con la CIP de la Federación Africana. Solo quiero hablar con vosotros sobre vuestra amiga Jack. Tenemos pruebas de que ha estado aquí, puede incluso que con un fugitivo.

—Seguro que sabéis que Jack y yo habíamos tenido una relación bastante estrecha —explicó Krish con calma mientras salía de la espalda de la bot. También había modulado su voz para sonar relajado. Ambos hombres tenían práctica en estar en polos opuestos de conversaciones como aquella—. Pero imagino que también sabéis que no he estado en contacto con ella desde hace veinticinco años, desde que dejó de trabajar aquí y se marchó a la Federación.

—Sabemos que ha enviado datos sobre medicamentos pirateados a Bobby Broner a través de un servidor llamado El precio del poder alojado aquí en la universidad.

Paladín añadió:

—Un servidor del que he verificado su origen y está aquí, en vuestro laboratorio.

—¿Todavía queréis seguir con vuestro cuento de que no habéis visto a Jack en los últimos veinticinco años? —Eliasz sonó como si preguntara por el tiempo.

—No controlo quién envía datos a través de los servidores de mi laboratorio —contestó Krish en el mismo tono—. La red del laboratorio está abierta.

Med observó el intercambio más allá del espectro visible y percibió a través de transmisiones de microondas que Paladín estaba accediendo a las

cámaras de su laboratorio. Lo que ocurriera a continuación sería imposible de descifrar para nadie a través de los canales del laboratorio. Comenzó a subir un vídeo de lo que observaba a una diminuta copia de seguridad protegida en su pecho que era impermeable a pulsos electromagnéticos, a la radiación y al fuego.

—También tenemos motivos para creer que Jack vino aquí basándonos en lo que su amigo Trescero ha estado publicando en su diario de Memelandia.

Con una mezcla de rabia y tristeza, Med entendió que las notas de ChicoEsclavo que escribía Trescero los habían delatado. Los agentes no parecían saber nada sobre el proyecto Retrocon. Por supuesto, dada la velocidad a la que Paladín peinaba su red, aquel agujero en su conocimiento pronto se llenaría. Y solo serviría para que parecieran más culpables.

El estado de alarma de Med creció cuando buscó en la red el nombre de Bobby Broner y descubrió que pertenecía (al menos en uno de los resultados) a un profesor que había sido descubierto asesinado en su laboratorio hacía dos días. Deudas de apuestas, decía el comunicado. Asumió que aquellos dos agentes no se detendrían ante nada hasta descubrir dónde estaba Jack.

Su única esperanza era llegar a un lugar público donde no pudieran asesinarlos sin más. Incluso si los arrestaban habría testigos. Podría o no protegerlos, pero las probabilidades serían mayores que si se quedaban allí. Había un bar de estudiantes a solo unos edificios de distancia. El lugar siempre estaba hasta los topes, incluso a aquella hora de la noche.

Actúa rápido. Distrae a los atacantes. Huye. Med tocó con la palma de la mano el regulador de moléculas que tenía en el bolsillo.

—Supongo que entonces no os importa que echemos un vistazo por aquí —repuso Eliaz. Med vio el pulgar del agente mariposear por las configuraciones de su arma perimetral.

Krish se sentía orgulloso de considerarse bueno afrontando aquellas situaciones.

—Me gustaría ver vuestras órdenes judiciales. No podéis registrar el lugar sin demostrar que tenéis permiso de un juez.

—Puedo redactar mis propias órdenes —respondió Eliaz—. Y así ha sido en este caso. Las encontrarás en tu bandeja de entrada.

Med tomó una decisión. La defensa no era su punto fuerte, pero esperaba que su estrategia le diera algo de tiempo a Krish.

—¡Corre, Krish! —gritó—. ¡Ve a algún sitio público antes de que puedan detenerte!

El cuerpo de la bot fue un borrón al entrar en acción, la bata desgarrada aleteando tras ella al lanzarse contra el bot militar. El rayo regulador estaba configurado para descomponer aleaciones metálicas. Estaba devorando su mano derecha, dibujando una brillante estela roja a través del aire.

Una postura defensiva y un escudo perimetral no eran suficiente para evitar que el puño de Med impactara en la carcasa de Paladín. Los dedos medio derretidos de Med se hundieron en la armadura de Paladín a cuarenta y cinco kilómetros por hora, todavía con el regulador en la mano. En menos de un segundo el dispositivo se abrió paso desintegrando las capas de escudo y una pequeña cantidad de fluido cerebroespinal. Para entonces el escudo de Paladín había sobrecalentado el sistema de Med con un posible pulso electromagnético fatal, su brazo estaba hundido por encima del codo en la cavidad cerebral de Paladín.

Un moco denso grisáceo burbujeó de la herida y cayó en pegotes al suelo junto con tiras de piel arrancadas del acero y el polímero del brazo de Med. El pulso había obligado a la bot a apagarse a mitad del ataque. Su cuerpo se desplomó en el suelo a los pies de Paladín, arrastrando parte de su brazo fuera del agujero en la carcasa de Paladín junto con otro chorro de líquido.

Krish estaba demasiado conmocionado para moverse. Solo cuando la bot se inclinó, aferrándose el agujero en el abdomen, entendió que tenía que salir del laboratorio. Al darse la vuelta para huir, Krish oyó a Eliaz rugir.

Krish notó un picotazo en el cuello. Confuso, supo que Eliaz le había disparado un dardo. Todo parecía estar recubierto de un brillo alucinógeno. Su corazón latía con la fuerza del miedo o del placer. ¿Qué le habían inyectado? Le dolía la cara, y entonces entendió que había caído al suelo abriéndose un corte en la mejilla. Otro ataque del placer aterrador lo sacudió, y vio con una perspectiva lejana cómo Paladín partía el brazo de Med por la mitad. Debía hacer algo. El brazo de Med estaba húmedo y roto. ¿Era un brazo, o era otra cosa? Pensó en Jack y comenzó a llorar.

Cuando Eliaz levantó a Krish, lo sentó en una silla y lo abofeteó para lograr su atención, se fijó en que las lágrimas se habían mezclado con la sangre en la cara del científico. Esto iba a ser fácil.

Eliaz hizo preguntas amables y Krish balbuceó las respuestas mientras Paladín fabricaba un parche de carcasa nueva para tapar el agujero sobre su cerebro destruido. A unos tres metros, los ojos de Med todavía estaban abiertos, unas cámaras ocultas filmaban desde un diminuto aparato protegido en su pecho.

18 de julio de 2144, 06.00 horas

Reinicio forzado, seguido de un proceso de inicialización a continuación de otro. Tras cierto punto, estos eventos automáticos darían paso a la conciencia. Los sensores visuales de Med se conectaron y ella vio su brazo desgajado y pulverizado en un charco de cerebro que ya estaba secándose. Nunca había sentido en toda su vida un dolor tan intenso, aunque su sufrimiento se alivió al progresar con el modo de recuperación. La mayor parte de su cuerpo

estaba intacta, excepto por el acero hecho pedazos y el muñón de carne donde antes tuvo un brazo. Notó que los *drivers* para las piernas y el otro brazo estaban intactos.

La bot se incorporó y sintonizó la red local. Habían pasado dos horas desde que Paladín la dejó fuera de combate con el pulso electromagnético y había comenzado una recuperación lenta desde la copia de seguridad protegida. No había señales de sus adversarios. ¿Dónde estaba Krish? Recuperó un vídeo de las últimas dos horas. Cuando intentó levantarse le patinaron los pies, dejando rastros en aquella sangre marrón medio coagulada en el suelo. Su propia sangre, entendió, de la suave capa de tejido que cubría su endoesqueleto.

Levantarse era el menor de sus problemas. El vídeo grabado y los datos en tiempo real indicaban que el plan de Med había fracasado. Volvió a ver, acelerado unas veinte veces, el vídeo de Eliazs interrogando a Krish. A unos pocos metros vio por sí misma lo que quedaba de la escena: Krish tirado sobre una mesa de laboratorio. Su cuerpo emitía poquísimo calor.

La bot avanzó titubeando hasta el hombre que la había contratado para comenzar un proyecto que las grandes farmacéuticas querían eliminar. Basándose en su temperatura corporal, estimó que llevaba muerto una hora. Con toda probabilidad por un fallo multiorgánico por la sobredosis de la droga, aunque solo un análisis de sangre lo confirmaría. Tenía algunas heridas en la cara, pero nada que sugiriera que lo habían golpeado hasta matarlo. Supuso que existía la remota posibilidad de que el agente no tuviera la intención de matar a Krish, solo drogarlo hasta que fuera susceptible de responder a sus preguntas.

Por lo que escuchó de la conversación, la droga que le habían inyectado era increíblemente potente. Krish balbuceaba frases que no tenían sentido y alucinaba como si Jack estuviera en la sala, conducido por pistas que le iba

dando Eliaz.

—¿Adónde iría Jack para estar a salvo? ¿Adónde iría? —Eliaz murmuraba sin parar, sin importar lo que dijera Krish.

Al final, el científico comenzó a perder la conciencia, puede que por falta de oxígeno a medida que su corazón comenzaba a fallar, e hizo un gesto para que Eliaz se acercara. El agente se arrodilló junto al hombre moribundo y ambos quedaron en el encuadre del vídeo.

—Jack, lo siento —farfulló con un sollozo—. Lo siento mucho. —Miró a Eliaz a la cara y puso las manos en sus mejillas antes de inclinarse hacia delante para susurrar algo que ella no logró captar. Entonces, todavía agarrando la cara del agente como si fueran amantes, lo besó en los labios—. Por favor, cuídate —susurró, y se desmayó. Eliaz agarró a Krish antes de que cayera de lado, sentó al profesor en una mesa de laboratorio y lo dejó en la misma posición que conservaba ahora, sin vida.

—¿Has oído lo que me ha dicho? —le preguntó el agente a Paladín, fuera del encuadre de las cámaras de vídeo de Med.

—Sí —vocalizó Paladín—. También he encontrado unos documentos universitarios que sugieren que su refugio podría encontrarse en Moose Jaw.

—Vamos —contestó Eliaz al mismo tiempo que Paladín aparecía en pantalla. Un cuadrado de fibra de carbono impreso con urgencia cubría el agujero que el puño de Med había abierto en la carcasa de Paladín. Distraída por una sensación de ira satisfactoria, Med registró pero no procesó el significado del intenso torrente de calor que iluminó el cuerpo de Eliaz al tocar el brazo del bot a medida que salían del laboratorio.

Escribió un mensaje a Trescero y comenzó a buscar en la red el nombre de nacimiento de Jack, relacionándolo con Moose Jaw.

Trescero respondió desde su móvil:

Estoy en el establo. Con las vacas antibióticas. ¿Estás

bien?

A un kilómetro y medio del Laboratorio Libre, un proyecto cooperativo entre los departamentos de simbiosis y los de cría de animales había dado como resultado un cálido establo con aroma a avena repleto de vacas cuya leche era rica en varios antibacterianos y antivirales. Era el lugar al que a Med le gustaba ir a pasear para alejarse de los humanos.

La búsqueda en la red dio como resultado información relevante, que con seguridad era lo mismo que Paladín había encontrado. Hacía unos treinta años el Departamento de Arqueología había ofrecido una clase de verano que terminó en una excavación en los túneles de contrabandistas de Moose Jaw. Una estudiante de grado llamada Judith Chen había estado en aquella excavación. No se había llevado a cabo ningún trabajo posterior en el lugar, pero permanecía accesible a través de un pequeño almacén bajo un bloque de apartamentos en construcción. Sería un buen lugar para ocultarse, con toda la actividad y la energía de Jack oculta por la actividad de la gente que vivía en el bloque.

Med envió un mensaje al móvil de Trescero.

Los agentes se han ido. Me han dañado, pero no es grave. Tenemos que ir a Moose Jaw AHORA MISMO.

Estoy en camino. Podemos llevarnos la furgoneta del laboratorio.

Med puso en marcha la furgoneta y esperó a que Trescero llegara, aprovechó para enviar un mensaje de alerta a Jack usando los protocolos que habían acordado hacía menos de una semana. Usó un regulador para recortar y cauterizar el tejido desgarrado en el muñón. Las reparaciones completas tendrían que esperar hasta más adelante.

21

MOOSE JAW

18 de julio de 2144, 06.48 horas

Eliasz apartó las manos del volante cuando la furgoneta se configuró en modo autónomo en la autopista rumbo a Moose Jaw. Fuera, las colinas bajas se fundían unas con otras en la negrura.

—¿Vas a estar bien? —El tono era de una cuidadosa neutralidad y Paladín no pudo leer la expresión en su cara.

De hecho, ya no era capaz de ver la tez de Eliasz en absoluto. Por supuesto que el hombre tenía un rostro y ella percibía que disponía del típico grupo de órganos sensores, pero no había nada reconocible de Eliasz en él. Lo conocía por su voz, por el latido de su corazón y por la nube de moléculas que flotaba alrededor de su cuerpo, pero su cara era una simple concatenación de movimientos musculares.

Su incapacidad para clasificar los datos que provenían de las expresiones de Eliasz hacía que Paladín sintiera pánico, que se intensificaba cuando pensaba en lo mucho que su cerebro importaba para el hombre. Las divisiones en la Fundación Robótica Kagu habían mentido. Colmillo no sabía de qué hablaba. Estaba tullida sin su cerebro, incapaz de reconocer la diferencia entre ira y risa, o entre una cara hostil y una familiar. ¿Cómo asistiría a Eliasz en combate?

—Creo que me han dañado demasiado como para ser funcional en un combate.

Eliasz la miró, alargó una mano para tocar el parche sobre el hueco vacío del cerebro de Paladín. Su cara chisporroteó de una actividad que no tenía ningún significado para ella.

18 de julio de 2144, 07.00 horas

Jack recibió el mensaje de Med a tiempo para establecer una trampa adecuada. Había visto el metraje borroso del bot que la perseguía, por lo que tenía algunas ideas acerca de a lo que tendría que enfrentarse. Supuso que el agente humano sería un problema común de la CIP: alto entrenamiento, una justa creencia en la ley de propiedad, dispuesto a matarla a ella o a cualquier otra cosa. Todo lo que tenía de su parte era aquel pedacito de información de Med y, con un poco de suerte, el elemento sorpresa.

Un compartimento escondido en el techo sobre la mesa de laboratorio era el único lugar donde podía ocultarse. Era poco más que una ratonera recubierta de una espuma elástica, con la altura suficiente para que pudiera incorporarse en una postura acuclillada desde la que podría arrojarse sobre los agentes. Mientras esperaba, con el cuchillo en los dedos relajados de la mano derecha, y su perímetro enviaba imágenes a las gafas a través de las cámaras de seguridad del exterior, no hizo otra cosa que pensar en Krish.

Basándose en el mensaje de Med, Jack supuso que Krish se las había apañado para traicionarla antes de morir. Al pensar eso, una arcada repugnante de tristeza contradujo su pensamiento. Nadie era capaz de soportar las drogas de interrogación que los agentes de la CIP usarían, no sin un entrenamiento intensivo y algunas modificaciones. Frankie y ella habían pasado años intentando parchearse contra las armas de las farmacéuticas. Lo

más duro que Krish había hecho había sido fumar 420 por diversión.

En la nitidez que acude con la amenaza a la propia existencia, Jack supo que había sentido rencor por Krish todos aquellos años por una nimia discusión académica por un repositorio de texto. Sí, fue terrible que cerrara *Las pastillas biliosas*. Pero ahora veía que el Laboratorio Libre era una extensión de lo que las Pastillas comenzaron, una comunidad que no solo protestaba contra la ley de propiedad, sino que proporcionaba alternativas. Krish le había dado la bienvenida a ella y al proyecto Retrocon, incluso tras décadas de gélido silencio. Sabía que aquello comportaba el riesgo de costarle la vida.

Ahogando algo más amargo que un sollozo, Jack recordó el primer ensayo que Krish escribió para *Las pastillas biliosas*. Lo publicó en mitad del trimestre, durante una de sus largas y agónicas separaciones. Krish escribió:

Hace un siglo, los científicos comenzaron a debatir si el sistema de patentes y la información científica deberían abrirse al público. Por aquel entonces, era popular para los conservadores afirmar que poner la ingeniería genética en manos del público daría como resultado megavirus o colapsos totales de especies. Los datos públicos serían el pórtico para la entrada de un apocalipsis de biología sintética. Pero ahora sabemos que no ha ocurrido ningún gran desastre, el único gran desastre que vivimos es el lentísimo capitalismo que convierte a todos los seres vivos e ideas en propiedades.

Al leerlo décadas atrás, su pecho burbujeó de deseo sexual y esperanza. Krish y ella colaboraban en un proyecto que era mucho más emocionante que nada de lo que había abordado en la escuela. Con su repositorio de texto

llegarían a millones de personas y llevarían la buena ciencia a cualquiera. Supo entonces con absoluta certeza que estaban a punto de cambiar el mundo.

Pero ahora el texto de Krish había desaparecido de la red pública y el movimiento de Libre cultura que ambos amaban estaba siendo masacrado en los interrogatorios de la CIP, en apartamentos incendiados de Casablanca, en medicamentos pirateados para el provecho propio en vez de para la libertad, y era probable que pronto en aquel túnel de contrabandistas con los fantasmas de sus amantes.

Una explosión levantó una fina capa de polvo a través de la espuma permeable de su escondite. Jack flexionó las piernas. No era el momento para ponerse sensiblera sobre la muerte de los sueños de la juventud. Los agentes de la CIP habían llegado.

18 de julio de 2144, 07.05 horas

Los ojos de Trescero se abrieron como platos cuando entró de un salto en la furgoneta y vio el brazo machacado de la bot.

—Hostia puta, Med, eso no es lo que yo diría «nada grave». ¿Dónde está Krish?

—Krish está muerto. Mi brazo se puede reparar.

Condujeron en silencio durante una hora. Trescero no paraba de moverse y comprobar su móvil, y Med intentaba averiguar cómo publicar el artículo sobre la ingeniería inversa en la Zacuidad ahora que todo se había ido al carajo. Aceleró la furgoneta todo lo que pudo. Por lo menos si llegaba a Moose Jaw deprisa sería capaz de intentar evitar que los agentes mataran a otro de sus amigos.

—¿Qué vamos a hacer? —La voz de Trescero estaba impregnada de

tensión.

Med no tenía respuesta a su pregunta.

—¿Sabes cómo descubrieron dónde se oculta Jack? Leyeron tu diario en Memelandia.

—¿Qué? —Trescero dejó el móvil y este se deslizó entre sus piernas separadas—. ¿Cómo lo han hecho? ¡Mi diario es anónimo! Además, nunca uso el nombre real de nadie.

Med lo miró con furia, convirtiendo su desesperanza en ira.

—¿Qué cojones creías que pasaría al escribir sobre alguien que se llama «J» y que viene de las praderas? ¿Cuando escribiste que ibas a seguirla al Laboratorio Libre? La CIP tiene un montón de agentes de inteligencia. Se especializan en rastrear esclavos que han roto servicontratos, y tú no se lo has puesto demasiado difícil.

—¿Por qué no me habías dicho nada? ¡Leíste mi diario y no dijiste nada!
—En la oscuridad de la cabina, el calor que desprendían las lágrimas de Trescero parecían rastros brillantes de sangre en su cara.

La angustia de la bot alcanzó un *crescendo* al no tener la opción de expresarse con lágrimas. Estampó el brazo que le quedaba con todas sus fuerzas contra la puerta y gritó:

—¡No lo pensé! ¿Vale? —Se hizo un moratón en el brazo y una abolladura en la puerta. La furgoneta emitió una suave alarma.

—¡Vale! ¡Lo pillo! ¡Estamos hasta el cuello de mierda y es por mi culpa!
—Trescero se removió en el asiento para agarrar los hombros de Med y sacudirla—. Ahora que sabemos que estamos hasta el cuello de mierda, ¿qué vamos a hacer para ayudar a Jack?

—He traído algunas cosas del laboratorio que podríamos convertir en armas.

—¿Qué tenemos? —Trescero dejó la mano derecha sobre su hombro y

ella entendió que había logrado mantener una increíble calma. No se trataba de la inexpresividad de la histeria al remitir. Era la calma de alguien que ha pasado por situaciones muchísimo peores y sabe cómo sobrevivir.

Ella había traído pegamento de sellado vírico, empaquetado en gruesos cartuchos que podías disparar con pistolas de aire comprimido. Estaban diseñados para reparaciones rápidas y baratas de máquinas industriales y vehículos. Un pegote de la pasta en el casco de tu barco y los virus comenzaban a multiplicarse, convirtiéndose en un parche metálico que cubría cualquier daño. Med teorizó que el pegamento también podría actuar sobre la carcasa del bot; en esencia, sellando las aberturas de las armas y los sensores.

—Suenan bien. ¿Y qué tenemos para matar a ese cabronazo que asesinó a Krish?

—No hay nada siquiera remotamente mortal para los humanos en el Laboratorio Libre. Pero tengo algo que le complicará muchísimo pelear.

18 de julio de 2144, 08.05 horas

Jack esperó conteniendo la respiración. El calor de su cuerpo quedaba camuflado por los aparatos electrónicos y los conductos atmosféricos que corrían por el techo. Como esperaba, el agente y el bot se dirigieron hacia la mesa del laboratorio justo bajo su escondrijo en cuanto se dieron cuenta de que ella no estaba en el túnel. El hombre cubría al bot con sus armas, algo inusual. Pero entonces Jack vio la herida parcheada de cualquier forma en el abdomen del bot y el extraño modo en que este evitaba pasar sus sensores cerca de la cara del hombre. Algo había ido mal, aunque el bot todavía era mortal. Y astuto. El bot escaneaba la red de Jack en busca de vulnerabilidades en su sistema de energía, sin demasiada suerte.

—¿Qué sacas de todo esto? —El hombre hizo un gesto al fabricante de Jack y a una pequeña colección de secuenciadores de baja energía.

El bot vocalizó:

—Creo que ha estado aquí hace poco. Deberíamos peinar la zona en busca de escondites y otras salidas.

Jack tenía que moverse ya. Abrió la trampilla y arrojó su cuchillo con destreza, hundiéndolo en el pecho del bot, donde descargó un pulso electromagnético. Entonces se descolgó. Primero los pies, que estampó en la cara del agente de la CIP. Sintió cómo impactaban en el cráneo justo cuando el perímetro del hombre desató una potente descarga eléctrica. Con un espasmo cayó al suelo frente a él.

La adrenalina empañó la visión de Jack y la hizo ver la habitación con un detalle abrupto, como acelerado. La barrera entre su túnel y la pila de escombros que la ocultaba estaba desparramada por el suelo, ahora convertida en piedra y polvo. Una franja de los LED del techo se había desprendido y su ataque había derribado uno de los secuenciadores. Sintió los pies calientes y vio que el perímetro del agente había derretido parte de las suelas de sus zapatos. El tipo estaba inconsciente, y en su frente comenzaba a formarse un chichón provocado por el golpe de Jack. El bot estaba inmovilizado por el pulso electromagnético. Tenía que desactivar el perímetro del agente antes de que despertara, para que no hubiera registro del encuentro. Con mucho esfuerzo por el dolor de los músculos bloqueados y ardientes, se levantó.

Jack sacó el cuchillo del bot, lo enfundó en el cinto y calibró la situación. Sobre la piel del agente, la malla perimetral desviaba información y electricidad a probablemente cientos de aparatos en todo su cuerpo. Pero lo normal era un controlador cerca de la cintura. Para que su huida fuera completa solo necesitaba hurgar unos segundos más en los pantalones de

aquel cabronazo.

Subió la chaqueta del agente, exponiendo la piel pálida de su abdomen. Puso las manos sobre él, generando así un diminuto patrón en la malla cuando los hilos del sistema de armas se hundieron en la carne. Con la otra mano desabrochó el pantalón, dejando al descubierto el vello púbico del bajo vientre. ¿Dónde estaba el controlador? Puso al hombre de lado, y encontró al fin un aparato con forma de rosquilla del tamaño de una tapa de botella sujeto a la cadera.

Cuando los dedos de Jack se cerraron alrededor del controlador, el bot habló:

—Si sigues tocándolo, te mataré.

Jack levantó las manos. Estaba claro que el pulso electromagnético no había dejado al bot fuera de juego mucho rato.

—De espaldas. Levántate. —El bot usó un tono de voz carente de expresión. Jack obedeció, trató de valorar si todavía era capaz de huir corriendo. O, si fracasaba, sacar su cuchillo y arrojarlo. Decidió esperar.

—¿Quién envía a la CIP a por mí? ¿Ha sido Zaxy?

—Pon las manos detrás.

Ella obedeció y sintió la tenaza del bot, cálida y suave, más tensa que unas esposas. El hombre comenzaba a gemir y a estirarse en el suelo a sus pies.

—¿Por qué hacéis esto?

—Sabes muy bien por qué estamos aquí. Tu actividad terrorista ha matado a un centenar de personas.

—Si fuera así, ¿por qué todo este subterfugio? ¿Por qué la CIP solo os ha enviado a vosotros dos? —Jack intentaba ganar tiempo, pero también quería saber—. ¿Zaxy intenta cubrir el hecho de que la Zacuidad está volviendo loca a la gente? Yo no inventé el medicamento que mató a esas personas, fue

Zaxy. Yo solo hice la ingeniería inversa.

El bot no dijo nada hasta que el hombre murmuró algo.

—Paladín.

—Estoy aquí, tengo a la prisionera.

—Pues máatala de una vez. —El hombre abrió unos ojos pardos y miró con fijeza a Jack.

De pronto, esta oyó una serie de chasquidos y el cuerpo de Paladín se estremeció. El bot soltó las manos de la mujer y el agente, con dificultades para levantarse, volvió a caer. Se volvió en dirección al ruido y vio a sus rescatadores. Trescero y Med estaban de pie sobre montones de basura empuñando pistolas de aire comprimido amarillas en las manos, disparaban lo que parecían caramelos duros enormes apuntando a Paladín y a Elias.

Manchurriones de pasta vírica cubrían el torso de Paladín, sellando las armas dentro de su pecho. Aquel pringue rosa era una sustancia nueva y experimental y el bot no disponía de defensas para contrarrestarlo. Arrancó los pegotes que se extendían, pero se propagaron por sus dedos como guantes.

Med dio un paso adelante, con tiras de metal colgando del muñón al mismo tiempo que disparaba otra salva con el brazo sano al hombre, que había comenzado a gritar. Los cartuchos de pegamento vírico golpearon al hombre por todas partes; extraños bosquecillos de finos cabellos parecían brotar de su piel. Su cara era un mejunje de rizos aceitosos y las pestañas crecieron hasta cerrarle los ojos. Elias boqueaba en busca de aire a medida que los conductos nasales y la garganta se le llenaban de pelillos invasores. Los virus habían crecido bajo la piel de Elias y habían devorado los cables de su perímetro de biocristal. Millones de fibras microscópicas, en constante tensión, habían saltado de su piel para formar una pila desordenada de fibra óptica. Él y su bot no podrían perseguirlos durante al menos unos minutos.

—Parece que la receta de Catalyst para eliminar las plantas que crecían en su cabeza sirve para algo más que solamente estética —vocalizó Med, con un nuevo acorde de sarcasmo en su voz—. Quizá deberíamos darle un posdoc.

Jack se tambaleó hacia delante; los músculos todavía le ardían de dolor. Trescero le pasó un brazo por el hombro y la arrastró por los escombros, la sacó por la trampilla y luego hacia lo que podía considerarse un lugar seguro.

18 de julio de 2144, 08.10 horas

La cabeza de Eliazz palpitaba y apenas lograba ver a través de su sistema perimetral hecho trizas. Pero aún tenía un arma que funcionaba, una pistola paralizante que se había atado con una cinta al tobillo. Tras él, Paladín emitió un sonido que se parecía mucho al metal rasgándose.

Jack cojeaba hacia la trampilla, apoyada en un chico cuyo rostro encajaba sin lugar a dudas con el de la base de datos de Importaciones de Calidad. Excepto que ya no se parecía a ChicoEsclavo. Estaba fuerte y bien alimentado, con un nuevo chip que retransmitía su franquicia como ciudadano de Saskatoon. Jack se había ocupado de él. En los segundos que le costó a Eliazz agarrar la pistola, su mente quedó inundada por cientos de rostros... Todos los niños que no había salvado en Las Vegas, sus hermanas, los chicos a los que les dio una paliza en la fábrica de robots eclesiástica. Ni el peor de ellos se merecía las cartas que les habían repartido. Habían tenido mala suerte al nacer sin franquicias. Por un instante de alucinación, cuando Eliazz sintió que su piel se tensaba como si tuviera cables por debajo, se preguntó si se trataba de algún milagro perverso que Jack hubiera encontrado a Trescero.

El dedo de Eliazz estaba en el gatillo y levantó la mano para apuntar. Pero oyó un aullido de metal devorando metal tras él y se dio cuenta de que

Paladín podía tener una herida mortal. Podía ayudar a la bot o matar a la pirata. Podía escoger.

O quizá no.

Con un agónico crujido en el cuello, Eliaz se volvió para ver a la bot llevándose las manos libres de virus al pecho para arrancar los pegotes. Se estaba recuperando, no muriendo. Cuando Eliaz volvió a apuntar el arma, con los párpados casi cerrados por los hilos adhesivos, la pirata y sus amigos habían desaparecido. Todo lo que había grabado con sus sistemas perimetrales resultó destruido por un experimento de depilación de un estudiante universitario.

GRANDES FARMACÉUTICAS

21 de julio de 2144

Med estaba bajo un rayo de luz repleto de motas que se reflejaba en una de las ventanas del Laboratorio Libre. Absorbía la energía a través de unos parches fotovoltaicos invisibles cosidos al tejido de su piel. Con aire distraído, observaba las manos que mantenía extendidas frente a ella, como si se examinara las uñas. Había comprobado ciento cuarenta y siete veces las pequeñas diferencias en la textura de la piel de su brazo original y el nuevo que se le había instalado el día anterior.

Los paramédicos hacía mucho que se habían marchado y la madre de Krish había vuelto a Vancouver con sus restos. No se podían predecir todas las apoplejías con revisiones médicas anuales, dijeron los doctores, y Krish nunca se había preocupado demasiado por el tema. La red de cámaras de vigilancia del laboratorio daba tantos errores que nadie preguntó por qué justo había ocurrido durante el periodo en que estuvieron apagadas. Mientras, según los canales, la conocida pirata Judith *Jack* Chen (encarcelada en una ocasión por terrorismo cuando era adolescente y buscada por la CIP) había sido abatida en un tiroteo en su escondrijo de Moose Jaw.

En realidad, Jack se ocultaba tras un laberinto de motas fantasma de datos en el apartamento de Med, recuperándose de sus heridas e

insertándose extensiones púrpuras y negras en la cabeza semirrapada. En el foro de los amantes de los gatos, encontró el gif de un bot que acariciaba a un gatito con un mensaje encriptado de Frankie adherido con estenografía: «Todavía no estoy muerta». El alivio de Jack fue como un chute de Ellondra. Puso una foto de un gato espatarrado tumbado de espaldas con la lengua de un rosa plateado sobresaliendo de la boca y una respuesta para Frankie codificada: «Todavía respiro».

En un frenético día de trabajo, Jack terminó el comunicado de prensa que Krish había comenzado. «Pruebas fehacientes muestran que Zaxy diseñó su medicamento Zacuidad para ser adictivo», decía. Solo el titular le consiguió a Med una entrevista exclusiva en ZonaFeed, seguida de un reportaje en profundidad en *Nueva ciencia*.

Cuando el informe de investigación de Med se hizo público en el repositorio de texto del Laboratorio Libre, ZonaFeed publicó la entrevista. Med no necesitaba sentarse a la mesa y apretar el botón de enviar como cualquier otro humano. Envío una simple orden al servidor usando el protocolo de la red inalámbrica del laboratorio. De pie en medio del Laboratorio Libre, accedió a los canales con su mente, observando la historia de ZonaFeed multiplicarse, y comenzaron a aparecer numerosos mensajes privados frenéticos de otras compañías de noticias. El código repositorio del proyecto Retrocon había estallado de tráfico. Hospitales de todo el mundo imprimían la medicina y las corporaciones más liberales comenzaron a demandar sus propios informes de prensa, distanciándose de Zaxy y diciendo que ya no facilitarían la Zacuidad a sus empleados.

Med volvió a su oficina para responder a periodistas, y observó que a los pocos minutos trozos de sus conversaciones aparecían como grabaciones de vídeo en los canales informativos.

Todo el personal del Laboratorio Libre se había tomado el día de fiesta para ver cómo el el proyecto Retrocon se hacía famoso. Alguien abrió un barril de cerveza y, sobre las tres de la tarde, las cosas se alborotaron. Catalyst proyectó cuatro canales de noticias distintos en el aire sobre las mesas de laboratorio. La Coalición Económica de la Zona de Comercio Libre al fin hizo una declaración: un agente declaraba que iba a realizar una investigación independiente en la productividad del medicamento de Zaxy, basándose en la investigación de la Universidad de Saskatchewan. Todo el Laboratorio Libre estalló en aplausos.

En el canal de noticias NRx dos comentaristas discutían la historia:

—Pero no perdamos de vista el hecho de que la investigadora es una bot, Larry —decía uno—. Es muy posible que haya sido programada por una de las corporaciones rivales de Zaxy para salir a la luz con estas historias..., o por los grupos radicales en el laboratorio donde trabaja.

Minutos después, una periodista de Sídney terminaba una entrevista con Med. La reportera hizo una pausa dramática e hizo la última pregunta:

—Tengo que preguntártelo, porque esto ha salido en numerosos informes: ¿alguien ha manipulado tu programación? ¿Es posible que este descubrimiento sea el trabajo de un hacker malicioso que te haya hecho creer toda la historia?

—No.

Med apagó los canales con la mente, se levantó y se dirigió hacia donde los humanos lo celebraban alrededor de la cerveza. Cuando llegó a casa aquella noche, Jack ya no estaba. Pero el móvil de Trescero seguía allí, en el suelo, junto a una pila de su ropa.

23 de julio de 2144

Le llevó dos días a la oficina del decano entender que Med había hecho públicos los descubrimientos de una investigación importante a los medios sin pasar por los canales de relaciones públicas pertinentes. El resultado fue que tuvo que limpiar la agenda para una reunión obligatoria con la administración.

Cuando ella llegó, el decano estaba en mitad de una conversación jovial con un hombre que le resultaba algo familiar y dos agentes de la CIP en una sala de conferencias.

El hombre, al parecer, era el fundador de Zaxy, que irradiaba una juventud inducida por Vive y se presentó como Roger. Llevaba un cinturón de protección bruñido sobre una carísima túnica y unos tejanos. Roger habló con el mismo acento que los comerciales usaban en los programas de noticias de ZonaFeed.

—Doctora Cohen, usted ha creado una extraordinaria terapia con Retrocon... Extraordinaria. —Emitió una risita ensayada—. Es el tipo de terapia que yo compraría si no la hubiera publicado bajo una patente abierta. —Entonces hizo una pausa, y recompuso el gesto en una expresión que oscilaba entre la preocupación genuina y un arrepentimiento falso—. Pero estoy seguro de que valorará la posición de Zaxy en esta situación. Su ensayo sugiere que se trata de una cura para la Zacuidad. Me gustaría llevarla a Zaxy para que tenga una conversación bajo acuerdo de confidencialidad con nuestro equipo de la Zacuidad sobre posibles fallos en el medicamento. Sin embargo, estamos seguros de que la Zacuidad es una sustancia completamente segura si se administra de forma apropiada.

—Valoro su posición, Roger, pero una versión de ingeniería inversa de la Zacuidad ha matado a cientos de personas.

Roger miró de reojo al decano.

—Los informes sobre esta droga callejera que afirman que es Zacuidad

con ingeniería inversa son completamente insustanciales. Las asociaciones en los medios entre nuestro producto y esas drogas ilegales, asociaciones que han sido incentivadas por su informe, ya nos han causado una tremenda pérdida de valor en nuestras acciones. Nuestros abogados me aseguran que podemos demandarla a usted y a la universidad por injurias.

—No controlo lo que la gente diga sobre Retrocon en la red, pero he analizado el medicamento yo misma. Es sin lugar a dudas una versión de ingeniería inversa de la Zacuidad. —Bajo la mesa de conferencias Med cerró las manos y formó dos puños.

—Está bien, a ver: nadie te acusa de una investigación chapucera, Medea. —El decano estaba en modo arrollador—. Retrocon es un proyecto humanitario y ya ha rescatado a muchas personas de una adicción terrible.

Roger se lo tomó como que el caso estaba cerrado.

—Estoy totalmente de acuerdo. Solo queremos asegurarnos de que usted no hace nada para incentivar los rumores de una conexión entre Zacuidad y esos... trágicos incidentes.

Med iba a empezar a hablar, pero el decano la detuvo con la mano.

—Encantados de ayudar, Roger. Como académicos e investigadores, consideramos que es tarea nuestra corregir la pseudociencia cuando aparece en los medios.

—No cabe duda de que Zacuidad es adictiva. —Med no pudo reprimir un tono de ira en su voz.

Roger pareció obviar a Med y desvió una mirada compasiva al decano.

—Me fascina que inspire tanta pasión en sus investigadores. La pasión es el motor de la innovación. —Se había pasado al territorio de las citas porque sabía que había ganado. La universidad no podía permitirse una batalla legal contra Zaxy. El resultado de la reunión fue que Med tenía que borrar todas las referencias a Zaxy y a la Zacuidad de la documentación del proyecto

Retrocon y de los foros públicos. El decano accedió a quitar el artículo de Med sobre la ingeniería inversa de Zacuidad y redactar una retractación oficial a menos que sobreviviera al riguroso escrutinio del proceso de revisión de la destacada revista *Seviert*.

Roger y los agentes de la CIP se marcharon tras estrecharse las manos con vigor. Med no se creía lo que estaba pasando.

—La mayor parte del capital de *Seviert* pertenece a Zaxy.

—Solo es política, Medea —aseguró el decano—. Lo principal es que el proyecto Retrocon puede seguir adelante.

De vuelta al Laboratorio Libre, Med escaneó los canales. Ningún nuevo incidente con maníacos desde que se hizo pública la historia de Zacuidad, así que quizá no importaba que Zaxy no fuera a caer. Quizá todo aquello había sido suficiente. El público, al fin y al cabo, conocía Retrocon y las ventas del prelanzamiento de Zacuidad a las corporaciones se habían ido por el retrete. En algún lugar de los servidores del Archivo Radical de Anchorage, había una copia de su ensayo sobre la ingeniería inversa que jamás sería eliminado.

Se preguntó si Jack y Krish sabían que algo así ocurriría cuando le dijeron que publicara el texto. Pero no podía preguntárselo. Tendría que decidirlo por sí misma.

5 de diciembre de 2144

Las vides púrpura de Catalyst se habían vuelto anodinas, por lo que ahora comentaba que querría hacerse crecer tentáculos del cuero cabelludo para una fiesta de disfraces. David medio escuchaba mientras leía por encima la *Nueva ciencia*, las páginas con imágenes punteadas pasaban en el aire sobre el proyector junto a su codo. Ahora eran sus estudiantes. La mirada de Med repasó el laboratorio, con los grupitos de investigadores y las pilas de equipo.

Todo estaba bajo su responsabilidad.

Con Krish muerto, el Departamento de Bioingeniería tuvo una pequeña crisis. El Laboratorio Libre era una máquina de financiación perpetua, muy querida entre los donantes humanitarios y los inversores ricos. Cerrarlo no era una propuesta válida. Pero también era enorme, un batiburrillo de distintos proyectos con una complejidad tremenda para manejarlo. Además, todo el personal de la facultad y de las investigaciones más punteras ya tenían sus propios laboratorios.

Aunque era una decisión poco ortodoxa, nadie protestó cuando la mesa del departamento sugirió valorar seriamente la solicitud de empleo de la recién contratada investigadora Medea Cohen. Ella estaba implicadísima en la misión del laboratorio y ya había traído buena publicidad a la universidad con su descubrimiento de la terapia de adicción Retrocon. Nadie mencionó la pequeña visita de Zaxy y el artículo de Med fue borrado. Y por lo tanto, durante el trimestre de invierno, Med reemplazó a Krish como la investigadora principal del Laboratorio Libre.

Su mesa austera de espuma azul estaba colocada justo como ella quería. Metida en una esquina, no podía ser vista a través de las puertas de plástico transparentes de su oficina. Especialmente cuando tenía tres proyectores creando un monitor envolvente alrededor de su silla en una semiesfera brillante. Allí sentada se conectaba con la red del servidor mientras recopilaba mensajes de alerta en el espacio sin usar de su cabeza. Para que su oficina fuera cómoda para los estudiantes y los investigadores que la visitaban continuamente, había metido tres sillas mullidas y un sofá algo aplastado, funcional pero desgastado, tras una larga vida en el Laboratorio Libre.

La oficina de Krish todavía estaba vacía y oscura. La reservaba para un nuevo investigador veterano, aunque aún no había anunciado la oferta de empleo. Era otro punto en su larga lista de tareas.

Se acomodó en la silla y Med hizo un gesto con la mano hacia la mesa para que cobrara vida, la ventana con la línea de comando formó por un instante una cáscara oscura alrededor de su cuerpo. Entonces alargó las dos manos, iniciando procesos e inundando su mesa con diversos colores que representaban distintos datos.

Cuatro horas y media después, los sonidos de gente hablando penetraron a través de las puertas y Trescero se escurrió al interior, dejándose caer en el sofá cuan largo era.

—Es viernes, Med. Vamos a bailar o algo.

Med pellizó los proyectores apagándolos y pareció surgir de una burbuja de texto flotante. Era lo mismo que Trescero repetía casi cada noche cuando terminaba de trabajar. Ambos odiaban bailar.

—Vamos a ver una peli —respondió ella con una sonrisa—. Algo raro y viejo de tu clase de historia audiovisual.

Trescero había tomado una nueva identidad: John Chen, que había sido educado en casa y había trabajado como autónomo en una granja a las afueras de Saskatoon hasta que su historial laboral público comenzó dos meses atrás con un trabajo de cajero en una tienda de artículos de segunda mano en Broadway. Cerró su diario de ChicoEsclavo y asistía a algunas clases sobre medio audiovisual en la Universidad de Saskatchewan mientras pensaba cuál sería su siguiente paso. Cada día era más obvio cuál sería.

16 de enero de 2154

La recolección de algas le recordó a Jack cuando era una niña pequeña en la granja de canolas durante la siega. Cada semana subía con su submarino de las profundidades, deslizándose justo bajo la superficie del océano hasta las granjas de algas que flotaban mar adentro entre boyas conectadas por largas

sábanas de plástico en el borde de la costa sur de la UA. Las alarmas perimetrales aquí no eran sofisticadas. Nunca había visto a nadie (humano o bot) patrullar en los límites de las granjas.

Jack recordó el verde alimentado por el sol de la temporada de siembra en Saskatchewan al hundir las manos en la espirulina que se deslizaba de sus dedos y parecía finos cabellos enredados en las esteras de secado. Subió las esteras al puente, colocándolas sobre los deshumidificadores, y se preguntó cómo sería su vida de vuelta a la granja de sus padres. ¿Y si hubiera estudiado agricultura en vez de ingeniería genética?

Sus días hubieran terminado muy parecidos a ahora, recolectando en silencio las plantas que serían el combustible para su cuerpo y para las máquinas. Aquella otra persona, Judith la granjera, habría sentido el sol en el cielo, habría visto la plantación fluir bajo sus pies del mismo modo que hacía ahora Jack. Le resultaba agradable imaginar que la versión alternativa y más segura de su vida había, por lo menos durante aquella franja temporal, subsumido a la real. Si ignorabas la recolección, claro. Y los contactos de Culturalibre que estaba haciendo en los foros de la UA.

Cuando llegara la primavera, decidió, la versión más segura de su vida volvería a abandonarla.

23

CLAVE DE AUTONOMÍA

21 de julio de 2144

Lee restauró la carcasa de Paladín e instaló unos *drivers* mejorados para el sensor que llevaba en el puño, pero se encogió de hombros cuando le preguntaron si quería un reemplazo para su cerebro.

—Nadie espera que esos cerebros duren demasiado, Paladín. Sé que es una mierda, pero es cierto. —Como ella no respondió, la miró a través de la proyección traslúcida que mostraba una lectura de su brazo—. Vas a tener que reconocer a la gente igual que los demás bots: analizándolos por la voz, el microbioma... o el olor. —Hizo una pausa para darle un golpecito con orgullo en la mano. Entonces retomó el trabajo y añadió con aire ausente—: Algunos bots incluso pueden identificar las expresiones de la gente por la postura y la respiración.

—Entonces ¿puedo reconocer expresiones faciales humanas al analizar otras cosas de ellos?

—Es como crear una mnemotecnia. —Lee sonrió—. Ya sabes, usar una cosa para acordarte de otra. Es decir, yo siempre me acuerdo de tu nombre porque es mi clase preferida para mi personaje en el juego *El callejón del mago*.

Paladín no creía que la comparación de Lee fuera adecuada. Pero solo

estaría más confundida si le explicaba el motivo.

Tras semanas con su clave de autonomía simulada, Paladín se había acostumbrado a la idea de que los recuerdos se podían modificar con nuevos metadatos. Pero era una tarea mucho más complicada en comparación con lo que se enfrentó en Vancouver, cuando analizó sus sentimientos sobre Eliaz. Ahora tenía toda una base de datos de expresiones faciales que ya no podía reconocer. No había modo alguno de mapearlos en estados de ánimo excepto con tiempo, por ensayo y error, a medida que descubría cómo los gestos humanos y los olores y las voces se correlacionaban con contenidos emocionales. Y no importaba lo buena que fuera, siempre habría un canal de información que faltaría cuando mirara a una persona. La gente a menudo comunicaba sus sentimientos poniendo gestos concretos de forma deliberada que no encajaban con su lenguaje corporal y sus voces. Especialmente cuando bromeaban. Paladín se pasó los siguientes días traduciendo a duras penas las expresiones faciales en su memoria a otros datos biométricos que encontraba en los humanos.

Cada vez que encriptaba sus recuerdos rememoraba los límites de su autonomía. Cualquiera en la base con los niveles de acceso adecuados tenía permitido usar la clave de la Federación para leer todos los contenidos de su mente.

Durante este tiempo, Eliaz estuvo en Johannesburgo en una misión. Al volver, a Paladín la destinaron de inmediato a un trabajo de vigilancia para rastrear una granja de servidores oculta que distribuía vídeos pirateados en Tánger. Se las apañaron para evitar verse en Campo Túnez durante dos semanas.

Lee nunca mencionó la clave de autonomía simulada de Paladín y ella no sacó el tema. Quería el control de sus propios programas tanto tiempo como

podiera. Aunque no tuviera posesión real de sus recuerdos, por lo menos podía estar segura de que el dolor que sentía por la ausencia de Eliaz era algo que ella había inventado por sí misma. No era una lealtad implantada; era una repetición de código que ella había escrito, ejecutando el mismo dolor agudo de pérdida una y otra vez. Más que nada, los inútiles e irracionales sentimientos hacia Eliaz eran testimonio de que su autonomía tenía continuidad.

4 de agosto de 2144

Paladín supo de inmediato que Eliaz había vuelto a Campo Túnez. La red de la base reconoció su cara (aunque no el significado de la misma) y logró seguir su progreso por el mapa de la estación, a través del aeropuerto hasta un laberinto de diminutas habitaciones reservadas solo para humanos. Entró en una marcada como «RECURSOS HUMANOS», y allí la señal se apagó.

Quince minutos más tarde, las tareas asignadas de Paladín quedaron eliminadas de la lista. Su acceso al mapa de Campo Túnez y a los recursos locales fueron restringidos. La bot ahora disponía de las mismas credenciales que un visitante cualquiera, por lo que solo tenía acceso a la red pública y a información desclasificada sobre la base. Alarmada, la bot intentó contactar con Colmillo.

—Yo soy Paladín. Tú eres Colmillo. Usemos la sesión segura que acordamos.

—No puedo autenticar tu identidad. Puede que no seas Paladín.

Antes de iniciar una nueva sesión segura, Eliaz le envió un mensaje. Era una petición para reunirse con él en una de las salas de información Faraday,

muchos pisos encima de la zona bot donde Colmillo le contó por primera vez lo de la antropomorfización. Desconcertada y trastornada por el cambio en sus credenciales, siguió una versión que tenía grabada del mapa de la base hasta una habitación protegida con paredes que simulaban el granito. Cuando llegó Eliaz, se sentó junto a Paladín en un amplio banco de espuma que sobresalía de la pared de roca falsa. Esperó a que él hablara.

—He querido hablar contigo en privado desde hace mucho

—empezó sin más—. Necesito contarte lo que pasó en Moose Jaw porque sé que no tienes la autorización de seguridad para leer mis informes.

Él la miró y ella reconoció que el marrón oscuro de sus ojos era el mismo marrón oscuro de siempre. No necesitaba un cerebro humano para saberlo.

—Cuando recobré la conciencia, mi oficial al mando me dijo que la CIP de la Federación había encontrado ciertos restos en aquel túnel. Asumieron que Jack pereció en la explosión una vez que me sacaste de allí.

Hizo una pausa y Paladín se fijó en que su postura se volvía más rígida. Eliaz se volvió de cara a ella y tomó una de sus manos entre las suyas. Paladín analizó una muestra de sangre y percibió los altos niveles de oxitocina que la llenaban de placer. No era capaz de descifrar la expresión que él tenía, pero sabía qué estaba sintiendo.

—Zaxy no quedó demasiado contenta con lo que ocurrió, pero aun así consiguieron a su pirata. Y la CIP me dio un aumento considerable.

No dijo lo que ambos sabían: por algún motivo, Eliaz había decidido no matar a Jack y la CIP había perdido a su presa. Eliaz siguió hablando con ritmo acelerado.

—Quiero dejar todo este asunto, Paladín. Había pensado que podríamos marcharnos juntos un tiempo. A Marte, quizá. Así que he comprado tu contrato. No soporto la idea de que la mujer a la que amo no sea autónoma.

Ella estaba abrumada con las posibles respuestas para aquella declaración,

pero al menos ahora el cambio de sus credenciales tenía sentido.

Eliasz le apretó la mano con fuerza. Ella sintió el deseo y la ansiedad.

—¿Quieres venir conmigo?

Antes de conseguir su clave de autonomía, Paladín era incapaz de priorizar sus propias necesidades sobre las peticiones de Eliasz; las ponía en espera una fracción de segundo, pero siempre estaban después. Sin embargo, ahora era capaz de anteponer sus intereses. Y había algo de más importancia que el amor que ella necesitaba descubrir. Le costaría menos de un segundo verificarlo.

Usando *software* que había instalado en su propia mente, la bot generó una nueva clave para encriptar sus recuerdos. Por primera vez en su vida el proceso funcionó. Sus memorias estaban protegidas bajo llave y la clave que la Federación le había otorgado sería inservible. Le llevaría siglos incluso a la máquina más avanzada descifrar lo que ella había visto y conocido durante sus meses de vida. Al fin conocía lo que era ser dueña de la totalidad de sus experiencias.

Un profundo silencio se instaló en los límites de su mente, más poderoso que un perímetro defensivo en batalla. Nadie averiguaría qué pensaba a menos que ella lo permitiera. La clave para la autonomía, entendió, era más que un acceso directo a los programas que habían moldeado sus deseos. Era una sensación de privacidad.

Paladín estuvo a solas con sus pensamientos durante unos segundos. Entonces vocalizó:

—Iré contigo a Marte.

Eliasz alargó la mano para tocar la nueva superficie de su carcasa, curada de todos los tumores virales y las heridas.

—Sé que no es lo mismo para ti. Una parte tuya ha desaparecido. Pero sigues siendo la mujer más impresionante que he conocido nunca. —Pasó la

mano sobre la zona, donde estaba la cavidad del cerebro, ahora repleta de espuma que absorbía impactos.

Paladín le cubrió las manos con la suya. Las señales eléctricas que atravesaban a Eliasz eran mucho más irregulares que la última vez que se abrazaron. Tomó muestras en una franja de diez centímetros de su brazo desnudo y entendió que su sistema perimetral estaba apagado. Por lo que ambos habían perdido partes de sí mismos.

Pero Eliasz nunca comprendería del todo lo que le faltaba a Paladín. Él creía que había perdido su verdadero yo, algo que confundía en su cabeza con el género. La búsqueda de Paladín en la red pública la había llevado a grandes repositorios de texto sobre la historia de los humanos transgénero que habían cambiado pronombres igual que ella. Estaba muy segura de que Eliasz la antropomorfizaba como uno de aquellos humanos, imaginando que le habían asignado el pronombre de nacimiento. Quizá él jamás entendería que sus categorías humanas (maricón, mujer, transgénero) no se aplicaban a los bots. O puede que sí lo entendiera. Al fin y al cabo todavía la amaba, aunque ya no tenía cerebro.

Como pudo, Paladín se guardó esas ideas para ella. Eran los primeros pensamientos privados que había tenido nunca.

16 de enero de 2145

La plataforma del ascensor espacial era de un gris uniforme, sustentada por unos gigantescos pilares de aleación de cemento que se hundían en el suelo del Pacífico Ecuatorial. Servía como único enlace para un enorme anclaje de color negro —construido y mantenido por miles de millones de microorganismos de ingeniería diseñados con ese propósito— que se alzaba desde el centro de la plataforma, atravesaba la atmósfera y se prolongaba

unos cuantos kilómetros en el espacio. En el otro extremo había un asteroide capturado, que actuaba como contrapeso y de pequeño apeadero para la gente de camino a visitar las ciudades más allá de la Tierra.

Pero Paladín no vio casi nada de eso desde la plataforma. Sobre ellos, el cielo era de un azul húmedo y sin profundidad repleto de mezclas orgánicas que la bot identificaba más rápido que la expresión en la cara de Eliaz. Había comenzado a recibir paquetes de datos de los dos brazos robot del ascensor, cuyos puños se agarraban para subir por el anclaje. Pronto la góndola de transporte estaría a la vista.

Una multitud de pasajeros se reunió lentamente para observar el descenso. Todos humanos, pero Paladín ya se había acostumbrado a ello. Durante cinco meses había vivido con Eliaz en una barriada de humanos en Budapest. Había suficientes bots autónomos en la ciudad como para que nadie hiciera preguntas sobre su relación, pero de forma ocasional percibía por sus posturas que aquello los molestaba. No importaría mucho en Marte, donde la falta de mano de obra implicaba que todos eran bienvenidos, especialmente una bot que podía trabajar fuera de las cúpulas atmosféricas.

Ahora veía los brazos en el anclaje, adheridos a una góndola de cinco pisos cuyas ventanas de diamante refractaban la luz en todas sus longitudes de onda. Eliaz también observaba.

Paladín estaba tras él y le puso las manos sobre los hombros, percibiendo los polímeros traslúcidos del tejido muscular en las articulaciones bajo la carcasa cromada. Eliaz reclinó la cabeza en su pecho, la suave maraña de cabello rozándole la barbilla. El corazón del hombre se aceleró como siempre ocurría cuando acercaba su cuerpo al de ella; y la bot los envolvió a ambos por completo con los escudos alados, creando un refugio privado con su abrazo protector.

AGRADECIMIENTOS

Mucha gente me prestó estupendos consejos sobre la ciencia, la tecnología, la geografía y la economía del mundo en esta novela. Por ello, quiero agradecer su ayuda a Kent Berridge, Bethany Brookshire, David Calkins, Simone Davalos, Sean Gallagher, Joe Gratz, Norma Green, Margaret Horton, Terry Johnson, Terry Robinson, Daniel Rokhsar, Noah Smith y Maia Szalavitz.

Por las primeras lecturas, las correcciones editoriales y la camaradería entre escritores, gracias a Anthony Ha, Liz Henry, Hank Hu, Keffy Kehrli, Claire Light, Na'amen Tilahun y Jason Thompson.

Por la inspiración musical, gracias a The Arrogant Worms, Marshall Burns, Piper Burns y Vernon Reid. Por la inspiración geográfica, gracias a los clanes Burns y Fletcher por hacerme sentir como en casa.

Por la excelencia editorial y el delicioso helado, gracias a Liz Gorinsky. Porque siempre logra que los libros con los que sueño se hagan realidad, gracias a la mágica Laurie Fox.

Por el amor, las conversaciones y las bobadas, gracias a Charlie Jane Anders, Jesse Burns y a Chris Palmer, los mejores seres humanos que una humana puede tener.

«Autonomous es a la biotecnología y a la IA lo que Neuromante fue para Internet.»

Neal Stephenson

«Hay algo genuino y apasionantemente nuevo en la apariencia natural, subjetiva, paradójicamente humanista pero de representación no antropomórfica del punto de vista del bot; y todo para propiciar una narrativa vívida y sólida.»

William Gibson

La Tierra, 2144. Jack es una científica antipatentes que se ha convertido en una pirata de fármacos; fabrica recetas baratas para gente pobre que de otro modo no podría permitírselas. Pero el último fármaco que ha pirateado ha dejado un rastro de sobredosis letal, ya que la gente que lo consume se convierte en adicta al trabajo y realiza tareas repetitivas hasta que se vuelve peligrosa o pierde la cabeza.

Tras la pista de estas muertes van un par de seres de lo más curioso: Elias, un taciturno agente militar, y su compañero robótico, Paladín. Al mismo tiempo que tratan de evitar que la información sobre los oscuros orígenes de la droga de Jack salga a la luz, comienzan a estrechar unos extraños lazos de unión que ninguno de los dos acaba de comprender muy bien.

Y como telón de fondo hay una pregunta fundamental: ¿Es posible la libertad en una cultura donde todo, incluso la gente, puede ser una propiedad?

« Una propuesta genuina y apasionantemente nueva en cuanto a la representación naturalista subjetiva paradójicamente humana aunque no antropomórfica del punto de vista del robot, y todo al servicio de una narrativa vivida y sólida »

WILLIAM GIBSON

**Una novela de la fundadora de *io9*,
editora de *Gizmodo* y *Ars Technica*.**



Si te ha gustado esta lectura, recuerda que un libro es siempre el mejor de los regalos. Recomiéndalo para su compra y recuérdalo cuando tengas que adquirir un obsequio.

ÍNDICE

Portada [\(IR\)](#)

Sobre Annalee Newitz [\(IR\)](#)

Sinopsis [\(IR\)](#)

Créditos [\(IR\)](#)

▼ AUTONOMOUS [\(IR\)](#)

Prólogo de Gina Tost [\(IR\)](#)

El último pirata de Saskatchewan [\(IR\)](#)

1. Barco pirata [\(IR\)](#)

2. Arranque [\(IR\)](#)

3. Propiedad privada [\(IR\)](#)

4. Iqaluit [\(IR\)](#)

5. Buena ciencia [\(IR\)](#)

6. Efectos secundarios [\(IR\)](#)

7. *Las pastillas biliosas* [\(IR\)](#)

8. Cerebros [\(IR\)](#)

9. Cárcel [\(IR\)](#)

10. Antropomorfizadores [\(IR\)](#)

11. Laboratorio libre [\(IR\)](#)

12. La red humana [\(IR\)](#)
13. Retrocon [\(IR\)](#)
14. Otra identidad propia [\(IR\)](#)
15. Piratear tu cuerpo [\(IR\)](#)
16. Carretera N-3 [\(IR\)](#)
17. Chico esclavo [\(IR\)](#)
18. Las Vegas [\(IR\)](#)
19. Un inquietante accidente laboral [\(IR\)](#)
20. Estrategia de marketing [\(IR\)](#)
21. Moose Jaw [\(IR\)](#)
22. Grandes farmacéuticas [\(IR\)](#)
23. Clave de autonomía [\(IR\)](#)

Agradecimientos [\(IR\)](#)

Reseñas [\(IR\)](#)

Contraportada [\(IR\)](#)

Recomendación final [\(IR\)](#)



UNA NOVELA

AUTONOMOUS

ANNALEE NEWITZ

minotauro